EL LEGADO DE LOS ROMANOV 1



NIKOLAI

RENATA STORM

NIKOLAI

El legado de los Romanov 1

Renata Storm

Nikolai.
Título: Nikolai.
Serie: El legado de los Romanov.
2025, Renata Storm.

Corrección: 2025, Anna Bissette

1ª edición: 2025, Mayo.

La corrección se realizó siguiendo los parámetros establecidos en la última edición de la Ortografía de la lengua española (2010)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Obra registrada en la Propiedad Intelectual.

Todos los derechos reservados.

De rodillas.
A partir de ahora esta es tu nueva droga.
Y yo… tu maldito castigo.
- Nikolai Romanov.

El Clan

Cruzar la línea de las sombras no es para todas. Pero tú nunca fuiste del montón.

Accede a la comunidad secreta más oscura, privada y adictiva del dark romance. Un espacio donde hablar de tus deseos más ardientes no es tabú.

Y además recibe **GRATIS** en el primer email la precuela de El legado de los Romanov: **Sombras de sangre**.

Tu nueva droga está aquí, ¿te atreves a probarla?

Entrar

Prólogo

Nikolai

—Oh, vaya, ¿a quién tenemos aquí? —musité, percibiendo un impulso eléctrico recorrer todo mi cuerpo.

Sonreí de medio lado, la cosa empezaba a ponerse divertida. Su perfume se adentró en todo mi sistema nervioso, revolucionándolo, hundiéndose en cada rincón de mis pensamientos. Era como una jodida droga, una a la que estaba dispuesto volverme adicto. Dios, cómo lo iba a disfrutar.

Apreté la mandíbula cuando sentí como mi miembro, enfurecido, se hinchaba en mi pantalón, clamando la atención que siempre recibía ante su presencia. Me pasé la lengua por el colmillo derecho, mientras me acercaba a ella, con pasos firmes y calculados. Mi hombre, atento, dio un paso hacia atrás, apartándose sin que tuviese que emitir ni una sola palabra. Sabía que aquel instante era mío, solo mío.

Extendí una de mis manos y, con un movimiento lento, colé mis dedos bajo la tela que cubría su rostro. La levanté lo suficiente como para dejar al descubierto una boca entreabierta, que parecía tan suave como desafiante. Coloqué mi índice bajo su barbilla, y recorrí sus labios con el pulgar con delirio, despacio, saboreando la reacción que brotaba de ella, como su respiración se volvía entrecortada.

—Bienvenida al paraíso, querida —bisbiseé, sintiendo como mis dedos se entrelazaban con los mechones de cabello que caían libres bajo la tela.

1

Elena

Un zumbido sordo retumbaba en mi cabeza, como un eco en la distancia, persistente pero lento. Intenté abrir los ojos, pero el peso de mis párpados era como una losa imposible de levantar. La cabeza me daba vueltas, y un dolor punzante me latía en las sienes con tanta fuerza que creí que vomitaría allí mismo. ¿Dónde estaba? El pensamiento surgió en mi mente, tan difuso y lento como si tuviese que abrirse paso entre toda la neblina que había en ella.

Un frío intenso rozaba mi piel, y cada fibra de mi cuerpo parecía entumecida, como si estuviese atrapada en un estado de rigidez que no lograba comprender. Intenté mover las manos, pero al tirar de las muñecas, algo gélido y metálico las mantuvo en su lugar. Las esposas se me clavaban, tiré de ellas, probando a zafarme del agarre, pero de nada sirvió. Recordándome la gravedad de la situación: estaba sola y atrapada.

Achiqué los ojos, intentando enfocar a mi alrededor, pero la penumbra lo cubría todo, haciendo que apenas pudiese ver nada más allá que sombras profundas que parecían tragarse cualquier resquicio de claridad. Mi respiración se volvió rápida, el aire llenaba mis pulmones a trompicones mientras el pánico empezaba a apoderarse de mí.

¿Cómo había llegado a estar en esa situación?

Una fuerte punzada me atravesó la mente, provocando que los recuerdos se me escapasen como arena entre los dedos.

El silencio era inquietante, pesado, y me daba la sensación de que incluso mi respiración se escuchaba sobremanera. Un hormigueo empezó a recorrer mi cuerpo, como si se anticipase a algo que estaba a punto de ocurrir, algo tan inevitable que no podría

controlar. Probé a concentrarme en mi entorno, escuchar más allá de mi propio aliento, y fue entonces cuando un sonido sutil rompió la calma, un simple roce apenas audible, como el susurro de una bestia al acecho. Era el eco de una mueca, una sonrisa ladina, desafiante, brutal.

Mis ojos todavía estaban acostumbrándose a la oscuridad cuando comenzaron a enfocar una figura en las sombras, alta y firme, que se acercaba sin prisa, como si supiera que nada en el mundo podría pararle.

Este se detuvo al borde de la penumbra y, al poco tiempo, sus ojos se encontraron con los míos, oscuros y fríos como el hielo, me observaban como si solo él pudiese ver más allá de mi alma.

Su presencia llenó el espacio, envolviendo el aire a mi alrededor con una intensidad que me dejó sin aliento. Había algo hipnótico en aquellos ojos, algo que me atraía y me repelía al mismo tiempo. ¿Tal vez era aquella sensación de peligro que me invadía? No dijo nada, permaneció en silencio, estudiándome con una precisión casi perfecta. Provocando que a cada segundo que pasaba mi incomodidad fuese creciendo, al mismo tiempo que despertaba una chispa dentro de mí.

Una sonrisa ladina se esbozó en sus labios, tan lenta como peligrosa, logrando que mi corazón se retorciese. No sabía quién era, pero algo en mi interior me decía que no era de esas personas a quien debes subestimar. Apreté los labios, probando a mantener el control, aunque por dentro sentía cómo mi corazón latía con tanta fuerza en mi pecho que parecía que estuviese a punto de escaparse.

—Oh, vaya, ¿a quién tenemos aquí? —musitó sarcástico, con una voz profunda y baja que erizó cada vello de mi piel.

Era como si cada una de las palabras se deslizasen hacia mí como un dulce veneno que no podía ni quería ignorar. Ese tono, tan seguro y descaradamente confiado, provocó en mí una mezcla de temor y enfado. ¿Quién se creía que era para hablarme así?

Pero mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, y la tensión en mis músculos traicionó cualquier intento de demostrar valentía. Mi

respiración se hizo más pesada mientras él continuaba acercándose con pasos lentos y calculados, como si disfrutase de cada centímetro que acortaba.

El silencio volvió a caer entre nosotros, lo que hizo que el vacío entre ambos se llenase de una energía extraña. El tiempo se alargaba mientras él permanecía ahí, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

Su presencia lo consumía todo a su alrededor.

Cuando dio el último paso hacia mí, rompiendo esa distancia que nos separaba, cada célula de mi cuerpo se tensó. Sentí cómo su mirada se deslizaba sobre mí, y un peso invisible me aplastaba sin necesidad de que me tocase.

—¿Quié-quién eres? —logré balbucear, aunque el temblor de mi voz traicionó mi intento por parecer fuerte.

El hombre sonrió de nuevo, con esa mueca peligrosa que parecía prometer algo oscuro y desconocido. Se inclinó hacia mí, invadiendo mi espacio, y por un momento pude sentir el calor de su cuerpo. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, provocando que mi piel se estremeciese y mi respiración se volviese agónica. Había algo en él, en esa mirada que no dejaba de taladrarme, haciéndome sentir pequeña y atrapada.

—Eso, querida —susurró, con su boca pegada a mi oído—, pronto lo descubrirás.

Mis manos se tensaron sobre las esposas, y percibí como la presión metálica se clavaba aún más en mi piel. Estaba atrapada y jodida. Ese pensamiento se apoderó de mí con una fuerza arrolladora, consiguiendo que la adrenalina corriese por mis venas. No había manera de escapar, no mientras él estuviera allí, observándome con esa mezcla de posesión y desprecio que me resultaba imposible ignorar.

—¿Qué quieres de mí? —inquirí en un acto de valentía, con un tono que apenas pude controlar.

Mi voz se quebró, y odié haber mostrado esa debilidad, pero era imposible reprimir el temor que me recorría.

Él se inclinó un poco más, y la distancia entre nosotros se redujo hasta el punto en que pude sentir su respiración, cada exhalación suya chocando contra la mía. Sus ojos recorrieron mi rostro, como si estuviese memorizando cada detalle, grabando cada curva y cada expresión en su mente.

—Lo único que necesitas saber es que —musitó, haciendo una pausa y alzando una mano hacia mi rostro— ahora estás bajo mi protección.

Su pulgar trazó una línea suave y deliberada sobre mi mejilla derecha, un toque que parecía más una amenaza que una caricia. Mi piel ardió bajo su contacto, pero no pude apartarme. Era como si una parte de mí estuviese paralizada, atrapada entre el miedo y… algo más. Algo que no entendía y que me aterraba admitir. La conexión que él creaba con cada movimiento y mirada, en cada palabra, era algo que jamás había experimentado y me mantenía absorta, centrada en él.

—Tu… ¿protección? —murmuré, tratando de entender, de descifrar la promesa oculta en sus palabras.

Su sonrisa se amplió y la oscuridad en sus ojos se volvió infinita, como si allí hubiera un secreto tan estremecedor que lo guardaba únicamente para sí mismo. Al final, dejó que su mano cayera, y dio un paso hacia atrás, liberando la tensión en el aire que nos rodeaba, a pesar de que la sensación de control no disminuyó.

—Sí —respondió mediante un susurro, con la voz tan contenida que lo imaginé luchando contra sus propios demonios con tal de comportarse—, mi protección. Nadie va a tocarte, a menos que yo lo permita.

Cada palabra era una sentencia, un muro que se erguía entre el mundo que conocía y una nueva realidad que se me imponía. Y aunque quería resistirme, una parte de mí sentía la fuerza de su control, provocando una curiosidad sobrenatural, de manera en la que mi voluntad se desmoronaba ante él sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

Lo observé mientras se alejaba, escuchando el resonar de sus pasos en la penumbra, hasta que el silencio lo envolvió todo de nuevo. En ese instante, la realidad me golpeó con una claridad devastadora, estaba a merced de un hombre que no conocía y que no dudaría en ejercer el control absoluto en mí si así lo deseaba.

Me dejé caer a los pies de la pared, abrazándome a mí misma, presa de la confusión, sin lograr comprender todo lo que acababa de ocurrir. Contuve el aliento, porque estaba bien jodida. Una mezcla de temor y curiosidad había tomado el control de mi interior, y es que había algo en él, en esa intensidad que irradiaba, que me atraía de una manera que no lograba comprender y que no podía rechazar.

Tal vez fuese el inicio de una guerra en mi interior, una batalla que no sabía si podría ganar. Estaba atrapada en la oscuridad, y él era la única luz que podría lograr eclipsarla.

2

Nikolai

La habitación estaba en silencio cuando entré de nuevo, la penumbra envolvía cada rincón y la poca luz que había entrado hacía apenas unas horas ya se había desvanecido por completo. Era como si aquel lugar guardase los secretos de lo que allí sucedía. Ella estaba sentada en la cama, con la espalda recta, los hombros tensos y los ojos fijos en mí, intentando parecer desafiante, aunque sabía que por dentro estaba muerta de miedo. Aprecié ese destello de rebeldía en su mirada; me encantaba ver cómo probaba a no perder el control.

Cerré la puerta a mi espalda y avancé hacia ella, sintiendo como cada paso resonaba en el silencio. La veía estudiarme, sin saber qué esperar, aguardando con una tranquilidad tensa, esa que se había instaurado entre ambos. Quería imponerle las reglas del juego en el que acabábamos de entrar, asegurarme de que supiera que, a partir de ahora, su mundo giraría en torno a mí.

Sin embargo, su forma de mirarme despertaba en mí una mezcla de irritación y deseo, una necesidad ferviente de aceptar su reto. No era como cualquier otra mujer, no se doblegaría tan fácilmente, y eso, más que una molestia, era una invitación.

Me detuve a un par de metros de donde se encontraba, permitiéndole un último momento de «control» antes de empezar a establecer las normas de su nueva vida. Observé cómo su mandíbula se tensaba en el instante en el que mis ojos se posaron en ella. En cierto modo, esa chispa de lucha que ardía en su mirada me resultaba cautivadora.

Durante unos segundos, me permití el lujo de escrutarla con detalle. Su estatura era media, al menos llegaría al metro sesenta y

cinco, era esbelta y con curvas bien definidas. Sus ojos eran los más verdes que hubiese visto jamás y, por alguna extraña razón, transmitían más de lo que creí que encontraría en ellos. Sonreí de medio lado, deseoso de ver más allá de la fachada de chica dura que quería aparentar.

—A partir de ahora, tendrás que seguir algunas reglas —anuncié con voz firme.

Noté como sus ojos se entrecerraban y sus labios se comprimían en una fina línea. Incluso su aparente calma gritaba rebeldía.

No respondió, pero en su silencio percibí una clara protesta. Supe en ese preciso instante que, para domarla, tendría que forzarla a aceptar que su vida ahora estaba bajo mi control, y que cualquier intento de fuga o resistencia sería un error.

—Primero, no saldrás de esta habitación a menos que yo te lo permita —le expliqué, dejando que cada palabra se deslizase con precisión, como el filo de una hoja que corta en silencio.

Ella parpadeó, sus labios se separaron en un gesto involuntario y pude notar como la tensión en sus hombros aumentaba. Era consciente de que cada regla que imponía era un golpe directo a su libertad y un eslabón más en la cadena que la mantenía bajo mi poder.

—Segundo, no tendrás contacto con nadie que no sea yo —añadí, cruzando los brazos en mi pecho y sin apartar la mirada.

La incomodidad se coló en su postura, dejando a la vista un nerviosismo que no me había permitido ver antes; aun así, no apartó su mirada de la mía, probando a mantener la apariencia de alguien que no piensa rendirse.

—¿Y si no cumplo tus reglas? —inquirió mediante un murmullo, pero con la fuerza de quien no teme enfrentarse a una tormenta.

Di dos pasos más hacia ella, eliminando cualquier distancia. Me incliné hacia adelante, lo suficiente como para que pudiese sentir mi proximidad, para que el peso de mi presencia se convirtiera en su única realidad. Sus ojos se agrandaron un poco más, pero no

retrocedió, provocando en mí una jodida oleada de orgullo. Admiré esa resistencia, única en alguien que acababa de ser capturada.

—Si no cumples mis reglas, querida —bisbiseé contra su oído—, entonces descubrirás qué ocurre cuando alguien desafía mi voluntad.

Mi voz apenas fue un susurro, pero lo suficientemente claro como para que pudiese notar como todo su ser se contraía. Vi como tragaba saliva y sus ojos permanecían inmóviles, observándome de soslayo, sopesando sus opciones. Pude ver la duda y el temor luchar en su mente, y en algún rincón, también percibí una chispa de curiosidad.

—¿Por qué? —Quiso saber, con la voz estrangulada pero en un tono que me sorprendió—. ¿Por qué yo?

Me sorprendió su pregunta, aunque supe de inmediato que no podía responderle con sinceridad. Era un jodido daño colateral, un cabo suelto.

Mi interés en ella era algo que ni siquiera yo lograba descifrar, porque a pesar de que no la conocía, una fuerza sobrenatural me atraía a su lado, como si fuese una mezcla entre obsesión y necesidad, cosa que me superaba. No era alguien a quien pudiese dejar marchar, pero tampoco alguien a quien pudiera llevar sin más.

—Porque quiero —sentencié al final, con un tono seco, sin darle explicación alguna. Era mía y punto.

El silencio se instauró de nuevo entre nosotros. Podía sentir su resistencia, la manera en que cada fibra de su ser se oponía a someterse a mí, en cómo luchaba. Esa misma fuerza era la que me atraía, la que hacía que en mi interior se despertase un sentimiento extraño y desease doblegarla hasta que aceptase, hasta que se rindiese por completo.

Mi mirada recorrió su dulce rostro. Sus ojos eran los más verdes que hubiese visto jamás, tan vivos como desafiantes. Sus labios eran carnosos, con un ligero tono rosado que destacaba con delicadeza sobre su piel clara. Parecían casi esculpidos, suaves y generosos,

como si hubieran sido tintados. Era una boca hecha para el pecado, de esas que susurran secretos que jamás deberían ser contados.

Alcé una de mis manos y la llevé a ellos, delineándolos con mi pulgar, sujetándola con delirio. Ella los entreabrió, como si intentase controlar la reacción de su cuerpo ante mi proximidad. Albergué mi dedo en su interior, deseando llevarla a un estado de excitación en el que no pudiese controlarse. Aquel pensamiento provocó que mi miembro se endureciese ante aquel simple contacto.

Sonreí ladino, percibiendo la vulnerabilidad que había en ella, como intentaba ocultarlo tras esa mirada fría y calculada. Era precisamente esa vulnerabilidad lo que me atraía, la manera en la que intentaba ser fuerte mientras su cuerpo la traicionaba, porque sabía que en lo más profundo de su ser deseaba que todo fuese a más.

—Y ahora, la última regla —continué, deslizando mi mano por su cuello, apartando los mechones que caían sobre su oreja izquierda para susurrarle al oído—, jamás se te ocurra desafiarme de nuevo.

Me aparté de ella lo suficiente como para poder observarla, como sus labios temblaban como si estuviese a punto de hablar. Joder, cómo me gustaba verla luchar contra sus propias emociones. Cogí una bocanada de aire, apretando los dientes con fuerza, sintiendo como mi control desaparecía por segundos, como si una cuenta atrás sonase en mi cabeza para advertirme de que el tiempo de calma estaba a punto de terminar. Deslicé uno de mis dedos por el contorno de su mandíbula, un toque apenas perceptible, lo suficiente como para que percatase de que podía hacer lo que quisiese con un simple gesto.

Su cuerpo se estremeció cuando llegué a su cuello y enterré mi mano en el nacimiento de su cabello, provocando que sus mejillas se ruborizasen. Esa reacción involuntaria hizo que algo en mí ardiese con una intensidad que no esperaba.

—Cada una de estas reglas son inamovibles, y por tu bien —susurré, manteniendo el control—, la única manera en la que puedo protegerte.

Su respiración se aceleró y aunque sabía que la tensión era una mezcla de miedo y desafío, también noté algo más en su mirada, algo que ella misma intentaba reprimir. ¿Era odio? ¿Curiosidad? ¿O tal vez algo más oscuro y adictivo?

—¿Y qué pasa si quiero salir? —preguntó mediante un hilo de voz.

La pregunta me hizo sonreír. Estaba claro que no comprendía en la situación en la que nos encontrábamos. Quise reírme de su ingenuidad, de la manera en que creía que tenía alguna posibilidad de escapar de mi control, pero en lugar de reír, me limité a esbozar una mueca.

—No vas a salir, Elena —respondí en voz baja—. No mientras yo decida que debes quedarte.

Por un instante, el silencio volvió a adueñarse de la habitación. Podía notar la tensión en el aire, esa energía invisible que parecía envolvernos y que convertía cada una de mis palabras en una promesa oscura. Sabía que en su mente bullían preguntas, pero cada vez que sus labios se movían, ella misma se detenía, como si supiera que cualquier palabra podía ser una sentencia. En un gesto casi imperceptible, coloqué la llave en las esposas, provocando que estas cayesen al suelo. Si iba a pasar una temporada allí encerrada, debía de estar libre o acabaría por perder la razón.

Al final, me aparté, dándole un respiro, pero sin abandonar la habitación. Elena me siguió con la vista, con los ojos fijos en los míos, desafiante y repleta de algo que ni siquiera ella lograba comprender. Precisamente, eso fue lo que vi, la excusa que necesitaba para hacer de su resistencia mi mayor obsesión.

Al salir, cerré la puerta tras de mí, dejando que el eco de mis pasos se desvaneciese en el pasillo. Sabía que esta era solo la primera prueba. Elena pensaría en sus probabilidades de escapar, en cada palabra que le había dicho y en cada respuesta que no le había dado. Lo sabía, porque ella también se había grabado en mi memoria, con esa mirada desafiante, y lo peor de todo era que no

podía dejar de pensar en la ferviente necesidad de apagarla, o tal vez, hacerla arder aún más.

3

Elena

El silencio en la habitación me ahogaba, era como si cada pared estuviese cubierta por un manto invisible que amortiguaba hasta mis pensamientos. Permanecí quieta, observando el entorno durante horas, tanto que los detalles empezaban a grabarse en mi memoria como las marcas de la guerra en la piel de un soldado. Un sillón de cuero oscuro, una mesa baja de madera y una lámpara de pie que únicamente se encendía en las horas más oscuras. Todo estaba colocado a la perfección, tanto que parecía irreal.

Levanté la vista hacia la puerta. Estaba cerrada, claro, pero no era lo bastante resistente como para impedirme intentar algo, lo que fuera. Necesitaba salir de allí, o acabaría por volverme loca, si es que mi secuestrador no conseguía que lo hiciese antes de tiempo.

Di unos pasos, sintiendo como cada centímetro de mi cuerpo me gritaba que estaba atrapada, que no era más que una prisionera en su fortaleza. Apreté los puños, percibiendo como la rabia empezaba a recorrerme por dentro, haciendo que la sangre bajo mi piel hirviese. ¿Quién demonios se creía ese hombre como para controlarme de esa manera? Bufé indignada, ¿y las malditas reglas? ¿Se pensaba que era un muñeco recién comprado con instrucciones que seguir? La indignación crecía en mí a pasos agigantados, trayendo al presente una Elena que no conocía, una que apenas relucía en mi vida diaria. Lo peor de todo era que al mismo tiempo una parte de mí sentía curiosidad por descubrir hasta dónde estaba dispuesto a llegar con tal de mantenerme encerrada.

Me acerqué a la puerta, estudiando la cerradura con el ceño fruncido. ¿Cuántas veces más iba a quedarme ahí, sin moverme, mientras él decidía cuándo podía respirar y cuándo no? Toqué el

pomo, apenas rozándolo, mientras un impulso eléctrico me recorría el cuerpo.

Entonces, escuché algo: el eco de sus pasos en el pasillo, firmes y seguros, avanzando hacia mí. Sabía a ciencia cierta que se trataba de él, tanto que mi corazón empezó a latir frenético, y sin saber por qué, retrocedí, apartándome hasta llegar a la pared más alejada de la entrada. Una mezcla de odio y de algo más me golpeó el pecho, era una emoción que ni siquiera deseaba admitir, porque me confundía hasta dejarme atontada por completo. Él estaba allí, acercándose, y una vez más, consiguiendo que el aire a mi alrededor se volviese denso y lleno de tensión.

Cogí una bocanada de aire, ahogando un grito, cuando la puerta se abrió con un sonido seco. Allí estaba, con esa mirada que parecía devorar cada rincón de mi alma. No dije nada, pero tampoco le aparté la vista. No iba a darle el placer de verme intimidada.

—¿Intentando salir? —cuestionó juguetón, con un tono que era todo menos inocente.

Una sonrisa oscura curvó sus labios, esa maldita sonrisa. Quise borrarla de su rostro, hacerle entender que no tenía derecho alguno a mirarme de aquella manera, como si supiese algo de mí que ni yo misma conocía.

—¿Qué quieres? —inquirí, cruzándome de brazos, tratando de mantener la compostura mientras él avanzaba hacia donde me encontraba y acortaba la distancia entre ambos, como si cada paso fuese un desafío.

—Quiero que entiendas las reglas, Elena —Su voz era baja, apenas un susurro, pero sentí cada una de sus palabras como un latido—, y quiero que obedezcas.

Estaba tan cerca que podía oler su perfume, amaderado, dulce y al mismo tiempo intenso, tanto que parecía extenderse como una niebla a muestro alrededor. Mis músculos se tensaron, y una parte de mí, esa parte traicionera que odiaba reconocer, sintió un escalofrío que no fue provocado por el miedo, sino por algo más

primitivo. Era algo mucho peor, algo que no podía, ni debía, permitirme sentir.

—No voy a obedecer nada —respondí tajante, manteniendo la voz firme, aunque sentía que el suelo se tambaleaba bajo mis pies.

Él sonrió, como si hubiese esperado precisamente esa respuesta.

—Eso ya lo veremos, querida —murmuró, y antes de que pudiera siquiera procesar sus palabras, alzó una mano y la colocó sobre mi mejilla.

Fue un toque tan suave que por un instante deseé cerrar los ojos y permitir que acunase mi rostro, olvidándome de que estaba retenida contra mi voluntad por el hombre que tenía delante. Su pulgar rozó mi piel, lo que provocó que cada vello de mi cuerpo reaccionase como si de una corriente eléctrica se tratase.

Mi primer impulso fue apartarme, sacudir su mano de un golpe. Pero no lo hice. Me quedé allí, atrapada, perdida en esa mirada que me desafiaba y atraía a partes iguales, en esos ojos que parecían prometerme una oscuridad que no podía comprender, pero que sentía que, de alguna manera, me pertenecía.

—¿Vas a desafiarme, *malyshka*[1]? —preguntó, tras inclinarse lo suficiente como para que nuestras respiraciones se entremezclaran.

Sus labios estaban tan cerca de los míos que el aire entre nosotros se volvió casi tangible. Por un momento, me permití el lujo de observar a mi captor: era alto, al menos llegaría al metro noventa, de complexión robusta e imponente. Su cabello era negro como el azabache, corto y peinado hacia atrás en forma de tupé, dándole un toque sofisticado que no creí que vería en alguien como él. Mi vista se deslizó con delirio hacia su boca, de labios tan carnosos que una parte de mí deseó probarlos. Con rapidez, aparté aquel pensamiento, intentando huir de esa necesidad que empezaba a sentir. Sus ojos grises me taladraron en el instante en el que se encontraron con los míos. Sentí que el corazón me martilleaba en el pecho, y mis manos temblaban al cerrarse en puños, en un intento desesperado por mantener el control.

—Eso parece —musité, en un acto de valor que no supe de dónde salió.

Sus ojos brillaron tintineantes, mientras una media sonrisa se dibujaba en su boca, aceptando el jodido reto que acababa de lanzarle. Su pulgar trazó una línea lenta y deliberada sobre mi mandíbula, como si reclamase cada ápice de mi piel. Me odié por no apartarme, por no resistirme, pero había algo en él que me atrapaba, que me decía que en ese juego, la tensión que existía entre nosotros no había hecho más que empezar.

—Entonces, prepárate —susurró, acercándose a mi oído como si su voz fuese una caricia—. Porque voy a asegurarme de que cada uno de tus agravios sea correspondido.

Y con eso, se apartó, dejando un vacío a su paso que casi hizo que me tambalease. Me sentí como si estuviese al borde de un precipicio, a tan solo dos pasos, y él acababa de empujarme uno más allá.

Cuando salió de la habitación, sentí mis piernas cimbrear, cediendo, por lo que me dejé caer en la silla, con el corazón bombeando frenético en mi pecho y las manos temblando como nunca antes lo habían hecho. ¿Qué acababa de ocurrir? ¿Cómo era posible que, en lugar de sentir odio, sintiese una chispa de curiosidad? ¿Y si era algo más que eso? ¿Y si en realidad era atracción? Negué con la cabeza, golpeándome ligeramente las sienes, tratando de borrar esos pensamientos.

No podía permitirme sentir nada por él, ese hombre era un jodido monstruo, alguien que me mantenía encerrada, controlada, no conocía su pasado ni quién era y no había nada que pudiese justificar la atracción que sentía cada vez que me miraba. Pero, aun así, allí estaba. Esa maldita chispa traicionera que se negaba a desaparecer.

Fue en ese momento en el que supe que, si seguía jugando a ese juego, no solo él iba a salir vencedor.

4

Nikolai

El silencio reinaba en la habitación, y apenas se rompía salvo por el sonido de su agitada respiración, esa que trataba de disimular. Elena permanecía al borde de la cama, y la determinación en sus ojos no dejaba espacio para la sumisión. No estaba quebrada, al menos no todavía. Pero sabía que no sería sencillo.

Caminé hacia ella, acortando la distancia con pasos que resonaron entre las cuatro paredes, uno a uno, casi al compás de mi propia paciencia. El desafío en sus ojos me atraía tanto que me exasperaba. Había algo en su manera de sostenerme la mirada que me instaba a quebrantar esa fuerza suya, a demostrarle que el control de la situación era solo mío.

Elena no se apartó ni un milímetro cuando llegué a su lado, aunque vi cómo sus manos se tensaban en forma de puños. Esa resistencia que reflejaba su rostro era precisamente lo que me mantenía al borde del abismo, consiguiendo que estuviese deseoso de saltar al vacío.

La tomé por el brazo con firmeza y obligándola a ponerse en pie, asegurándome de que cada centímetro de su espacio personal fuese mío. Su expresión no cambió; de hecho, parecía retarme a que diese un paso más.

—Te advertí de lo que sucedería si desafiabas mis reglas —dije, sintiendo el calor de la rabia mezclado con un deseo que ni siquiera ella sospechaba que despertaba en mí.

Elena sonrió de manera sutil, provocándome, intuyendo que aquello me sacaba de mis casillas.

—No he hecho nada —contestó. Su voz sonó tranquila y calculada, cada palabra que salía de su boca me invitaba a entrar en

su juego, ese que empezaba a ser tan suyo como mío.

—¿Nada? —inquirí, estrechando el agarre de su brazo—. Tocaste la puerta hace un momento, ¿te crees que soy estúpido? —rebatí—. Te pedí algo tan jodidamente simple como lo es acatar mis reglas —apreté la mandíbula con fuerza, tanta que creí que mis muelas saldrían por los aires en cualquier momento—, y aún crees que puedes jugar con mi paciencia.

Ella dejó ir una leve carcajada, un sonido bajo que se mezcló con el aire espeso de la habitación.

—Si crees que te voy a temer solo porque cierras una puerta con llave, entonces no sabes nada de mí.

Su desafío fue un golpe directo a mis nervios. Algo en mi interior, oscuro y visceral, respondió a sus palabras, haciendo que nuestros cuerpos estuviesen cada vez más próximos. No tenía ni idea de lo que ponía en riesgo al hablarme de esa manera, y lo cierto era que no hacía más que darme excusas para llevar a cabo mis antojos. Tomé su barbilla con una mano, obligándola a que me mirase, notando como su respiración se volvía agitada por mucho que intentase contenerla, porque aunque intentase fingir, sabía que mi proximidad le afectaba.

—Conocerás cada límite de mi paciencia si sigues jugando conmigo —añadí, recalcando cada una de las palabras—. Porque si crees que esto es una tontería, querida, entonces aún no has visto nada.

Sus ojos no se apartaron de los míos y, por un segundo, algo en ellos brilló. ¿Curiosidad? ¿Reto? Tal vez fuese una mezcla de ambos, tan adictiva que creí que perdería la cabeza de un momento a otro. La solté con brusquedad, provocando que ella cayese ligeramente hacia atrás, pero se irguió de nuevo, manteniendo la compostura, alzando el mentón como si ese pequeño instante no hubiese significado nada.

Me pasé una mano por el rostro, notando como mi miembro se endurecía solo de pensar en las cientos de maneras en las que deseaba hacerme con ella. Mi respiración era agitada, como la de un

toro a punto de rebufar, y es que no sabía qué demonios tenía pero Elena estaba convirtiéndome en un demente.

—¿Eso es todo? —dijo, cruzándose los brazos sobre el pecho, como si esperase a que me marchase.

Sus intenciones estaban más que claras: aparentar que no me temía, que cada palabra y cada gesto no significaban nada. Pero yo sabía la maldita verdad, la tensión en sus hombros cada vez que me veía, revelando la batalla que se libraba en su interior, y como la rapidez de su respiración la traicionaba. Aunque aún no lo aceptase, ella empezaba sentir el peso de la situación.

Sonreí de medio lado, percibiendo como un fuerte calor comenzaba a subir por todo mi cuerpo, prendiéndolo en llamas. Adoraba verla de aquella manera, esforzándose por parecer más desafiante de lo que de verdad lo era. Cerré los ojos y, por un segundo, la imaginé frente a mí, en aquella cama sencilla, arrodillada frente a mí, con la camiseta hecha girones y mis dedos enterrados en su cabello, con esa mirada que me había atormentado durante las noches en las que no había tenido más remedio que masturbarme solo de pensar en ella.

En un acto reflejo, subí mi mano derecha, recorriendo su cuerpo, percibiendo cada una de sus curvas y cómo todo su ser se tensaba ante mi contacto.

—No quieras sacar al demonio, preciosa —bisbiseé, acercándome a su oído, llevándome conmigo los restos del perfume afrutado que una vez adornó su piel.

Cuando llegué a su cuello, tiré del nacimiento de su cabello, provocando que un gemido se escapase de entre sus labios, los cuales ya estaban entreabiertos. Joder. Gruñí, apretando la mandíbula, conteniendo al loco que llevaba dentro, porque la imaginé devorando mi miembro, engullendo deseosa cada centímetro dispuesta a llevarse consigo mi mayor regalo.

—¿Y qué pasa si eso es lo que quiero? —masculló en un acto de valentía.

Incliné la cabeza, observándola unos segundos más antes de responder.

—Ya veremos si sigues tan confiada después de pasar un par de días aquí sola, y sin saber cuándo volveré.

Sus labios se entreabrieron, en una reacción instintiva, y por primera vez noté una pequeña grieta en su fachada. Quería decir algo, responder de la misma manera desafiante, pero el silencio se quedó entre ambos, como una prueba de quién tenía realmente el poder en esa habitación.

Elena

En aquel momento me odié, lo hice con toda mi alma, porque mi captor había podido percibir lo mucho que reaccionaba mi cuerpo ante él. El maldito control que empezaba a tener en mí y cada una de mis flaquezas.

Lo observé en silencio, inmóvil, mientras él seguía allí, de pie frente a mí con esa mirada fría que no hacía más que escrutarme, como si pudiese leer cada pensamiento que cruzaba mi mente. Todo mi cuerpo aún sentía el peso de su mano en mi brazo, el modo en que su agarre me había mantenido pegada a él, obligándome a mirarlo. Su proximidad y control absoluto me llenaban de una rabia que crecía con cada segundo que pasaba en esa habitación, atrapada bajo su dominio.

El hombre hizo un amago de darse la vuelta, como si todo estuviese dicho, como si ya no tuviese voz ni decisión en lo que estaba ocurriendo. Cada fibra de mi cuerpo se tensó y mis ojos se deslizaron hacia la mesilla que había en la esquina más cercana a la puerta. Allí estaba: la lámpara de pie, pequeña pero lo suficientemente sólida como para ser mi única oportunidad de hacerle entender que no iba a rendirme.

Sin pensarlo dos veces, estiré la mano y la agarré, sintiendo el peso frío de la cerámica en mi palma, mi única arma en medio de toda esa locura en la que me había visto envuelta. Mi respiración se aceleró, el pulso me retumbaba en las sienes y en el pecho, mientras él movía su rostro hacia mí, observándome de soslayo ya girado por completo, dispuesto a marcharse, sin sospechar lo que estaba a punto de suceder.

¿De verdad iba a hacerlo? A situaciones desesperadas, decisiones desesperadas. Las piernas me cimbrearon y por un instante creí que me desmayaría allí mismo de la fuerte tensión que reinaba en mi cuerpo.

Antes de que pudiera reaccionar, levanté la lámpara con toda la fuerza que me quedaba y, sin meditarlo ni una sola vez más, le golpeé con tanto ímpetu como pude. El impacto resonó en la habitación, llenándola por completo.

—Qué… coj…

5

Nikolai

El dolor retumbaba en mi cabeza, como el eco de un grito desesperado. La tenue luz del cuarto me llegó en fragmentos y una sensación de furia, cruda y fría, me atravesó mientras mi visión recuperaba el enfoque. Parpadeé confuso, y el movimiento fue suficiente para sentir la herida que se había creado por el impacto. Me llevé la mano a la zona, confuso, y al observarla me percaté de que se había teñido de rojo. Un ardor empezó a crecer en mi pecho, avivándose a cada segundo que pasaba dentro de aquella jodida habitación.

Frente a mí, Elena retrocedía, respirando de manera entrecortada, aún con la lámpara en las manos. Su rostro no mostraba ni una pizca de arrepentimiento, de hecho, en sus ojos pude ver algo que iba más allá de la simple resistencia. Estaba disfrutando de saber hasta dónde podía llegar sin que le parase los pies.

Me obligué a tragar el malestar que me corroía y me incorporé con lentitud, apoyando una mano en la pared mientras mi mirada se clavaba en la suya. Su respiración se aceleró sobremanera y sus dedos tensaron su agarre, consciente de que el control que había creído tener se escapaba entre sus manos con cada segundo que yo permanecía en pie.

—¿Así quieres jugar, Elena? —Mi voz apenas fue un susurro, pero pude percibir como ella lo sentía, como cada palabra se clavaba en ella, ya que sus labios se tensaron y en sus ojos pude ver un brillo que me retaba a continuar.

Di un paso hacia ella, lento, midiendo cada movimiento para que sintiera el peso de mi presencia. Todo me daba vueltas, pero aun así

me obligué a continuar, porque aquel agravio no podía quedarse sin respuesta, no si quería mantener mi autoridad. La observé, percibiendo cómo su respiración se tornaba errática, las piernas le cimbreaban, pero su vista seguía fija en la mía. Su expresión no cambió, de hecho, parecía retarme a que diese un paso más.

Sonreí de medio lado, la situación empezaba a gustarme más de lo que debería. Le arrebaté la lámpara que aún sujetaba entre las manos de un tirón, dejándola indefensa, expuesta a lo que quisiese hacerle. Se limitó a mirarme, retándome en silencio. Mis dedos temblaron como si se hubiesen visto sacudidos por un impulso cargado de rabia, necesitaba hacerle comprender la magnitud de su error, y demostrarle que jugar con fuego tenía sus consecuencias.

—Te lo advertí —murmuré rabioso—. Te advertí qué ocurriría si desafiabas mis reglas.

Elena entreabrió los labios de esa forma tan *sexy* que solo ella tenía, como si fuese a decir algo, pero el silencio entre ambos era tan denso que parecía haberse tragado cada una de las palabras. La observé, notando como su expresión luchaba por no delatar lo que sentía, mientras una pequeña duda comenzaba a destellear en su interior. Podía sentir el temor en ella, en la manera en la que intentaba erguir esa coraza que creía que la salvaría, y eso, lejos de calmarme, avivaba algo más oscuro en mi interior.

Me encaminé hacia ella con paso firme, deseoso de que me diese una nueva excusa para tomarla, hacerme con ella y demostrarle quién era en realidad. La sangre hervía bajo mi piel, provocando que todo mi ser se prendiese en llamas por la mujer que tenía frente a mí. Apreté la mandíbula reteniendo la ira que me recorría de pies a cabeza, apartándola, porque en el momento en el que diese rienda suelta a mis deseos, Elena se arrepentiría de todo lo que había hecho.

Tomé su rostro con firmeza, permitiendo que mis dedos envolviesen su mandíbula mientras nuestras miradas se encontraban de nuevo. La atracción entre ambos era innegable, era como si algo en el ambiente nos empujase a estar juntos mientras ella parecía

reprimir ese sentimiento. Sonreí al percibir como todo su cuerpo se tensaba bajo mi tacto, y aunque intentaba ocultarlo, había algo en su respiración, en la forma que me miraba, que me decía que no estaba tan lejos de caer.

—¿Creías que un simple golpe iba a librarte de mí? —inquirí mediante un susurro, permitiendo que cada una de mis palabras se deslizase en el silencio que inundaba la sala como una sentencia de muerte—. Eres más ingenua de lo que pensaba.

Un brillo de ira cruzó su rostro, y antes de que pudiera evitarlo, se apartó de un tirón, como si su ser se negase a aceptar cualquier sumisión. Ese gesto, por pequeño fue fuera, encendió un fuego aún mayor en mi interior. Me acerqué, encajonándola entre la pared y mi cuerpo, reduciendo a nada cualquier distancia entre ambos.

—No tienes ni idea de con quién estás tratando, Elena —murmuré, y en mi voz no hubo advertencia, sino la promesa de que ahora era yo quien impondría las reglas y los castigos.

No permitiría ni un solo agravio más. Ella respiró de manera profunda, tratando de calmarse, pero mi proximidad provocaba que todo fuese a más. Mi mirada se deslizó por su rostro, delineando en mi mente cada curva, cada pequeño temblor en sus labios. Sus ojos me desafiaban, pero había una vulnerabilidad, un reflejo de su propia guerra, y aunque quisiese negarlo, me sentía absorbido por esa mezcla de temor y atracción que persistía en su interior. Como si en algún punto de la confrontación, ella también estuviese atrapada en ese sentimiento que empezaba a repiquetear en mi pecho.

—Si juegas a este juego, vas a perder —le advertí.

—¿Por qué? —inquirió.

—Porque no sabes las jodidas [Ui1][RR2]normas —continué, sintiendo como mis palabras salían cargadas del deseo de hacerle comprender que lo único de lo que nos serviría su desafío era para acercarnos aún más al punto sin retorno del que luchaba por escapar.

Mis dedos se deslizaron por su mejilla, mientras ella permanecía en silencio, atrapada entre mi roce y su propia voluntad por no

mostrar nada. Quería que me odiase, pero algo en su mirada parecía delatar una emoción mucho más profunda y visceral, algo que ni ella misma parecía poder comprender. Y en ese instante, supe que cada acto de resistencia no haría más que acercarla a mí, aun cuando intentase lo contrario.

Ella bajó la vista, tan solo lo hizo un segundo, pensativa. Su pecho subía y bajaba frenético, mientras sus labios permanecían entreabiertos, mostrando algo que ella no lograba poder controlar. La atracción estaba ahí, tan tangible que el aire entre nosotros se volvió denso, un espacio en el que estábamos atrapados.

Mi mano se deslizó tras su cuello, y antes de que cualquiera de los dos pudiese detenerlo, mis labios encontraron los suyos. Fue un beso sin preguntas ni disculpas, cargado de una furia que yo mismo no sabía que podía sentir. Ella no se apartó, al contrario, su respuesta fue inmediata, intensa, como si toda la tensión acumulada encontrara salida en ese instante.

Nuestros labios se movieron con una urgencia feroz, y pude sentir el latido acelerado de su pulso bajo mis dedos, el mismo que parecía retumbar en mis sienes. Ese momento fue un punto de inflexión, uno en el que sabía que ya no habría vuelta atrás.

6

Elena

El eco de sus labios aún latía en los míos, como las brasas de un fuego que se niega a apagarse incluso cuando este parece haber terminado. Di un paso atrás, sintiendo el borde frío de la pared contra mi espalda, recorriéndome como un impulso. Contuve el aliento, tratando de encontrar la firmeza en mis piernas, ya que no habían dejado de cimbrear desde el instante en el que mi captor había entrado en la sala. Pero era inútil. El beso seguía allí, vibrando en el aire que nos rodeaba, como una promesa de algo más oscuro y visceral.

Apreté la boca, probando a borrar la sensación que me carcomía, e intentando ignorar el temblor en mis manos. Mientras él, inmóvil frente a mí, aún me observaba con delirio, como si en su mente ya hubiera ganado algo mucho más grande. Esa mirada profunda y fría que me recorría con una intensidad que empezaba a hacer que mi rabia y anhelo se entremezclaran, dejándome atrapada en una contradicción que no deseaba aceptar.

—¿Te das cuenta ahora, Elena? —musitó, calculando cada una de sus palabras—. Eres mía, y por mucho que luches, eso no cambiará.

Esa simple frase se me antojó como una sentencia, y cada letra cayó sobre mí como una jodida losa que no me permitía el movimiento. Quise responder, arremeter contra él con el odio que bullía en mi interior, pero en su lugar, lo único que logré fue mantener mi postura, respirando de manera forzada, y sintiendo el sabor del desafío en mis labios.

—Eres un idiota si piensas que el beso lo cambia todo —repliqué, esta vez con la voz más firme. Me armé de un valor que no sabía

que tenía, para no apartar la mirada y dejarle claro que no iba a rendirme.

Este esbozó una sonrisa de medio lado, un gesto apenas perceptible que parecía burlarse de mi resistencia.

—No —respondió con tanta calma que mi sangre empezó a hervir —. Pero es el principio. Cada paso que des en mi contra, te llevará, tarde o temprano, al mismo punto.

El corazón me latía con tanta fuerza en el pecho que era ensordecedor, haciendo que fuese casi imposible escucharme a mí misma. Pero no estaba dispuesta a dejar que su control se expandiera ni un centímetro más. Él podía jugar con mi encierro, con sus palabras, con sus reglas, pero lo único que jamás lograría era mi sumisión.

—Nunca voy a ser tuya —afirmé, recalcando cada una de las palabras, sin apartar la vista de él, sintiendo como mi rabia se abría paso—. Puedes encerrarme aquí todo el tiempo que quieras, pero jamás me tendrás.

Su sonrisa se amplió sobremanera y la expresión en su rostro se volvió casi placentera. Parecía deleitarse con cada desafío, como si esta resistencia mía no fuese más que un juego que él mismo orquestaba.

—Veremos —susurró, dando un paso hacia mí, sin apartar la vista —. Porque tengo todo el tiempo del mundo, Elena —añadió al mismo tiempo que pasaba una de sus manos por mi cabello—. Tú, en cambio, no tienes nada —comentó con un pesar fingido—. No tienes salida, ni aliados… Solo a mí.

El aire se volvió denso, la atmósfera estaba cargada de una tensión en la que él se encontraba como pez en el agua. Mi respiración cada vez era más agitada, los pensamientos se arremolinaban en mi cabeza, siendo un batiburrillo de rabia y algo que me negaba a nombrar. No quería reconocer cómo su proximidad lograba aturdirme, cómo cada palabra y cada gesto de su parte se colaban bajo mi piel.

—¿Eso es lo que quieres que crea? —inquirí, con la convicción de que saldría de allí tarde o temprano—. ¿Que estoy completamente sola?

Él no respondió de manera inmediata, solo me miró, y en sus ojos vi algo que era más que control, más que un simple deseo. Era una intensidad casi enfermiza, una devoción que, aunque me asustaba, también parecía adentrarse en lo más profundo de mi ser sin que pudiese hacer nada por remediarlo. En realidad, sentía que todo iba más allá de un simple encierro, que había preguntas que no había formulado de manera correcta, algo que no me estaba explicando y que era crucial en mi situación allí.

No sabía nada de aquel hombre, ni siquiera su nombre, pero por alguna extraña razón todo mi ser se alteraba al sentirle cerca, y eso me cabreaba. Finalmente, me aparté hacia un lado, con la cabeza en alto y los puños cerrados, sabiendo que la batalla apenas había comenzado. Sabía que cada día a su lado sería una prueba de fuerza, de resistencia, y que, de una manera u otra, no podía rendirme.

Nikolai

La observé mientras se alejaba de mi lado, como si cada paso en mi dirección fuese una derrota que se negaba a admitir. En esos ojos ardía una llama que, en lugar de apagarse, no hacía más que avivar algo mucho más profundo en mí. Un instinto sobrenatural que se deslizaba por mis pensamientos, transformándola en algo que no podía solo poseer y dejar ir.

Sabía que su desafío no era un simple acto de rebeldía. No, en su resistencia había una fuerza que rozaba la obstinación, una terquedad que la hacía diferente, casi fascinante. Y aunque mi intención inicial había sido otra, ella estaba logrando cambiar las reglas de mi propio juego.

Di un paso hacia ella, cruzando el espacio entre nosotros, con la certeza de que ya no había más dudas que resolver. Cuando su espalda tocó la pared, mis manos buscaron el borde de su rostro, percibiendo la tensión en su mandíbula y cada músculo, resistiéndose al contacto.

—Sigues pensando que puedes jugar conmigo —murmuré en voz baja, afinando cada una de mis palabras—. Pero cada día que pase, cada instante, no hará más que acercarte a mí, y eso es lo que tú no entiendes, Elena.

Su mirada se tornó en un desafío, como si mis palabras solo fueran otra oportunidad para que ella demostrase que aún podía resistir. Pero algo en sus ojos delataba la lucha interna, una contradicción que ni siquiera ella lograba comprender.

Acaricié con delirio su rostro, manteniendo su mirada fija en la mía, porque sabía que esa conexión entre ambos era tan peligrosa como adictiva. Joder, estaba a punto de volverme loco, porque todo su cuerpo clamaba mi nombre, igual que lo hacía el mío con el suyo. Quería contarle la verdad, decirle el porqué de su situación, pero una parte de mí deseaba jugar con ella, desquiciarla hasta que no pudiese más. Llevé mi dedo pulgar a su boca, recorriendo sus labios con fervor, deseoso de volver a besarlos, a devorarla entera hasta que no tuviese más opción que aceptar cada una de mis normas.

Sus ojos verdes destellaron con una nueva contradicción, podía percibir el latir de su corazón en su cuello, cómo su respiración se aceleraba, sus labios se entreabrieron, y fue entonces cuando supe que ya era mía.

—Nunca vas a vencerme, Elena —aseguré—, no importa cuánto lo intentes.

El silencio se expandió, y nuestras respiraciones se acompasaron en aquel jodido caos que nos arrollaba, como si el mundo más allá de la habitación no existiese. Mientras, sentía como la tensión entre ambos se volvía más poderosa.

—Ya lo veremos —musitó.

Por ahora, le permitiría pensar que aún tenía una salida, aunque no fuese más que una jodida ilusión.

7

Nikolai

La oficina estaba en penumbra, y el silencio era tan denso que podía cortarse con un cuchillo. Viktor cruzó el umbral sin ser invitado y cerró la puerta de un golpe, una señal de que su paciencia estaba al límite. Giré sobre mis talones, sin darle demasiada importancia. No me gustaban sus putos modales, pero a su edad, poco iba a conseguir enzarzándome con él.

—¿Puedes explicarme qué demonios está pasando? —inquirió, directo y sin rodeos, con el rostro teñido de una mezcla de desconcierto y frustración que no supe descifrar.

Le observé sin responder de inmediato, frunciendo el ceño, percibiendo como su expresión se endurecía a cada segundo que permanecía callado. Viktor siempre había sido directo, y ese rasgo suyo me había sido útil muchas veces, pero ahora, cuando sus preguntas apuntaban a una parte de mi vida que no quería desentrañar, lo sentía más como una amenaza que como una ayuda.

—¿A qué te refieres? —respondí, intentando ser tajante, que no le diese mayor importancia a lo que le rondaba la mente.

Viktor resopló mientras se encaminaba hacia mí, cruzándose de brazos y fulminándome con la mirada. Achicó los ojos, como si esperase que confesara algo que ni yo mismo había llegado a aceptar, y es que la actitud de Elena empezaba a provocar algo en mí que comenzaba a interceder en mis planes. Un instante después, negó con la cabeza y me lanzó una sonrisa cargada de incredulidad.

—¿De verdad vas a jugar a esto? —cuestionó cabreado—. Esa mujer, Nikolai —apuntó hacia las escaleras—, ¿por qué está aquí? —añadió—. Nosotros no hacemos esa puta mierda —aseguró—. ¿Por qué la tienes encerrada en la casa como si fuera una prisionera?

El silencio entre ambos era denso, casi tangible, igual que lo había sido con anterioridad. Tomé una bocanada de aire mientras sacaba un cigarrillo de la cajetilla que guardaba en mi pantalón para, segundos después, llevármelo a la boca y darle una larga calada. Busqué las palabras adecuadas, pero lo cierto era que no las tenía. Ni para él, ni para mí. En lugar de responder de inmediato, volví la vista hacia la ventana, observando cómo el jardín se extendía más allá de los muros de la mansión. Por un instante, la fina línea entre la protección y la jodida obsesión que estaba desarrollando se volvieron una sola al imaginar a Elena frente a mí. Estaba atrapado en un conflicto de intereses que no lograba controlar.

Llevábamos años obsesionados con la venganza de nuestro padre, trabajando por mantenernos fuertes ante nuestros adversarios, y Elena había llegado para joderlo todo de manera involuntaria. Según me habían llegado a informar, se trataba de alguien sumamente importante para los Orlov, más de lo que ella podría llegar a imaginarse. Ni siquiera mi hermano lograría comprender todo lo que envolvía a Elena y la magnitud de su relevancia en toda la historia.

—No lo entenderías —musité al final, volviéndome para mirarle.

—¿Cómo que no? —me instó, molesto.

—Viktor, esto no es lo que piensas —le aseguré al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

Mi hermano dejó ir una sonora carcajada que llenó la habitación, retumbando entre las cuatro paredes. Se dejó caer en el gran butacón que había frente a mí, como si estuviese dispuesto a quedarse hasta obtener una respuesta que le satisficiera.

—Haz el intento, hermano, porque, si te soy sincero, no logro comprenderlo —comentó sin ganas—. ¿Quién es esa mujer para ti? —cuestionó de manera calculadora, midiendo cada palabra—. ¿O es que acaso tiene algo que ver con los Orlov? Porque de ser así, deberías saberlo ya.

La mención de ese nombre hizo que mis músculos se tensaran. Cualquiera en mi lugar hubiera visto a Elena como un simple peón,

una persona desechable que podía ser eliminada sin más. Pero la sola idea de hacerle daño era inconcebible.

—Es más que eso —respondí, sabiendo que estaba al borde de confesar algo que ninguno de mis hermanos conocía—. Elena es un cabo suelto, un vínculo clave con los Orlov. Sabe cosas que podrían —mi voz se apagó mientras pensaba en la magnitud de lo que significaba su presencia— poner en peligro todo por lo que hemos luchado.

Viktor me miró, y esta vez pude ver algo de comprensión en su mirada, cosa que no intentó esconder.

—Un cabo suelto —repitió en voz baja, como si sus propias palabras abrieran un nuevo ángulo—. Entonces, ¿qué haces reteniéndola aquí? —Quiso saber—. Cualquiera en tu lugar, incluso tú mismo en el pasado, la habría eliminado sin pensarlo dos veces, ¿por qué es diferente esta vez?

Me esforcé en encontrar una respuesta lógica, algo que pudiera convencerlo de que esta era la única opción. Pero, en el fondo, sabía que esa no era la verdad completa. Mi deseo por proteger a Elena iba más allá de los Orlov, de la traición o de los secretos que pudiera guardar. Era una obsesión, una necesidad que no lograba controlar.

—Porque ella no es solo un riesgo, Viktor —Mi voz salió más tensa de lo que esperaba, por lo que mi hermano se extrañó—. También es… una pieza clave que nos podría ayudar a vengar a padre —añadí—. Pero mientras esté aquí, está bajo mi protección, y no pienso permitir que se marche.

Viktor exhaló con lentitud y me observó con detenimiento, como si intentase descifrar algo que se escapaba de su comprensión.

—Hermano, estás jugando con fuego —me advirtió al mismo tiempo que se ponía en pie—. Si ella es un cabo suelto, entonces, eres tú quien debe tener el control, y si no puedes manejarlo, lo mejor es que tomes una decisión. Una definitiva.

Sabía que tenía razón, y eso solo avivaba más mi frustración. A pesar de todo era imposible siquiera considerar el alejar a Elena, deshacerme de ella o exponerla. Porque aunque Viktor no lo

comprendiera, ella era mucho más que una pieza clave, era el único fragmento con vida que justificaba mis actos, lo único que podría desestabilizar mi control, y eso era tan peligroso como innegable.

—Solo recuerda algo, Nikolai —empezó a decir, al mismo tiempo que agarraba mi rostro entre sus manos—. No puedes tener a alguien así en tu casa sin esperar que todo lo que has construido se tambalee. Si no controlas tú el juego, será ella quien termine jugando contigo.

Elena

El sonido de la cerradura me arrancó de mis pensamientos, un clic metálico que reverberó en el silencio de la habitación. Levanté la vista justo a tiempo para verlo entrar. Su figura continuaba siendo imponente mientras cruzaba el umbral, con esa seguridad fría y calculada que siempre llevaba consigo. Pero esta vez había algo distinto en su expresión, un brillo en sus ojos que me puso en alerta.

—Vístete —ordenó, lanzándome una prenda sobre la cama sin dar más explicaciones—. Hazlo. Ahora.

8

Elena

Mi mirada se deslizó de él a la ropa: un vestido negro, sencillo, el cual parecía haber sido elegido sin demasiado esmero. No hice ningún movimiento, solo le observé desafiante, esperando que diera alguna explicación o pista sobre sus intenciones. Pero no lo hizo, mantuvo el duelo entre ambos, con la vista fija en la mía, paciente, como si tuviese todo el tiempo del mundo a su favor.

—¿Por qué debería hacerlo? —cuestioné, cruzándome de brazos. A pesar de que la rabia hervía en mi interior, la posibilidad de poder salir del sótano en el que me tenían encerrada era tentadora, aunque sabía que no me daría la libertad tan fácilmente.

—Hoy saldrás de aquí —sonó indiferente, como si todo lo que estábamos viviendo le importase un comino, pero aun así, sus palabras estaban cargadas de certeza, una que provocó que un escalofrío recorriese mi espalda. No era una opción, era una jodida orden.

Permanecí en silencio, sopesando mis opciones, aunque sabía que no tenía demasiadas, era aceptar y salir, o permanecer a saber cuánto tiempo más allí metida. Tomé el vestido entre mis manos y, con la vista baja, me dirigí hacia el bajo sin siquiera mirarle. Cuando cerré la puerta detrás de mí, dejé ir un suspiro cargado de frustración. El espejo reflejaba mi desmejorado rostro, pálido y serio. Unas enormes ojeras se extendían bajo mis ojos, tiñendo mi piel de morado. Apenas dormía, no comía, y lo único que me mantenía en vilo era esperar a que mi captor volviese a por mí.

No me tomó mucho tiempo vestirme, y cuando regresé a la habitación, él ya estaba junto a la puerta, aguardando con esa paciencia imperturbable que tanto me irritaba. El ambiente se tensó

cuando percibí como un impulso eléctrico me recorría en el instante en el que nuestras miradas se cruzaron, y aunque quería romper el silencio con cualquier provocación, algo me dijo que ese no era el momento adecuado para retarlo.

—Vamos —me instó, al mismo tiempo que abría la puerta.

Contuve el aliento cuando di el primer paso para salir de la habitación. ¡Estaba fuera! Recorrimos un largo pasillo que nos llevó a unas oscuras escaleras únicamente alumbradas por pequeñas luces en los laterales. Por un instante, dudé si aquella había sido la mejor decisión, ni siquiera sabía lo que me deparaba el destino en el instante en el que saliese de aquel lugar.

La mansión que había podido intuir desde la pequeña ventana iba cobrando forma mientras él me guiaba por los pasillos largos, iluminados con una luz tenue. Cada rincón parecía exudar el mismo control asfixiante que él imponía. Había silencio, una calma pesada que solo se rompía con el eco de nuestros pasos. A pesar de la opulencia que nos rodeaba, me sentía atrapada, como si cada muro susurrara la certeza de que jamás volvería a salir de allí.

Él se detuvo frente a una puerta de madera oscura, tan grande como imponente, y sin siquiera mirarme, la abrió. Con un ligero movimiento de cabeza me instó a que entrase, una parte de mí dudó si hacerlo, pero sabía que no ganaría nada quedándome allí, así que di el primer paso, con la espalda tensa y la cabeza bien alta. Lo que no esperaba era que cuando pasé junto a él, mi captor posó una de sus grandes manos en la parte baja de mi cintura, acompañando mi movimiento. Todo mi cuerpo se revolucionó sobremanera, tanto que el latir de mi corazón se volvió ensordecedor. Mi respiración era agitada, por lo que me obligué a acompasarla para que no se diese cuenta.

—¿Cómo te llamas? —Quise saber.

No respondió, por lo que me limité a caminar hacia el interior de la habitación. Era amplia, estaba decorada con grandes estanterías repletas de libros, butacones para la lectura y una enorme cama la cual se me antojó de lo más mullida. Pero lo que de verdad capturó

mi atención fueron las vistas de las que se podían disfrutar desde allí. Dos grandes ventanales se abrían al exterior, dejando ver un paisaje amplio y lejano, una extensión de jardines y árboles que parecía rodear la mansión, como un recordatorio de mi aislamiento. La libertad parecía estar al alcance de mi mano y, al mismo tiempo, tan lejos como siempre.

—Disfruta de la vista —apuntó él, aproximándose hasta quedar tan cerca de mi espalda que pude percibir el calor de su cuerpo cerca del mío. Su presencia era como una sombra, firme e inamovible, tan dura que sabía que cualquier posibilidad de escapar era nula.

—¿Esta es tu manera de mostrarme que sigo siendo tu prisionera? —inquirí de manera ruda, más de lo que había planeado. Ni siquiera me volteé parar mirarlo, me limité a fijar mi vista en el paisaje, tratando de ignorar la atracción inexplicable que lograba despertar en mí, incluso en medio de mi rabia.

—Es mi manera de recordarte que ahora soy tu puto mundo. [RR3]—Su respuesta llegó en un susurro apenas audible, tan cerca de mi oreja que pude percibir como todo mi ser se veía sacudido por un escalofrío.

Di un paso hacia el gran ventanal, apoyando una mano en el cristal frío. Sabía que esa libertad que tanto anhelaba estaba fuera de mi alcance, al menos por el momento, pero no podía dejar que él pensara que me había ganado.

—Eso jamás ocurrirá —bisbiseé, esta vez girando sobre mis talones para observarle. Sus ojos se clavaron en los míos, como si pudiese ver más allá de mis palabras, como si cada emoción que trataba de ocultar se viese expuesta ante él.

Avanzó hasta que la distancia entre nosotros desapareció por completo, quedando tan cerca que pude percibir el leve aroma de su perfume, amaderado y dulce, tan envolvente que sentí como me embriagaba.

—Eso, Elena, es lo que lo hace tan interesante. —Alzó su mano y rozó un mechón de mi cabello, apartándolo de mi rostro con un

gesto tan suave que no coincidía con la intensidad de su mirada—. Porque, al final, no es cuestión de si en algún momento te quebrarás, sino de cuándo.

Su proximidad me perturbaba, tanto que quise apartarme de él, pero mi cuerpo no respondió, atrapado en esa cercanía que había llegado a conocer tan bien. Podía sentir la promesa de cada una de sus palabras, el desafío latente en cada movimiento, y sin saber por qué, una parte de mí se negaba a retroceder.

—Sigue esperando entonces —sentencié, dejando que mi voz sonase tan firme como me permitieron mis fuerzas.

Él me observó para, segundos después, esbozar una sonrisa ladina que acompañaba a la perversión que emanaba de sus ojos.

—No sabes cuánto me gustan los retos —juró, como si aquello le divirtiese cada vez más.

Dio un paso atrás, dejando que la distancia entre ambos se instaurase de nuevo. Percibí como el aire volvía a llenar mis pulmones, como si, sin su cercanía, pudiese recuperar un poco el control de mí misma.

—Mi nombre es Nikolai Romanov.

Antes de que pudiese decir nada más, salió por la enorme puerta por la que habíamos entrado, dejándome completamente sola.

«Nikolai», repetí para mis adentros. Me llevé una mano al pecho, percibiendo como mi corazón se relajaba y, aunque me sentí bien, sabía que esto solo era el principio de algo que ni siquiera llegaba a comprender.

9

Nikolai

La luz se filtraba de manera débil a través de las gruesas cortinas del despacho, el cual estaba anexo a la habitación en la que había dejado a Elena el día anterior. Apenas había ruido, excepto el sonido de mis dedos tamborileando el borde del escritorio, al mismo tiempo que mi mente repasaba la información que Igor, mi mano derecha, acababa de entregarme. Los Orlov estaban haciendo movimientos en la sombra, reorganizando sus contactos y, peor aún, movilizando sus recursos en lo que parecía un intento desesperado por enfrentarse a nosotros.

—Malditos sean… —murmuré, perdiendo la paciencia por segundos.

Le di un largo trago a mi whisky. Estaba acostumbrado a las amenazas externas, a los movimientos de enemigos que buscaban ganar terreno a costa de lo que mi familia había construido, y es que desde la muerte de nuestro padre todo se había vuelto un caos que no había dejado de reconstruir con el paso de los meses. Pero esta vez era diferente. Había algo mucho más importante en juego, una pieza clave que no podía permitir que tomasen, algo que no podía arriesgar: Elena.

Volví a centrar la mirada en la hoja de papel que había dejado Igor sobre el escritorio. Las informaciones eran claras, las rutas de distribución estaban siendo alteradas, y varios de nuestros negocios empezaban a presentar problemas que nunca antes habían tenido. Debíamos tomar parte en el asunto, por lo que ordené a Igor que movilizase a nuestros hombres. Debíamos cubrirnos las espaldas. Los Orlov no solo nos desafiaban; estaban jugando una partida de alto riesgo, como si tuvieran algo o alguien que pudiese debilitarnos.

Con un suspiro contenido, apreté los puños. La imagen de Elena atrapada en esta lucha sin siquiera imaginar su magnitud flotó en mi mente. Estaba metida en una guerra que no le correspondía, una a la que se le había atribuido un premio tan grande que nadie lograría comprender. ¿Qué tan lejos estaba dispuesto a ir para asegurarme de que ella permaneciera a salvo? La respuesta era tan clara como perturbadora. Tenía la decisión tomada desde hacía demasiado tiempo, y eso me inquietaba sobremanera: llegaría al final, y quemaría el mundo entero si fuese necesario.

Alguien golpeó la puerta dos veces. a lo que respondí con un simple «adelante» que resonó en la habitación. La puerta se abrió con lentitud, y Viktor entró en silencio. Su expresión era seria, tenía el rostro avinagrado y su ceño se fruncía con tanta fuerza que creí que en cualquier momento se convertiría en nuestro padre. Sus brazos se cruzaban sobre su pecho, estaba molesto porque todo lo que concernía a nuestra familia era importante.

—¿Has visto lo de esos hijos de puta? —escupió sin rodeos.

Durante años, la guerra entre los Romanov y los Orlov había sido implacable y despiadada. Los enfrentamientos no se limitaban a golpes directos, sino que se libraban en las sombras, en cada negocio, alianza y traición. Mi familia siempre había prevalecido, perdiendo a decenas de hombres por el camino, emergiendo como vencedores a pesar de las tácticas sucias de esos malnacidos. La historia de ambos clanes estaba manchada de sangre y rivalidad, pero hasta ahora, ningún intento de los Orlov había logrado quebrar la estructura de poder de mi familia, salvo por la muerte de mi padre Vasily. Era una jodida batalla constante, una danza peligrosa, y aunque siempre nos manteníamos en pie, esta vez, el peligro que se cernía sobre nosotros era distinto, complejo y despiadado.

—Lo he visto —aseguré, sin apartar la vista del documento—. Los Orlov están cerca, intentan arrastrarnos hacia una guerra, y… —Hice una pausa. Dudaba si decir lo que rondaba mi mente— creo que sospechan que tengo a Elena.

Viktor dejó ir un profundo bufido, un sonido seco y brusco, al mismo tiempo que se dejaba caer sobre el butacón que había frente a mi escritorio, y sacaba un cigarro de la cajita de madera que había sobre este.

—¿Y qué cojones esperabas? —inquirió—. La mantienes aquí encerrada, como si fuera un tesoro que nadie más debe ver —continuó—. Esto, hermano, no es normal en ti. —Se acercó por encima de la mesa, y su mirada cargada de reproches me traspasó —. ¿Quién es ella para ti?

Mi mandíbula se tensó al escuchar la pregunta. Ni siquiera yo podía responder con claridad, pero la idea de dejarla desprotegida, de permitir que los Orlov pudieran siquiera acercarse a ella, me repugnaba.

Lo que nadie sabía y lo que no me atrevería a confesar jamás era que la había vigilado personalmente durante meses antes de ordenar su secuestro. No era cuestión de estrategia; Elena se había convertido en una presencia constante en mi mente mucho antes de que cruzara las puertas de la mansión. La había visto vivir rodeada de amistades que la querían, disfrutar de una noche bailando, de desayunar cruasanes recién hechos, o emocionarse con un ramo de flores. Joder… Yo mismo había enviado esas putas flores. Bufé. Elena me había atrapado con esa manera tan suya de ser, había conseguido que una parte de mí carente de emociones se volviese adicto a esa manera de vivir. Cada movimiento suyo se había vuelto una obsesión de la que no lograba deshacerme. Me decía a mí mismo que solo era precaución, una medida necesaria para controlar a los Orlov. Pero en el fondo sabía que la verdad era otra. Ella se había convertido en algo más, en una debilidad peligrosa, una que ni Viktor ni el resto del mundo lograrían comprender.

—Ya te lo dije —me limité a responder—. Es una pieza importante, Viktor. Lo sabes. Los Orlov nos la jugaron hace tiempo, Sergei era solo un peón; Elena está aquí para asegurarme de tener a esos hijos de puta cogidos por los huevos.

En cierto modo así era. Elena escondía un pasado que ni siquiera ella conocía, pero que yo me había encargado de averiguar hasta el último de los detalles.

—¿Eso es todo? —cuestionó—. ¿O acaso se trata de algo más?

No respondí de inmediato. Mi hermano conocía mis debilidades mejor que nadie, y sus palabras me desarmaron más de lo que estaba dispuesto a admitir. Él, en su brutal honestidad, me enfrentaba a la verdad que me negaba a ver: que cada día, cada segundo que Elena pasaba en mi vida, sentía como mi control y mis planes se desmoronaban un poco más.

—No tengo que justificarme —respondí todo lo serio que pude—. Lo que importa es que ella está segura aquí, bajo mi protección y lejos del alcance de los Orlov.

Viktor asintió con lentitud, aunque su expresión me dejó ver que no estaba del todo convencido.

—Tarde o temprano tendrás que decidir qué es más importante, hermanito —aseguró en voz baja—: La seguridad de Elena o la guerra contra los Orlov.

Su advertencia quedó flotando en el aire cuando salió de la habitación, dejándome solo con mis pensamientos. Las palabras de mi hermano reverberaron en mi mente, una furia controlada empezó a arder en mi pecho. No iba a permitir que los Orlov la tocaran, ni que el peligro se acercase a ella. Haría lo que fuese necesario.

Me levanté, caminando hacia la ventana que daba al jardín. Desde allí podía ver la pequeña sala donde, en unos minutos, Elena desayunaría, una «libertad» vigilada que le otorgaba solo para mantenerla segura. La idea de que alguien más pudiera amenazar ese pequeño espacio de paz que le había dado me irritaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Ella apareció, caminando con la cabeza en alto, acompañada del servicio, aunque sus movimientos mostraban una sutil rigidez, un recuerdo constante de que estaba atrapada en un juego que no comprendía. Se sentó y comenzó a servirse el desayuno, con esa mezcla de desafío y resistencia que no dejaba de fascinarme.

Apreté las manos en forma de puños, sintiendo una punzada de rabia y una creciente necesidad de estar con ella que superaba cualquier otro impulso. Si los Orlov querían una guerra, la tendrían. Y esta vez, no dejaría ni un puto cabo suelto.

10

Elena

Varios días más tarde.

No sabía cuánto tiempo llevaba en la mansión, ni siquiera desde cuándo no veía a ese tal Nikolai que se suponía que era mi captor, si es que ese era su verdadero nombre. Los días pasaban con una lentitud aplastante, como si al reloj le pesase cada segundo en el que tenía que mover la manecilla. Cada mañana a la misma hora me venía a buscar el servicio, el mismo que me traía la comida al mediodía y la cena cada noche. Se limitaban a hacer su trabajo, ni siquiera me miraban a los ojos, cosa que en cierto modo, agradecí. Al principio me frustraba desear pedirles ayuda y ver que lo único que recibía era silencio. Por suerte, o por desgracia, desde bien pequeña había amado la lectura, por lo que pasaba el tiempo enfrascada en las novelas antiguas que se extendían por las grandes estanterías de la habitación que regentaba, o más bien, en la que me encerraban cada mañana.

La puerta de la habitación se abrió con el crujido metálico habitual. Uno de los guardias me indicó, con una inclinación de cabeza, que podía salir. No dijo nada más, pero la orden estaba clara. Mi «libertad» seguía siendo condicional y aunque el jardín estaba a unos pocos pasos, la sensación de poder estirar las piernas en un lugar abierto me parecía un lujo que jamás creí que tendría cuando llegué a la casona.

Caminé por el largo pasillo que nos conducía a las escaleras principales. Por un instante me permití observar todo lo que me rodeaba. El sonido de mis pasos resonaba en el mármol pulido mientras descendía por las escaleras, sintiendo la fría barandilla bajo

mis dedos. Cada escalón parecía arrastrar una parte de mi espíritu y, por un momento, me detuve, contemplando el entorno con una pizca de resignación y asombro. Las paredes a mi alrededor se erguían cubiertas por un elegante papel tapiz en tonos oscuros y dorados, proyectando una sensación de opulencia sofocante, como si el mismo espacio conspirara para recordarme que este lugar era tanto un palacio como una prisión.

Cuadros antiguos, con marcos de oro gastado, adornaban los muros, mostrando escenas de caza y paisajes olvidados, que en otro contexto, podrían haberme fascinado. Aquí, sin embargo, parecían mirarme con la misma indiferencia que los guardias que siempre vigilaban mis movimientos. Las lámparas de cristal colgaban de los altos techos, desprendiendo una luz tenue que apenas lograba atravesar la penumbra que envolvía los pasillos. Era como si la mansión entera estuviese diseñada para envolver a sus habitantes en sombras. Antes de salir, giré sobre mí misma, encontrándome de cara con el guardia.

—Me preguntaba si podría… —empecé a decir.

El hombre alzó la mano, instándome a que guardase silencio, y una parte de mí quiso gritar a los cuatro vientos que odiaba estar en aquel maldito lugar. Rebufé cabreada, no tenía otro remedio que acatar las órdenes que Nikolai había impuesto para mí sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

Respiré hondo en cuanto crucé el umbral y sentí el aire fresco en mi piel. El jardín, en contraste con el resto de la mansión, era un espacio de paz. Los altos setos y las flores estaban cortadas y dispuestas con sumo cuidado, al mismo tiempo que le daba un toque de vida y belleza a un mundo que, para mí, no era más que oscuridad y putrefacción.

El guardia se quedó atrás, y es que a pesar de que ninguno emitía palabra alguna, siempre estaban observando, como cámaras de vigilancia. No supe si el peligro era yo, que me escapase, o que alguien pudiese querer entrar en la mansión para hacerme daño. Si Nikolai me estaba encerrando en un lugar como aquel, tan cerca de

él, debía ser por alguna razón. Me negaba a pesar que fuese un mero capricho. Lo que no llegaba a comprender era qué demonios tenía yo para que él estuviese interesado en mí.

Una parte de mí deseaba confrontarse, gritarle a los cuatro vientos que fuese racional, que me dejase marchar, o al menos que me dijese la verdad para comprender el porqué de toda la situación. Me mataba elucubrar en cientos de teorías erróneas que lo único que hacían era alimentar mi rencor hacia él.

Me sentía confusa porque, a pesar de todo, algo en mi interior reaccionaba ante Nikolai. Era como una pequeña chispa, un destello tan ardiente como el infierno y, aunque sabía que debía poner distancia para no quemarme, una voz me rogaba que me prendiese en llamas, dejándome llevar por esa sensación de peligro constante tan adictiva que rodeaba a Nikolai. Porque, joder, le deseaba y odiaba con todo mi corazón cada sensación que provocaba en mi cuerpo, la manera en la que reaccionaba tan solo a su maldita presencia, o el retumbar ensordecedor en mi pecho cuando sentía su mirada fija en la mía.

Un par de pasos más y llegué a una mesa pequeña con una bandeja de desayuno preparada: té, frutas y un par de tostadas. Me dejé caer, intentando mantener la compostura mientras percibía la vigilancia constante de los guardias que me rodeaban, cada uno de ellos listo para intervenir ante cualquier movimiento que pudiera considerar sospechoso.

No podía verlo, pero sabía que Nikolai también estaba allí. No en el jardín, claro, pero su presencia se sentía en el aire, tan pesada como si fuera una sombra proyectándose sobre mí desde su despacho. Una extraña punzada de ira me recorrió. Odiaba percatarme de que estaba allí, sentir su mirada en mí y el control que ejercía sin que nadie pudiese hacer nada por evitarlo.

Tomé una tazada de té y, con el gesto más calmado que pude, bebí un sorbo, permitiendo que el calor entrase en mi cuerpo. Siempre me había gustado el té por encima del café, aunque sabía que era mucho menos común, por lo que me sorprendió el hecho de

que en la bandeja hubiesen preparado todas las mañanas la infusión que tanto me gustaba. Observé en la lejanía cómo en el horizonte el cielo y los árboles se fundían para crear una estampa preciosa que destacaba sobre el infierno que estaba viviendo.

Mientras, mi mente continuaba con sus divagaciones. Mis pensamientos estaban atrapados en el recuerdo de la última vez que lo vi, la intensidad de su mirada y el extraño control que parecía ejercer sobre cada poro de mi piel. Me gustara no, él estaba en cada rincón de ese lugar, en cada aliento de «libertad» que se me permitía. Lo que no comprendía era cómo podía hablarme con tanta frialdad, pero después me llevaba a una de las mejores habitaciones de la casa, permitiéndome salir al jardín y disfrutar de comida deliciosa. Eso no hacía más que recordarme que, a pesar de estar al aire libre, seguía atrapada en su red.

Nikolai

Desde la ventana de mi despacho observaba cada uno de sus movimientos. Elena estaba sentada con la cabeza erguida, pero podía ver en la rigidez de sus hombros que no se sentía tan libre como pretendía mostrar. Me preguntaba qué pasaba por su mente, si pensaba en escapar, en deshacerse de mis guardias, en desafiarme una vez más. La idea de su resistencia me arrancó una sonrisa, pero solo por un instante.

Era como un enigma, uno que no lograba descifrar del todo. La había estudiado, observado en su vida cotidiana antes de traerla, pero nada de eso parecía suficiente ahora. Había algo en ella, algo que superaba la información que tenía y que ni siquiera mi vigilancia constante parecía poder desentrañar. Su desafío, su orgullo… Cada uno de esos rasgos que deberían irritarme, en realidad me fascinaban.

Vigilé como un furtivo cómo tomaba el té, la forma en la que controlaba cada uno de sus gestos mientras se comía las piezas de fruta, sabiéndose observada. Elena era distinta a todas las mujeres que hubiese conocido jamás, y ese era el mayor de mis problemas, ya que de ser alguien común, pasaba a ser alguien extraordinario, alguien por quien perder la cabeza.

Mientras me fijaba en ella, sentí esa chispa de necesidad arder en mí de nuevo, de protegerla y asegurarme que nadie la tocara, que ningún peligro llegase a alcanzarla… Incluso si ese peligro era yo mismo.

11

Nikolai

Había pasado los dos últimos días encerrado en mi despacho, intentando sofocar la tormenta que Elena había desatado en mí. La forma en que me desafiaba, la fuerza con la que intentaba resistirse… era un fuego que, en lugar de extinguirse, solo lograba avivarse más con cada intención, por lo que había decidido mantenerme alejado de ella. Sabía que estaba perdiendo este juego, que la obsesión que sentía por Elena era mucho más profunda que cualquier estrategia de venganza. Pero, maldita sea, no podía apartarla de mi mente.

Di una larga calada al cigarrillo que sostenía entre mis dedos, permitiendo que el humo llenara mis pulmones antes de exhalar con lentitud. Fuera, el sol comenzaba a descender, sumiendo los jardines en una penumbra dorada. Había permitido que Elena saliese a tomar el aire esa tarde, por lo que la podía ver sentada en la pequeña mesa de jardín, con la espalda erguida y la cabeza alta, como si su simple presencia pudiera desafiar todo aquel que osara acercarse.

Era momento de confrontarla, de hacerle entender que su pequeño gran acto de rebeldía, el golpe que me propinó, no iba a quedarse sin consecuencias.

Apagué el cigarrillo en el cenicero y me dirigí hacia la puerta con pasos firmes. Mis hombres se apartaron en cuanto me vieron salir del despacho. Estaba malhumorado, y eso podía percibirlo cualquiera, incluso ellos, por lo que no osaron detenerme en ese estado. Bajé las escaleras con rapidez, cruzando el gran salón con determinación. No tardé en llegar al jardín, donde Elena permanecía sentada, observando la puesta de sol, aparentemente ajena a mi presencia.

Elena

Sabía que me observaba desde el instante en el que había puesto un pie en el jardín. Había sentido su presencia durante todo el día, como una sombra constante dispuesta a engullirme. Aunque no podía verlo, sabía que estaba ahí. Era como si su mirada tuviera el poder de recorrerme la piel, como un escalofrío, despertando una inquietud que no lograba sofocar.

El sonido de las piedrecitas bajo sus pies me alertaron. Podía escucharle acercarse, rompiendo el breve respiro de tranquilidad en el que estaba sumida. Alcé la vista y allí estaba él, acercándose con ese andar seguro y controlado que tanto detestaba. Nikolai se detuvo justo frente a mí, bloqueando la última luz del sol con su imponente figura. Por un instante, solo deseé que se diese la vuelta y se marchase por donde había venido, pero sabía que eso no ocurriría.

—¿Disfrutando de la libertad, Elena? —preguntó con la voz baja y controlada, sin permitirme entrever ninguna emoción.

No respondí de inmediato. En cambio, me forcé a mantener la mirada fija en mi taza de té, negándome a ceder ante aquello que él tanto quería. Su cercanía era imposible de ignorar, pero al ver que ni siquiera le prestaba atención, se acercó más, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que su sombra cubrió la mesa.

—¿Ahora vienes a vigilarme en persona? —inquirí—. ¿No es suficiente con tus guardias, tus cámaras y que no dejes de observarme desde la ventana? —repliqué, enrabietada, pidiéndole explicaciones de algo que sabía que a él no le importaba.

Sin mediar palabra, tomó asiento frente a mí, fijando sus ojos grises en los míos con tanta intensidad que se me antojó que podría desentrañar cada pensamiento que cruzaba mi mente.

—Quiero asegurarme de que entiendes que esto no es un juego —murmuró al final—. Tu bienestar es mi prioridad, aunque tú no lo comprendas.

Esa última frase me hizo estallar, provocando que me levantase como un resorte de la silla, haciendo que esta rechinase contra el suelo, golpeando la mesa. La frustración que había reprimido durante días se desbordaba.

—¡No entiendes nada, Nikolai! —Alcé la voz, incapaz de contenerme más—. Me mantienes encerrada como si fuera una prisionera, me controlas cada segundo, me llevas al borde del ataque de ansiedad, y luego me das pequeñas libertades como si fueran jodidas limosnas —añadí, sintiendo como poco a poco todo mi ser empezaba a romperse—. ¡No sé qué demonios estás haciendo conmigo!

Su expresión no cambió, ni siquiera parpadeó. Nada. Permaneció allí, sentado, observándome con esos ojos que parecían vacíos y al mismo tiempo llenos. Esa calma fría y distante me enfureció aún más. Mi respiración se había vuelto agitada, más de lo que estaban siendo mis pensamientos, que iban para allá y para acá, sin que pudiese hacer nada por detenerlos. Sin pensarlo ni un solo instante, y rebufando como un animal, alcé la mano y crucé su cara, provocando que el tortazo resonase en el jardín.

—Te cuido porque es necesario —respondió con una tranquilidad que me sacó de quicio aún más—. Pero no esperes que te deje ir, no mientras las amenazas sigan vigentes.

—¿Cuidarme? —Solté una carcajada amarga—. ¿Esto es tu idea de protección? —inquirí—. Encerrarme, manipularme, hacerme sentir como si no tuviera control sobre nada en mi vida… Me has arruinado la existencia, Nikolai —aseguré—, eso es lo que has hecho.

Con una tranquilidad que no creí que vería en él, se levantó, acortando la distancia entre nosotros con un solo paso. Su presencia era abrumadora. Nuestros cuerpos estaban tan cerca que podía sentir el calor irradiar, colándose en el mío. Pero sus ojos seguían tan fríos como el acero.

—Sí, Elena —susurró, inclinándose lo suficiente como para que solo yo pudiera escucharlo—. Porque es la única manera de mantenerte a salvo, y si eso significa que me odies, que nunca entiendas lo que hago… entonces lo aceptaré.

—No tienes ni puta idea —musité.

—No voy a dejar que nadie te toque, Elena. —Su voz fue apenas un murmullo, sus labios rozaron mi oído. Cada palabra era como una promesa oscura, una sentencia que no podía ignorar—. Aunque tenga que quemar el mundo entero para protegerte.

Me quedé en silencio, incapaz de responder, atrapada entre la furia y la confusión que tomaban el control de todo mi ser. Sus palabras resonaron en mi mente, dejándome con una sensación de vacío que no podía llenar. ¿Por qué me importaba tanto lo que él sintiera? ¿Por qué no podía simplemente dejarme odiarlo?

Nikolai me observó un segundo más, su mirada era intensa y calculadora, pero antes de que pudiese dar un paso atrás, enterró sus dedos en el nacimiento de mi cabello, tirando de él lo suficiente como para que alzase el rostro.

—Ni se te ocurra volver a levantarme la voz o siquiera tocarme —siseó, provocando que esa amenaza se quedase grabada en mi cabeza.

El corazón me latía frenético, pero esta vez no fue por miedo. Había algo en su voz, la manera en la que me sostenía, que despertaba algo que no deseaba admitir. Fue entonces cuando todo mi ser se prendió en llamas, y no pude hacer nada más que boquear como un pez fuera del agua, sin saber siquiera qué decir. Nikolai me confundía, era como si una parte de él de verdad fuese bondadosa, pero hubiese otra perversa, capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir lo que tanto ansiaba. Tal vez esa fuese la belleza de su naturaleza, el bien y el mal en un solo ser.

—Disfruta de mi jardín —murmuró tan cerca de mi oído que pude notar como cada una de sus palabras se deslizaba por mi interior, soltándome, dando un paso hacia atrás, rompiendo ese hechizo que

existía cuando estábamos juntos—. Aprovecha la libertad mientras puedas.

Y con eso, se alejó, dejando un vacío insoportable a su paso. Mi mente era un torbellino de emociones. No comprendía a ese hombre, el porqué de esa obsesión, pero lo que era aún peor, no entendía por qué una parte de mí deseaba que no se alejara. A pesar de que sentía su presencia clavada en mi piel como una herida que es imposible sanar.

12

Elena

El silencio en la mansión era incluso opresivo. Estaba tumbada en la cama, mirando el techo, mientras intentaba darle sentido a todo lo que ocurría. Después de nuestro encuentro en el jardín, había pasado las últimas horas encerrada en la habitación, una vez más. Nikolai continuaba siendo un enigma que me consumía, y su presencia llenaba cada rincón de mi mente, aunque no estuviese conmigo.

El sonido de la puerta abriéndose me sacó de mis pensamientos, por lo que no pude evitar levantarme sobresaltada. Nikolai entró con esa calma implacable que lo caracterizaba, cerrando la puerta tras de sí, con un clic que resonó en la habitación. Sus ojos grises me atravesaron y, por un instante, sentí que me faltaba el aire.

—¿Por qué vuelves? —inquirí, poniéndome en pie como si un resorte me hubiese impulsado.

No soportaba esa mirada suya, la manera en la que parecía diseccionarme sin decir una sola palabra.

Él no respondió de inmediato. En lugar de eso, avanzó hacia mí, felino, dando pasos controlados y firmes. Todo en él era una contradicción: una amenaza constante envuelta en una calma glacial.

—Uno de mis hombres mencionó que intentaste hablar con él esta mañana —comentó, deteniéndose a solo un paso de mí.

—¿Qué? —parpadeé, confundida. Apenas me había permitido hablar, ¿cómo iba a comunicarme con él? La intensidad de su mirada provocó que mis piernas cimbreasen y el corazón se desbocase en mi pecho.

—No juegues conmigo, Elena —murmuró, acortando la distancia que quedaba entre ambos de tal manera que pude sentir el calor de

su respiración contra la mía.

El corazón me latía con fuerza, podía percibir la adrenalina correr por mis venas, y aunque una parte de mí continuaba luchando por salir de allí, sabía que sus anteriores amenazas no estaban vacías de peligro.

—No pretendo escapar, Nikolai —me excusé, obligándome a mantenerle la mirada—. No sé qué es lo que te han dicho tus hombres, pero…

—Oh, querida… Ni se te ocurra intentarlo de nuevo —aseguró al mismo tiempo que paseaba uno de sus dedos por mi mejilla, apartando el mechón rebelde que caía por mi rostro—, deja de mentir. Ya te advertí en el jardín, pero parece que te gusta demasiado desobedecerme.

Mi sangre se heló con cada una de sus palabras. Una de mis manos se fue hacia atrás, agarrándose con fuerza a la estructura de la cama, como si fuese lo único capaz de mantenerme en pie.

—¿Y qué vas a hacer ahora, Nikolai? —repliqué, percibiendo como el retumbar en mi pecho era aún mayor.

Él no respondió de inmediato, sino que se acercó un poco más para invadir mi espacio personal, hasta que pude sentir el calor de su cuerpo. Mi respiración se tornó descontrolada, pero no me atreví siquiera a apartarme. No quería darle la satisfacción de saber cuánto me afectaba su proximidad. Por un instante me permití el lujo de observarle, deleitándome con el hombre que tenía frente a mí. Porque sí, no iba negarlo, Nikolai era tan atractivo que dolía, tanto que parecía haber sido creado por los dioses. Mis ojos se fijaron en los suyos, grises como el acero, enmarcados con largas pestañas que resaltaban aún más la claridad de esos. Parte de su rostro estaba cubierto con una fina barba, que no tenía cuando llegué, por lo que podía recordar la manera en la que su mandíbula se marcaba cada vez que algo le molestaba. Joder, era guapo a rabiar. Algo en mí deseó enredar mis dedos en su tupé tan bien peinado, en ese cabello oscuro como la noche, y como, probablemente, su maldita alma.

De repente, sus manos se posaron en mi cintura, sus dedos largos y fuertes me agarraban con una firmeza que no dejaba lugar a dudas sobre quién tenía el control. Mi piel ardió bajo su toque, y una oleada de confusión me recorrió de pies a cabeza. Un impulso eléctrico se deslizó hasta la parte baja de mi vientre y provocó que todo mi ser se prendiese en llamas. ¿Qué demonios me estaba ocurriendo?

—Has demostrado que necesitas recordar quién está al mando —murmuró en voz tan baja que apenas fue un susurro.

Antes de que pudiese procesar sus palabras, me agarró, para colocarme sobre la cama con una brusquedad que no supe si era movida por la rabia o por el más puro deseo. Sus ojos brillaron lujuriosos, y fue entonces cuando supe que Nikolai sentía lo mismo que yo, una contradicción incesante. El calor de su cuerpo me aprisionó mientras sus manos envolvían mis muñecas, sujetándolas por encima de mi cabeza. Forcejeé tanto como pude, pero lo único para lo que me sirvió fue para ver que su agarre era implacable.

—Esto es un castigo, Elena —susurró con los labios tan cerca de mí que pude percibir el calor de su aliento recorrer mi cuello—. Pero no uno que te deje marcas en la piel —añadió, y pude ver como se deleitaba con mi expresión—. No, esta vez voy a dejarte una marca que no puedas olvidar.

Mi cuerpo me traicionó cuando sus labios rozaron mi piel. Apenas un toque fue suficiente para que mi respiración se volviese errática. Mi sexo ardió. Estaba tan terriblemente cerca y al mismo tiempo tan lejos que el simple roce de su cuerpo contra el mío era torturador.

—¿Eso es lo que quieres, Nikolai? —logré decir con la voz estrangulada. Intentaba mantener la firmeza, pero la forma en la que su cuerpo presionaba el mío hacía que mis pensamientos se volviesen confusos—. ¿Demostrarme que tienes el control?

Su respuesta fue una risa baja, oscura y peligrosa que se grabó en mi memoria. Sus labios se deslizaron con lentitud por mi mandíbula, sin llegar a besarme en ningún momento, pero lo suficientemente cerca como para que todo mi cuerpo se tensara.

—¿No es esto lo que te gusta? —murmuró contra mi piel, y se deslizó hasta llegar a mi boca—. Desafiarme solo para que te demuestre que no tienes escapatoria.

Sus palabras sonaron como un jodido veneno del que estaba dispuesta a beber. No comprendía qué era lo que rodeaba a Nikolai, qué era lo que provocaba que todo mi cuerpo respondiese a su cercanía de una manera que me horrorizaba y confundía a partes iguales. Había algo en él, un magnetismo que me instaba a desear algo mucho más grande de lo que tenía. Traté de apartar la cabeza lo suficiente como para que sus labios se despegaran de mi piel, pero de nada sirvió, ya que él apretó sus manos alrededor de mis muñecas, provocando que apenas pudiese alejarme, sujetándome con una facilidad insultante.

—¿Sabes cuál es tu problema, Elena? —murmuró, y pude ver cómo sus ojos ardían con una intensidad que no había visto jamás en nadie—. No es que no me entiendas, sino que no quieres entender por qué no puedo dejarte ir.

Mis labios se entreabrieron, sintiendo como el aire apenas me llegaba, intentando decir algo que se atascó en mi garganta. Antes de que pudiese siquiera articular palabra, Nikolai pasó su lengua sobre mis labios para, segundos después, besarme con una ferocidad devastadora, hambriento, suplicante. Era como si quisiera consumir cada pensamiento que cruzaba mi mente para deshacerse de las dudas, reemplazándolos con la certeza de que jamás me ocurriría nada. Mi primer instinto fue resistirme, a pesar de que una parte de mí deseaba dejarse llevar, pero la manera en la que sus labios se movían sobre los míos, la forma en la que su cuerpo me mantenía atrapada… Todo jugaba en mi contra.

Ahogué un gemido cuando percibí que su miembro se clavaba contra mi sexo, y por primera vez, le devolví el beso con un ansia sobrenatural, una que ni siquiera sabía que guardaba. Nikolai sonrió contra mi boca de manera perversa, para apartarse de mí, respirando de manera agitada. Sus ojos se habían tornado tan oscuros que pude sentir cómo me desnudaban con una fiereza

sobrenatural, como si en su mente todo hubiese ido a más. Su agarre en mis muñecas se relajó, pero no lo suficiente como para liberarme.

—Recuerda esto, querida —musitó amenazante—. Podría hacerte suplicar si así lo quisiera —aseguró al mismo tiempo que una de sus manos se deslizaba hacia mi sexo—. Mira cómo estás —gruñó al percibir mi humedad, apretando la mandíbula con tanta fuerza que creí que sus muelas saltarían de un momento a otro—. Podría hacerte suplicar, pero prefiero que sigas luchando —repitió—, me pone más cuando me desafías, pero nunca olvides que cada vez que lo hagas seré yo quien gane.

Y con eso, me soltó con brusquedad, como si aquellos últimos segundos su piel hubiese ardido pegada a la mía. Permanecí allí tumbada, notando el retumbar en mi pecho, mientras intentaba procesar lo que acababa de ocurrir. Antes de que pudiese recuperar el aliento siquiera, escuché como la puerta se cerraba a su espalda, dejándome con la mente turbada y llena de dudas.

Estaba temblando, no solo por ira, sino por una emoción que no había vivido nunca antes. Porque, a pesar de todo, la forma en la que sus labios habían reclamado los míos, la manera en la que me había sujetado como si fuese suya… Había despertado algo en mí que no podía apagar. Deseaba más, y aunque me odié por ello, supe en aquel preciso instante que ya no había marcha atrás.

13

Nikolai

La puerta se cerró detrás de mí con un golpe seco que resonó por todo el pasillo, como el eco de mis pensamientos acusatorios, esos que no dejaban de torturarme por lo que acababa de ocurrir. Me obligué a caminar lejos de su habitación, esforzándome por avanzar para no dar la vuelta y regresar a ella. Había llegado demasiado lejos esta vez, más de lo que creí que lo haría jamás. Sentir su cuerpo temblar bajo mis manos, escuchar sus jadeos y la manera en la que sus ojos brillaban repletos de lujuria… Dios, había estado al borde de perder el control por completo.

Me apoyé contra la pared, pasando una mano por mi rostro en un intento desesperado por mantener la compostura. No debería haberla besado, no de esa forma. Era un error dejar que mis emociones interfirieran, pero cada vez que estaba cerca de ella, todo se desmoronaba. Había pasado años perfeccionando mi capacidad para ser indiferente ante el resto, pero con Elena, esa fachada se resquebrajaba como si nunca hubiese existido.

Apreté los dientes, sintiendo la furia burbujear en mi interior. Necesitaba controlarla, protegerla. Maldita sea, también la deseaba de una forma que me consumía por dentro, y no podía permitir que esa debilidad me distrajera, no con la inminente guerra que los Orlov estaban preparando.

Con un gruñido bajo, me obligué a regresar al despacho. Necesitaba un respiro, un momento para enfocarme en lo que de verdad importaba: aniquilar a los Orlov antes de que fuese demasiado tarde. Nada más entrar, me serví un vaso de whiskey y me lo bebí de un solo trago, intentando borrar lo que acababa de ocurrir.

Viktor entró al despacho sin apenas llamar, por lo que lo fulminé con la mirada, ¿es que acaso no recordaba los modales que nos habían inculcado desde bien pequeños? Bufé, sirviéndome otra copa, y me dejé caer en el butacón.

—¿Qué demonios quieres? —inquirí mosqueado.

—Lo que te haya hecho esa muchachita no es asunto mío —espetó, a sabiendas de que me molestaría—. Igor y Mikhail acaban de llegar —me informó, tomando asiento, sin siquiera aguardar a que le diese permiso.

—Habla —le insté con pocas ganas.

Por su gesto, sabía que las noticias que traían no eran del todo buenas, por lo que no pude evitar sentir como un resquemor empezaba a nacer en mi estómago.

—Están empezando a tocarnos las narices, hermano —aseguró Viktor con desgana.

Con un ligero movimiento de cabeza, le insté a que hablase, pero en vez de hacerlo, se encendió un cigarrillo al que le dio una larga calada con la que se llenó los pulmones. Aguardé, dándole un sorbo a mi bebida, permitiendo que el líquido ambarino se deslizase por mi garganta.

—Durante la última semana, varios camiones de distribución han sido interceptados en puntos estratégicos —comentó—. Nos han jodido en el puto mercado negro, Nikolai.

—¿Cómo cojones ha podido pasar algo así? —inquirí, esperando una respuesta que sabía que no me iba a gustar.

Me pasé una mano por el cabello, al mismo tiempo que cabeceaba en señal negativa, no me podía creer lo que escuchaba. Esos cabrones estaban tocándome las pelotas más de lo permitido, y no iba a dejar que eso siguiese así.

—Los hombres de Ivan han comenzado a sobornar a algunos de los empleados de las aduanas y controles —musitó—. Están desviando el tráfico hacia algún lugar que desconocemos, ya que hemos perdido la localización de los camiones.

—¡Me deben lealtad, joder! ¡Para algo les pago a esos hijos de puta! —bramé, golpeando con fuerza la mesa.

Como impedido por un resorte, me levanté, cogiendo el vaso conmigo y dándole un largo sorbo con el que me terminé todo su contenido. Miré por la ventana, la noche había caído sobre el palacete, y algo me decía que todo en lo que estábamos envueltos iba a cambiar de la noche a la mañana.

—Quiero que vayas allí y los mates a todos —le insté enfurecido.

Lo que no sabía era si estaba más cabreado por lo que acababa de confesarme mi hermano o por el hecho de que la imagen de Elena seguía flotando en mi mente, tentándome como una maldita droga en la que no podía dejar de pensar.

—Pero, Nikolai…

—¡Hazlo y punto! —vociferé—. Es una puta orden.

Elena

Estaba sola en la habitación, aún jadeando, mientras intentaba darle sentido a lo que acababa de ocurrir. Un cosquilleo se había instaurado en mis labios, todavía hinchados por el beso hambriento de Nikolai. Solo de pensar en ello noté como todo mi cuerpo se estremecía al recordar la intensidad de cada uno de sus gestos. Lo odiaba, pero aún más odiaba la forma en la que me hacía sentir. Pero, al mismo tiempo, no podía ignorar la atracción abrumadora que me envolvía cada vez que él estaba cerca.

Me dejé caer en la cama, cerrando los ojos para intentar deshacerme de la vorágine de emociones que me consumía por dentro. Era su prisionera, me había secuestrado, eso no había cambiado, pero… ¿por qué una parte de mí ansiaba que él regresara? ¿Por qué anhelaba sentir sus manos sobre mi piel de nuevo, incluso cuando sabía que él solo me veía como una pieza más de su juego?

Había algo en Nikolai que no lograba comprender, una parte de él parecía obsesionada con poseerme, pero había momentos, breves destellos, en los que su mirada se suavizaba, como si en su interior también estuviera luchando contra sus propios demonios. No podía permitirme caer en la trampa de creer que había algo de esperanza en él, una pequeña luz por la que luchar. Me había arrancado de mi casa, encerrándome en su caserío, y por mucho que intentara racionalizarlo, continuaba siendo el mismo monstruo que días atrás me había tenido en un sótano.

Unos golpes suaves en la puerta me sacaron de mis pensamientos y me llenaron de confusión. ¿Quién demonios tocaba mi puerta pidiendo permiso para entrar? Era ilógico dada la situación en la que me encontraba. Me enderecé en la cama, con el corazón luchando por escapárseme del pecho, deseando que fuese Nikolai quien estuviese al otro lado. La puerta se abrió con lentitud y entró una figura que no reconocí. Era un hombre alto, algo más que mi captor, tenía los ojos tan verdes e intensos que llegó a desarmarme. Algo en él resonó en mi mente, como si le conociese de antes. Sobre su ceja izquierda pude vislumbrar una cicatriz que me llamó la atención. Su rostro estaba marcado por la preocupación, cosa que no comprendí, y la manera en la que me miraba sugería que sabía más de lo que dejaba ver.

—¿Estás bien? —preguntó, escudriñándome.

—¿Quién eres? —inquirí nerviosa.

Se pasó una mano por el cabello oscuro, algo más largo de lo que lo llevaba Nikolai, y dejó ir un suspiro.

—Viktor —se presentó—, pero quiero que esto quede entre nosotros —me pidió al mismo tiempo que terminaba por colarse en la habitación y cerraba la puerta tras su espalda—. ¿Cómo estás?

—Como si eso importara aquí —repliqué con sarcasmo, aunque la preocupación que había percibido en su voz me desconcertó.

—Te lo digo en serio —musitó.

Viktor se acercó, bajando la voz para que nadie más pudiese escucharnos.

—Escucha, Elena, no puedo ayudarte a salir de aquí, pero necesito que sepas que lo que está ocurriendo va más allá de lo que imaginas. Mi hermano… —Hizo una pausa, como si luchara por encontrar las palabras correctas.

¿Su hermano? La cabeza empezó a darme vueltas, y por un segundo me tuve que llevar la mano a la boca, con ganas de vomitar por la presión que empecé a sentir en las sienes. Entonces, a mi mente vino el momento en el que Nikolai me había echado en cara el hecho de intentar hablar con uno de sus guardias, ¿qué opinaría de que su hermano se hubiese colado en mi habitación? Una parte de mí deseó explicárselo, dispuesta a que me castigase de nuevo, a que me devorase con lentitud hasta consumirme el alma, pero otra vio aquello como una oportunidad.

—Nikolai es un cabrón de mierda, lo sé —suspiró—, pero está bajo una presión que no puedes comprender y por alguna razón que no logro comprender, está haciendo todo esto para protegerte, aunque ahora no lo veas.

Sus palabas me dejaron perpleja. ¿Protegerme? ¿Esa era la excusa que utilizaba para justificar cada una de sus acciones? Él mismo me lo había confesado, pero me negaba a creerle, ¿cómo ibas a proteger a alguien manteniéndolo encerrado? Negué con la cabeza, y antes de que pudiese responder, Viktor volvió hacia la puerta, como si el tiempo se le estuviese acabando.

—Mantén la cabeza baja, Elena —me advirtió—. Y por lo que más quieras, no intentes provocarlo, no sabes de lo que es capaz si lo empujas al límite.

Antes de que pudiese procesar lo que me había dicho, salió de la habitación, dejándome sola con aún más preguntas de las que tenía anteriormente. ¿De quién demonios quería protegerme? Y lo más importante, ¿por qué?

Nikolai

Después de lidiar con las informaciones recibidas y discutir la nueva estrategia con Igor, me encontraba de pie en el balcón, observando la oscuridad que envolvía los terrenos de la mansión. Todo parecía tranquilo, pero sabía que la paz era solo una ilusión. Los Orlov se acercaban, y si no actuaba pronto, podrían encontrar nuestra debilidad.

—Señor, tenemos un problema. —La voz de Igor resonó en la habitación, interrumpiendo mis pensamientos.

Me volteé hacia él, y mis músculos se tensaron al ver la seriedad que afligía su rostro.

—¿Qué ha ocurrido? —cuestioné.

—Uno de nuestros almacenes está siendo atacado ahora mismo —me informó al mismo tiempo que me pasaba la tableta con las cámaras de seguridad—. Los Orlov se mueven más rápido de lo que anticipamos.

Maldita sea. Me pasé una mano por el rostro, y lacé con fuerza la tableta, provocando que se estampara contra la pared más lejana del despacho, al mismo tiempo que un alarido gutural rasgaba mi garganta. Aquello no podía estar ocurriendo, no cuando tenía que centrarme en proteger a Elena.

—Refuerza la seguridad en todos los puntos críticos, y envía alguien a evaluar la zona. No quiero ni un puto problema más —comenté rabioso—, ¿entendido? —mascullé, percibiendo como la sangre me hervía bajo la piel—. Si esos malnacidos quieren la guerra, les daremos exactamente eso.

Mientras Igor se apresuró a recoger la tableta y salir del despacho para cumplir mis órdenes, me giré para mirar de nuevo hacia la oscuridad. Acabaríamos con todos ellos como si de moscas se tratasen. Me había contenido con tal de no poner en riesgo el imperio que una vez creó mi padre, pero lo que no consentiría era que nos tomasen por gilipollas. Esos hijos de puta no tenían ni idea de a quién se estaban enfrentando. Los Romanov no teníamos escrúpulos, y mucho menos los tendríamos con ellos.

No podía permitirme ni un solo error, y aún menos distracciones. Pero, aunque intentaba concentrarme en la guerra que se avecinaba, mi mente seguía volviendo a Elena una y otra vez. Porque, pese a que me negara a admitirlo, ella era la única debilidad que jamás podría eliminar de mi vida.

14

Nikolai

La noche envolvía con una oscuridad casi opresiva, la cual apenas se rompía salvo por el resplandor inminente de los faros de los vehículos que rodeaban la zona. Mis hombres, junto a Igor, se movían con rapidez, descargando cajas de las camionetas blindadas mientras yo permanecía en el centro del caos, impasible, observando cada movimiento. El aire olía a sal, sudor y, en cierto modo, a peligro. Sabía que los Orlov no tardarían en aparecer, si teníamos en cuenta los últimos enfrentamientos a los que nos tuvimos que atener.

—¡Más rápido! —voceé por encima del bullicio—. No quiero más sorpresas.

Las últimas semanas habían sido un desastre. Cada ruta que intentamos reestablecer, cada maldito envío, fue interceptado por esos perros de los Orlov. Pero, esta vez, era diferente. Estábamos preparados, listos para cortarles las alas de una vez por todas.

Igor se acercó, con su ya permanente expresión de seriedad, al mismo tiempo que se llevaba un cigarrillo a los labios. Era el más eficiente de mis hombres, y después de varias pruebas, se convirtió en el más leal de todos ellos.

—Señor, detectamos movimiento en la zona noreste —me informó—, ha aparecido una furgoneta que no estaba en el radar, parece que los Orlov están listos.

Una sonrisa malévola se dibujó en mis labios. Dios, tenía tantas ganas de joderles que me encontraba como un niño pequeño a punto de abrir los regalos de Navidad. Finalmente, los bastardos habían mordido el anzuelo.

—Perfecto —mascullé mientras me ajustaba el abrigo y sacaba mi Tokarev TT-33 de la cinturilla de mi pantalón—. Que los hombres se preparen, esta vez no nos van a tocar los cojones.

Mientras avanzábamos hacia el punto de intercepción, sentía la adrenalina fluir por mis venas. No era solo un jodido enfrentamiento aduanero, o por el control de las rutas, era una maldita declaración de guerra, y estaba dispuesto a crear ríos de sangre si fuese necesario con tal de demostrarles quién estaba al mando.

Los disparos resonaron en la oscuridad como truenos lejanos. Sonreí, joder, cómo me gustaba que me dieran una excusa. Las balas zumbaban a nuestro alrededor, impactando contra las estructuras metálicas y provocando chispas que se prendían a nuestro alrededor. Me moví con precisión, disparando sin dudar hacia las sombras de donde provenían los disparos. Achiqué los ojos. Nueve hombres armados con AK, Saigas y algunos de ellos Makarov. Llevaban el rostro cubierto, como si no quisiesen revelar su identidad. Lo que no sabían es que ese maldito convoy en el que habían estado viajando se registró desde su salida hasta la llegada al puerto gracias a nuestro querido y recién reencontrado Andrei, quien había utilizado sus dotes como *hacker* para localizarlos y seguir su ruta a la inversa, descubriendo sus rostros.

—¡No dejéis que ninguno se escape! —Alcé la voz por encima de los disparos.

Me llevé una mano al pinganillo, escuchando como Andrei me informaba de que otra furgoneta se dirigía hacia nuestra posición, ya que los primeros habían pedido refuerzos por radio. Miré a nuestro alrededor, no seríamos más de quince hombres. Tragué saliva, la cosa empezaba a ponerse fea.

—Te cubro. —Oí como me decía Andrei.

Asentí y, sin pensarlo ni un solo instante, salí de la cobertura donde me encontraba y comencé a disparar, apuntando directamente a sus cabezas. Pude ver el pánico en ellos cuando descubrieron que a quien atacaban era a mí, por lo que una enorme y diabólica sonrisa se esbozó en mis labios.

—Buenas noches, hijos de puta —bramé entre risas.

Vacié mi cargador. Sin pensarlo dos veces, agarré con fuerza la AK que colgaba de mi hombro, y la alcé, disparando a todo aquel que se asomaba tras los bidones. Una mueca divertida se dibujó en mis labios cuando leí qué era lo que contenían: Metanol. La cosa empezaba a ponerse interesante.

Una bala pasó junto a mi oído, retumbando en mi interior, y por un instante, mi mente voló a Elena. Había dejado su habitación sin vigilancia estricta por primera vez, confiando en que no sería lo suficientemente estúpida como para intentar algo. Pero, maldita sea, ¿por qué seguía pensando en ella justo en un momento así?

Un impacto en mi hombro derecho me sacó de mis pensamientos, haciendo que soltara un gruñido de dolor. La bala había atravesado la tela de mi abrigo, al mismo tiempo que mi carne, pero no me detuve. La furia en mi interior era tan grande que ni siquiera aquello podría hacerla desaparecer. Iban a pagar por todo lo que habían hecho.

Sin pensarlo dos veces, apunté a los bidones y disparé, provocando que una chispa brillase en la oscuridad. Antes de que pudiese siquiera pensarlo, una explosión repentina los hizo volar por los aires, igual que a nosotros, que caímos de espaldas. Me levanté de un salto, sin apenas comprender de dónde había sacado las fuerzas, viendo como las llamas empezaban a devorar con rapidez los alrededores. La noche se llenó de los fritos de aquellos que habían sido atrapados en la explosión y de los que se habían prendido en llamas y luchaban por apagarlas.

—¡Vamos, joder! —vociferé a mis hombres—. Limpiad esta zona y asegurad los camiones. No dejéis a ninguno con vida.

El sonido de las armas finalmente se desvaneció, dejando tras de sí solo el eco de los gritos ahogados y el olor a pólvora. Mientras observaba los cuerpos tirados en el suelo, sentí una satisfacción indescriptible recorrerme.

—Convoy dos, eliminado. —Oí como me decía Andrei por el pinganillo.

No supe cómo lo había hecho, pero intuí que el rubito tenía recursos que no conocíamos y que había utilizado a nuestro favor.

Me llevé una mano al hombro herido, sintiendo la sangre cálida recorrer mi piel, empapando la tela y manchando mis dedos. A pesar de la victoria, la herida y la fatiga, mi mente volvió, una vez más, a marcharse lejos, junto a Elena. ¿Y si la había dejado desprotegida? Necesitaba volver a la mansión, algo en mi interior me decía que dejarla sola había sido un error.

—Igor, encárgate de limpiar esto —ordené con un gesto brusco —. Yo me marcho.

Este asintió, pero pude ver la preocupación en sus ojos al mismo tiempo que se desviaban hacia mi hombro. No me importó, tenía cosas más importantes que atender. Debía volver a ella.

Elena

El silencio en la mansión me envolvía, desde hacía horas que había dejado de escuchar los pasos de los guardias fuera de mi habitación. Era como si se hubiesen desvanecido. La curiosidad y la necesidad de salir de ese encierro me estaban volviendo loca y me impulsaba a tomar una decisión arriesgada.

Abrí la puerta con cuidado, esperando ver a uno de los hombres de Nikolai plantado al otro lado, pero para mi sorpresa, no había nadie. El pasillo estaba desierto, únicamente iluminado por una luz tenue que se filtraba a través de los ventanales. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, tanta que se volvió ensordecedor. Un nudo de adrenalina se formó en mi garganta, impidiéndome respirar con normalidad. Había llegado mi oportunidad.

Avancé despacio, con los pies descalzos para no hacer ruido. Cada crujido del suelo de madera me hacía contener la respiración, esperando que alguien apareciese en cualquier momento. Sin embargo, la mansión parecía estar sumida en un extraño letargo.

Doblé un par de esquinas, tratando de memorizar el camino de vuelta. A medida que me adentraba en la casa, notaba como el aire cambiaba, llegando a zonas que nunca había visto. Era un lugar que desprendía un aire de grandeza, pero también de algo más… Algo que me ponía los pelos de punta.

Bajé las escaleras y allí estaba, la puerta que podría darme la libertad. Solo tenía que correr hacia ella, abrir y desaparecer en el monte, perderme entre los árboles y rezar para que en algún momento pudiese llegar a la ciudad más cercana. Mi cuerpo tintineó ante aquel pensamiento, solo había dos opciones: marcharme y arriesgarme a morir de frío; o permanecer allí hasta que Nikolai decidiese que era hora de liberarme, si es que eso llegaba a ocurrir. Un enorme vacío me asoló en el instante en el que recordé su rostro, en cómo me observaba con deleite mientras la perversión se extendía.

—Oh, querida —Oí como alguien me decía—, me preguntaba cuándo decidirías salir de esa habitación.

Sobresaltada, tras ahogar un grito de sorpresa, giré sobre mis talones, encontrándome con una mujer de mediana edad, de cabello oscuro recogido en un moño y ojos afables llenos de una calidez que no había experimentado en días. Estaba tan sorprendida por la falta de hostilidad en su tono que no supe cómo responder.

—¿Quie… quién eres? —pregunté al final, con la voz estrangulada.

—Puedes llamarme Tatiana —respondió mientras se acercaba a mí—. Ven conmigo, no muerdo.

Dudé por un segundo, pero la calidez en sus ojos me desarmó por completo. Me acerqué a donde se encontraba, dejándome envolver por el aroma a té de manzanilla que bailaba en el ambiente y la seguí hacia una pequeña habitación situada bajo las escaleras.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirí mientras tomaba la taza que me ofreció.

Tatiana me observó por un momento, y sus ojos verdes centellearon.

—He estado aquí desde antes de que nacieras, querida —contestó con una sonrisa—. La familia Romanov me ha cuidado, y yo, a su manera, también lo he hecho.

Bebí un sorbo de té, sintiendo como el líquido caliente bajaba por la garganta, calmando el nudo que la ansiedad había creado en mí.

—No parece que Nikolai sea el tipo de hombre que cuida a nadie —musité sin poder evitar la amargura en mis palabras.

Tatiana rio con suavidad, sacudiendo la cabeza.

—Él no fue así —respondió casi como si me contara un secreto—. Nikolai era un niño muy dulce y alegre, como un destello de sol en un frío invierno. —Sonrió con cariño, recordando su pasado—. Le encantaba cuando preparaba medovik, un bizcocho hecho con miel y crema agria. Permanecía toda la tarde a mi lado, vigilando que el bizcocho no se echase a perder en el horno —añadió, al mismo tiempo que me tomaba la mano—. Pero durante años, ha cargado con un peso que pocos podrían soportar. Ha hecho cosas que incluso él no puede perdonarse —explicó con pesar—. Pero todo ha sido por lealtad a su familia.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —pregunté, sintiendo que el desconcierto se apoderaba de mí. Tatiana hablaba de Nikolai como si fuese un hombre honorable, alguien que se sacrificaba por los suyos, y eso no concordaba con lo que yo había visto, esa parte tan oscura y retorcida

El gesto de Tatiana se volvió serio y triste.

—Porque quiero que sepas que esta mansión está llena de secretos, querida. Y no todos aquí son lo que parecen. —Se inclinó un poco más hacia mí para susurrarme—. Debes tener cuidado en quién confías, no todos están aquí para protegerte.

Mi corazón se aceleró ante sus palabras. ¿Era una advertencia? ¿Intentaba intimidarme o protegerme? Antes de que pudiera formular otra pregunta, el sonido de unos pasos firmes y apresurados resonó en el vestidor.

—Debes regresar a tu habitación antes de que te descubran, niña —dijo en un tono más urgente—. Y recuerda lo que te he dicho.

Asentí con rapidez, levantándome de la silla, pero antes de salir, me giré hacia ella una última vez.

—Tatiana… ¿por qué me ayudas?

Una sonrisa triste apareció en su rostro.

—Tal vez porque, al igual que tú, también he sido prisionera de esta familia, de una forma u otra.

Mientras deslizaba mi cuerpo a través de los pasillos, tratando de no ser detectada, mi mente bullía con las palabras de Tatiana. Las preguntas se arremolinaban en mi cabeza, pero una cosa estaba clara: este lugar, esta familia, estaban rodeados de una oscuridad que apenas comenzaba a vislumbrar. Y lo peor de todo era que había dejado de discernir entre el bien y el mal, lo que realmente me hería y lo que lograba hacer que mi corazón se disparase. La decisión de volver a la habitación era clara. Todo carecía ya de importancia. El problema residía en que tal vez, al asumir mi destino, hubiese aceptado que una parte de mí estaba dispuesta a prenderse en llamas con tal de estar junto a Nikolai.

Me deslicé de vuelta a mi habitación con el corazón latiendo frenético, consciente de que, a pesar de mis intentos por escapar, ya no deseaba hacerlo. Quizás ya era demasiado tarde para salvarme de la oscuridad que Nikolai había sembrado en mi interior.

15

Nikolai

La mansión se alzaba frente a mí como una sombra imponente en la más oscura de las noches. Algo en mí me decía que aquel lugar estaba cambiando, que esa oscuridad había empezado a colarse en mis entrañas para ponerlas del revés, como si de un leve susurro se tratara. Mis pasos eran torpes, y cada movimiento que hacía provocaba que el dolor en mi hombro se intensificara. Había perdido más sangre de la que pensaba, pero me negaba a ceder. No podía permitirme el lujo de ser débil, jamás lo había sido, y mucho menos lo sería ahora.

Abrí con dificultad, y segundos más tarde, la puerta principal se cerró tras de mí con un golpe que resonó en los pasillos vacíos. Avancé a trompicones por el vestíbulo, mientras presionaba la herida con la mano para intentar detener la hemorragia. Contuve el aliento cuando una fuerte punzada de dolor me atravesó de pies a cabeza. El mundo se tambaleaba bajo mis pies, las paredes parecían moverse y mis ojos empezaban a nublarse.

—Joder —mascullé.

Solo necesitaba llegar a mi despacho, curarme la herida y encargarme de todo esto yo mismo, pero entonces, mis piernas cimbrearon, cediendo antes de llegar a las escaleras. Caí de rodillas, y un gruñido me rasgó la garganta, escapándose de entre mis labios como si de un secreto se tratara. Sentí como la sangre empezaba a empapar la tela de mis pantalones y caía en gotas espesas al suelo, tiñéndolo de su característico color. Qué irónico que la sangre tuviese un tono tan vivo.

Apreté la mandíbula cuando una de mis manos se alzó, intentando sujetarse en la barandilla para erguirse. No podía

permitirme colapsar aquí, no de esa manera.

—¡Tatiana! —voceé entre enfurecido y desesperado.

Elena

El silencio que había envuelto a la mansión durante los posteriores minutos a mi huida hacia la habitación se rompió con un golpe seco que me dejó sin aliento. Como impedida por un resorte, me levanté de la cama, con el corazón latiéndome en la garganta. Algo no iba bien. Aguanté la respiración en un intento imposible de escuchar algo más, algo que me diese información sobre lo que acababa de ocurrir, pero no obtuve nada más que la quietud que reinaba en aquel lugar.

Salí de la habitación, pero antes, agarré el azuzador de la leña, creyendo que podría defenderme de alguna manera. Avancé con pasos cortos y firmes, guiada por una sensación que me decía que algo terrible acababa de suceder. La madera crujió bajo mis pies, y no pude evitar sentir cómo el retumbar en mi pecho se desbocaba. Al doblar la esquina, vi una figura desmoronada en el suelo. Podía escuchar su respiración agitada, como si contuviese algo que no estaba preparada para escuchar. El aire se atascó en mis pulmones cuando reconocí a Nikolai. Su rostro estaba pálido y una mancha oscura se extendía por su camisa empapada. Estaba herido.

Durante unos segundos permanecí en estado de *shock*, como si no pudiese reaccionar. Una vez más, esa dualidad que me decía que me mantuviese al margen, esa que al mismo tiempo me suplicaba que fuese a ayudarle. Todo era tan confuso que ni siquiera lograba descifrar lo que mi corazón me gritaba.

—¡Nikolai! —Alcé la voz, al mismo tiempo que corría hacia él.

Estaba arrodillado, con una de sus manos apoyada sobre la barandilla, mientras la otra presionaba la zona afectada. Sus ojos se entreabrieron, enfocándose en mí con una mezcla de rabia y dolor.

—Aléjate —gruñó de manera gutural, tratando de levantarse, pero su cuerpo apenas le respondía.

Negué con la cabeza, ignorando su advertencia. No había tiempo para sus estúpidos juegos de poder, no cuando parecía estar muriendo frente a mí. Me agaché a su lado, apartando las manos que intentaban alejarme, dándole un golpe en ellas con una fuerza y seguridad que jamás pensé que tendría.

—Estás perdiendo mucha sangre —musité al mismo tiempo que colocaba mis manos sobre la herida, aunque eso ya lo sabía él mejor que yo.

—N-no… —balbuceó—. No… te… necesito —susurró entre dientes mediante un gruñido.

—No tienes otra opción, Nikolai —repuse con una firmeza apabullante—. O me dejas ayudarte, o se acabó tu maldito reinado —añadí, desabotonando su camisa para ver la herida.

La bala había atravesado su hombro, y la sangre salía a borbotones, imparable, como una jodida cascada. Nikolai intentó apartarme, pero sus fuerzas flaqueaban a causa de la gran pérdida. Por un momento, sus ojos se encontraron con los míos, y pude vislumbrar algo que no había visto antes: miedo. En ese instante todo lo que vi era un hombre desprotegido que necesitaba ayuda, aunque se negaba a que fuese yo quien se la diese.

—Voy a buscar algo para detener la hemorragia —informé, pero su mano fría atrapó mi muñeca antes de que pudiera levantarme.

—No —musitó con la voz estrangulada, desesperado, como si temiera que al alejarme de él todo se fuese a desmoronar.

Por primera vez desde que me había traído a la casona sentí una punzada de compasión por él, pero no podía permitirme ser débil. Tiré de mi brazo, liberándome de su tenue agarre, y corrí hacia lo que creí que era la cocina. Entré en dos habitaciones sin éxito, el salón y el gran comedor, hasta que di con el lugar que tanto ansiaba. Necesitaba algo con lo que curarle, y por un instante maldije no encontrarme con Tatiana, quien parecía haber sido engullida por la tierra.

Regresé con un botiquín improvisado, ya que no había equipo médico en la casa salvo agua oxigenada, toallas limpias y una aguja que había desinfectado con la llama de una cerilla en la cocina. Nikolai yacía en el suelo, luchando por mantenerse consciente. Sus ojos estaban fijos en el techo, y se habían vuelto tan claros que apenas pude reconocerlos. Ahogué un quejido cuando vi como poco a poco su mirada se apagaba. Me deshice de la sudadera que vestía y la coloqué tras su cabeza, recostándola con mimo. Me arrodillé de nuevo junto a él, rasgué la camisa a la altura de la herida y apreté con fuerza sobre esta, intentando detener el sangrado. Pude percibir como todo su cuerpo se tensaba y un siseo de dolor se escapaba de entre sus labios sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Si no controlaba la hemorragia, no habría oportunidad de salvarlo.

—Respira —musité, más para calmarme a mí misma que a él—. Solo respira.

Pasaron unos minutos que se me antojaron eternos, antes de que la sangre empezase a fluir con más lentitud. No había tiempo que perder.

—Toma —le insté, tendiéndole una botella de whiskey que había encontrado en la alacena de la cocina.

Apenas tenía fuerza, por lo que vertí el ambarino líquido en sus labios entreabiertos, permitiendo que bebiese.

—Poco a poco —le pedí, dándole más.

Tenía que trabajar con la mayor rapidez posible, ya que no había encontrado ningún analgésico que me ayudase a combatir el dolor.

—Esto va a doler —advertí.

Él se limitó a asentir, apretando los dientes con tanta fuerza que creí que en cualquier momento saldrían por los aires. Desenrosqué el tapón del agua oxigenada, vertiéndolo sobre la herida abierta. Nikolai bramó de dolor, y pude ver como sus ojos se enrojecían a causa de la rabia y la agonía. Por suerte, la herida parecía estar eliminando, al menos, parte de las bacterias que ya pudiesen estar en su interior.

Me mordí el labio, dudando por un momento. Según pude ver, el orificio era de entrada y salida, por lo que supuse que no había problema en coser la maldita herida. Las manos me temblaban, apenas podía respirar con tranquilidad, y es que el retumbar de mi corazón comenzaba a ser asfixiante. Nikolai me observaba de manera penetrante, como si quisiese grabar a fuego aquel momento. Sabía que podría hacerme pagar por la desobediencia, pero poco me importaba, lo único que quería era salvarle la vida.

—Vamos allá —me animé.

Sin darle tiempo a reaccionar, atravesé la piel con la aguja, provocando que su espalda se arquease, dejando ir un grito lleno de dolor que me heló el alma. Una de sus manos llegó a mi muñeca, sujetándola con firmeza. En su mirada pude percibir una súplica agónica y por un instante fue como si todo a nuestro alrededor el mundo dejase de girar. Le imploré en silencio que me permitiese seguir, porque esa parte masoquista que había en mí deseaba que viviese. Continué mi trabajo con movimientos rápidos y torpes, tirando del hilo para unir los bordes.

Cuando acabé de coser, me dirigí a mi habitación y tiré con fuerza de una de las sábanas que había en mi cama, rasgándolas para así crear vendajes que pudiese utilizar para cubrir la herida. Nikolai permaneció en silencio mientras le vendaba, por lo que, al terminar, me aparté, dejando que su respiración entrecortada llenase el *hall* del caserío. Sus ojos se cerraron por un instante, y por un segundo creí que había perdido el conocimiento, pero entonces volvió a abrirlos, mirándome con una intensidad que me hizo estremecer.

—¿Por qué…? —bisbiseó con la voz ronca.

—¿Por qué qué? —respondí confusa.

—¿Por qué no te has ido cuando has tenido la oportunidad? —Sus palabras eran apenas un susurro, llenas de algo que no supe descifrar.

El corazón me latió con fuerza. No supe qué responderle, porque lo cierto era que ni siquiera yo comprendía por qué no había huido. Quizás porque había dejado de saber qué era lo que de verdad

estaba bien o mal, o tal vez, porque en lo más profundo, una parte de mí ya no quería escapar.

—Tal vez porque soy más estúpida de lo que pensabas —le respondí mediante un murmullo.

Él dejó ir una risa baja, casi un susurro, y por un instante vi una chispa de algo que no era odio en sus ojos, antes de que la oscuridad lo reclamara por completo, quedándose inconsciente en el frío suelo.

Permanecí en silencio, observando su rostro, preguntándome si alguna vez lograría escapar realmente de la oscuridad que Nikolai había traído a mi vida, o si por el contrario, estaba demasiado hundida en ella como para querer hacerlo.

16

Nikolai

Desperté tan dolorido como confuso. El peso de mis párpados era abrumador, como si el plomo líquido los hubiese sellado. Abrí los ojos a medias, y la luz tenue del despacho me recibió con una frialdad que no esperaba. Me sentía como si hubiese estado luchando contra algo durante tantas horas que ni siquiera lograba recordar lo ocurrido.

Miré a mi alrededor, estaba tumbado en el sofá, acomodado con uno de los cojines y cubierto por una manta. Achiqué los ojos, y entonces recordé el lugar donde había visto antes aquella prenda: en la habitación de Elena. Desvié la vista hacia mi derecha, encontrándome con la expresión impasible de Tatiana, quien me observaba con una leve sombra de preocupación en sus ojos. Contuve el aliento cuando intenté erguirme y no pude. La herida de mi hombro ardió como si me hubiesen prendido fuego, provocando que cada vez que intentaba moverme, una punzada de dolor me atravesase.

—Deberías descansar, Nikolai —comentó Tatiana, mientras humedecía un paño en agua fría y lo colocaba sobre mi frente.

—¿Descansar? —inquirí, dejando ir una risotada—. No tengo tiempo para eso.

—Hablo en serio, o descansas o la vida te dará otra sorpresa —aseguró con frialdad.

Un gruñido bajo salió entre mis labios. Descansar. Esa palabra había perdido su propósito desde hacía años. No había descanso para alguien en mi posición, no cuando los Orlov no dejaban de avanzar como putas hienas al acecho, aguardando cualquier momento de debilidad para atacar de manera letal.

—¿Qué ocurre con los Orlov? —cuestioné, empujando mi voz a salir fuerte y clara.

Tatiana dejó ir un suspiro. Sabía que no podía detenerme, a pesar de que en muchas ocasiones lo había intentado, como si hubiera una parte de ella que creyera que todavía había algo bondadoso en mí que merecía ser salvado.

—Viktor y Andrei están trabajando en ello.

—¿Quién demonios les ha dado permiso?

—Llevas inconsciente dos días, Nikolai, ¿quién va a darles permiso para hacerlo? —inquirió más molesta de lo que la había visto jamás—. Por ahora no hay movimiento cercano a la mansión, estás a salvo aquí… si eso significa algo para ti.

La frialdad en su voz era nueva, y por un instante me detuve a observarla. Había algo diferente en Tatiana, una distancia que no había notado antes. La mujer que siempre había sido un pilar en mi vida ahora me miraba como si estuviera al borde de perder la paciencia conmigo.

—Si tienes que decir algo, dilo de una vez —escupí.

Esta negó con la cabeza, apretando sus labios en una fina línea. A pesar de lo que intentaba expresar, vi como en sus ojos había algo más que no quería contarme, por lo que la insté a responder.

—Lo único que voy a decirte es que te estás destruyendo a ti mismo, Nikolai —aseguró—. Y en el proceso arrastrarás a todos los que te rodean.

Antes de que pudiese replicar, esta se puso en pie, girando sobre sí misma, y salió de la habitación, dejándome solo con un silencio abrumador. Quería gritarle que no necesitaba sus lecciones, que no era nadie en mi vida como para llevarme la contraria, pero lo cierto era que sus palabas se habían colado en mi interior para arrasar con todo.

Elena, su nombre resonó en mi mente tanto como en mi corazón. Se había infiltrado en mi ser, perforando la coraza que había construido durante años con tanto esfuerzo. Ella la había derribado con una sola mirada, no había necesitado más. Intenté sacudir esos

pensamientos, pero incluso en aquel momento, con el dolor palpitando en mi hombro, no podía dejar de pensar en sus manos apretando mi herida, su mirada llena de congoja y la valentía con la que había actuado para salvarme.

Elena

Había pasado la noche en vela. No dejaba de escuchar en mi mente los gruñidos de dolor de Nikolai mientras intentaba coser su herida. Había algo grotescamente íntimo en la forma en la que sus ojos me habían mirado, como si en ese momento, yo fuese lo único que mantenía su mundo en pie.

Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana. El amanecer comenzaba a romper en el horizonte, tiñendo el cielo de un rojo que parecía un mal presagio. ¿Cuánto tiempo más iba a soportar permanecer en el caserío? ¿Había sido una estúpida por no aprovechar la ocasión que había tenido de escapar? Cada día que pasaba, la línea entre el odio y la atracción que sentía Nikolai se volvía más difusa, tanto que apenas me permitía razonar con claridad.

Alguien tocó la puerta con un golpe suave que me sacó de mis pensamientos. Tatiana entró en mi habitación con una bandeja de té y panecillos recién horneados, acompañados de mantequilla y mermelada de frambuesa.

—Espero no interrumpir, querida —dijo con una sonrisa dulce, pero con la mirada llena de preguntas—. He visto que había luz y he pensado que te vendría bien algo de comida, anoche no cenaste.

—Gracias —respondí, tratando de sonar lo menos tensa posible.

Tatiana colocó la bandeja en la mesa y se sentó frente a mí, mientras vertía el té, en una de las tazas. El aroma a manzanilla llenó la habitación, dándole un aire de tranquilidad y paz que era tan engañoso como lo era el propio Nikolai.

—Te vi anoche, ayudando a Nikolai —comentó mediante un susurro, mientras sus ojos no se apartaban de los míos.

Me tensé, y por un instante cuestioné por qué no se había acercado a echarnos una mano a pesar de que la vida de su jefe pendía de un jodido hilo. Tomé aire, obligándome a permanecer tranquila.

—No tenía otra opción —apunté, encogiéndome de hombros—. No podía dejarlo morir.

Tatiana me observó en silencio durante unos segundos que se me antojaron eternos. Era como si tratase de leer cada pensamiento que cruzaba mi mente, como si creyese que había algo que no le estaba contando, y así fue, ya que abrió la boca para decir:

—Lo que hiciste no fue solo por él —espetó al final, con una sonrisa triste—. Te vi, Elena. —Hizo una breve pausa—. Hubo algo más allí, algo que tú misma no entiendes.

—¿Qué quieres decir? —inquirí, sonando más tajante de lo que pretendía.

—Que tal vez, en el fondo, te importe más de lo que estás dispuesta a admitir. —Tatiana dejó su taza y me miró con una intensidad que me obligó a desviar la vista.

—¿Y por qué te importa? —le espeté, sintiendo una molestia que no lograba explicar.

Tatiana suspiró y se levantó, caminando hacia la ventana.

—Porque veo en ti una chispa de esperanza, una que Nikolai lleva mucho tiempo olvidando que existe —aseguró—. Si puedes recordárselo, tal vez puedas salvarlo de sí mismo, antes de que se pierda por completo en esa oscuridad que no deja de engullirle.

—¿Salvarlo? —Solté una risa amarga—. Ese hombre está más allá de la salvación.

La mirada fría de mi captor volvió a mi mente, pero no la misma de siempre, sino la que horas antes me había observado con una intensidad indescriptible, esa que me dejaba sin palabras y que me desarmaba.

—Puede ser…

—Tampoco creo que quiera que nadie le salve de su propia mierda —musité más dolida y decepcionada de lo que me hubiese gustado sonar.

Tatiana volvió a mirarme, y pude vislumbrar en sus ojos un brillo de compasión y tristeza.

—Tal vez —respondió en voz baja—. Pero si no lo intentas, Elena, te convertirás en prisionera de esta oscuridad tanto como él.

Su advertencia quedó flotando en el aire. No sabía qué responder, porque en el fondo, una parte de mí sabía que Tatiana tenía toda la razón del mundo. Me había engañado a mí misma pensando que podía odiar a Nikolai sin tener consecuencias.

—Solo ten cuidado, querida —añadió Tatiana mientras me agarraba la mano con ternura, antes de dirigirse hacia la puerta—. Hay más en juego de lo que te imaginas.

—¿A qué te refieres? —pregunté, a lo que se limitó a responderme con una última mirada antes de salir, dejándome con más preguntas que respuestas.

Me quedé sola, observando el té que ya se enfriaba en la taza. La confusión en mi mente se entremezclaba con una atracción fatal, porque sí, pensar en Nikolai provocaba que todo mi ser respondiese, y eso, en cierto modo, me repugnaba. Porque, aunque lo negara, había una parte de mí que deseaba entender a ese hombre que me había convertido en su prisionera.

Al cabo de unos minutos, me levanté, me dirigí hacia la ventana, viendo como el sol empezaba a abrirse paso entre las nubes, y con él la sensación de que algo terrible estaba por venir. Quizás la verdadera batalla no era con los Orlov, sino la que se iba a producir dentro de estas mismas paredes.

17

Elena

Había pasado las últimas horas encerrada en mi habitación, intentando darle algún sentido a la conversación que había tenido esa misma mañana con Tatiana. Sus palabras aún resonaban en mi mente como un mantra que no podía dejar de repetir. Salvarlo, me había dicho. Pero ¿cómo se suponía que iba a salvar a un hombre cuya alma ya había sido condenada y no hacía más que destruir todo lo que tocaba?

Estaba tan confundida que apenas podía pensar con claridad, me carcomía solo de imaginar qué hubiese ocurrido si yo no hubiese salido en auxilio de Nikolai. ¿Lo habría hecho Tatiana? ¿O tal vez sus hermanos? Estaba solo en aquel mundo hostil que le rodeaba, y si de verdad lo que me contó Tatiana era cierto, había sido ese mundo el que lo había convertido en el monstruo que ahora era.

Los rayos del sol se colaban en mi habitación. Estaba deseosa de que llegase el momento en el que se me permitiera salir al jardín. Después de varios días de nubes, hoy los pájaros canturreaban, disfrutando del tenue calor. Decidí, en un acto de valentía, que no podía seguir encerrada, ahogándome en mis propios pensamientos. Necesitaba respuestas, y las iba a tener.

Salí de la habitación con cuidado, asegurándome de que no hubiera nadie vigilando los pasillos. Supuse que después del altercado de la otra noche los guardias estarían enfaenados con otro tipo de cuestiones, y no en custodiar mi puerta para controlar que no saliese de mi clausura. A medida que avanzaba, fui recordando los mapas mentales que había construido el día anterior, deslizándome por cada uno de los pasillos como si no fuese más que una sombra.

El aire estaba impregnado de un olor extraño, humedad y tabaco, señal de que alguien había estado fumando hacía apenas unos minutos. Algo llamó la atención, unas voces salían de una de las habitaciones contiguas al despacho, por lo que mi curiosidad aumentó. Me acerqué con lentitud, lo suficiente como para poder escuchar. Era Nikolai, y estaba hablando con Viktor. Mi corazón comenzó a latir con fuerza cuando distinguí el tono bajo y enfadado de mi captor, mientras no dejaba de caminar en la habitación.

—No podemos seguir manteniéndola aquí —susurró Viktor con un tono en el que pude apreciar más desesperación que enfado.

—No tienes ni idea de lo que está en juego —respondió su hermano con la voz ronca. Había algo en su tono, un cansancio que nunca había atisbado y que en ese momento me acongojó—. Si ella se va, todo lo que hemos construido podría derrumbarse, no puedo permitirlo.

Contuve el aliento. ¿Qué demonios tenía yo que ver con todo el imperio de los Romanov y por qué era tan importante para ellos? Los nervios se me agolparon en el estómago y unas incipientes ganas de vomitar subieron hasta mi garganta.

—Los Orlov no pararán hasta encontrarla, y ya hemos perdido demasiados hombres protegiéndola —añadió el hermano menor.

—¡Me importa una mierda, Viktor! —bramó Nikolai—. Como si tengo que perder mi puta vida.

Aquella confesión me tomó por sorpresa, y en cierto modo alimentó ese deseo que sentía por él. El corazón se me desbocó en el pecho, latiendo con tanta fuerza que creí que me descubrirían por ello.

—¡No puedes mantenerla prisionera para siempre! —insistió Viktor, y pude percibir la frustración en su voz—. Si descubre la verdad…

—Cállate —le ordenó mi captor.

—Tiene derecho a saber lo que ocurrió con su madre y que ahora la buscan a ella por lo mismo. Si se entera por otra parte, jamás te lo perdonará.

Sentí como el aire abandonó mis pulmones de golpe. ¿Mi madre? La habían matado. Pero ¿qué tenía que ver ella con los Romanov y por qué ahora me buscaban a mí? La cabeza comenzó a darme vueltas, intentando procesar lo que acababa de escuchar. Todo lo que había creído saber era una mentira.

—¡La mataron por esa puta información! —añadió Viktor, casi ido.

—Y ella acabará igual si no hago algo por remediarlo —dijo con tanto pesar que pude percibir como todo mi cuerpo cimbreaba.

—No puedes dejarla en la oscuridad, Nikolai —continuó en un tono más bajo—. Merece saberlo, especialmente si esperas que confíe en ti.

—Confianza —musitó, dejando ir una amarga risa que provocó que un escalofrío me recorriese—. No busco su confianza, lo único que necesito es que esté a salvo, incluso si eso significa mantenerla atada a mí.

Hubo un silencio que pareció extenderse por una eternidad.

—No quiero que acabe como su madre —añadió el mayor de los dos en un susurro—, y si para conseguirlo tengo que hacer que me odie, lo haré.

El dolor en su voz me dejó paralizaba. Era la primera vez que lo escuchaba hablar así, sin la frialdad habitual que lo caracterizaba. Pero eso no cambiaba el hecho de que me estaba utilizando, y que lo único por lo que me mantenía allí era por su propio beneficio. ¿Qué más me ocultaba y por qué no me hablaba con sinceridad?

Mi corazón latía cada vez con más fuerza mientras retrocedía en silencio, alejándome de la puerta antes de que cualquiera de los dos decidiese salir y me descubrieran escuchando una conversación que no me pertenecía. No sabía si quería gritar o simplemente hacerme un ovillo en el suelo y llorar como una cría asustada, ya que todo lo que creía saber estaba desmoronándose como si de un castillo de naipes mecido por el viento se tratase. Mi madre había sido asesinada por algo que, de alguna manera, yo tenía en mi poder. Algo que los Orlov buscaban con desesperación y que podía ayudar

a los Romanov a ganar esa maldita guerra en la que estaban metidos.

Corrí de vuelta a mi habitación, cerrando la puerta con un golpe seco. Al hacerlo, un fuerte hipido se escapó de entre mis labios, percibiendo como el vacío asolaba con todo mi interior. Las amargas lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos antes de que pudiese hacer nada por detenerlas. ¿Cómo se suponía que debía lidiar con todo aquello? Nikolai había estado jugando conmigo desde el principio, pretendiendo protegerme mientras me usaba para sus propios fines. Pero la forma en la que había hablado… ¿De verdad le importaba lo que me ocurriese? ¿O tan solo era parte de sus juegos retorcidos y ególatras?

Me dejé caer en la cama, ahogando un quejido lleno de dolor en la almohada. Mi mente crea un caos. Lo odiaba. Lo hacía por todo lo que había provocado en mí, por jugar con mis sentimientos, pero también lo hacía porque, a pesar de todo, una parte de mí continuaba anhelando su toque, su cercanía.

Pasé las manos por mi rostro, tratando de calmarme. Tenía que ser inteligente. Si Nikolai estaba tan desesperado por mantenerme en la casona, entonces tal vez había una forma de utilizar esa información a mi favor, asumiendo el mando y teniendo el control de todo. Quizás no estaba tan desamparada como creía.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos. Me incorporé con rapidez, secando las lágrimas con el dorso de mi mano, e intenté fingir que nada había ocurrido.

—¿Quién es? —Quise saber, probando a que mi voz no se quebrara.

—Soy yo —respondió Tatiana al otro lado.

Me levanté y abrí, permitiéndole entrar. Ella me observó con una expresión que no supe descifrar, ya que era una mezcla entre pesar y confusión.

—Necesito hablar contigo, querida —dijo en voz baja, como si temiera que alguien más estuviera escuchando.

Asentí, dejándome caer en la cama, cruzando los brazos sobre le pecho e intentando protegerme de lo que fuera que estaba a punto de revelarme.

—He escuchado… cosas —dije con cautela, tratando de sonsacarle más información.

Tatiana suspiró y tomó asiento frente a mí. Sus ojos estaban llenos de compasión, pero también de algo que llamó mi atención, ¿eran remordimientos?

—Sabía que esto ocurriría tarde o temprano —admitió en un susurro—. Pero Nikolai te lo ha ocultado por una razón —aseguró, intentando que la creyese—. Todo lo que ha hecho, incluso tenerte recluida, ha sido por tu propia protección.

Permanecí en silencio, porque sabía que no solo eso era verdad, sino que Nikolai pretendía utilizarme a su antojo para conseguir esa información que solo mi madre tenía.

—Los Orlov no solo quieren venganza… Quieren destruir todo lo que Vasily dejó atrás, y solo hay una forma de hacerlo.

—Mi madre —concluí, sintiendo como las manos comenzaban a temblarme, por lo que las apreté con fuerza, para evitar que notase mi nerviosismo—. ¿Qué tenía que ver ella con todo esto?

—Tu madre poseía un documento, un código… Algo que puede destruir a los Orlov desde dentro, y creen que tú sabes dónde está.

—No lo entiendo.

Todo me daba vueltas, y es que durante años había estado viviendo una vida que no me pertenecía. Mis padres se divorciaron cuando no era más que una cría, por lo que había vivido entre dos ciudades. Amaba a mi madre por encima de todo, quien se había convertido en mi mejor amiga, pero cuando falleció, todo cambió. Mi padre me envió a un internado, excusándose de que era lo mejor para mí.

—Vasily tuvo una aventura con tu madre —me explicó—, no quiero decir que seas su hija, pero la tenía en alta estima, por lo que le confió una información crucial.

—La puso en peligro —le contradije.

—No, cielo —intentó excusarle.

—Claro que lo hizo. Si Vasily no se hubiese cruzado en su camino, mi madre seguiría viva.

Unas fuertes ganas de vomitar me asolaron. Lo había perdido todo por esa maldita familia, la misma que me tenía encerrada.

—Tu madre habría sido asesinada de todas formas —musitó con pesar—. Nikolai te ha estado protegiendo, Elena —añadió—. Pero tienes que decidir en quién confiar. Porque una vez los Orlov descubran que estás aquí, no se detendrán hasta encontrarte y no serán tan misericordiosos como él.

—Pero…

—La decisión es tuya —sentenció, tomando mis manos—. O estás con los Romanov, o contra ellos.

Mientras Tatiana cerraba la puerta tras de sí, una fuerte decisión comenzó a asentarse en mi interior. No podía seguir siendo un peón en su juego. Si había algo que mi madre dejó para mí, lo encontraría, y esta vez, no me dejaría manipular por nadie, ni siquiera por el hombre que había comenzado a invadir mis pensamientos de manera tan insistente. Porque una cosa estaba clara: si Nikolai quería que me mantuviese a su lado, iba a tener que ganarse mucho más que mi obediencia.

18

Elena

En un acto de valentía y aun sabiendo que habría consecuencias, me escabullí de mi habitación al escuchar como Viktor salía del despacho de su hermano. No había nadie en la entrada, por lo que supuse que seguían demasiado ocupados en mantener a raya a los Orlov como para tener que estar custodiando una puerta que rara vez se abría, o eso pensaban ellos. Miré hacia todos lados, buscando una señal que me dijese que no estaba sola, que me impidiese avanzar por el lugar, pero no encontré nada. Contuve el aliento cuando, estando en el pasillo, escuché como este dejaba ir un profundo alarido que resonó por todo el caserío. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, provocando que todo mi vello se erizase de inmediato. No sabía qué era lo que provocaba en mí, pero sabía que mi cuerpo reaccionaba a él.

Avancé con zancadas largas, temiendo que en cualquier momento me descubrieran, reteniéndome sin que fuese capaz de llegar al despacho de Nikolai. Y cuando llegué, el repiqueteo en mi pecho se volvió tan ensordecedor que dejé de escuchar nada más allá. Con las manos temblorosas, tomé el pomo de la puerta y abrí, encontrándome con un despacho sumido en la penumbra, pero no solo eso, también la imponente figura de mi captor.

Después de las revelaciones que había escuchado y que Tatiana había confirmado, se había desatado en mí un torbellino de emociones que me eran imposibles de controlar. Pero no tenía tiempo para el miedo, necesitaba respuestas y estaba dispuesta a obtenerlas a cualquier precio.

Nikolai estaba sentado detrás de su escritorio, impotente como siempre, con una calma que casi me exasperaba. Aunque todavía se

estaba recuperando del balazo, su mirada seguía tan penetrante como siempre, calculadora y, en cierto modo, desconcertante. Cuando alzó la vista, dejé escapar el aire que no me había dado cuenta de que contenía.

—Necesito hablar contigo —anuncié, cruzando el umbral sin siquiera pedir permiso.

Nikolai no respondió de inmediato, se limitó a apartar la mirada de mí como si mi presencia no tuviese relevancia alguna. Cerró con lentitud un grueso expediente, como si quisiera recordarme que estaba en su terreno, que todo sucedía bajo sus términos y que no aceptaría un desafío sin consecuencias. Su silencio se me antojó como una advertencia, pero estaba tan cabreada que no aceptaría que no se me diesen las respuestas que tanto ansiaba.

—¿Qué demonios necesitas ahora, Elena? —respondió al fin, con su tono frío y controlado.

Mi nombre en sus labios sonó distinto esta vez, anhelante y lleno de algo que no supe descifrar. Cerré la puerta tras de mí con un golpe seco, siendo toda una declaración de intenciones. Avancé hacia él con pasos firmes, o al menos todo lo firmes que me podía permitir en aquel instante, rogándole a mi cuerpo que mis piernas no cimbreasen en el peor momento. Sus ojos siguieron cada uno de mis movimientos, y aunque parecía relajado, podía notar la tensión que emanaba de su cuerpo.

—Quiero la verdad sobe mi madre —exigí, haciendo un esfuerzo sobrehumano para que mi voz saliese clara y con la seguridad necesaria como para enmascarar mis nervios.

—Ya sabes suficiente —respondió sin siquiera titubear, como si mi demanda fuese irrelevante.

—No, Nikolai, sé lo que tú has decidido que sepa —apunté, y en cierto modo pude notar la decepción en mis palabras, porque así me sentía, tan perdida como frustrada—. Os he escuchado, Nikolai.

Este se pasó un mano por el rostro, y cuando se levantó, cerré los ojos, aguardando una reacción exagerada, un grito, un manotazo, algo que no llegó.

—Necesito entender por qué mi madre estaba involucrada en tu familia y por qué eso me ha convertido en prisionera de esta mansión —me acerqué un paso más.

—Mi prisionera —recalcó mediante un gruñido, consiguiendo que todo mi ser se pusiese alerta—. Tu madre, Irina Kuznetsova, no solo era una restauradora de arte. Era una estratega, una confidente de mi padre —añadió—, tuvieron una relación. Sabía cosas que podrían haber destruido familias enteras, a las más altas esferas, incluida la nuestra.

Sentí como unas incipientes ganas de vomitar subían por mi garganta, dejándome sin aire, pero me obligué a mantenerme firme. Sus palabras eran como un puñal que apenas había comenzado a penetrar en mi interior, rasgándome las entrañas. Nikolai mantuvo su mirada fija en mí, y aunque su tono seguía siendo controlado, pude percibir un leve destello de comprensión.

—¿Qué tenía que ver conmigo? —Quise saber, con la voz estrangulada, sintiendo como el nudo que se había creado en mi garganta iba a más.

Cerró los ojos por un breve instante antes de continuar, y creí que estaba a punto de revelar algo que marcaría un antes y un después, y que no deseaba admitir.

—Cuando tu madre murió, dejó algo atrás. —Hizo una breve pausa—. Algo que los Orlov buscan de manera desesperada, y tú eres la única conexión viva con esa información.

La manera en la que lo confesó desató una tormenta en mi interior. Mi sufrimiento, mi encierro, todo lo que había perdido… ¿era por algo que ni siquiera comprendía? Mi furia explotó.

—Sois todos una maldita escoria —siseé, sintiendo como todo daba vueltas en mi cabeza, intentando buscar una razón para la condena a la que me había sometido mi madre—. Lo he perdido todo por tu culpa, he dejado atrás todo lo que me importaba y, ¿para qué? —bramé casi ida—. ¿Qué demonios es tan importante para arruinar mi vida? ¡Dímelo, Nikolai!

—No puedo —respondió de manera tajante, firme e impenetrable.

Estaba tan enfadada que me cegué, y antes de que pudiese darme cuenta, estaba frente a él, empujándolo con una rabia y fuerza que ni siquiera sabía que tenía. Apenas logré moverlo, pero poco me importó. Todo en mi interior quería destrozarlo, derribar esa fachada de control que me desesperaba, hacer lo que fuese necesario con tal de que me dijese la verdad de una vez por todas.

—¡Maldita sea, Nikolai! —grité enrabietada, percibiendo como mis ojos empezaban a anegarse en lágrimas—. ¿Por qué no puedes ser honesto conmigo de una maldita vez? —añadí, percibiendo como mi voz se quebraba como si nunca hubiese dicho nada.

Con un rápido movimiento, se acercó donde me encontraba y atrapó mis muñecas, sujetándolas con la fuerza suficiente como para inmovilizarme, pero no para hacerme daño. Su rostro estaba tan cerca del mío que podía notar su respiración chocando contra mi boca, caliente, entrecortada y feroz. El corazón se me desbocó en el pecho y por un instante creí que lo escucharía, igual que la vorágine de pensamientos que se agolpaban en mi mente.

—Me has jodido la vida solo por salvarte el culo —musité con la mirada fija en la suya, sintiendo como el mundo se me venía encima.

—No estoy tratando de protegerme a mí, Elena —aseguró—. Estoy protegiéndote a ti —juró, acercando su boca a la mía—. Si conocieses toda la información, serías un blanco demasiado fácil, y no pienso arriesgarme a eso.

Sus palabras me desarmaron, y las lágrimas que se agolpaban en mis ojos empaparon mis mejillas, muriendo en la tela de mi camiseta. No quería que viese cuánto me afectaba, pero por alguna razón lo único que deseaba era cobijarme entre sus brazos. Ese hombre era mi captor, mi carcelero, y sin embargo, en ese momento era como si hubiese algo más íntimo y visceral entre ambos.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos y alertó a Nikolai, quien soltó de inmediato mis muñecas, dando un paso hacia

atrás, recuperando ese papel de hombre inquebrantable que tanto detestaba.

—¿Qué ocurre? —gruñó al guardia cuando apareció tras la puerta.

—Señor, hay un problema en las rutas seguras —le informó—. Andrei nos ha informado de que un grupo armado se está acercando a la mansión.

El cuerpo de Nikolai se tensó de inmediato. Oí como mascullaba algo que no supe descifrar y se encaminó hacia la sala de control, dejándome allí, sola y expuesta. Pero no pensaba quedarme atrás, e ignoré las órdenes de los guardias de que permaneciera en el despacho y lo seguí.

Nikolai

Elena me seguía como una sombra, desobediente como siempre, retadora e incluso llegaba a provocar en mí una necesidad que no lograba comprender. En cualquier otra circunstancia, habría perdido la paciencia con ella, pero ahora había cosas más importantes que atender. Llegamos a la sala de control, donde las pantallas mostraban imágenes de vehículos acercándose por nuestras rutas seguras. Andrei estaba conectado desde el exterior, revisando qué demonios había ocurrido. La traición era más que evidente, aunque todavía no había logrado localizar a la rata. Contuve el aliento, percatándome de que fui un ingenuo al pensar que Sergei sería la única persona capaz de tratar con los Orlov, y me equivocaba.

—Refuercen las entradas —ordené—. Quiero a un hombre apostillado en cada centímetro del puto perímetro para interceptarlos —añadí sin apartar la mirada de las pantallas.

Elena estaba detrás de mí, observando con una mezcla de miedo y de tesón que no esperaba en ella. Su presencia era una

distracción, una más en un momento en el que no podía permitirme perder el foco.

—No podemos permitir que entren.

Mis hombres asintieron, informaron al resto mediante los pinganillos y salieron de la sala para terminar de coordinar toda la operación. Iba a matar a todos los hijos de puta que osaran acercarse a mi casa. Si había una norma en la mafia era que la familia es sagrada, y ellos estaban tirando por tierra cada uno de los mandamientos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó al final, mediante un susurro apenas inaudible.

—Lo que siempre hago —respondí sin más—. Proteger lo que es mío —añadí, mirándola directamente a los ojos.

Ella me pertenecía, lo había hecho desde el primer momento en el que la vi, ese en el que me obsesioné, porque quisiera admitirlo o no, Elena se había enraizado en mis entrañas para no salir jamás.

Mis palabras parecieron detenerla, no tenía tiempo para preocuparme por lo que pensase o sintiese. Me encaminé de nuevo hacia mi despacho, revisando en mi mente nuestras opciones. Cada decisión era crucial y un solo error podría ser letal.

—Quiero ayudar —dijo de repente, con una firmeza que no esperaba.

Me giré hacia ella, incrédulo. Su rostro reflejaba una determinación innegable, pero también un temor que la marcaría para siempre. Sabía que no estaba preparada para lo que estaba a punto de suceder, pero también que no podría detenerla.

—Esto no es un juego, Elena —le expliqué, a sabiendas de que no serviría de nada—. Si te involucras, no habrá vuelta atrás.

Durante un instante que se me antojó eterno, nuestras miradas se encontraron, y supe que algo estaba a punto de quebrarse. No era solo la tensión que habíamos acumulado durante todo ese tiempo, en cada palabra o silencio. Era algo más profundo, eso que llevaba demasiado tiempo al borde de la explosión. Elena era frágil, pero había una fuerza en ella que no podía ignorar.

—Ya no hay vuelta atrás para mí, Nikolai —musitó, con una firmeza rota que me atravesó como un disparo, al mismo tiempo que colocaba una de sus pequeñas manos sobre mi pecho—. No después de todo lo que me has hecho. Y si tengo que luchar por sobrevivir, lo haré.

La rabia que había obtenido durante días, el deseo que había intentado enterrar bajo el pensamiento lógico se desmoronó en un solo instante. La tomé por la cintura, atrayéndola hacia mí, como si tenerla más cerca pudiera controlar el caos que ella misma había provocado en mi vida. Sin pensarlo un solo instante, estampé mis labios contra los suyos, devorándola con la desesperación de un hombre que está perdiendo el control por primera vez. No hubo suavidad en el gesto, ni espacio para dudas. Era una jodida declaración de intenciones, una promesa, un grito contenido que no podía ser ignorado.

Su cuerpo se estremeció, reaccionado ante mí. Su resistencia se deshizo entre mis manos, mientras las suyas se enredaban en mi cabello, buscando equilibrio. La respiración se me volvió irregular, igual que la suya, que sin dudarlo me había devuelto cada uno de los besos que le había dado. En ese momento, se volvió mía, lo sabía, y esa certeza era a la vez un consuelo y una maldición. El umbral que me había jurado no cruzar, y sin embargo, ahí estaba, destruyéndolo todo con un simple beso.

Las manos me ardieron al apartarme de ella, al soltar su pequeño cuerpo, pero lo que vi en sus ojos hizo que me olvidase del resto. Algo que me aterraba, porque reflejaba lo mismo que yo sentía: una necesidad que nunca antes había experimentado, un vínculo que jamás podría romper.

—Eres mía, Elena —murmuré, con la certeza de quien acababa de sellar su destino, y por un instante, supe que esa frase no solo era una afirmación para ella, sino una condena que me infringí a mí mismo.

19

Elena

El sonido de los disparos rompió el silencio de la noche, en un eco que se volvió ensordecedor, resonando por cada uno de los pasillos de la mansión. Me detuve en seco al escuchar un estruendo aún más fuerte, seguido de un grito desgarrador que no supe identificar. Los pies empezaron a pesarme como si de yunques se trataran, la respiración se me volvió errática y, por un instante, mis piernas se negaron a avanzar, atrapadas entre las ganas de huir y la imposibilidad de procesar lo que estaba viviendo.

Siempre fui una chica normal, tenía mi trabajo, mi apartamento en el centro de Londres, hablaba cuatro lenguas, estudié de manera tradicional como me inculcaron y me labré un futuro yo sola, sin necesidad de contar con nadie, y por una absurda razón toda mi vida se había ido a la mierda. Contuve las incipientes ganas de llorar, porque aunque aún sentía la determinación bullendo en mis venas, una parte de mí deseaba gritar por todo lo que perdí.

Desde el fondo del pasillo, vi un grupo de guardias armados hasta los dientes, corriendo en dirección a la entrada principal, gritando órdenes que no logré entender. Antes de que pudieran llegar a la puerta, una explosión los lanzó contra la pared. Un alarido se escapó de mi boca, por lo que no pude evitar llevarme las manos a ella. Retrocedí hasta chocar contra el marco de la puerta. El corazón me latía con tanta fuerza que creí que en cualquier momento me estallaría el pecho.

—¡Elena! —gritó una voz que reconocí al instante.

La cabeza me daba vueltas, estaba en *shock*. Nikolai me agarró con fuerza. Una parte de mí solo pudo fijarse en su mirada, en cómo sus ojos se habían tornado de un gris tan oscuro que parecía un

cielo de tormenta. Mi vista se desvió hacia sus manos, donde sujetaba un arma, la cual parecía más una extensión de sí mismo que un objeto. Su mirada volvió a posarse en la mía, encontrándome, tan fija e intensa que sentí como volvía a atraparme.

No sabía cómo demonios había llegado hasta allí, en qué momento todo había explotado de esa manera, ni cómo el caos había engullido la mansión.

—¡Ven aquí, ahora! —rugió.

Nikolai se había alejado unos pasos, por lo que corrí hacia él, tropezando con la alfombra mientras el estruendo de nuevos disparos llenaba el ambiente. Nikolai me sujetó con fuerza, empujándome contra la pared para, segundos después, cubrirme con su enorme cuerpo. Contuve el aliento cuando sentí su respiración cerca de mi oído, mientras él murmuraba algo en ruso que no logré entender. Cuando alzó la vista, su mirada se tornó en el más puro fuego.

—No te muevas —ordenó mediante un gruñido rasgado.

Quise responder, pero las palabras se agolparon en mi garganta, muriendo presas del miedo. Este se apartó de mí, disparando hacia el pasillo desde el que vinieron los atacantes. El olor a pólvora se coló en mis pulmones, mientras veía como uno de los intrusos caía al suelo. Nikolai volvió a girarse hacia mí. Sus movimientos eran rápidos, precisos, como si hubiese sido instruido para vivir situaciones como aquella.

—Están dentro —musitó rabioso. Tomó mi rostro entre sus manos, y pude sentir la calidez rodearme mientras me obligaba a mirarlo.

—Yo… —balbuceé, percibiendo como todo mi ser se tambaleaba.

El pánico se había apoderado de mí, y solo de pensar que pudiese dejarme allí, sentí como unas incipientes ganas de llorar me atravesaron. Contuve el aliento, agarrándome al marco de la puerta, sintiendo como las manos de Nikolai no se apartaban de mí.

—No te dejaré sola, ¿me escuchas? —añadió, como si hubiese leído mi mente—. No importa lo que pase, pienso matar a todo aquel que ose acercarse.

Sus palabras tenían una fuerza que iba más allá de todo lo que estábamos viviendo. Asentí, demasiado aterrorizada como para poder escupir una sola palabra más. Mi captor me soltó, empujándome hacia dentro de la habitación.

—Ahí dentro. Ahora —ordenó, al mismo tiempo que sacaba una pequeña pistola de la cinturilla de su pantalón—. Quiero que, si entra alguien, dispares —me explicó—, no preguntes, hazlo. —Fijó su mirada en mí, aún sujetando mis manos—. No salgas hasta que yo venga a por ti.

Antes de que siquiera pudiese protestar, escuché el sonido de unos pasos apresurados. Nikolai giró con brusquedad, disparando dos veces, lo que provocó que el cuerpo de un hombre cayese a escasos metros de donde nos encontrábamos. Mi estómago se revolvió ante la visión de la sangre extendiéndose en el suelo y del sonido seco del cuerpo inerte cayendo. Tomé aire y, sin pensarlo más, me encerré en la habitación, tal y como me había ordenado.

Nikolai

Todo estaba saliendo mal. El sonido de los disparos, el olor metálico de la sangre, los gritos de mis hombres por el pinganillo… Todo era un maldito y absoluto caos, y lo único en lo que podía pensar era en Elena. Su rostro pálido, sus ojos llenos de lágrimas y terror. Yo la había metido en aquel lío por protegerla, cuando en realidad lo único que había logrado era meterla en la boca del lobo. Los Orlov habían llegado demasiado lejos, estaban perturbando mi tranquilidad, la de mi familia, la de Elena… La rabia me consumía, pero no podía permitir que la furia me nublase el entendimiento, no ahora.

—Andrei, ¿dónde estás? —inquirí, mientras avanzaba por el pasillo en dirección a la entrada principal.

—Cerca del ala este —respondió, con voz tajante—. Los tenemos acorralados, pero uno de los pasillos está comprometido —añadió—. Parece que la entrada del sótano fue la brecha.

«Hijos de puta», maldije para mis adentros. No sabía si había sido casualidad, o si de verdad la andaban buscando, pero algo me decía que, si el sótano era la entrada, Elena era la recompensa por aquel jodido agravio.

—Mantén tu posición —ordené—. Que nadie más traspase esas putas puertas.

Me giré hacia uno de mis guardias, quien estaba recargando de manera frenética su arma, a sabiendas de que necesitaríamos todos nuestros efectivos para reducir a todos los hombres que quedasen en pie. Lo que parecían no comprender los Orlov era que habían cavado su propia tumba. Esta era la mayor provocación que podrían haberme hecho, y si era necesario, haría arder el mundo con tal de proteger aquello que tanto ansiaba, ella.

—¿Cuántos son? —pregunté, y mi voz sonó tajante, dura, llena de una rabia que no sabía cuánto tiempo más lograría contener.

—Cuatro confirmados —me informó—, hay dos más fuera, que han sido eliminados por Viktor.

Viktor. Mi hermano estaba fuera, liderando a un grupo para asegurarse de que los refuerzos de los Orlov no llegaran. Alexei, mientras tanto, coordinaba toda la operativa desde su puesto de mando. Confiaba en ellos, pero no podía dejar de pensar que la única razón por la que esos hombres habían logrado burlar mi seguridad era por una maldita traición.

—Quiero que descubras al maldito topo que nos ha vendido —le insté a Andrei.

—Estoy en ello —añadió con seguridad—. Alexei está fuera del perímetro, aguardando un posible equipo de rescate.

Todos los hermanos estábamos allí, luchando contra los Orlov, pero lo que parecían no saber era que Elena podía ser el detonante

y que todo ello se había producido a causa de mi maldita obsesión.

Giré la esquina y disparé sin dudarlo contra uno de los hombres que sigilosamente cruzaban la estancia. Este cayó de rodillas, fijando su mirada en la mía, justo antes de derrumbarse por completo. No tuve tiempo de comprobar si estaba muerto, ya que la adrenalina me impulsaba, cada decisión había sido reducida a permitir que fuese mi instinto el que hablara.

Al llegar a la entrada principal, vi a Viktor cubierto de sangre. Su rostro estaba magullado, pero pude ver que tan solo de una de sus heridas brotaba el líquido rojizo, por lo que deduje que aquella sangre no era suya. Su gesto estaba marcado por una mezcla de furia y satisfacción, era un jodido demonio, y le encantaba.

—Los tenemos rodeados —informó, alzando su AK—. Pero necesitamos despejar el ala oeste, hay más escondidos y parece que buscan algo.

Apreté la mandíbula con fuerza, tanta que creí que en cualquier momento mis muelas saltarían por los aires. Sabía con exactitud qué buscaban, o más bien, a quién.

—Cubre mi posición —ordené, mientras subía las escaleras.

Un hombre sujetaba a Elena con fuerza, tirando de su cabello y arrastrándola escaleras abajo con una furia desmedida. Esta se retorcía, queriendo zafarse de su agarre, luchando con una determinación que jamás había visto en ella. Pero entonces, sus ojos se posaron en los míos, y pude ver cómo las lágrimas emergían de él.

—¡Nikolai! —bramó desesperada.

Contuve el aliento y, sin pensarlo ni un solo instante, alcé el arma y disparé hasta tres veces, sintiendo la rabia corroerme. El hombre cayó desplomado al suelo, lo que provocó que Elena dejase ir un profundo alarido, lleno de pánico. Se arrastró por el suelo, mientras yo bajaba las escaleras de dos en dos, sintiendo como el corazón me latía en las sienes.

—Te dije que te quedaras en tu habitación —gruñí, al mismo tiempo que tiraba de ella, colocándola en pie.

Esta retrocedió, con la mirada llena de temor, pero también con rabia. La tomé por la mano y, segundos después, ya la tenía en brazos. Estaba enfurecido, pero no por los Orlov, sino por ser consciente de que haber visto a Elena en situación me había trastocado más de lo que debería.

Subí a la habitación y cerré la puerta con llave. La rabia y algo parecido al orgullo se arremolinaron dentro de mí cuando me percaté de que aunque había temor en ella, también la misma determinación que tiempo atrás.

—No quiero esconderme como una cobarde.

—Pues por esa mierda casi te matan, Elena —rebatí enfurecido.

No era el momento de discutir, pero no podía ignorar lo que me hacía sentir. Me acerqué a ella, apretando las manos en puños para, segundos después, tomarla por los hombros, deseoso de que comprendiese lo que estaba a punto de decirle.

—Escúchame bien, aquí no hay lugar para la valentía —aseguré —. Si te pasa algo… —Mi voz sonó estrangulada, pero me forcé a continuar—. Si te pasa algo, no me lo perdonaré.

Elena me sostuvo la mirada, podía percibir su agitada respiración, cómo sus piernas cimbreaban, por lo que no pude evitar sonreír de medio lado, deleitándome con todo lo que provocaba en ella.

—Quédate conmigo —me rogó.

Antes de que pudiese responder, un fuerte golpe en la puerta nos alertó. Se avecinaba otro enfrentamiento, y estaba decidido a acabar con todos los malnacidos que se pusiesen en nuestro camino.

20

Nikolai

La sala de reuniones estaba cargada de tensión. El aroma a tabaco y alcohol impregnaba el aire, mezclándose con el sudor y la sangre seca que aún manchaban nuestras ropas y rostros tras el ataque. Viktor estaba sentado al otro lado de la mesa, junto a la chimenea, con una botella de vodka en la mano y una expresión de rabia contenida en el rostro. Alexei estaba de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados, observando el exterior con detenimiento, como si aguardase a que los Orlov volvieran en cualquier momento.

Andrei se había unido a nosotros, a pesar de no ser cien por cien un Romanov, pero sí que se había convertido en uno de nuestros hombres de confianza, y permanecía en silencio, pensativo, con la vista fija en el fuego.

Estaba sentado en mi lugar habitual, en la cabecera de la mesa, jugando con uno de mis cuchillos cuando alcé la vista. Dejé la navaja sobre la mesa, y el sonido de mis nudillos al crujir resonó en la habitación. No había tiempo para dudas ni discusiones, y mucho menos para lamernos las heridas, pero sabía que esta reunión iba a ser de todo menos fácil. Esos hijos de puta habían cruzado la única línea inquebrantable, esa que mantuvieron durante años con mi padre, e iba a hacer que pagaran por ello. Iba a acabar con la vida de cada uno de los familiares de Ivan, pero a él le preparaba un final especial.

—Esto no puede seguir así —dije al fin, con la voz baja pero firme. Todos se voltearon hacia mí, observándome con atención—. Los Orlov se han tomado demasiadas libertades, y no pienso permitirlo. Durante meses he callado, aguantando una tensión inimaginable, creyendo que era lo mejor para ambas familias, para

no desatar una guerra —Hice una pausa—, pero eso ya se ha acabado.

Viktor soltó una carcajada amarga, al mismo tiempo que dejaba la botella sobre la mesa con un golpe seco.

—Claro que no, porque vamos a matarlos a todos —añadió—. ¿Por qué perdemos el tiempo hablando cuando podríamos estar masacrándolos? —inquirió desafiante.

Alexei se giró hacia él con calma, pero su mirada era tan gélida que podría haber helado a cualquiera.

—Eso es exactamente lo que quieren, Viktor —le respondió Andrei—. Que reaccionemos con el corazón y la furia, en vez de con la cabeza —aseguró al mismo tiempo que se acercaba a la mesa—. Si hacemos un movimiento sin pensar, podríamos perder más de lo que ganamos.

—¿Y qué sugieres? —Quiso saber, con amargura—. ¿Que les enviemos flores? —replicó con un sarcasmo que me enfureció.

Me levanté como impedido por un resorte y golpeé la mesa con fuerza, silenciándolos a ambos. Esto no iba de peleas entre hermanos, y mucho menos de actuar de manera inconsciente.

—¡Ya basta! —boceé enrabietado—. No vamos a discutir tácticas de guerra, porque es lo último que necesitamos —apunté—. Venían a por algo, y hemos logrado truncar sus planes.

—Dirás que venían a por alguien —me contradijo Viktor con amargura.

Hice una pausa, y pude sentir sus ojos expectantes fijos en mí.

—Voy a privarles de eso que tanto ansían —aseguré al mismo tiempo que volvía a sentarme y me llevaba mi vaso lleno de whiskey a los labios para darle un trago—. Voy a casarme con Elena.

El silencio se extendió en la sala tras mi declaración, denso como el humo que durante horas permaneció en toda la casona debido al ataque. Viktor me miró como si acabara de volverme loco. Alexei frunció el ceño y cabeceó hacia la izquierda, como si intentase descifrar mi razonamiento. Mientras tanto, Andrei permaneció en su

lugar, observándome con una expresión impenetrable, pero en sus ojos vi algo más.

—¿Qué demonios estás diciendo? —inquirió Viktor lleno de incredulidad, poniéndose de pie de un salto, como si un resorte lo hubiese impulsado—. ¡Esa mujer es un peligro! —añadió, llevándose las manos a la cabeza—. Si los Orlov están dispuestos a venir a por ella, ¿qué crees que harán cuando se enteren de esto?

—Les darás más razones para atacar —musitó Alexei.

Los dejé terminar de hablar, permitiéndome un momento para respirar de manera consciente, probando a calmar los nervios que me corroían. Le di un largo trago al whiskey, sintiendo como el líquido ardía en mi garganta.

—No, Viktor —aseguré—. Lo que haré será convertirla en algo inalcanzable, algo que no puedan tocar sin desafiarme directamente. Si se convierte en mi esposa, será una Romanov, y cualquier ataque contra ella, conllevará un derramamiento de sangre explícito en los Orlov. —Me recosté en la silla, observando como mis palabras calaban en cada uno de ellos.

Alexei dio un paso hacia la mesa, aún con los brazos cruzados sobre su pecho, sin dejar de barruntar algo que aguardaba con ansias conocer. Su mirada era analítica, calculadora, como si estuviese procesando toda la información que les acababa de dar.

—Es una estrategia interesante —comentó al final—. Convertirla en un Romanov no solo refuerza su seguridad; también puede fortalecer nuestra posición externa —concluye de manera contundente, aceptando decisión—. Los Orlov y cualquiera que nos observe verán este matrimonio como una declaración de poder, una señal de unión. Pero… —Hizo una pausa, fijando su mirada en la mí —. También generar tensiones internas. No todos en nuestra organización estarán contentos de que una extraña sea parte de la familia.

—Te aceptamos a ti, ¿no? —cuestionó con amargura Viktor, refiriéndose a Andrei.

—¡Relájate! —le ordené al ver su tono.

Viktor rebufó como un toro encarcelado capaz de llevarse por delante a cualquiera de los aquí reunidos.

—¡Acaban de atacar tu puta casa, Nikolai! —bramó Viktor—. ¿Qué más necesitas para que sea un desafío directo?

—La buscaban a ella, no atacaron la casa por ser mía —aseguré —. Eso es lo que no comprendes.

Viktor dejó ir una sonora carcajada llena de amargura, mientras sacudía la cabeza de un lado a otro, caminando por la sala, como si de un animal enjaulado se tratase.

—Esto es una locura —gruñó—. Es una jodida locura, Nikolai. Esa mujer no es más que un lastre, una distracción que nos costará caro. ¿No ves lo que está haciendo contigo? ¡Actúas como un idiota!

Me puse en pie de nuevo, esta vez con más calma que la anterior, pero fulminándole con la mirada.

—Esto no es una discusión, Viktor. Es una decisión. —Mi voz fue baja y concisa, pero lo suficientemente intensa como para llenar la habitación—. Y no voy a tolerar que nadie, ni siquiera tú, la cuestione.

Viktor me sostuvo la mirada por un instante antes de apartarla con un gruñido feroz, para girarse hacia la chimenea, apoyando una mano en la repisa mientras respiraba de manera profunda, probando a calmar sus nervios.

—Haz lo que quieras. Pero no esperes que yo lo apruebe —sentenció.

Alexei, que hasta ahora había permanecido en silencio, habló por primera vez.

—¿Estás seguro de que esto es lo correcto, Nikolai? —Su tono no fue desafiante, sino curioso, como si quisiera comprender mi razonamiento más allá de lo que había dicho hacía apenas unos minutos—. Esto no solo la pone en el centro de atención; también pone un mayor precio a tu cabeza.

Me incliné hacia adelante, apoyando ambas manos en la mesa mientras miraba a mi hermano.

—No hay nada más que proteger que lo que es mío —aseguré—, y Elena es y será mía en todos los sentidos. —La intensidad en mis palabras dejó claro que no había lugar a discusiones, por lo que este asintió.

La reunión dio por concluida con esa última declaración de intenciones. Permanecí en la sala, observando como la llama de la chimenea se consumía con lentitud. Las palabras de Viktor, Alexei y Andrei aún resonaban en mi cabeza como un mantra, sin que pudiese apartarlos. Sabía que tenían razón en ciertos aspectos, este matrimonio traería complicaciones, tanto externas como internas. Pero lo que ninguno de ellos lograría comprender jamás era que esto no era solo una estrategia. Era una necesidad. Una obsesión.

Había visto a Elena luchar por zafarse de esos hombres, con la mirada llena de terror y rabia, provocando que algo en mí se quebrase. La idea de perderla, de que alguien pudiera arrebatármela, había creado una necesidad aún mayor por protegerla. Este matrimonio no solo era para alejarla de los Orlov, sino también de mí mismo. Porque mientras fuera solo «Elena», una mujer ajena a mi mundo, siempre existiría la posibilidad de que alguien me la arrebatara. Pero como Elena Romanov sería intocable, irrevocablemente mía.

21

Nikolai

Dos días más tarde.

Andrei había estado investigando sobre la posible filtración de información comprometida sobre los ataques a nuestros camiones de mercancía perpetrados por los hombres de los Orlov, dando con un nombre que reconocí al instante. Había intentado mantenerme al margen, permitiendo que mis hermanos se encargasen de ir cerrando el círculo alrededor del maldito traidor.

La habitación olía a desesperación. La bombilla que colgaba del techo parpadeaba de vez en cuando, provocando que aquel infame trastero pareciese aún peor. El suelo de cemento estaba manchado de sangre seca mezclado con el sudor del hombre que tenía frente a mí: Dmitry Shapovalov. Temblaba, no había dejado de hacerlo desde el instante en el que me vio aparecer, provocando que una mezcla de orgullo y excitación tomasen el control de mis pensamientos. Su camisa estaba empapada por el sudor, y sus muñecas permanecían atadas a los brazos de la silla, lo que hizo que el roce de las cuerdas marcase su piel. Su rostro estaba hinchado, y un hilo de sangre le corría por la comisura de los labios. Estaba aguantando más de lo que esperaba, pero sabía que tarde o temprano terminaría por romperse, igual que lo hacían todos. Solo era cuestión de tiempo.

Dmitry era uno de los transportistas que trabajaba en nuestra red de contrabando, estaba metido de lleno en nuestro negocio y a pesar de que se lo habíamos dado todo, tanto a él como a su familia, había decidido traicionarnos, removido por su codicia.

—No tienes por qué hacer las cosas difíciles, Dmitry —dije con tranquilidad, al mismo tiempo que tomaba asiento frente a él, dejando que cada uno de mis pasos resonase en el frío cemento—. Podemos hacerlo rápido y relativamente indoloro; o podemos traerte un regalito.

Antes de que pudiese decir nada, tomé mi arma y la coloqué en su rodilla. Este bajó la vista y, antes de que pudiera ni siquiera gritar, apreté el gatillo. Un fuerte alarido resonó en la habitación, y pude sentir como las pequeñas gotas de sangre habían salpicado mi cara.

El pánico tomó su rostro al mismo tiempo que alzaba la cabeza, con la mandíbula desencajada y la mirada llena de desdén. Sonreí al percibir como el miedo aún latía en su interior, cómo a pesar de su traición una parte de él luchaba por creer que sería benevolente con él.

—Ya te lo he dicho, Nikolai. No sé nada —siseó, intentando parecer convincente.

Una mueca diabólica se dibujó en mi boca. Alcé una de mis manos y chasqueé los dedos. El más puro terror lo recorrió de pies a cabeza, y por un instante, intentó zafarse del agarre de las cuerdas que lo mantenían fijo en la silla. Dos hombres acababan de entrar en la habitación con su mujer y su hija pequeña. Ambas estaban amordazadas y esposadas, para que no pudieran hacer ninguna tontería.

—¿Estás seguro?

Este asintió, al mismo tiempo que a mi izquierda, Viktor soltaba un bufido burlón mientras afilaba uno de sus cuchillos en una piedra, provocando que el sonido del metal deslizándose llenase el ambiente.

—¿De verdad quieres seguir con esto, Dmitry? —intervino Viktor, alzando la hoja y admirando el filo bajo la luz. Se puso en pie, acercándose a donde se encontraba la pequeña, y paseó el cuchillo por su dulce rostro. Esta ahogó un grito que acabó muriendo en la mordaza que llevaba—. Porque tengo todo el

tiempo del mundo, y créeme que puedo pasármelo muy bien con tus chicas.

Alexei, por su parte, permaneció en las sombras, observando con los brazos cruzados, analizando cada uno de los gestos que hacía nuestro traidor. Su silencio era demoledor, tanto que en el instante en el que su mirada se posó en la niña, esta rompió en llanto, a pesar de estar amordazada. Andrei se apoyaba en la pared opuesta, sin embargo, parecía estar en su propio mundo, como si hubiese algo extraño que le llamase la atención. Este tipo de situaciones eran nuevas para él, pero contábamos con su experiencia en los servicios secretos, lo que nos ayudaba a tener puntos de vista diversos.

Me incliné hacia adelante, apoyando los codos en mis rodillas mientras fijaba la vista en Dmitry. Quería que comprendiera que no había salida, y que cualquier esperanza que albergara no era más que un espejismo.

—Dmitry —musité con lentitud, dejando que su nombre se hundiese en su interior como si del filo de un cuchillo se tratara—, sabemos que alguien dentro de nuestra red dio información a los Orlov. Sabemos que sabían con exactitud dónde y cuándo atacar el camión, y de hecho… tú eras el encargado de esa ruta —añadí, alzando un dedo.

—No lo sabía —jadeó. Sus palabras salieron a trompicones, apresuradas y con una desesperación que me sorprendió. Su vista se fijó en las rehenes que había detrás de mí y pude ver como los ojos le brillaban, repletos de lágrimas—. No sabía que iban a hacer eso. Solo… Solo me dijeron que moviera el cargamento. Nada más.

—¿Es que acaso no te pagamos suficiente? —inquirió Alexei, ladeando la cabeza.

—Yo…

—La codicia, querido Dmitry —ronroneé—, es la que te ha metido en este jodido lío —aseguré—, y a ellas también. ¡Tu puta codicia! —bramé ido, dándole un puñetazo en su mejilla derecha.

Viktor se acercó, girando la silla con un rápido movimiento, permitiendo que Dmitry quedase de cara hacia él. Saqué un pañuelo

de seda de mi traje impoluto y limpié los restos de sangre que me habían quedado en el rostro y la mano para, segundos después, guardarlo.

—¿Quién te lo dijo? —bisbiseó amenazante—. Porque te aseguro que voy a encontrarlo, con o sin tu ayuda. La única diferencia es cuánto sufrirás antes de que lo hagas.

Dmitry cerró los ojos, su respiración era agitada y las lágrimas no dejaban de agolparse en sus ojos. Vi como una de sus manos se apretaba en forma de puños, y al levantar la vista, volvió a fijarla en su familia.

—Os lo diré todo, pero dejadlas marchar —suplicó.

Hice un ligero movimiento de cabeza, ordenándoles que se las llevaran, pero entonces, la pequeña de no más de siete años dejó ir un grito que resonó por toda la habitación cuando el guardia que la custodiaba la toqueteó.

—Las mujeres no se tocan —siseó Andrei, agarrando al hombre que llevaba a la niña por el brazo—. Yo me encargaré de ella, tú puedes irte a tomar por culo —añadió con desdén.

Pude ver cómo Dmitry agradeció el gesto de Andrei, quien cogió la mano de la niña y salió del trastero junto con la mujer y el segundo guardia.

—No sé quién era —confesó al final, con la voz estrangulada—. Solo… solo recibí un mensaje. Un nombre: Karpov. Eso es lo único que sé.

El silencio se hizo presente una vez más y, por un momento, solo se escuchó el zumbido de la bombilla al tintinear, y la respiración agitada de Dmitry. Me puse en pie, y caminé alrededor de la silla, permitiendo que las botas resonaran en el asfalto, mientras procesaba lo que acababa de decirnos.

—Karpov —repetí, intentando encontrarle un sentido—. Un nombre en clave, supongo. ¿Por qué deberíamos creerte, Dmitry?

—¡Es verdad! —gritó, sus palabras sonaron desesperadas, pero poco me importó—. ¡Lo juro! No sé quién es. Solo era un mensaje, un trabajo. Yo… Nunca quise traicionar a los Roman…

Antes de que pudiese terminar de hablar, saqué mi arma y disparé. Permitiendo que sus sesos se esparcieran por la pared del fondo y parte del suelo. Su cuerpo quedó lacio en la silla, inerte, bañado en un mar de sangre.

—No hay lugar para traidores en la familia Romanov —escupí enrabietado.

—¿En qué piensas? —preguntó Alexei con tranquilidad.

Guardé el arma y saqué la cajetilla de tabaco, llevándome uno a los labios para, segundos después, encenderlo.

—Karpov podría ser cualquiera —comenté—. Pero si está usando un nombre en clave, significa que tiene acceso a información confidencial —aseguré—. Esto no es un simple traidor; es alguien que sabe lo suficiente como para poner en peligro a toda la organización.

—O tal vez eso es lo que quiere que creas —añadió Andrei a mis espaldas, mientras Viktor soltaba un gruñido.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Quiso saber Alexei—. ¿Vamos a dar caza a todos hasta que encontremos a ese tal Karpov?

—No, Andrei se encargará de buscar bajo tierra si hace falta para encontrar a ese hijo de puta —respondí con tranquilidad, dándole una larga calada al cigarrillo—. Si Dmitry decía la verdad, esto no es algo que podamos resolver con fuerza bruta. Necesitamos encontrar al topo antes de que pueda hacernos más daño.

—Y cuando lo encontremos —añadió Viktor—, no habrá lugar en este mundo donde pueda esconderse.

—Avisad para que alguien limpie este estropicio —les insté.

Me llevé el cigarro a la boca y aspiré profundamente. Había mucho que resolver, demasiados cabos sueltos de los que debíamos ocuparnos. Pero una cosa era segura: quienquiera que fuese Karpov pronto entendería el precio de desafiar a los Romanov.

22

Elena

No tenía ni idea de dónde me había traído. Horas antes había aparecido Tatiana con un precioso vestido negro, instándome a que me lo pusiera tras darme una buena ducha. Nikolai había conducido durante casi una hora, lo que no esperaba era encontrarme en un lugar como este.

Cuando llegamos al restaurante, lo primero que me golpeó fue el silencio. No había clientes, ni siquiera ruido de conversaciones o el murmullo de platos en movimiento. Era como si el lugar entero estuviese pausado en el tiempo. Nikolai había cerrado el restaurante para nosotros, y eso me ponía más nerviosa de lo que estaba dispuesta a admitir.

Contuve el aliento cuando sentí como una de sus manos se posaba en la parte baja de mi cintura, provocando que mi corazón se acelerase sobremanera. Algo en mi interior me obligó a escrutar el lugar, fijándome en el enorme salón. Este era como una obra de arte, un santuario de opulencia diseñado para impresionar, incluso al más exigente de los invitados. Las paredes, de un profundo granate aterciopelado, estaban adornadas con molduras doradas que reflejaban la luz cálida de las arañas de cristal que se suspendían en el techo. Los candelabros colgaban como joyas, y cada prisma de cristal capturaba destellos que danzaban por todos lados.

El suelo de mármol negro brillaba bajo los destellos dorados, formando un contraste perfecto con las mesas cubiertas de manteles de lino blanco, tan impecable como el oro que adornaba sus finos bordes. Cada mesa estaba dispuesta con una precisión obsesiva, con copas de cristal tallado que brillaban bajo la tenue iluminación, y cubiertos de plata que parecían recién pulidos.

Cada detalle estaba pensado al milímetro, diseñado para transmitir esa ostentosidad y control tan característica, esa que solo él tenía. Me llevó hasta una mesa en el centro y, antes de que pudiera sentarme, retiró la silla para mí.

—Hoy todo tiene que ser más que perfecto —murmuró, inclinándose un poco mientras me acomodaba.

No respondí. No quería darle el gusto de mostrarle lo mucho que me afectaba, porque sí, estaba cardíaca solo de sentirle cerca. Después de los encuentros fugaces que habíamos tenido, solo podía pensar en sus labios sobre los míos, sus manos recorriendo mi piel y su enorme cuerpo cubriendo el mío. Me limité a esbozar una fugaz mueca, mientras jugueteaba nerviosa con el dobladillo de mi vestido, todo bajo su atenta mirada.

—¿Siempre cenas así? —Quise saber, refiriéndome a la soledad que nos rodeaba, intentando llenar el silencio del lugar.

Una sonrisa ladina se dibujó en sus labios, y no pude evitar sentir como un impulso eléctrico me recorría hasta morir en mi sexo. No sabía qué demonios tenía, ni qué era lo que me ocurría, pero algo en mí ansiaba el momento en el que me tomase con dureza, haciéndome suya, porque sí… Por mucho que lo quisiese negar, ese día llegaría.

—¿Así cómo? —inquirió, haciéndose el tonto.

—Solo —me limité a responder.

Chasqueó la lengua al mismo tiempo que tomaba la copa de vino tinto que le acababan de servir.

—Solo cuando la compañía lo merece —respondió, con la vista tan fija en mí que se me antojó que me desnudaba con la mirada.

Puse los ojos en blanco, para imitar su gesto, cogiendo la copa que el camarero acababa de colocar frente a mí.

—Supongo que debería sentirme especial —murmuré antes de dar un sorbo.

—Quizás deberías.

No quise mirarlo, pero sentí sus ojos fijos en mí, analizando cada uno de mis movimientos, cada respiración. Parecía disfrutar de la

incomodidad que me provocaba, ya que una mueca llena de perversión se dibujaba en su rostro. Decidí centrarme en el plato que acababan de servir: un filete Wellington, cocinado a la perfección y rodeado de guarniciones que parecían más obras de arte que comida. Todo en aquel lugar era un espectáculo, una demostración de poder, y yo no podía evitar sentirme la pieza central.

Corté un trozo del filete y lo llevé a mi boca, tratando de ignorar el peso de su mirada.

—¿Te gusta Moscú? —preguntó, rompiendo el silencio.

Casi me atraganté, ¿de verdad me estaba preguntando eso? Me llevé la servilleta a la boca y, con toda la entereza que pude, me limpié.

—No lo sé —respondí escueta—. No he tenido muchas oportunidades de explorarla desde que… llegué.

Mi tono fue más frío de lo que pretendía, tajante y directo, pero no me importó. Quería que entendiese que no estaba aquí por elección y que no deseaba jugar a su juego.

—Tal vez deberíamos hacer algo al respecto —comentó, inclinándose hacia adelante, con la voz tan suave como la seda—. Moscú tiene muchos lugares que podrían interesarte.

Dejé el tenedor en el plato y le miré por primera vez de manera directa a los ojos.

—No estoy aquí por turismo, Nikolai —bisbiseé—, y lo sabes.

—Tienes razón —admitió, cabeceando—. Pero eso no significa que no puedas disfrutar de algunas… comodidades.

Su tono sonó frío y calculado, cada palabra había sido escogida con cuidado para provocarme y, por suerte o por desgracia, funcionó.

—Siempre tan generoso —respondí con amargura, esbozando una sonrisa irónica en mis labios justo antes de tomar otro sorbo de vino.

No me dio tiempo a seguir, porque en ese momento la música cambió, tornando a una melodía más lenta, envolvente, que

comenzó a llenar el aire. Antes de que pudiera reaccionar, Nikolai se levantó y extendió una de sus manos hacia mí.

—Bailemos.

—¿Qué? —inquirí, parpadeando con incredulidad.

—Bailemos —repitió, sin apartar la mano.

Mi primera reacción fue decir que no. Quería negarme y marcharme de esa sala en la que sentía como una fuerte presión sofocante apretaba mi pecho. Pero algo en su mirada, algo que no supe identificar, me detuvo. Dejé la copa sobre la mesa y acepté su mano, sintiendo el calor de su piel contra la mía.

Me guio con mimo hacia el centro de la sala, donde las luces eran más tenues y la música parecía envolvernos como una niebla. Colocó una de sus manos en mi cintura, firme pero sin invadir mis límites, mientras la otra sostenía la mía con cuidado.

Al principio, mis pasos fueron rígidos, torpes incluso, pero él parecía anticiparse a mis movimientos, guiándome con una facilidad que llegaba a ser irritante. Intenté mantener las distancias, porque sabía que, a pesar de que ya estaba perdida, solo quedaba un paso para dejarme caer al vacío, a sus brazos. Cada vez que daba un paso atrás, él me acercaba a su cuerpo, contagiándome de su calor.

—¿Esto forma parte de tu plan? —investigué, alzando la vista hasta encontrarme con la profundidad de sus ojos.

Contuve el aliento al percibir como mi corazón latía con fuerza, tanta que creí que, debido a la cercanía, Nikolai acabaría escuchándolo. Desvié la mirada hacia el gran ventanal y pude apreciar nuestro reflejo, la forma en la que mi vestido se mecía con maestría, y fue entonces cuando me percaté de que hasta ese detalle estaba orquestado por él.

—¿Qué plan? —rebatió, en un susurro.

—El de jugar conmigo —musité, sin apartar la mirada—. Sé que esto es un juego para ti, Nikolai —aseguré—, que no soy más que una muñequita nueva para tu colección y que cuando te canses de mí me tirarás en una zanja donde nadie podrá encontrarme.

Él se detuvo por un instante, observándome con una intensidad que consiguió encogerme el alma.

—No subestimes lo que esto significa, Elena —respondió tajante, pero mi nombre en sus labios sonó diferente—. Hay cosas que no son un juego.

Sus palabras me confundieron, dejándome sin habla. La música continuó, y aunque no dijimos nada más, el aire entre ambos estaba cargado de algo que no podría definir. Algo que me aterraba al mismo tiempo que me atraía y es que todo alrededor de Nikolai era así. Tal vez estuviese perdiendo la cabeza, puede que tuviese síndrome de Estocolmo, pero una parte de mí comenzaba a ver algo más en aquel despreciable hombre de ojos de plata que tenía frente a mí.

Cuando la música terminó, no se apartó de inmediato, sino que fijó su mirada en la mía, de una manera tan íntima que provocó que todo mi ser se revolucionase. Podía percibir el calor de su cuerpo contra el mío, cómo su piel ardía, igual que lo hacía la mía, deseosa de más.

—¿Por qué yo? —me atreví a preguntar, con la voz estrangulada.

Nikolai sonrió con socarronería, de la manera más sensual que hubiese visto jamás, algo que me hizo sentir como si acabara de perder una batalla que ni siquiera sabía que estaba librando.

—Porque tú eres la única que no intenta complacerme —respondió con una firmeza apabullante.

Dio un paso atrás, rompiendo el contacto, y sentí como si un vacío me tragase, perdiendo el calor de su cuerpo. Nikolai volvió a la mesa, como si nada hubiera pasado, apartando mi silla y aguardando a que fuese junto a él. Por un momento permanecí inmóvil, intentando procesar sus palabras. Cuando volví a sentarme, pude sentir como volvía a observarme, con esa calma exasperante con la que siempre lo hacía.

—Gracias por la cena —musité.

—¿Eso es todo? —inquirió, arqueando una ceja.

—No necesito que me compres, Nikolai.

Este sonrió de nuevo y se inclinó hacia adelante, como si estuviese a punto de contarme un secreto.

—¿Y si no es eso lo que estoy intentando hacer?

Me puse en pie, con el corazón en llamas y el alma destrozada, incapaz de soportar ni un solo segundo más metida en aquel papel que me destrozaba.

—Entonces creo que no entiendo qué es lo que quieres de mí.

23

Elena

El viaje de regreso se me hizo eterno, ya que un silencio incómodo se instauró entre ambos, lleno de palabras que ninguno de los dos se atrevía a decir. La oscuridad de la carretera se extendía como una manta pesada, apenas interrumpida por los faros del coche que iluminaban el camino hacia la mansión. Nikolai conducía con la mirada fija al frente, pero podía sentir su tensión, la firmeza con la que sus manos apretaban el volante, la forma en la que sus labios se curvaban en una fina línea llena de frustración.

Tal vez su plan no hubiese salido como esperaba, puede que de verdad aquel gesto fuese algo desinteresado.

Por mi parte, tenía las emociones revueltas, aún sentía el calor de sus manos en mi cintura, el eco de sus palabras resonando en mi mente como un jodido mantra del que no podía deshacerme: «Porque tú eres la única que no intenta complacerme». Esa frase me perseguía como un susurro persistente, igual que lo hacía su penetrante mirada.

Cuando el coche giró hacia el largo camino de la entrada que llevaba a la mansión, una figura conocida apareció en la distancia. Viktor esperaba bajo el arco de piedra que marcaba la entrada. Incluso a través del parabrisas, pude notar la tensión en su postura.

Nikolai frenó con brusquedad y detuvo el coche justo frente a su hermano. Bajó sin decir una palabra, cerrando la puerta con un golpe seco, dejándome claro que no debía salir del vehículo. Desde el interior, observé como ambos intercambiaban miradas tensas, como si estuvieran a punto de enzarzarse en una discusión que llevaba demasiado tiempo gestándose. La mirada de Viktor se fijó en

mí, con tanta intensidad que sentí como mi estómago se me daba la vuelta.

—¿Qué cojones es esto? —Oí como decía—. ¿Estáis jugando a la parejita feliz? —preguntó, con sarcasmo, recalcando cada una de las palabras.

Nikolai se mantuvo firme, con los brazos cruzados sobre su pecho, tan imponente que podría amedrentar a cualquiera.

—No es asunto tuyo —bisbiseó mi captor.

—Claro que lo es, todo lo que haces afecta a la familia, y esto… —dijo, señalándonos con un desprecio que me heló la sangre—, esto es una maldita locura, Nikolai. ¿Crees que puedes llevar a esta mujer a cenar como si no tuviéramos a los Orlov pisándonos los talones?

Mi cuerpo se tensó al escucharlos, y la sensación de ser observada me puso aún más nerviosa. Quería salir y enfrentarme a Viktor, pero algo en la postura de Nikolai me detuvo.

—Basta, Viktor —gruñó, dando un paso hacia su hermano—. Si tienes un problema, dilo ya.

Nikolai dio un paso adelante, al mismo tiempo que negaba con la cabeza, y pude ver en los ojos de Viktor la frialdad que vi en los de su hermano mayor. Contuve el aliento al ver como el mediano alzaba una de sus manos, como si quisiera golpearle.

—¡Por supuesto que tengo un problema! —bramó Viktor—. Mientras tú juegas a ser su caballero andante, los Orlov están planeando su próximo movimiento.

Nikolai apretó las manos en puños, y su voz se volvió un susurro peligroso.

—Cuidado con lo que dices, Viktor.

La tensión era tan densa que apenas podía respirar. Tomé una decisión impulsiva, y abrí la puerta del coche, percibiendo el retumbar de mi corazón en los oídos, decidida a intervenir antes de que la situación se saliera de control. Pero antes de que pudiera dar un paso, una sombra se movió con rapidez hacia mí.

Todo ocurrió en un instante. Una figura oscura salió de entre los arbustos cercanos, seguida de otra. Pude escuchar la gravilla

bajo sus botas. Antes de que pudiera decir nada, el primer hombre se abalanzó sobre mí, agarrándome del brazo mientras me arrastraba. Un grito se escapó de mis labios, pero fue sofocado por el impacto.

—¡Elena! —La voz de Nikolai resonó como un trueno y, segundos después, todo se convirtió en un caos.

Mientras Viktor se lanzaba a por el primer atacante, Nikolai sacó su arma con una velocidad que me dejó atónita. Lo que más me llamó la atención fue que en ningún momento me percaté de que durante toda la cena había llevado el arma consigo. El sonido de un disparo rompió la noche, y el segundo hombre cayó al suelo como un muñeco de trapo.

El atacante que luchaba con Viktor logró zafarse de manera momentánea, girándose hacia mí con un cuchillo en la mano. Mi cuerpo se congeló, el corazón dejó de latirme, sintiendo como el miedo me paralizaba por completo. El hombre se acercó, estaba a punto de clavarme el puñal, cuando Viktor lo derribó con un movimiento rápido y preciso, inmovilizándolo contra el suelo.

Un fuerte alarido se escapó de entre mis labios. El dolor en mi brazo me sacó de mi aturdimiento. Miré hacia abajo y vi un corte superficial, nada grave, pero lo suficiente para recordarme lo cerca que había estado del peligro. Unas incipientes ganas de llorar me arrastraron, llenando mis ojos de lágrimas.

Con dos largas zancadas, Nikolai llegó a mi lado, con el rostro lleno de preocupación. Pude ver cómo en sus ojos rugía una maldita tormenta, enrabietado.

—¿Estás bien? —preguntó, su voz estaba cargada de tensión.

—Estoy… bien —musité, aunque mi voz sonó estrangulada.

No pareció convencido, por lo que se giró hacia Viktor, quien aún mantenía al atacante contra el suelo.

—¿Quién demonios ha enviado a estos hijos de puta? —espetó Nikolai con la voz tan fría que me heló la sangre.

—No lo sé, pero esto no ha terminado —aseguró su hermano.

—No, no lo ha hecho —respondió, antes de volverse hacia mí de nuevo—. ¿Qué demonios estabas pensando al salir del coche?

Su tono era cortante, lleno de rabia, pero no solo eso, sino que había tanto dolor en su interior como decepción.

—Quería intervenir, estabais discutiendo y…

—¡Tú nada! —bramó.

—Os ibais a liar a golpes —musité.

—¿Sabes lo que hubiera pasado si no hubiéramos estado aquí? —gruñó entre dientes, sujetándome de los brazos con tanta fuerza que estaba segura de que se me quedarían los dedos marcados.

—¡No soy una niña, Nikolai! —le grité, empujándolo para que me soltara—. No voy a quedarme sentada mientras todo a mi alrededor se derrumba.

Por un momento, nuestras miradas se encontraron, y una mezcla de rabia y orgullo brilló en los suyos. Su respiración era agitada, como si la furia en su interior estuviera consumiéndolo a pesar de su lucha por contener todo en su interior. Apretó la mandíbula y ladeó la cabeza. Segundos después, al final, soltó un largo suspiro y retrocedió un paso.

—Eres más que eso, Elena —murmuró, su voz sonó suave pero cargada de un peso que no comprendí—. Pero no puedo protegerte si sigues desobedeciendo mis órdenes.

La noche estaba en silencio una vez más, salvo por el sonido de mi respiración, y el susurro del viento. No supe qué responder, por lo que me limité a apartar la mirada, sin dejar de sostener mi brazo herido.

Viktor se levantó tras dejar al atacante inconsciente.

—Yo me ocupo de esto —anunció con un tono que no admitía réplica.

Nikolai asintió y luego me tomó de la mano, en un gesto demasiado íntimo que consiguió revolucionarme por completo, mientras me guiaba hacia el coche. Esta vez, no protesté.

24

Elena

No me atreví a decir ni una sola palabra desde que regresamos a la mansión. El coche avanzó por el serpenteante camino hacia la entrada principal, y aunque intentaba controlar mi respiración, el dolor punzante en mi brazo me mantenía conectada al presente de una manera brutal. Ni siquiera había osado mirar a Nikolai salvo en una ocasión. Su gesto era duro, como si portase una máscara de indiferencia sobre su rostro. Su silencio era aún peor que cualquiera de los reproches que pudieran salir por su boca, porque a pesar de que no había hablado, percibía como su ira contenida estaba creando estragos en su interior, a punto de desatar una hecatombe.

Cuando el coche se detuvo, mi acompañante salió sin esperar y abrió la puerta de mi lado, instándome a salir. Antes de que pudiera reaccionar, su mano rodeó con fuerza mi muñeca, tirándome del brazo herido, sujetándome con tanta firmeza que no pude resistirme. Tampoco quise.

—Ven conmigo —ordenó mediante un bisbiseo—, ahora.

No protesté. Había algo en su expresión, en la forma en la que sus ojos centelleaban de rabia, que me hizo seguirlo sin más. Permití que él guiase cada uno de mis pasos hacia el interior de la mansión. Avanzamos con largas zancadas, o mejor dicho, a trompicones, ignorando a los guardias que permanecían en sus puestos, tensos después del reciente encontronazo.

Me arrastró por todo el edificio, exigiéndome subir las escaleras, hasta que la puerta de su habitación se cerró con un golpe seco tras nosotros. Contuve el aliento cuando escuché como su respiración era agitada, mientras caminaba de un lado a otro. Antes de que pudiera

apartarme, me empujó hacia la pared, atrapándome entre su cuerpo y la fría superficie.

—¿Qué demonios te crees que estabas haciendo? —inquirió rabioso, casi ido.

Apreté la mandíbula, sorprendida por su gesto.

—¡Estaba intentando ayudarte! —protesté, con la voz estrangulada y al borde del colapso.

—¿Ayudarme? —repitió, lleno de incredulidad y burla. Dio un paso más hacia mí, inclinándose sobre mi cuerpo—. Debería castigarte por no cumplir mis órdenes.

Su mano se alzó y, por un momento, pensé que iba a golpear la pared a mi lado, pero en lugar de eso, sus dedos se cerraron alrededor de mi cuello. Un impulso eléctrico me recorrió por completo, muriendo en mi sexo, que ardió en llamas solo de sentir su cuerpo contra el mío. No apretó, pero el gesto fue lo suficiente firme como para hacerme ver que seguía bajo su control absoluto.

Boqueé perdida en su mirada, en la sensación que me corroía sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Nikolai despertaba un lado animal en mí que jamás había sentido, uno que me gritaba que me dejase llevar.

—Mírate… —escupió, al mismo tiempo que acercaba su boca a mi oído—. Debería follarte para recordarte quién manda, Elena.

Su mano libre bajó por el precioso vestido que él mismo había comprado para mí, lo subió hasta mi cintura y, sin pensarlo dos veces, rasgó las medias que cubrían mis braguitas, dejando a la luz un conjunto de satén negro con encaje. Nikolai no me soltó, pero pude ver en su sonrisa ladina que el enfado había pasado a ser algo más personal de lo que esperaba.

Apreté la mandíbula, ahogando un grito cuando me arrancó la ropa interior, lanzándola lo más lejos posible, dejándome expuesta a él. Podía percibir el calor de su cuerpo contra el mío, rozándose con delirio. También el aroma de su perfume que hablaba de poder y secretos, notas intensas de madera de cedro y sándalo que me envolvían y extasiaban a partes iguales.

Nikolai colocó su mano sobre mi sexo, cobijándolo, hasta que uno de sus dedos se coló entre mis pliegues para masajear mi abultado botón. Contuve un gemido que nació en mi garganta cuando, tras unos minutos, se adentró en mí, permitiendo que mis paredes lo envolviesen como si de su miembro se tratara. Nikolai dejó ir un gruñido y cuando alcé la vista, me encontré una profundidad que no había visto nunca, una locura descomunal que se entremezclaba con un ferviente deseo.

Estábamos tan cerca que pude notar como su erecto miembro clamaba mi atención, como el anhelo se volvía tan mío como suyo. Empecé a sentir un hormigueo en mis labios, deseaba besarle, hacerlo con esa urgencia que compartíamos, y no solo eso, quería enredar mis dedos en su cabello azabache, delinear cada uno de los tatuajes que cubría su cuerpo. Pero allí estaba, inmovilizada contra la pared, expuesta a él, sin poder decir una sola palabra.

Sus movimientos empezaron a ser más rápidos, mientras que con el pulgar comenzaba a masajear de nuevo mi clítoris, como un jodido experto. El agarre en mi cuello se volvió más fuerte, provocando que explotase en sus manos, mientras él sonreía de medio lado como si pudiese hacer lo que le diese la gana conmigo.

—Mira cómo estás… —musitó—. Debería darte vergüenza —se jactó—. Tanto que me odias y estás deseando que te haga gritar como la zorra que eres.

Sin siquiera pensarlo, alcé una mano y crucé su rostro, sin importarme todo lo que acababa de ocurrir. Dio un paso hacia atrás, mirándome con una furia contenida que consiguió helarme por dentro, haciendo desaparecer todo lo ocurrido.

—Niñata insolente —siseó—. Todo esto lo hago por ti.

El peso de sus palabras me golpeó como una ráfaga de viento helado. La intensidad de su mirada me dejó sin aliento, y aunque una parte de mí deseaba mantenerlo lejos, otra estaba atrapada en ese lado oscuro y adictivo que me atraía de manera sobrehumana, incluso cuando debería de haberme aterrorizado.

—¡Pues no lo hagas! —grité, intentando mantener la compostura y no venirme abajo—. No necesito que me protejas, Nikolai.

Sus labios se curvaron una vez más, solo que esta fue con amargura mientras que en sus ojos pude ver cómo se burlaba de mí, provocando que la rabia me bullera en las entrañas.

—No es algo que puedas decidir, Elena.

La puerta se abrió de repente, interrumpiéndonos. Lo que aproveché para bajarme el vestido, cubriendo la parte que mi captor había dejado al aire. Andrei entró sin aguardar ni un segundo, con el rostro sombrío y una tablet en la mano.

—Nikolai —dijo, ignorando nuestra cercanía—, es posible que tengamos identificado al traidor.

Este retrocedió al instante, pero su mirada no se apartó de la mía hasta que estuvo lo suficientemente lejos como para poder girarse hacia Andrei.

—¿Qué pasa? —cuestionó, volviendo a ese tono gélido que tanto odiaba.

—Creemos que Karpov puede ser uno de estos hombres —respondió, extendiéndole el dispositivo.

Nikolai tomó la tablet y comenzó a leerlo, mientras su mandíbula se apretaba cada vez más.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como puedo estarlo sin pruebas definitivas —admitió su hermano, cruzándose de brazos—. Pero si estoy en lo cierto, entonces tenemos un problema mucho más grande de lo que pensábamos.

Este asintió con lentitud, le devolvió la tablet y se giró hacia mí.

—Ve a tu habitación —ordenó.

Quise protestar, pero algo en su tono me detuvo. Supe que no estaba en posición de discutir, no después de todo lo que había ocurrido durante la noche. Sin decir una palabra, me giré y salí de la habitación, sintiendo su mirada clavada en mí hasta que desaparecí por el pasillo.

La adrenalina seguía corriendo por mis venas, pero ahora estaba mezclada con algo más. Miedo, sí, pero también una extraña sensación de vacío, como si algo en mi interior se hubiera roto y no pudiera arreglarlo.

Me llevé la mano al cuello, donde aún podía sentir el calor de sus dedos. No había sido un gesto violento, pero tampoco amable. Era Nikolai en su esencia más pura: control absoluto, mezclado con una intensidad que te hacía querer acercarte y huir al mismo tiempo. Me miré en el espejo y vi mi reflejo: el vestido continuaba arrugado, las medias ya se me caían, el cabello estaba desordenado y en los ojos percibí una mezcla de emociones que no supe descifrar.

—Maldito seas, Nikolai.

25

Nikolai

El eco de las pisadas de Viktor resonaba por el pasillo mientras se acercaba a mí. Su energía irradiaba furia contenida, algo a lo que ya me había acostumbrado a ver en él, pero esta vez había algo distinto, algo más oscuro. Podía percibirlo, era como una jodida tormenta acechando.

—¿Qué cojones te pasa, Nikolai? —espetó, señalándome con un dedo acusador antes de cerrar la puerta de un golpe—. ¿Has perdido la cabeza?

Me recosté sobre la silla, observándolo con calma mientras mantenía las manos entrelazadas sobre la mesa. La rabia de mi hermano era más que palpable, pero no podía permitir que él o cualquier otro viera ni un atisbo de duda en mí.

—Cuidado con tus palabras, Viktor —le advertí en voz baja.

—¡Cuidado tú! —bramó, dando un paso hacia mí, apoyando con fuerza ambas manos sobre la mesa—. Todo lo que hemos construido está en juego, por una mujer… Una maldita mujer que no tiene nada que ver con nuestra familia.

Su acusación resonó en la habitación, y aunque sabía que sus palabras contenían algo de verdad, no podía admitirlo, no delante de él, ni de nadie.

—Elena no es solo una mujer, Viktor, es mi mujer —respondí, remarcando el «mi» mientras me ponía en pie para enfrentarme a él y a lo que hiciese falta. Mi estatura lo superaba, pero eso nunca lo había intimidado.[RR4]

—Claro que no lo es, ¡es una jodida distracción! —gritó sin retroceder—. Mientras tú estás ocupado jugando a ser un superhéroe, los Orlov están reorganizándose para encontrar nuevas

formas de jodernos. Y para colmo, ahora hablas de casarte con ella, ¿en qué cojones estás pensando?

El silencio que se instauró entre ambos se volvió denso, tanto que se me antojó que podría cortarse con un cuchillo. Lo único capaz de perturbarlo fue el crujido de mis nudillos al apretar los puños. No iba a golpearle, ambos lo sabíamos, pero era tal la rabia que había en mí que podía sentirla hervir bajo mi piel, a punto de estallar.

—Ya basta —ordenó Andrei con voz firme, quien hasta el momento había permanecido sentado en la mesa, centrado en su tableta—. Esto no nos lleva a ninguna parte.

Viktor giró la cabeza hacia él, con el ceño fruncido, mirándole con un desprecio que no supe si era real o fingido.

—¿Tú también lo apruebas? —Quiso saber, lleno de incredulidad.

—No he dicho eso —respondió Andrei con la calma que a ambos nos faltaba—. Pero gritarle no resolverá nada.

—Ah, ¿no? —bufó, volviendo a fijar sus ojos llenos de rabia en mí —. Porque parece que ya no escucha a nadie.

—Quizás no estamos siendo estratégicos —continuó, ignorando el comentario que acababa de hacerle—. La situación con Elena es complicada, sí, pero también podemos usarla a nuestro favor. Los Orlov la quieren, y Nikolai la está protegiendo. Eso dice mucho sobre su lealtad a la familia y su capacidad de control.

—¿Control? —interrumpió Viktor para, segundos después, dejar ir una carcajada amarga—. ¡Esto es todo menos control!

Andrei dio un paso hacia él, con la misma calma de siempre, pero con una seguridad que no podía ser ignorada.

—¿Cuál es tu plan, Viktor? —inquirió, retador—. ¿Sacarla de la ecuación? ¿Entregarla a los Orlov y que nos destruyan? ¿Acaso te crees que eso los detendrá?

Este no respondió de inmediato, pero pude ver como sus manos temblaban, como si estuviese luchando contra algo más que su enfado. Al final, apartó la mirada y dejó ir un profundo bufido que llenó la sala, retrocediendo.

—Solo digo que no podemos permitir que esto nos distraiga de lo importante —murmuró, con la voz cargada de frustración.

—Y en eso estamos de acuerdo —respondí, acercándome a la mesa para tomar una botella de whiskey y servirme un trago—. Pero no toleraré que nadie cuestione mis decisiones, ni siquiera tú, Viktor.

El silencio volvió a instaurarse en la sala, esta vez más pesado e intenso, mientras Viktor me lanzaba una última mirada llena de reproches no expresados antes de salir.

Horas más tarde.

Aún estaba en el despacho, perdido en mis pensamientos, rememorando mi encuentro con Elena, pero también las palabras de Viktor, que no dejaban de resonar en mi cabeza, desafiándome, cuestionándome. Sabía que tenía razón en algunos aspectos, pero admitirlo sería mostrar debilidad, y no podía permitírmelo. Debía ser fuerte, luchar por mantener el imperio por el que nuestro padre se había dejado la piel, por el mismo por el que había muerto, y no dejaría que nadie lo echase por tierra. Mucho menos los Orlov.

El sonido de unos nudillos golpeando la puerta me sacó de mis pensamientos.

—Adelante —dije sin alzar siquiera la vista.

Andrei entró, cerrando la puerta con suavidad detrás de él.

—¿Puedo? —preguntó, señalando la silla que había frente a mi escritorio.

Le dije que sí con un cabeceo, por lo que se dejó caer con la misma calma que siempre lo caracterizaba, pero esta vez había algo distinto en su expresión, algo más calculado.

—Sé que Viktor puede ser… intenso —comenzó, eligiendo con cuidado sus palabras—. Pero creo que deberías escuchar algo de lo que dice.

Lo miré con las cejas arqueadas, sorprendido por su franqueza. Andrei no llevaba más de dos años en la familia, no era nuestro hermano completo, pero aun así había decidido dejarlo todo atrás para meterse en nuestro mundo.

—Ah, ¿sí? —pregunté sin ganas—. ¿Tú también estás en contra de mi decisión?

Este negó con la cabeza, al mismo tiempo que cogía aire y lo dejaba ir a modo de suspiro, entrelazando las manos sobre su regazo.

—No, Nikolai —aseguró—, creo que tu decisión tiene mérito, pero también creo que necesitas ajustar tu enfoque.

—¿Qué quieres decir? —Achiqué los ojos.

—Viktor actúa desde la emoción; y Alexei desde la estrategia —comenzó a decir—. Ambos tienen experiencia en esto, y parte de razón, pero lo que necesitas ahora es equilibrio —aseguró—. Si planeas casarte con Elena, hazlo con una estrategia clara, usa esto como una herramienta, no como una decisión impulsiva.

Su tono era tranquilo, no había reproches, ni ataques, pero sus palabras golpearon algo dentro de mí. Era el más nuevo en los Romanov, pero estaba demostrando una madurez y un pragmatismo que no esperaba.

—Continua —le insté, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Demuestra que tienes el control, no solo con Elena, sino sobre la situación completa —continuó explicándome—. Haz que Viktor vea que esto no es solo un capricho, sino una jugada calculada y, sobre todo, asegúrate de que los Orlov sepan que cualquier ataque contra Elena será un ataque directo contra la familia.

Me recosté sobre mi silla, procesando sus palabras. Sabía que tenía razón, si quería mantener el control, no solo sobre mi familia, sino sobre los Orlov. Necesitaba que todo pareciese parte de un plan más grande, no una reacción simple y emocional.

—Lo pensaré —respondí al final, levantándome para rellenar mi vaso.

Andrei asintió, poniéndose en pie.

—Hazlo, Nikolai —me pidió—. Porque si algo he aprendido en mi vida es que el control no es solo poder, es saber cuándo usarlo.

Lo observé salir de la habitación y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que tal vez había alguien en quien podía confiar.

26

Elena

El paso del tiempo en la mansión era asfixiante, más que nunca. Después del ataque que habíamos sufrido días anteriores, dejaron de permitirme salir de la habitación, por lo que las horas pasaban más lentas de lo habitual. Cada rincón parecía susurrarme que yo no pertenecía a este lugar, que estaba atrapada en un mundo del que nunca pedí ser parte, rodeada de sombras y secretos que me arrastraban más hacia el abismo. Tomé aire, cuando me cobijé con la chaqueta de punto que vestía, y fijaba la vista en los jardines cuidados a la perfección, en cómo se extendían hacia el horizonte, recordándome que estaba encerrada en una cárcel dorada de la que jamás podría salir.

Habían pasado dos días desde que regresamos de aquel maldito restaurante. Nikolai había estado distante, más que de costumbre, y esa ausencia me corroía de maneras que no podía ni quería comprender. Su silencio me dejaba sola con mis pensamientos, llenando mi mente de cientos de preguntas interminables sin respuesta que me llevaban al borde del colapso por no saber su respuesta.

Me dejé caer en la cama, observando el techo como si tuviera alguna respuesta oculta entre las largas maderas. ¿Por qué seguía aquí? ¿Por qué no podía encontrar la manera de escapar de él? Y lo más perturbador de todo, ¿por qué cuando tuve la oportunidad no fui capaz de marcharme sin mirar atrás? Tenía que buscar un plan, seguir encerrada no era una opción.

El sonido de unos pasos firmes resonó en el pasillo más cercano a mi habitación, por lo que me incorporé como un resorte, sintiendo una punzada en el pecho. Había algo en Nikolai, en su mera

presencia, que hacía que me costase respirar, que el latir de mi corazón se volviese brusco y mi respiración acompasada. La puerta se abrió de golpe, sin previo aviso, dejando a la vista un Nikolai con el rostro teñido por la rabia y el enfado. Contuve el aliento al ver cómo sus ojos brillaron con una mezcla de ira y deseo al posarse en los míos.

—¿Qué pasa contigo? —espetó, cerrando la puerta detrás de él con un golpe tan fuerte que hizo temblar incluso las paredes.

Apreté las manos, mirándolo sorprendida por su tono.

—¿Qué demonios te pasa? —repliqué, intentando ocultar el temblor que sacudía ya a todo mi cuerpo.

Caminó hacia mí con pasos firmes y lentos, dejando que cada uno de ellos retumbase en la habitación. Había algo en su mirada que me hizo retroceder, hasta que sentí el borde de la cama contra mis piernas.

—Estoy harto, Elena —gruñó, deteniéndose frente a mí, acercándose tanto que creí que escucharía el latir de mi corazón—. Harto de tu mala actitud, de que quieras rebatirlo todo, de que no acates mis órdenes… De este puto juego.

—¿Este juego? —Alcé la voz, llena de incredulidad y dolida—. ¡Llevas tres días sin siquiera hablarme! —voceé—. Eres tú el que me tiene aquí encerrada, sin darme explicaciones. ¿Qué esperas que haga? —inquirí—. Para una maldita vez que salgo, y ¿quieres que me porte como una niña buena cuando tu hermano y tú estáis a punto de liaros a hostias?

—¿Y qué demonios te importa, Elena?

«Tú me importas», respondió una vocecita en mi interior. Me llevé una mano a la boca. Su mandíbula se tensó ante mi silencio y, por un instante, creí que iba a explotar. En lugar de eso, dio un paso más cerca, invadiendo todo mi espacio personal hasta que no hubo nada que nos separara. Me mordí el labio inferior por dentro, su cercanía me ponía cardíaca, no sabía qué demonios tenía, pero sentir su cuerpo tan cerca del mío conseguía que todo lo que me había hecho pasar desapréciese por completo. Su respiración se

volvió agitada, chocando contra mi piel. El retumbar en mi pecho se volvió ensordecedor cuando una de sus manos se posaron en mi cintura, mientras me arrinconaba contra la cama.

—Lo único que espero de ti —murmuró en un tono tan bajo y lleno de peligro que me estremecí— es que dejes de desafiarme.

—Eso jamás ocurrirá —sentencié, con la voz estrangulada.

Nikolai dejó ir una risa seca y sarcástica, sin un ápice de humor en ella. Apreté los dientes con tanta fuerza que creí que me saltarían las muelas en el preciso instante en el que la mano que tenía sobre mi cadera subió para tomar mi rostro, obligándome a mirarle directamente a los ojos.

—Eres un puto desastre, Elena —susurró—. No sabes acatar órdenes, ni cocinar, y mucho menos bailar. Odias los juegos de cartas, el té matcha te sabe a césped, y tu colonia favorita es Éther porque amas el jazmín, ya que tu padre te regalaba una flor cada noche antes de irte a dormir. —Aquello me pilló por sorpresa, dejándome sin poder articular palabra—. Y lo peor de todo es que estoy tan jodidamente obsesionado contigo que me queman las entrañas.

No me dio tiempo a responder, cuando sus labios capturaron los míos en un beso hambriento, lleno de una necesidad intrínseca que me robó el aliento. No había nada suave en aquel gesto, estaba teñido de rabia contenida, de un deseo feroz y una ansiedad que parecía consumirnos a ambos.

Su cuerpo se presionó contra el mío y, antes de que pudiera procesar lo que estaba ocurriendo, me empujó hacia la cama. Sentí el colchón bajo mi espalda, mientras él se cernía sobre mí. Todo su cuerpo cubrió el mío, cobijándolo, creando una prisión de la que no quería escapar. Sus manos recorrieron mi cuerpo con una urgencia que me hizo arquearme hacia él, buscando más, exigiendo más.

Tomé aire cuando Nikolai se apartó de mí, observándome con una lujuria desmedida. Sus ojos grisáceos se volvieron oscuros, brillaban con una sensualidad inhumana y parecían desnudarme, entonces supe que lo que había entre nosotros no hizo más que

empezar. Le devolví cada uno de los besos que me dio, pero no solo eso, sino que atrapé su labio inferior, tirando de él, provocando que un gruñido se escapase de su interior. Sonreí de medio lado, sintiendo como mi sexo se humedecía, cómo clamaba su atención, igual que lo había hecho unos días antes.

Coló una de sus manos bajo mi jersey, deslizándolo por mi piel con una facilidad apabullante, quedando enredado alrededor de mi cintura. Nikolai se detuvo un instante para observarme, deleitándose, como si quisiera grabar aquel instante en su memoria para toda la vida.

Cada caricia, cada movimiento suyo era una declaración de poder e intenciones. Pero lo que no lograba comprender, y nunca lo haría, era que, en ese momento, yo también tenía parte de control sobre él, uno que no estaba dispuesto a admitir.

—Eres mía, Elena —gruñó, antes de inclinarse para besarme de nuevo, agarrándome por el cuello—, ¿lo entiendes?

Le respondí con un ligero movimiento de cabeza, pero entonces, cuando creí que se iba a dar por respondido, acercó su boca a mi oído.

—Dilo —me ordenó, provocando que todo el vello de mi cuerpo se erizara.

—Soy tuya —musité.

Las palabras salieron empujadas de mi boca como una confesión, esa que llevaba días guardando para mí, a sabiendas de que todo mi ser deseaba tener a Nikolai de aquella manera tan visceral. Estampó mis labios contra los suyos, mientras acariciaba todo mi cuerpo con delirio, deseoso de más.

Una de sus manos se posó sobre mi muslo y, con parsimonia, fue colándose entre mis piernas, hasta que llegó a mi ropa interior, tirando de ella con garra. Tanta que ahogué un grito de sorpresa cuando las arrancó y se las llevó a la nariz. Inspiró y sonrió como un animal, salvaje e indomable. Guardó su trofeo en el bolsillo derecho de su americana y, sin dudar un solo instante, se deshizo de ella.

Con tiento y las manos temblorosas fui desabotonando cada uno de los botones de su camisa. Contuve el aliento cuando me percaté de que Nikolai no apartaba la vista de la mía, sino que parecía, incluso, divertirse con mi torpeza. Enarqué una ceja, por lo que dejó ir una sonora carcajada que a mí se me antojó como la más armoniosa y dulce que hubiese escuchado jamás.

Sus dedos se movieron con maestría en mi sexo, jugueteando con mi clítoris, mientras dos de ellos se hundían en mi interior para arrancarme un profundo gemido.

—Joder —masculló entre dientes.

Continuó masajeándome, provocando que cientos de quejidos se escaparan de entre mis labios. Podía percibir el cosquilleo en estos, cómo estaban más sensibles de lo normal a causa de cada uno de los besos. Mientras su boca descendía por mi cuerpo, creando un reguero de besos, hasta que se deslizó hacia uno de mis pechos, el cual acarició con mimo para, segundos después, atacar con su boca, mordisqueando mi pezón y tirando de él. Un fuerte impulso eléctrico me recorrió de pies a cabeza, mi cuerpo se tensó, y cuando alcé la mirada, ahí estaba la suya, tan gris, tan pura, tan jodidamente animal.

—Fóllame —supliqué, sollozante, sintiendo como la necesidad se volvía tan fuerte que incluso me costaba respirar.

—Repítelo —ordenó mediante un gruñido que me humedeció aún más.

Podía sentir mi sexo engulléndole, incansable, deseoso de algo más, ansioso por tenerle a él con toda su magnitud.

—Quiero ser tuya, Nikolai —confesé desesperada, sin que pudiera hacer nada por evitarlo—. Fóllame.

Con un rápido movimiento, salió de mí, dejándome con una sensación de vacío inmensa, pero entonces mi vista descendió hasta la erección que asomaba por la cinturilla de su pantalón y sonreí. Paseé la lengua por mis labios, embriagada. Nikolai se deshizo por completo de su camisa, pero no solo eso, sino que arrastró sus

chinos y calzoncillos a la vez, permitiéndome las vistas de su escultural cuerpo.

Su miembro me apuntó y pude ver como brillaba, expectante, tan ansioso como lo estaba yo de sentirle dentro. Se llevó una mano a este, masajeándolo, y una parte de mí sintió celos, envidia de no ser yo quien lo hiciera,provocando en mí un sentimiento de propiedad que jamás había vivido.

—Has sido mía desde el instante en el que nuestras miradas se cruzaron —sentenció para, segundos después, morder mi labio y tirar de mí con saña.

Sin dudarlo y movida por un impulso eléctrico, estampé mis labios contra los suyos, devorándolo con inquietud, con un ansia que no supe descifrar, y antes de que pudiese hacer nada, Nikolai se hundió en mí de una sola estocada.

—Voy a follarte como llevo deseando desde hace meses, Elena.

27

Elena

Todo mi cuerpo se tensó en cada una de sus acometidas, por la brutalidad de sus gestos, por cómo, a pesar de que intentaba esconderlo, buscaba mi placer con desesperación. Nikolai fijó su mirada en mí, y por primera vez pude ver algo más allá de esa frialdad, vi un amor incondicional, una veneración capaz de romper cualquier muro.

Le besé, lo hice perdida en él, en la firmeza de sus gestos, con los dedos enredados en su cabello. Porque sí, a pesar de que una parte de mí le temía, había otra que se había vuelto adicta al desafío en sus ojos, a la manera ruda y firme con la que me trataba.

—Me vuelves loco —admitió mediante un gruñido, el mismo que se clavó en mis entrañas.

Una, dos, tres, cuatro… Cada una de sus estocadas venían precedidas de un gemido, de cientos de ellos, los mismos que se me escapaban y que acababan ahogándose en la boca de mi captor. Porque sí, al fin y al cabo, Nikolai me retenía en la mansión, mientras una parte de mí deseaba quedarse en aquel instante para siempre. La humedad en mi sexo era tal, que percibí cómo goteaba sobre la cama, empapando mis piernas.

Durante unos minutos, me permití el lujo de observarle, deleitándome con su figura. Parecía haber sido cincelado por los dioses y tatuado por los mejores pintores del mundo. Era una jodida obra de arte. Quise delinear cada centímetro de su piel, la manera en la que sus pectorales emergían, cubiertos por un ligero vello y tan duros que deseé pasear mi lengua por ellos, igual que sus abdominales. Me mordí el labio, conteniendo un gemido voraz.

Eché la cabeza hacia atrás cuando sentí como el placer se volvía cada vez mayor, percibiendo como su miembro me llenaba por completo, como si estuviésemos hechos el uno para el otro. Los besos que compartimos se volvieron más ardientes, húmedos, igual que lo estaba siendo nuestro encuentro.

—N... Nikolai —balbuceé con la voz estrangulada.

—Córrete para mí —me ordenó, al mismo tiempo que alzaba una de sus manos para agarrarme por el cuello.

Exploté sintiendo su firmeza sobre mi piel, la manera en la que su miembro palpitaba en mi interior, al mismo tiempo que sus dientes tiraban de mi labio inferior, arrastrándolo conmigo en el mejor orgasmo que hubiese tenido en mi vida.

La luz del amanecer se filtraba a través de las gruesas cortinas de la habitación, acariciando mi rostro, sacándome con lentitud del letargo en el que me encontraba. Tenía el cuerpo agotado, dolorido, pero al mismo tiempo me sentía tan feliz y plena que no pude evitar que una mueca se dibujase en mis labios. Suspiré, sintiendo el calor de Nikolai a mi lado, cómo su respiración era tranquila y profunda mientras dormía. Me atreví a abrir los ojos con lentitud, notando como su brazo todavía descansaba sobre mi cintura, como si fuese la declaración de intenciones que llevaba verbalizando todo este tiempo.

Jamás hubiese imaginado a Nikolai en mi cama, y mucho menos después de lo ocurrido. La noche anterior fue un torbellino de emociones y sensaciones que aún me mantenían atrapada. Cada roce, susurro y gemido fue un recordatorio de la brutal conexión que compartíamos, esa que tanto intentaba negar, pero que ya se había vuelto innegable. Sin embargo, una sombra se cernía sobre mí: la duda. ¿Qué significaba todo esto? ¿Era yo algo más que una obsesión pasajera para Nikolai?

El leve movimiento de su brazo me sacó de mis pensamientos, pero también consiguieron que mis entrañas volvieran a prenderse

en llamas. Sus ojos grises se abrieron con parsimonia, aún enturbiados por el sueño, pero llenos de una intensidad que me desarmó por completo. Su mirada recorrió en mi rostro antes de que una sonrisa ladina y chulesca se dibujase en sus labios. Me sacaba de quicio, pero por otra parte no podía evitar que todo mi ser reaccionase ante él con esa vehemencia tan visceral.

—Buenos días —murmuró con la voz ronca.

No respondí de inmediato. Todo mi ser estaba paralizado por su cercanía, por la forma en la que su cuerpo seguía envolviendo el mío. Nikolai era el hombre más atractivo que hubiese visto jamás, tanto que dolía, incluso recién levantado y con el pelo revuelto. Aparté la mirada, sintiendo como todo el cuerpo me dolía, y me incorporé, acomodando la sábana alrededor de mi pecho.

—¿Ahora te da vergüenza que te vea desnuda? —inquirió con esa prepotencia que siempre usaba.

Mis mejillas se enrojecieron, y decidí obviar su pregunta.

—Buenos días —respondí con la voz estrangulada.

No sabía qué era lo que provocaba Nikolai en mí que todo mi ser reaccionaba a sus gestos de una manera tan poderosa que llegaba a odiarme a mí misma por ello. Él se movió, recostándose en el cabecero de la cama, dejando al aire su musculoso pecho. Me observó en silencio durante unos segundos, como si evaluase algo, decidiendo la manera en la que abordar la situación.

—Voy a casarme contigo, Elena —anunció.

Sus palabras golpearon el aire como un disparo, tan directas y certeras que me dejaron paralizada, tanto que sentí como el aire apenas lograba entrar en mis pulmones. Lo miré incrédula, buscando en su rostro algún indicio de que estuviese bromeando, de que tan solo quisiera sacarme de mis casillas, pero no fue así. Su tono fue frío y medido.

—¿Qué? —inquirí, sin poder evitar que mi voz se elevara.

—Me has escuchado a la perfección —aseguró con calma, pero también con la firmeza de quien está acostumbrado a que no lo desafíen—. Nos casaremos a final de mes.

El calor que había sentido en mi pecho momentos antes se convirtió en una bola de fuego, esta vez llena de rabia. Me aparté de él, envolviéndome con la sábana, y me levanté de la cama sin siquiera mirarle. Estaba cabreada, pero no solo eso, sino que también me sentía utilizada, como si lo que vivimos la noche anterior no hubiese sido más que humo.

—¿Esto es una broma? —cuestioné, percibiendo como todo mi ser se tambaleaba, llena de incredulidad y furia—. ¿Después de todo lo que me has hecho pasar, ahora decides que debo ser tu esposa? —añadí cabreada—. Eres un puto psicópata —escupí.

Nikolai no se movió de su lugar, apenas osó parpadear. Mis ojos se llenaron de lágrimas al ver la frialdad con la que me observaba, percatándome de que todo lo ocurrido no había sido una fantasía que yo misma me había creído.

—Tal vez lo sea —musitó con desgana—. Pero no es una cuestión de deseo, Elena. Es una necesidad estratégica —añadió—. Si te casas conmigo, te convertirás en una Romanov. Eso te hará intocable.

En cierto modo sabía que tenía razón. Su lógica era tan aplastante como todo lo que hacía, por lo que me dejó sin aliento, al mismo tiempo que notaba como mi interior continuaba ardiendo.

—¿Esa es tu gran razón? —rebatí dolida—. ¿Un simple movimiento estratégico?

—Es mucho más —aseguró, alzándose y dejando a la vista su escultural cuerpo—. Esto garantizará tu seguridad y enviará un mensaje claro a los Orlov y a cualquiera que ose cuestionar mi autoridad.

—¡No soy un objeto que puedas usar para tus malditos juegos! —bramé.

Había estado atrapada en su mundo desde el principio, pero esto… Esto era demasiado para mí. Antes de que pudiese decir nada, Nikolai se acercó a mí, pegando su pecho a mi espalda, tomando mis manos. Pude sentir su calor, cómo me cobijaba

provocando en mí una sensación extraña, una que no había vivido nunca.

—Te guste o no, Elena, va a suceder —sentenció.

—Eso ya lo veremos.

Nikolai

Salí de la habitación tan rápido como pude. Sentía la mente nublada por la mezcla de furia y un deseo que me consumían. Intenté mantenerme distante, controlado, pero Elena tenía la habilidad innata para traspasar todas las barreras que me esforzaba por levantar. Cuando llegué a la esquina del comedor, me encontré a Alexei, quien estaba recostado contra el marco del ventanal, con esa maldita expresión despreocupada que siempre llevaba consigo.

—¿Qué demonios haces aquí? —inquirí.

—¿Todo bien? —preguntó, con una mueca irónica mientras cruzaba los brazos.

No respondí de inmediato y me limité a fulminarlo con la mirada, pero él ni se inmutó. Siempre tenía esa habilidad para leerme, y a veces me sacaba de quicio que le resultase tan sencillo.

—¿Qué quieres, Alexei? —cuestioné tan impaciente que estaba a punto de perder los nervios.

—Nada, solo observo el espectáculo —respondió, haciendo un gesto hacia el final del pasillo, donde la puerta de la habitación permanecía entreabierta. Allí estaba ella, de pie junto a la chimenea, únicamente cubierta por la sabana, absorta en sus pensamientos.

Me tensé, odiaba cuando Alexei se entrometía en mis asuntos, pero sabía que, aunque no lo dijera en voz alta, siempre tenía algo que aportar.

—¿Qué es lo que de verdad te molesta, Nikolai? —inquirió sin apartar la vista de Elena.

—No entiende que esto no es un juego —respondí con sequedad.

Alexei dejó escapar una risa suave, casi burlona.

—Claro que no lo entiende. —Puso los ojos en blanco para, segundos después, sentarse en uno de los butacones—. ¿Cómo podría? La has arrastrado a este mundo sin darle una elección real. Pero eso no es lo que te molesta, ¿verdad? —añadió, girándose, para fijar su mirada directa en la mía.

—Habla claro, Alexei.

—Te importa más de lo que debería —sentenció, con una sonrisa divertida que llegó a teñir sus ojos—. No lo haces solo por estrategia, y lo sabes.

Lo fulminé con los ojos, pero de poco sirvió.

—No estoy aquí para juzgarte, hermano —añadió, alzando las manos, como acto de buena voluntad—. Solo para recordarte que, si decides seguir adelante con esto, debes manejarlo mejor. No puedes imponerle tu voluntad y esperar que no te desafíe. —Hizo una pausa —. Elena es fuego, Nikolai, y si no aprendes a controlarlo, terminarás quemándote.

28

Nikolai

La habitación estaba en silencio, solo se escuchaba el leve crepitar de la chimenea que se mantenía encendida durante todo el día. Entré como un jodido vendaval, sintiendo como todo aquello por lo que había luchado empezaba a desvanecerse en mis manos como arena, sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Elena permaneció en silencio, observando el jardín. Fuera, el mundo seguía su curso, mientras que en aquella habitación parecía haberse parado el tiempo. Contuve el aliento, cada pensamiento que intentaba organizar mi cabeza se volvía una maraña de confusión y contradicción, emociones que odiaba sentir y mucho menos expresar.

Había creído tener todo bajo control. Mi vida, mi imperio e incluso a ella. Pero Elena tenía un maldito don para arrancarme cualquier atisbo de orden con apenas una mirada.

—Acepto.

—¿Qué?

Había esperado resistencia, rabia y hasta lágrimas, pero no esto. No su aceptación llena de desafío, esa sonrisa ladina que parecía un disparo directo a mi orgullo. Cada músculo de mi cuerpo se tensó al recordar como sus ojos me miraban, como si tuviera todas las respuestas a mis dudas y fuera yo el que estaba perdido.

Dejé ir un profundo alarido, lanzando el vaso de whiskey que sujetaba entre mis manos.

—¿Qué demonios te pasa, Nikolai? —cuestionó al mismo tiempo que se volteaba hacia mí, fijando su mirada en mí.

Me giré con lentitud hacia ella, quien todavía estaba junto a la cama, con el cabello desordenado cayendo por sus hombros

desnudos. Su cuerpo se cubría por las sábanas de seda blanca que se ceñían a su cuerpo, delineando cada una de sus curvas. En su mirada pude ver cómo brillaba una mezcla de desafío con una pizca de diversión que, en vez de sacarme de quicio, me resultaron cautivadores.

—Dímelo —me ordenó.

Una parte de mí se vio sacudida por la electricidad que provocaba su tono, la manera autoritaria que utilizaba sin que nadie le hubiese dado permiso para ello. Apreté mi agarre contra su piel, sintiendo como su respiración se volvía agitada, pero a pesar de ello, no hizo nada por evitarlo.

—¿Por qué cojones has aceptado? —inquirí al fin, dejando que mi voz resonara en la habitación.

Ella arqueó una ceja, como si disfrutara de mi desconcierto.

—¿No es eso lo que querías? —replicó con desdén, provocando que un destello de rabia recorriese todo mi cuerpo.

—No juegues conmigo, Elena.

—¿Jugar contigo? —Dejó ir una sonora carcajada que no contenía ni una pizca de diversión. Sin previo aviso, dejó ir la sábana, permitiendo que se arremolinase a sus pies, dejando su cuerpo expuesto ante mí. Pero aquel gesto no fue de sumisión, sino a modo de desafío—. No te equivoques, Nikolai —me corrigió—. Esto no lo hago por ti.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en la boca del estómago, provocando que una parte de mí se quedase sin aliento. Dando dos largas zancadas, llegué a donde se encontraba, la tomé por el brazo, haciendo que retrocediese, hasta que su espalda quedó pegada al armario de roble que había al final de la habitación. Mi mano subió por su brazo hasta depositarse en su cuello. Contuve un gruñido que quemó mis entrañas, mientras apretaba la mandíbula con fuerza, sintiendo el crujir de mis muelas.

—¿Entonces por qué? —inquirí.

—Lo hago por mí.

En ese instante, la habitación se llenó de una tensión tan densa que hizo que apenas pudiese respirar con normalidad. Cada palabra que salía por sus sonrosados labios era un desafío, una invitación a reaccionar y lo peor de todo era que funcionaba. Mi paciencia, ese control férreo que siempre se mantenía, estaba a punto de romperse.

—Estás jugando con fuego, Elena —le advertí mediante un susurro.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —murmuró con la voz dulce, inclinándose hacia mí.

Mi paciencia al final se agotó y, antes de que pudiera pensar, apreté aún más mi cuerpo contra el suyo. Su respiración se entrecortó, pero no fue por miedo, había algo más en su mirada, algo que me incitaba y empujaba a cruzar los límites que me había puesto a mí mismo.

—Eres un maldito problema —gruñí, acercando mi rostro al suyo.

—Entonces deshazte de mí —susurró tan cerca de mí que sus labios apenas rozaron los míos—, porque no soy capaz de entenderte, Nikolai, no sé qué pasa por tu cabeza.

—Solo puedo pensar en follarte, Elena —gruñí contra su oído, provocando que un escalofrío la recorriera. Tiré del lóbulo de su oreja, provocando que un gemido se le escapase—. Y lo peor es que podría obligarte a suplicarme que me casara contigo —escupí lleno de rabia—, pero una parte de mí quiere que aceptes sin que tenga que forzarte a ello.

Cuando alcé la vista me encontré con la suya, tan brillante como repleta de lujuria y perdición, la misma que provocaba ella en mí. Sin mediar palabra, estampé mis labios contra los suyos, soltando mi sujeción, mientras mis manos volaban a su cuerpo. Mi boca atrapó la suya en un beso furioso, necesitado, lleno de todo lo que no me atrevía a expresar en palabras. No fue suave ni tierno, era una declaración de guerra, una en la que ninguno estábamos dispuestos a perder.

Sus uñas se clavaron en mi espalda, y un gruñido escapó de mi garganta mientras la alzaba del suelo. La tomé en volandas, haciendo que sus largas piernas rodearan mi cintura, al mismo tiempo que ella enredaba sus dedos en mi pelo. Tiró de este con fuerza, consiguiendo que un gruñido gutural saliese de lo más profundo de mi garganta.

El deseo que llevaba días acumulándose explotó como si de un tsunami se tratara, tan indómito como lo eran mis sentimientos por ella. Cada movimiento y caricia era una lucha por el control que ninguno deseaba ceder. Elena se deshizo de mi americana, lanzándola lejos, mientras aún luchaba por mantenerla en el aire, percibiendo como mi miembro se clavaba en su entrada, dispuesto a hacerla estallar entre gemidos.

Con movimientos torpes, comenzó a desabotonar mi camisa. Podía sentir el temblor en sus manos, la manera en la que el deseo la consumía. Apreté la mandíbula, porque una parte de mí deseaba tirar de ella, hundirme en su interior hasta romperla, follarle duro, que suplicase por su maldita existencia hasta que no pudiese soportar más el placer.

—Hazme tuya —me suplicó entre gemidos, y esas dos simples palabras me hicieron perder la poca cordura que me quedaba.

«Tus deseos son órdenes», dije para mis adentros. Porque sí, aunque quisiera negarlo, Elena tenía tal control sobre mí que prendería el mundo en llamas si me lo pidiera.

Me limité a sonreír contra su boca, al mismo tiempo que la llevaba hasta la cama, dejándola sobre el colchón. Durante unos segundos me permití observar su belleza, cómo todo su menudo cuerpo se estiraba entre las sábanas de seda. Tenía los labios abultados de cada uno de los besos, su cabello lucía desordenado, y aún podía vislumbrar la marca de mis dedos en la fina piel de su cuello. Joder… Quería marcarla entera, recorrer cada centímetro de su piel y proclamarla mía. Gritarle al mundo que no había otra opción, que Elena había nacido para ser la reina de mi imperio y la soberana de mi mente.

Con un rápido movimiento, me deshice de mi ropa, dejándola en el suelo, incluidos los *boxers* que cubrían una visible erección que ya apuntaba a su dulce e inocente dueña. Todo mi cuerpo se cernió ante ella y, sin mediar palabra, me hundí en su interior, provocando que un profundo gemido se le escapase. Sonreí contra su oído, mientras las estocadas se volvían cada vez más duras y rítmicas. El vello de todo su cuerpo se erizó cuando me erguí, sin salir de ella, provocando que mi miembro la llenase por completo. Uno de mis dedos se deslizó por sus pliegues, jugueteando con su abultado clítoris, provocando cientos de sollozos repletos de placer. Mi sexo palpitó en ella a medida que sentía cómo me engullía sin piedad, deseosa de más.

—Joder, Elena… —mascullé entre dientes—. Si juegas con fuego…

—Te acabas quemando —terminó por mí.

Porque sí, allí estábamos, prendidos en llamas dispuestos a abandonarnos el uno dentro del otro. Sin pensarlo ni un solo instante, volví a devorarla, deslizando mi lengua por sus labios, reclamando lo que era mío. Descendí por su cuello, su pecho, mordisqueé sus pezones con delirio, y mientras mis manos aún seguían jugando con ella, me posicioné entre sus muslos.

Un gruñido salió de mi interior cuando pude notar el calor que emanaba de ella, la humedad que la invadía y el deseo con el que me miraba. Abrí sus piernas por completo, paseando mis manos por ellas, recorriendo cada centímetro, al mismo tiempo que provocaba que un escalofrío tomase su cuerpo. Alcé la vista, encontrándome con una lujuria desmedida, la misma que provocaba un ansia en mí capaz de consumirme por dentro. Hundí mi lengua entre sus pliegues, mientras con la mano no dejaba de masturbarla. La lamí como si fuese el mejor helado que hubiese comido jamás, deleitándome con su sabor.

Los quejidos no dejaron de sucederse, hasta que sus músculos se tensaron, y fue entonces cuando me aparté de ella, para ensartarla de una sola estocada. Mis movimientos se volvieron duros, llenos de rabia contenida, pero también de una perversión sin igual. Elena se

dejó llevar, envuelta en un orgasmo inhumano que la arrastró consigo. Todo mi cuerpo reaccionó a ella, a la manera en la que su sexo me había devorado, y antes de que la oleada de placer llegase a mí, salí de su interior, dejando que toda mi simiente cayese sobre sus pechos.

No sabía qué demonios significaba todo esto. Cada vez que pensaba que tenía el control, ella encontraba la manera de arrebatármelo. Y lo peor de todo era que, en el fondo, me gustaba. Me había convertido en jodido monstruo enamorado de una doncella, perdido en cada centímetro de su delicada piel.

—Será mejor que te des una ducha —comenté, al mismo tiempo que me ponía en pie, vistiéndome con parsimonia—. Esto no cambia nada —aseguré, encaminándome hacia la salida.

Ella abrió los ojos, y en su mirada no hubo sumisión, sino una fuerza que me desafiaba a intentarlo de nuevo.

—Eso ya lo veremos —respondió con una sonrisa ladina que me prometía un desafío que aún no habíamos empezado.

29

Nikolai

Una semana más tarde.

El gran salón de la mansión era un testimonio de la opulencia que habíamos construido a lo largo de generaciones. Esta noche no solo se trataba de una fiesta, sino de una declaración de intenciones. Las lámparas de araña de cristal centelleaban con el reflejo de las luces cálidas, proyectando delicados destellos sobre el suelo de mármol pulido.

Era el mayor evento que hubiese organizado jamás. Esta vez optamos por un estilo más actual, mesas altas repartidas por toda la estancia, vestidas con largos manteles de lino bordados a mano, copas de cristal tallado y cubertería de plata. En cada rincón había un símbolo de nuestra riqueza, desde los candelabros de oro macizo hasta los músicos vestidos de etiqueta que afinaban sus instrumentos al fondo de la sala. Todo era un recordatorio de lo que los Romanov representábamos en el país.

Los primeros invitados llegaron puntuales, como esperaba. Políticos, empresarios, miembros de la élite y, por supuesto, mis iguales: otros líderes de clanes que sabían que, aunque este evento era una celebración, también era un recordatorio de mi posición. Cada uno de ellos traía consigo un obsequio, cuidadosamente seleccionado para congraciarse conmigo: relojes de diseño, obras de arte y botellas de vino que valían más que cualquier apartamento en la ciudad. Esta tradición, que estaba arraigada con tanta profundidad en el mundo de la mafia, marcaba una diferencia importante respecto a las demás élites presentes. Mientras los políticos y empresarios asentían [Ui5]con simples palabras de cortesía, los clanes entendían que un regalo no era solo un gesto de respeto,

sino una manera de recalcar su lealtad y la manera en la que el poder se mantenía en equilibrio.

Sin embargo, había algo que estas personas debían comprender: esta noche ninguno de ellos era el protagonista, sino que era Elena, el centro sobre el que giraba toda aquella farsa.

La encontré de pie junto a su habitación, cerca de una de las columnas que delimitaban el pasillo con la escalera. Durante unos segundos la observé, como un furtivo vigilando a su presa, mientras ella solo observaba a la infinidad de comensales que esa noche nos acompañarían. Su delicado cuerpo estaba cubierto por un vestido negro, que se ceñía a sus curvas de manera impecable, resaltando su figura, haciéndola destacar como si de una joya se tratara. Había mandado confeccionarlo y diseñarlo a los mejores sastres y modistas del país, igual que hacía con mis trajes. Si Elena iba a ser parte del clan Romanov, debía vestir como una auténtica reina. Un collar de diamantes colgaba de su cuello, reflejando la luz como si de mil estrellas se tratasen. Necesitaba que comprendieran que Elena no solo era una mujer bajo mi protección, iba a ser una Romanov de puro derecho, alguien que, para bien o para mal, formaría parte de mi mundo al completo.

Cuando por fin me acerqué a ella, posé una de mis grandes manos sobre su cintura, la cual se me antojó diminuta. Por un instante mi piel ardió como si el contacto entre ambos provocase que cientos de descargas nos recorrieran. Esta giró para fijar sus ojos en los míos. Estos brillaron con una mezcla de desafío y de alivio, y pareció que el tiempo se detenía en el momento en el que mi nombre salió entre sus labios:

—Nikolai —musitó.

—¿Preparada? —pregunté al mismo tiempo que subía mi mano por su cintura, sus brazos y, posteriormente, por su cuello.

Acuné su rostro, y ella se dejó mecer, cerrando los ojos, permitiendo que aquel simple gesto se volviese cada vez más íntimo.

—No me decepciones —le ordené, tomándola del cuello y tirando de ella hasta que estampé mi boca contra la suya, devorándola.

Elena me devolvió cada uno de mis besos, ansiosa, como si el deseo hubiese tomado el control de la situación, alejando al desafío que vi en su mirada. Mi pecho se llenó de orgullo al percibir la fuerte energía que emanaba de su cuerpo, la manera en la que enroscaba sus dedos en mi cabello, rogando más, exigiéndolo. Era la mujer perfecta, y aunque no lo supiera, iba a convertirla en la reina de un imperio. Un gemido se escapó de su interior, aun cuando sus labios estaban pegados a los míos.

—No vuelvas a hacer eso o tendré que follarte en la mesa del convite delante de todos los invitados.

Sus mejillas se enrojecieron al instante, provocando que mi miembro se endureciera, pidiendo una atención que no iba a recibir, o, al menos, no por el momento. Contuve las ganas de cogerla en volandas y llevármela lo más lejos posible, las mismas que me gritaban que la tomase frente a todos, haciéndola gemir, reclamando cada uno de sus quejidos y llantos. Elena llevaba siendo mía más tiempo del que creía, y lo peor de todo era que yo ya era demasiado suyo como para negarlo.

Antes de que ninguno de los dos dijese nada más, posé mi mano en la parte baja de la espalda de Elena y la guié hacia las escaleras. Las conversaciones cesaron de inmediato cuando los asistentes se percataron de mi presencia, retrocediendo con una mezcla de deferencia y temor. Uno de los camareros subió con rapidez las escaleras de dos en dos, y sirvió dos copas de cava, por lo que, sin dudarlo, cogí una de ellas mientras aguardaba a que Elena hiciese lo mismo.

—Quiero agradeceros a todos por vuestra presencia esta noche —comencé, dejando que mi voz sonase firme, resonando en cada rincón. Los murmullos de los rezagados cesaron al instante, y cada mirada se fijó en mí—. Este no es solo un banquete para celebrar la fortaleza de nuestros lazos o la prosperidad que hemos forjado para esta gran nación. Esta noche marca el inicio de un nuevo capítulo en mi vida y en la historia de los Romanov.

Por un instante me detuve, dejando que mis palabras se asentaran en las mentes de cada uno de los asistentes, observando cómo algunos intercambiaban miradas, mientras otros no se atrevían siquiera a pestañear.

—Elena —pronuncié su nombre, provocando que, de nuevo, el silencio fuese sepulcral— es mucho más que una promesa para el futuro, es un símbolo, una declaración y una elección consciente —aseguré, aun sabiendo que aquellas palabras podrían parecer ambiguas—. En un mundo donde la lealtad y la fuerza son nuestra baza más valiosa, no solo he encontrado ambas en ella, sino algo que trasciende todo lo que entendemos. —Tomé una de sus delicadas manos y me la llevé a los labios, besándola—. Elena es la personificación de todo lo que estoy dispuesto a proteger y por lo que quiero luchar hasta las últimas consecuencias.

Mi mirada recorrió la sala, deteniéndose de manera estratégica en algunos de los presentes, los que sabía que necesitaban escuchar lo siguiente.

—Sé que habrá quienes duden, cuestionen y sean lo suficientemente estúpidos como para intentar desafiar esta unión —advertí tajante, sin admitir interpretaciones—. Pero permítanme dejar algo claro: cualquier ofensa hacia Elena será considerada un ataque directo hacia mí, hacia los Romanov y a todo lo que representamos. No habrá lugar en el mundo donde puedan esconderse, ni existirá un precio por su libertad. Las ofensas se pagan con sangre.

El silencio que siguió no fue de incertidumbre, sino de respeto e incluso miedo.

—Esta noche no es solo una celebración. Es una promesa de boda —añadí, volviendo a tomar la mano de mi futura esposa. Cabeceé para observarla y fue entonces cuando me topé con una mirada llena de orgullo que me llenó el pecho—. Elena es ahora parte de mi imperio, mi legado y mi vida.

Volví a besar su mano, deseoso de cualquier otra cosa salvo ese simple gesto, mientras ella no dejaba de mirarme repleta de una

determinación que no había visto jamás en nadie.

—Y para aquellos que están aquí con intenciones diferentes, les sugiero que reconsideren sus prioridades antes de que sea demasiado tarde. —Alcé la copa—. Por Elena.

Cuando el brindis terminó, me giré hacia ella, ofreciéndole una ligera reverencia. La agarré por la cintura y planté un apasionado beso en sus labios.

—Esto no ha hecho más que empezar —musité—, y estoy deseando que por fin seas mía.

30

Elena

El sonido de las conversaciones y risas llenaba el gran salón, pero apenas podía oírlas, sin siquiera entender lo que decían. Mi atención estaba dividida entre la opulenta velada que Nikolai había organizado y las extrañas vibraciones que sentía a mi alrededor. Había algo en el ambiente, una tensión subyacente que no lograba identificar y que me ponía la piel de gallina.

Andrei apreció en la entrada del salón, con pasos decididos y rápidos, mientras se acercaba a nosotros. Nikolai, quien estaba a pocos metros de mí, lo notó de inmediato, por lo que se disculpó con un ligero gesto hacia el grupo con el que hablaba y caminó hacia su hermano. Sus rostros eran un contraste total: Nikolai parecía frío como el hielo; mientras que Andrei estaba encendido, con una urgencia que irradiaba de cada poro de su piel cuando hablaba.

No podía escuchar lo que decían, pero el cuerpo de Nikolai se tensó al instante, lo que provocó que todo mi ser se estremeciese con un sentimiento confuso que llegó a erizarme todo el vello. El corazón se me aceleró en el instante en el que sentí como una de sus manos tomaba mi muñeca con fuerza. No supe si de manera involuntaria a causa de los nervios que le corroían, o de forma totalmente deliberada. Apretó la mandíbula y, por un momento, pude ver la tormenta que rugía en sus ojos. Andrei le entregó una tableta, la cual revisó con rapidez. Al leer el contenido, su expresión se endureció aún más.

—Quédate aquí —ordenó Nikolai al pasar junto a mí, con el tono tan frío y cortante que se me antojó casi inhumano.

—¿Qué ocurre? —pregunté, pero él ni siquiera se detuvo a responder.

Lo vi atravesar el salón como un auténtico depredador, moviéndose con una gracia peligrosa e incluso letal. Andrei lo seguía de cerca, ambos desaparecieron por una puerta lateral, dejándome sola entre todos los desconocidos. La curiosidad y la inquietud me carcomían, pero me obligué a permanecer en mi lugar.

Junto a mí apareció una mujer de cabello negro y ojos tan claros como los de Nikolai, de semblante serio, pero con una ligera mueca afable que me rogó discreción. Asentí un par de veces, y mediante un movimiento de cabeza me pidió que la acompañase. Iba vestida con un *body* negro que se entallaba a su menudo cuerpo, resaltando su figura atlética y peligrosa. Sus pies iban cubiertos por unos botines de tacón de aguja que me sorprendieron, ya que sobre su muslo derecho se ceñía un porta armas con una pistola y dos cargadores. Nos colocamos junto a la escalera, dispuestas a salir de allí si la ocasión lo requería.

Minutos después, la música se detuvo de manera repentina, y una sensación de pánico se extendió entre los invitados mientras un grito desgarrador resonaba desde la otra habitación. Contuve el aliento durante unos segundos, mi mente iba a mil por hora, y sin poder evitarlo, me zafé de la presencia de mi acompañante. Me moví entre la multitud, acercándome al origen del ruido, y abrí una puerta que apenas estaba entornada. Lo que vi me heló la sangre, pero también el corazón.

—¡Elena! —Oí como me llamaba a mi espalda.

Nikolai estaba inclinado sobre un hombre que yacía en el suelo. Su rostro estaba irreconocible, dejando paso a una masa de sangre y carne magullada que impedía cualquier tipo de identificación. Mi futuro marido lo golpeaba sin descanso, con los puños desnudos, heridos, mientras Andrei y Viktor permanecían junto a él, observando la escena, impasibles.

—¡Nikolai! —grité, y mi voz se quebró por el horror de lo que estaba presenciando.

Él se detuvo al escucharme, pero ni siquiera llegó a mirarme. Su respiración era pesada, como si acabase de librar una batalla que no lograba imaginar. Cuando al fin levantó la vista hacia mí, pude ver como un infierno se desataba en sus ojos, llenos de furia, pero también había algo más: un destello de remordimiento que desapareció tan rápido como había aparecido.

—Elena, vete —ordenó, sin aceptar réplica alguna.

—¿Qué… Qué demonios estás haciendo? —balbuceé, incapaz de aparar la vista del hombre que aún yacía en el suelo, quien apenas emitió un débil gemido.

Tras de mí, apareció la mujer que me había estado acompañando, quien se disculpó de inmediato con Nikolai.

—Protegiéndote.

—¿Así? —cuestioné con la voz estrangulaba, señalando al hombre herido.

Viktor se acercó a mí, con el semblante serio, neutro, sin siquiera mostrarme un ápice de bondad. Segundos después, le dedicó una mirada fulminante a mi espalda.

—No deberías de estar aquí, vamos.

Intenté resistirme, pero su agarre se volvió más fuerte, dejándome claro que no tenía elección. Todo el mundo había desaparecido del palacete, por lo que me pregunté cómo demonios habían evacuado a los invitados con tanta rapidez. Viktor me condujo hacia el coche que nos esperaba fuera.

—¿Qué está pasando, Viktor? —inquirí, mientras él me ayudaba a subir.

No respondió de inmediato, se limitó a cerrar la puerta tras de mí para hablar con la mujer, quien permanecía de brazos cruzados. Escuché un nombre, algo similar a Irina, por lo que intenté afinar el oído para ver qué le decía. Minutos después, la puerta del lado opuesto se abrió, y Nikolai apareció, con la camisa blanca teñida de rojo y sus manos, todavía ensangrentadas, temblando.

Antes de que pudiera decir nada, golpeó con una fuerza sobrehumana el volante, dejando ir un profundo alarido que me encogió el corazón. Cogí aire, sintiendo como mis ojos se llenaban de lágrimas. Su respiración era pesada, y el silencio entre ambos se volvió tan denso que apenas podía respirar.

—¿Qué has hecho, Nikolai?

Las lágrimas descendieron por mi rostro, empapándolo, creando un reguero que acababa muriendo en la tela de mi vestido. El hombre que tenía junto a mí era un jodido demonio, uno del que me había vuelto completamente adicta.

—Lo necesario —respondió sin mirarme.

Me aparté de Nikolai, aunque la proximidad de nuestros cuerpos en el coche hacía imposible evitar el calor que emanaba de él. Mis ojos se clavaron en sus manos ensangrentadas, en los nudillos rasgados y en la extraña manera en la que temblaban.

—¿Eso es lo que significa protegerme? —inquirí, conteniendo toda mi rabia y decepción—. ¿Matar a alguien?

Nikolai cabeceó para observarme. Su rostro volvió a ser esa máscara de indiferencia y frialdad que siempre portaba, solo que esta vez apenas se sostenía.

—Elena, ese hombre era un traidor —respondió sin más—. Estaba trabajando para los Orlov, filtraba información, poniendo todo en peligro, incluso a ti.

Lo miré con fijeza, tratando de buscar algo en sus facciones, un atisbo de humanidad, quizás un destello de remordimiento, algo que me demostrase que no era el ser que acababa de ver, pero no encontré nada.

—¿Y crees que esto lo arregla? —repliqué, señalando sus manos —. ¿Crees que convertirte en un monstruo soluciona algo?

Este dejó ir una sonora carcajada llena de amargura, al mismo tiempo que pasaba una de sus manos por su cabello desordenado.

—No puedes entenderlo porque no has estado donde yo he estado, Elena —dijo al final, con el tono bajo, pero firme—. Este

mundo no permite errores ni indulgencias. Cada decisión que tomo, cada golpe que doy, es para mantenernos vivos.

Tragué saliva, sintiendo como un fuerte nudo se creaba en mi garganta, impidiéndome respirar.

—¿Y yo soy parte de eso? —conseguí preguntar, con la voz temblorosa.

—Claro, siempre lo has sido —afirmó sin dudar—, ahora más que nunca.

El vehículo se detuvo de repente, sacándome del estado en el que me encontraba. Nikolai salió sin decir una palabra, pero antes de alejarse, rodeó el coche para abrirme la puerta.

—Ven conmigo —ordenó.

Lo miré como si estuviera loco, nos encontrábamos en medio de ninguna parte, y eso me confundió.

—¿Adónde?

—A donde sea que necesitemos ir para ganar esta guerra —respondió.

Hubo algo en su tono que me desarmó por completo. Era una mezcla de desesperación oculta y una promesa inquebrantable. Contra todo instinto, tomé su mano y salí del coche.

El aire nocturno era frío, y aun así, sentía que la intensidad de su mirada me hacía arder, sin límites ni compasión. Caminamos hacia un camino de piedras, en silencio. Cada paso que daba a su lado se me antojó como una sentencia, como si estuviera firmando un compromiso de por vida. Su presencia era una carga que me pesaba en el alma, pero también un refugio que me protegía de todo lo que me aterraba.

Nikolai se detuvo de repente, sujetando mi mano para que no avanzase más. Me giré hacia él, sorprendida, y su mirada, devastadora e intensa, me dejó sin aliento.

—Te dije que no cambiaría nada —musitó con pesar—, pero la verdad es que tú ya lo has cambiado todo —confesó. Su voz apenas fue un susurro, pero la intensidad de sus palabras resonó en lo más profundo de mi ser.

31

Elena

Estuvimos fuera durante horas, en un lugar que Nikolai parecía conocer demasiado bien, alejado de cualquier alma viviente. No dijo mucho, yo tampoco quise preguntar más. No hacía falta. El propósito de nuestra ausencia era evidente: dar tiempo para que el desastre que había presenciado en la mansión fuese borrado como si nunca antes hubiese ocurrido. El cuerpo del hombre y la sangre que lo acompañaba desaparecerían sin dejar rastro, igual que el monstruo que Nikolai había dejado salir esa noche.

Cuando regresamos, la casa estaba en un inquietante silencio, como si contuviera la respiración a la espera de nuestra llegada. Mi acompañante no pronunció palabra alguna, pero pude ver en su tensa postura y su ceño fruncido que aún no había dejado de darle vueltas a la situación acontecida. Yo, por mi parte, no podía apartar la imagen de sus manos ensangrentadas, temblando de rabia y algo más que no lograba descifrar. No había podido dejar de darle vueltas a lo último que me había confesado al detener el coche: «Te dije que no cambiaría nada, pero la verdad es que tú ya lo has cambiado todo». ¿Qué demonios quería decir eso? Estaba tan confundida que todo en mí parecía haberse llenado de escarcha, todo seguía helado, y tal vez siempre lo estaría.

Pasaron dos días antes de volver verle. Cuando finalmente apareció, creí que el mundo se me venía encima. Iba vestido con su impoluto traje negro, camisa del mismo color y un pequeño pañuelo *burgundy* asomaba por su bolsillo. Además, llevaba consigo ese aire de autoridad en el que siempre se enmascaraba, el mismo que me sacaba de quicio.

—Todo está listo —anunció con frialdad, cruzando los brazos mientras se apoyaba contra el marco de la puerta.

Lo observé desde mi posición, junto a la ventana, preguntándome si alguna vez volvería a ver al hombre tras la máscara, o si tal vez sería el monstruo quien haría acto de presencia.

—¿A qué te refieres con «todo»? —inquirí, apartando la vista de él.

—El equipo que se encargará de todos los preparativos de la boda llegará esta tarde —respondió, como si hablase del tiempo, con una tranquilidad que me mataba y dándole tan poca importancia que algo se rompió en mí—. Tatiana será quien te asista con el vestido y todo lo que necesites.

Mi estómago se contrajo ante sus palabras. Era como si estuviese organizando un trato comercial, y yo no era más que una de las piezas de dicho acuerdo. A una parte de mí le dolió la manera en la que actuaba, la forma en la que, ingenua de mí, creí que era especial para él. Apreté las manos en puños, sintiendo como mi respiración se volvía más pesada.

—¿Así que es oficial? —musité, aunque sabía la respuesta.

Él asintió, con esa fría determinación que me hacía odiarlo y admirarlo al mismo tiempo, y por un instante deseé cruzarle el rostro de un golpe, gritarle que no podría hacer conmigo lo que se le viniera en gana. Aunque la realidad era que así había sido, y lo peor de todo era que no podía hacer nada por evitarlo.

—Prepárate, Elena —me ordenó—. Esta boda no es solo nuestra unión, es un mensaje —añadió—. Asegúrate de estar a la altura.

No esperó una respuesta antes de salir, dejándome sola con mis pensamientos y el peso aplastante de lo que significaba ser la prometida del mayor líder de la mafia rusa: Nikolai Romanov.

Esa tarde, tal y como Nikolai me anunció, llegó el equipo que se encargaría de todo. Tatiana, con quien había estado en un par de

ocasiones, apareció en mi habitación con un aire profesional que no había identificado antes en ella. Su cabello rubio estaba recogido a la perfección en un moño, y vestía un traje negro que la hacía parecer una figura llena de autoridad.

—Señorita Elena —saludó, con una ligera inclinación de cabeza—, estoy aquí para asegurarme de que todo esté perfecto para su gran día.

Su tono era frío, pero pude ver como en sus ojos brillaba un ápice de ilusión que no se permitía mostrar en su voz. Asentí, incapaz de responder de inmediato, conociendo las consecuencias que tendrían aquellos actos.

Tatiana dio un paso hacia mí, con una carpeta en la mano, y comenzó a enumerar los detalles del vestido, el peinado e incluso las joyas. Todo había sido planeado con cuidado y mimo, como si cada aspecto de mi apariencia fuera una pieza de un elaborado tablero de ajedrez.

—¿Y si no me gusta el vestido? —pregunté, sintiéndome pequeña bajo su mirada.

Ella enarcó una ceja, sorprendida por mi interrupción.

—Estoy segura de que lo amará, señorita Elena —respondió con una leve mueca llena de compasión—. Pero si no es de su agrado, se harán los ajustes necesarios.

Su eficiencia me recordó a Nikolai, esa misma capacidad de mantener el control sin importar la situación. Pero había algo más en ella, algo que me intrigaba.

—¿Por qué siempre le defiendes? —pregunté, recordando lo que hablamos en anteriores ocasiones.

—Porque la familia Romanov me lo ha dado todo, señorita Elena —aseguró—. Nikolai no es un hombre fácil de conocer, ni tampoco con el que lidiar, pero es alguien que protege y ama a los suyos a cualquier coste.

Su respuesta me dejó con más preguntas de las que tenía, pero no insistí. Parecía que incluso aquellos cercanos a él tenían límites sobre lo que podían o no decir.

Mientras Tatiana y el equipo trabajaban, comencé a sentirme cada vez más sola y aislada. Apenas trataban conmigo, salvo para informarme de los siguientes pasos, por lo que no hacía más que dar vueltas por el gran salón. La falta de familiaridad con todo lo que estaba ocurriendo, sumada a la ausencia de mi familia, me pesaba como una losa. Pensé en mi madre, en cómo siempre soñó verme vestida de blanco, como una princesa, y en cómo estaría destrozada de no poder estar con nosotros en un día que se supone que debe ser tan especial.

—¿Es normal que me sienta así? —pregunté en un momento de vulnerabilidad, mientras Tatiana ajustaba una tela en mi cintura.

Ella levantó la vista hacia mí, sorprendida.

—¿Así cómo? —cuestionó como si no me comprendiera, con un tono más dulce y suave que de costumbre.

—Atrapada. Fuera de lugar —admití derrotada—. Como si todo esto fuese un sueño del que no puedo despertar.

Tatiana se detuvo, dejando a un lado la tela y colocándose frente a mí. Tomó mis manos con cautela, saliendo de ese papel impoluto en el que estaba metida. Entonces, pude ver en ella a la Tatiana que conocí.

—Es normal sentirse abrumada —aseguró—. Pero no estás sola, Elena —añadió con cariño—. Puede que no lo creas, pero Nikolai hará todo lo posible por asegurarse de que estés bien, aunque sus métodos no siempre sean… convencionales.

Suspiré, porque una parte de mí deseaba que tuviese razón, que ese Nikolai del que hablaba estuviese en su interior, pero después de lo que había presenciado, no estaba segura de querer permanecer junto a un desalmado como lo era el líder de los Romanov.

—Nikolai es un buen hombre —prometió al mismo tiempo que acariciaba con mimo mis manos—. Creerás que no tiene corazón, pero lo cierto es que es tan grande que apenas le cabe en el pecho. Ha pasado por mucho mal, Elena, tanto que ha aprendido a apagar su humanidad, dejando salir al monstruo que le corroe las entrañas.

Sus palabras me ofrecieron un poco de consuelo para mi apenado corazón, aunque no disiparon del todo la inquietud que no dejaba de corroerme.

Cuando finalmente me quedé sola en el salón, con el vestido listo y todo en su lugar, me acerqué a la ventana para observar los jardines de la mansión. El sol comenzaba a ponerse, tiñendo el hermoso cielo de tonos dorados y rosados, como si de una fotografía se tratase, siendo un contraste cruel con la tormenta que sentía en mi interior.

Sabía que la boda era inevitable, que no tenía elección, pero eso no significaba que tuviera que ser una simple espectadora de mi propia vida. Estaba desolada, viendo que todo mi mundo había desaparecido de un simple plumazo, el mismo que había estado orquestando mi futuro marido sin que me pudiese percatar de ello. Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba planeando mi secuestro, o la jodida boda. Pero si iba a ser parte del mundo de Nikolai, tenía que encontrar una manera de mantenerme firme, de no perderme a mí misma en el proceso.

Me miré en el espejo, observando mi triste reflejo. El vestido era perfecto, pero no pude evitar sentir que estaba viendo a una extraña y no a mí misma. Respiré hondo, conteniendo las lágrimas y toda esa vorágine de pesar que se agolpaba en mis entrañas, intentando encontrar algo de fuerza en mi interior.

—Esto no me va a romper —musité, como si diciéndolo en voz alta se convirtiera en realidad—. Si quiere una reina, eso es lo que tendrá.

32

Elena

El silencio de la mansión era ensordecedor e incluso abrumador. Nikolai había desaparecido hacía tres días, y aunque Viktor me aseguró de que estaba ocupado «encargándose de un asunto de negocios importante», no podía evitar sentir que su ausencia era algo más que circunstancial. Era como si todo su ser se hubiese desvanecido, dejando tras de sí un vacío que parecía impregnarse en toda la mansión, pero no también en mi alma.

Vivir con su ausencia se estaba convirtiendo en una tortura, se me antojó como si hubiese perdido el norte y me hubiese quedado incompleta, sin un rumbo que seguir. ¿Cómo demonios podía sentirme así respecto a su falta? ¿Es que acaso Nikolai se había vuelto más importante en mi vida de lo que quería admitir? Tal vez estuviese viviendo un episodio de síndrome de Estocolmo, porque realmente no era capaz de comprender por qué me afectaba tanto su falta.

Me moví por la casona como un fantasma, pasando de una habitación a otra, sin rumbo fijo. Cada rincón de aquel lugar me recordaba a él. La biblioteca, con su olor a cuero y madera vieja, donde me había encontrado a Nikolai leyendo mientras acababan de preparar los patrones del vestido de novia. El gran salón, donde se organizó la ostentosa fiesta para anunciar nuestro compromiso. Incluso los jardines, que observaba desde el gran ventanal de su habitación, los cuales me parecían menos vivos sin su presencia.

—Está ocupado, Elena —me dijo Viktor la última vez que intenté obtener una respuesta más concreta—. Volverá pronto.

Pero «pronto» no tenía significado alguno cuando cada hora se estiraba como si durase una eternidad.

La primera noche sin Nikolai intenté convencerme de que disfrutaría de la soledad, de que era mi oportunidad para reflexionar y recuperar algo de mi independencia. Pero la realidad me golpeó como una maldita tormenta. El silencio no era mi aliado, sino un enemigo que amplificaba cada uno de mis miedos e inseguridades.

Cené sola en el gran salón, donde apenas me dignaba a hacer acto de presencia, ya que me había acostumbrado a pasar la mayor parte del tiempo encerrada en mi habitación, ya fuese por obligación o por gusto. Sentí como la gran casona se me venía encima, como si a cada segundo que pasase sin él, el lugar se volviese cada vez más y más grande, haciéndome sentir diminuta.

Tatiana había estado conmigo esa noche, sirviéndome la cena, y dándome algo de conversación, pero apenas sirvió para distraerme unos minutos. Mi mente no dejaba de volar a esos ojos grisáceos, ese cuerpo moldeado a la perfección y el perfume que me embriagaba tan solo olerlo. Nikolai se había convertido en una maldita droga, y aunque odiase admitirlo, era adicta a su presencia.

Me tumbé en la cama, la misma que compartimos, pero el vacío a mi lado era demasiado como para resistirlo. Su aroma aún impregnaba las sábanas, una mezcla de cedro y algo oscuro que siempre me hacía pensar en peligro. Cerré los ojos y lo imaginé sobre mí, recorriendo cada centímetro de mi cuerpo con sus grandes manos, observándome con ese delirio tan característico que solo él tenía. Contuve un gemido cuando me descubrí acariciando mi cuerpo como él lo haría, hundiendo la mano en mi lugar secreto, dispuesta a darme el placer que Nikolai me negaba con su ausencia. Mi mente voló a cada uno de nuestros encuentros, a la manera en la que me sujetaba por las muñecas, inmovilizándome, tomando el control. Mientras sus manos acariciaban mis pechos, tirando de mis pezones, al mismo tiempo que sus maestros dedos se habían jugueteado con mi clítoris para, segundos después, colarse en mi interior, arrancándome cientos de

quejidos, deseosa de más. Mi respiración se volvió agitada, pensando en cómo me había tomado sin miedo, penetrándome por completo, encajando de manera que parecíamos haber sido creados el uno para el otro. Todo mi cuerpo se tensó en el instante en el que la oleada de placer llegaba a mí, visualizando su rostro, la forma en la que me observaba, esa que gritaba «pecado».

Sin que pudiera hacer nada por evitarlo, estallé en mil pedazos, ansiosa, cabreada por haberme permitido pensar en él de aquella manera. Culpándome por no haber detenido su juego cuando tuve ocasión.

El segundo día fue peor.

Tatiana vino a verme por la mañana, trayendo consigo una bandeja con el desayuno. Intentó animarme, pero incluso su habitual eficiencia parecía afectada por la tensión que flotaba en el aire, y la ausencia de su señor.

—Es normal que se ausente de vez en cuando, señorita Elena —me dijo mientras colocaba una taza de té humeante frente a mí. Ya hacía demasiado frío como para salir al jardín, por lo que todos los días desayunaba en la biblioteca junto al gran ventanal por el que se colaban los radiantes rayos de sol—. Su trabajo requiere su atención en muchos frentes.

—¿Y qué trabajo es ese? —inquirí, dejando la taza sobre la mesa, sin siquiera haberle dado un sorbo.

Tatiana evitó mi mirada, algo poco habitual en ella, por lo que supuse que deseaba rehusar a la pregunta, cosa que no permití.

—Responde, por favor.

—El señor hace lo que haga falta para mantener vivo el legado de su padre —respondió al fin, con ese tono tan ambiguo que tanto odiaba—, y para proteger a la familia.

Quise gritar, exigir respuestas más claras, pero sabía que no serviría de nada. Nikolai era un hombre de secretos, se había

cerciorado al cien por cien de que nadie hablase de sus asuntos, y su ausencia solo hacía que reforzar esa realidad.

Cuando Tatiana se marchó, me quedé sola una vez más. Traté de ocupar mi tiempo explorando la biblioteca e incluso la casa, algo que se me había prohibido desde mi llegada. Descubrí habitaciones que parecían no haber sido utilizadas en años, llenas de muebles cubiertos con sábanas y retratos de personas que probablemente habrían muerto mucho antes de que yo naciera.

En una de estas encontré un piano de cola cubierto de polvo. Me senté en el banco, dejando que mis dedos rozaran las teclas. La primera nota resonó en el aire, rompiendo el silencio de una manera que me pareció casi profana. Cerré los ojos, permitiendo que mis manos se movieran con libertad, y aunque al principio las sentí agarrotadas, minutos después se convirtieron en ágiles bailarinas. Me acordé de mi madre, de cómo solía tocar el piano las tardes de domingo mientras yo me sentaba junto a ella, escuchando. La nostalgia se apoderó de mí, y antes de darme cuenta, las lágrimas ya se deslizaban por mis mejillas. Entonces, mi mente voló a Nikolai, ¿qué pensaría él si me viera aquí, perdida en un recuerdo que no tiene nada que ver con su mundo?

El tercer día comenzó con una tormenta. La lluvia golpeaba con fuerza las ventanas y los truenos retumbaban en la distancia, haciendo que los cristales se movieran con violencia. Parecía que el cielo se nos fuese a venir abajo, y lo único que podía hacer era mantenerme dentro de esa maldita cárcel de cristal en la que estaba metida. La casa parecía aún más sombría bajo el cielo gris, como si reflejara mi estado de ánimo.

Pasé la mayor parte de la mañana en mi habitación, observando los jardines, perdiéndome en cómo las gotas de lluvia formaban pequeños riachuelos que corrían por los ventanales. Me sentía atrapada, pero no solo por dónde me encontraba, sino por mi propia mente.

Viktor vino a verme al mediodía. No era de los que se preocupaban por ofrecer consuelo; su visita parecía más una orden que un gesto de amabilidad, pero aun así, agradecí que pasara por mi pequeña cueva.

—Deberías comer algo —comentó, dejando un plato sobre la mesa, sin esperar mi respuesta.

Observó la mesa, la cual estaba llena de tazas de té y algún que otro trozo de bizcocho sin tocar. Había perdido el apetito, lo único que deseaba era que aquella agónica espera desapareciese lo antes posible, y aunque sabía que mi vida jamás volvería a ser normal, una parte de mí necesitaba a Nikolai para sentirse segura.

—No tengo hambre —anuncié.

—Me da igual —aseguró—, Nikolai no puede verte así cuando vuelva.

—¿Sabes dónde está? —inquirí, sin siquiera molestarme en disimular mi desesperación.

Viktor, que ya se encaminaba hacia la salida, se detuvo. Su expresión se volvió fría e impasible, igual que lo era la de su hermano mayor.

—Está haciendo lo que tiene que hacer, Elena. Nada más.

—¿Por qué nadie es capaz de decirme la verdad? —repliqué, sintiendo como la frustración empezaba a llenar mis ojos de lágrimas.

Este suspiró, y me miró por un momento que se volvió eterno. Por un instante, creí ver algo parecido a la compasión.

—Porque a veces, saber la verdad es peor que vivir en la ignorancia —respondió antes de marcharse, cerrando la puerta tras de sí, sin darme opción a réplica.

Esa misma noche, el sonido de un coche acercándose me despertó de madrugada. Podía sentir el fuerte latir de mi corazón en el pecho, como si quisiera escapárseme. Lo primero que vino a mi mente fue: nos atacan. Pero entonces caí en que existía otra probabilidad. Me

levanté de un salto, sintiéndome al borde del infarto, y corrí en dirección al gran ventanal que daba a la parte delantera de la casona. Lo vi bajar del coche, su figura seguía siendo tan imponente y alta, oscura, únicamente iluminada por los faros. Contuve el aliento, porque supe que podría reconocerlo en cualquier circunstancia.

Nikolai estaba de vuelta.

Durante unos segundos permanecí inmóvil, viendo cómo se dirigía hacia la entrada. Había algo en su andar, una pesadez de la que no me había percatado antes, como si hubiese algo que le hubiese afectado más de la cuenta. Era como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros.

Cuando finalmente entró, no dudé en asomarme a las escaleras, sintiendo como un batiburrillo de nervios, ansia y alegría se arremolinaban en mi garganta. Nuestras miradas se cruzaron, y fue en ese instante, en el que supe que nada sería igual. Había algo en sus ojos, una mezcla de cansancio y determinación, una rabia desgastada, que me hizo sentir que todo lo que había pasado en esos tres días solo era parte de su jodido plan.

33

Nikolai

El peso de los últimos días me golpeó como un martillo al atravesar el umbral de la mansión, como si la oscuridad que reinaba en la casa me engullese por completo. Cada paso que daba resonaba en el silencio de la entrada, como un eco solitario que parecía burlarse del gran esfuerzo que hacía por mantener el control. El aire estaba cargado, como si el mismo lugar hubiese absorbido la tensión de mi ausencia, y la hubiese dejado suspendida, esperando para aplastarme.

Apreté la mandíbula, recordando las veces en las que mi padre había entrado de esa misma manera, intentando que mis hermanos y yo no fuésemos conscientes de lo que ocurría. ¡Qué iluso! Durante años, aguardé escondido tras la gran cortina que había junto a la escalera, observando, deseando ser como él algún día, con esa fuerza y firmeza, capaz de enfrentarse a todo con tal de defender lo que era suyo. Pero yo… No era más que un necio perdido en las sombras, luchando por ser la mitad de lo que era él.

Elena esperaba arriba, podía ver el tintineo de las velas que utilizaba para no quedarse a oscuras durante la noche. Sabía que tenía que enfrentarla, que tarde o temprano tendría que explicar mi marcha abrupta y la razón de mi silencio. Pero no estaba listo para verla. Ni para encontrarme con esa mirada que me perseguía en cada maldito rincón de mi mente, esa que estaba teñida de miedo, decepción y de algo que aún no había logrado identificar.

Subí las escaleras con pasos pesados, ignorando el saludo de uno de los guardias que permanecía en su puesto, como una sombra más. Cuando llegué a su habitación, me detuve frente a la puerta.

Por un instante, como un auténtico gilipollas, dudé. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo podría explicarle algo que ni siquiera yo entendía?

Empujé la puerta con lentitud, dejando que el leve chirrido anunciara mi llegada. Elena estaba en la cama, recostada sobre los almohadones, con un libro abierto en su regazo. Joder, era una diosa, y me había trastocado hasta los cimientos con su maldita esencia. Carraspeé, y cuando sus ojos se alzaron hacia mí, vi algo que me detuvo en seco.

Había rabia en ellos, sí, pero también algo más. Algo que no podía definir del todo, era una mezcla de alivio y dolor que me atravesó como una bala en el pecho. Su cabello caía desordenado sobre sus hombros, y la tenue luz de las velas acentuaba la delicadeza de sus rasgos. Estaba preciosa, como siempre, pero esta vez, su belleza parecía teñida de una tristeza que no podía ignorar.

—¿Tanto te costaba avisar de que seguías vivo? —inquirió con la voz cargada de dolor, a modo de reproche, cerrando el libro con un golpe seco.

—No soy fácil de matar, Elena —respondí, intentando mantener un tono ligero, aunque sabía que no sería suficiente.

Solo ella era capaz de trastocarme, de tirar abajo cada una de las barreras que durante años había erguido para protegerme y proteger el legado de la familia. Llevaba tantos años luchando conmigo mismo y contra los demás que me había olvidado de lo que significaba vivir fuera de ese papel.

Cerré la puerta detrás de mí y avancé hacia donde se encontraba, sintiendo como me escrutaba con la mirada. Me senté al borde de la cama, con la espalda hacia ella, incapaz de sostener su mirada por más tiempo. Una parte que me repulsaba de mí deseó abrazarla, mecerla en mis brazos hasta que durmiera; pero otra me gritaba que jamás podría permitirme algo así.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó, esta vez con un tono más suave, como si no supiera si realmente deseaba escuchar la respuesta.

—No podía soportar la forma en la que me mirabas —confesé, dejando escapar un bufido pesado que consiguió vaciarme por completo.

El silencio que siguió fue insoportable, pero no me atreví a girarme. Todo lo que hacía era por ella, por alejarla del mundo al que yo mismo la había arrastrado, por mantenerla en una burbuja donde nadie pudiera herirla. Me pasé una mano por el rostro, y sentí el movimiento de las sábanas detrás de mí, y el crujido del colchón mientras se acercaba. Cerré los ojos cuando percibí el calor de su cuerpo pegado al mío, la manera en la que sin quererlo, me abrazaba, luchando contra sus propios demonios.

—¿Cómo te miraba? —susurró con una mezcla de curiosidad y desafío.

—Como si fuera un monstruo —murmuré, girándome lo suficiente como para fijar mi mirada en la suya.

Me eché un poco hacia atrás, cosa que Elena aprovechó para colocarse a horcajadas sobre mí.

—No eres un monstruo, Nikolai —aseguró, con una determinación que me desconcertó.

—Eso piensas ahora —rebatí—, pero en aquel momento…

Ella negó con la cabeza, y antes de que pudiera decir algo más, se inclinó hacia mí, atrapando mis labios con los suyos en un beso que no dejó espacio para dudas ni objeciones. Al principio fue suave y tierno; pero a medida que pasaban los segundos, empezó a volverse más intenso, desesperado y tan húmedo que pude sentir mi miembro palpitar contra su entrada. En su boca siempre había algo dulce y adictivo, eso que me hacía olvidar todo lo demás.

Mis manos volaron hacia su cintura, encontrándola para atraerla hacia mí con una necesidad que siquiera podía controlar. Me colé bajo su camisón, al mismo tiempo que tiraba de su cintura hacia adelante, atrayéndola más a mí. Todo mi ser estaba revolucionado, y es que Elena conseguía que todo lo demás desapareciera. Ahondé en mi beso, devorándola, provocando que un gemido se le escapase para acabar muriendo en mis labios. Fue entonces, cuando me

percaté de la gran necesidad que había tenido de ella, esa irritación que no había dejado de crecer se veía afectada por su falta.

Podía sentir como sus manos se deslizaban por mi pecho, desabotonando mi camisa de esa manera que siempre hacía, con movimientos torpes pero decididos. Esta mujer lograba algo que no había sentido nunca antes, una ternura que me desarmaba, y es que verla de aquella forma lograba que quisiera prender el mundo en llamas con tal de conservarla a mi lado.

—Dime que me necesitas —le ordené contra su boca, con la voz ronca por el deseo.

—Te necesito, Nikolai —respondió sin dudar—, te necesito más de lo que he necesitado a nadie jamás.

Sus palabras fueron el combustible que prendió mi interior, propagando un fuego descontrolado capaz de arrasar con todo a su paso. Joder, Elena me estaba volviendo loco.

Con un ligero movimiento, la empujé contra la cama, cubriéndola por completo con mi cuerpo, mientras me permitía el lujo de delinear su figura, memorizando cada centímetro de su piel. Sonreí ladino al ver cómo su respiración se volvía errática a causa de cada uno de los besos que le daba, mientras una de mis manos no dejaba de acariciar todo su ser. Tenía los labios abultados y enrojecidos, tanto que cuando mordí el inferior un pequeño reguero de sangre descendió por su barbilla. Deslicé la punta de mis dedos sobre esta, recogiendo el líquido rubí, y sin dudarlo ni un instante, me llevé el dedo a la boca, saboreándola de una manera que jamás creí que lo haría. Un gemido se le escapó.

Sus ojos me miraron con una intensidad que nunca antes había visto, confirmándome que mi dulce prometida se estaba viendo arrollada por las mismas sensaciones que yo.

—No vuelvas a irte —me suplicó entre beso y beso, rozándose con lascivia contra mi miembro.

Quise rasgarle el camisón, tirar de sus bragas y hundirme en ella hasta que no quedase ni un solo ápice que nos separara. Me había vuelto adicto a todo lo que provocaba en mí, pero aún más a la

forma en la que sus ojos me gritaban que ella era igual o más adicta que yo.

—Eres mía, Elena —gruñí, antes de besarla con una pasión que no sabía que podía llegar a sentir.

Su respuesta fue un gemido ahogado que me hizo perder el poco autocontrol que me quedaba. Mis labios descendieron por su cuello, dejando un rastro de besos y mordiscos que la hicieron arquearse para mí. Sus manos se enredaron en mi cabello, guiándome, exigiendo más, pidiendo que la llevara al límite.

34

Nikolai

La primera luz del amanecer comenzó a filtrarse a través de las gruesas cortinas, dibujando patrones irregulares en las paredes de la habitación. Elena estaba junto a mí, apoyada sobre mi pecho, aún con el cuerpo envuelto en las sábanas, y el cabello desordenado cayendo en cascada sobre su espalda desnuda. Su respiración era tranquila, casi imperceptible, y por un instante, me permití el lujo de observarla, sintiéndome un furtivo, alguien que no merece ver una obra de arte como lo era ella.

Contuve el aliento, no había monstruos su mirada, ni reproches ni temor. Solo ella, vulnerable y hermosa, enredada entre mis brazos como si perteneciéramos a mundos que jamás podrían separarse. Pero yo sabía la verdad. No éramos iguales, ni siquiera parecidos. Elena era la más pura luz y yo la más tenebrosa oscuridad. Me sentí sucio solo de pensarlo, jamás podría salir del pozo de mierda en el que estaba sumido, ni de la realidad a la que pertenecía. Tampoco sabía si de verdad deseaba hacer algo así. Pasé una mano por su cabello, colocando un mechón tras su oreja, dejándome deleitarme con su delicado rostro como nunca antes lo había hecho. Era la mujer más bella que hubiese visto en mi vida.

Durante todos estos años había tenido encuentros con mujeres de la alta sociedad, todas estaban dispuestas a complacerme y servirme como si fuese un dios. Pero ella… Elena era una contradicción. Venía a mí, me golpeaba y gritaba, pero al mismo tiempo podía ver en su mirada el deseo y la desesperación.

Me moví con cuidado para no despertarla, pero aun así, sus ojos se abrieron con lentitud, encontrándose con los míos. Su mirada fue suave, pero pude ver como en ella aún brillaba una pregunta, esa

que había evitado desde que regresé y que en realidad ni siquiera sabía cómo justificar, no podía mentirle.

—¿No duermes? —preguntó von la voz ronca, entrecerrando los ojos para enfocar.

—No tanto como tú, parece —respondí, intentando aparentar una normalidad que ni yo mismo me creí.

Elena se incorporó, apoyando su peso sobre un codo, y la sábana resbaló de sus hombros, dejando a la vista su piel marcada con los rastros de la noche anterior. Tenía dos moratones sobre los brazos, los pezones enrojecidos y un mordisco en el vientre. Mi miembro se endureció al instante al recordar la manera en la que nos habíamos devorado hacía apenas unas horas.

—¿Qué ocurre, Nikolai? —inquirió, y su tono se volvió más serio.

—Mis demonios no me dejan dormir —admití, y por primera vez en mi vida, me sentí bien al hacerlo, y al mismo tiempo, confuso.

Suspiré, al mismo tiempo que se erguía para apoyarse en el cabecero de la cama, y no en mí. Todo mi cuerpo se tensó.

—Quiero saber qué pasó en la fiesta —continuó, sin apartar sus ojos de los míos—. ¿Por qué mataste ese hombre?

Su pregunta me golpeó como si fuese un puñetazo en el estómago. Era directa, sin rodeos, como ella. Aparté la vista, incapaz de sostenerla, porque a pesar de que se lo tenía bien merecido, había permitido que la rabia se apoderase de mí en vez de mantener el control. Había visto muchas cosas en mi vida, hecho otras que habrían quebrado a cualquier otro hombre, pero nada me había preparado para confesarle aquello a Elena.

—No quieres saberlo —aseguré, intentando zanjar la conversación.

—Claro que quiero saberlo —insistió, sentándose por completo, dejando que la sábana cayera de su pecho.

El gesto, tan casual, tan suyo, me distrajo por un segundo, pero no lo suficiente como para desviar la dirección de la conversación.

—Elena, déjalo —le insté.

Apreté la mandíbula, porque de verdad que lo único que deseaba era sentir un poco de paz, y no vivir en la guerra constante en la que estábamos metidos. Pero ella no se amedrentó.

—¿Por qué? ¿Por qué prefieres mantenerme ciega ante todo lo que hagas? —replicó, cruzándose de brazos—. ¿Por qué siempre tienes que decidir qué es lo mejor para mí, sin darme opción a elegir?

Ese pequeño destello de desafío en su voz me hizo perder la poca paciencia que me quedaba. Me levanté de un salto y comencé a vestirme, dándole la espalda. ¿Por qué demonios tenía que forzar la puta situación?

—Lo hice por ti, Elena —solté al final, con un tono más frío y brusco de lo que pretendía.

—¿Por mí? —preguntó, y el sarcasmo tiñó sus palabras—. ¿Es que acaso te he pedido yo que mates a ese hombre?

Respiré hondo, sintiendo como la rabia me consumía, no hacia ella, sino hacia mí mismo, porque sabía que, en cierto modo, Elena tenía razón. Me giré para mirarla, y el peso de mis palabras cayó como una roca sobre mis hombros.

—Porque ese hombre te puso en peligro —aseguré.

Elena me miró, incrédula, pero no dijo nada más. Sus labios se entreabrieron como si quisiera responder, pero esperó, dándome espacio para continuar.

—Era un traidor —expliqué—. Trabajaba para los Orlov, filtrándole información desde hace meses —continué—. Les dijo por dónde entrar, cuántos guardias había, hasta qué puntos eran los más vulnerables en la seguridad de la mansión. Todo eso… Para que pudieran llegar a ti.

Las palabras salieron de mi boca como si algo las empujara a hacerlo, llenas de rencor y veneno. El simple hecho de pronunciarlas hacía que la rabia volviera a crecer dentro de mí, cabreándome.

—¿Recuerdas el ataque? —pregunté, porque sabía que la respuesta era obvia. Ella asintió con lentitud, con los ojos brillando

de confusión y algo más profundo, tal vez miedo—. Él fue el culpable.

Elena se cubrió con las sábanas, como si intentara protegerse de una verdad demasiado cruel e incómoda.

—Planeaban volver a entrar, es más… Iban a hacerlo durante la celebración de compromiso —proseguí—. Por suerte, Andrei pudo localizarlo antes de que siquiera les diese tiempo a actuar.

—¿Por eso le mataste?

Cabeceé en señal negativa, sintiendo como estaba a punto de cruzar una línea de no retorno, al menos, no una de la que pudiese arrepentirme.

—No solo lo maté a él, Elena.

Su rostro se volvió pálido, y su gesto cambió.

—¿Q-Qué estás diciendo? —balbuceó.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que creí que mis muelas saltarían por los aires de un momento a otro. Odiaba recordar lo que había hecho, pero no podía detenerme ahora. Merecía saberlo todo, aunque la destruyera, aunque me destruyera a mí en el proceso.

—No me detuve con él —confesé, clavando mis ojos en los suyos —. Encontré a su familia. Su mujer, sus hijos…

Ella dio un respingo, como si mis palabras la hubieran golpeado.

—¡No, Nikolai! —exclamó, llevándose las manos a la boca, horrorizada.

—No me mires así —gruñí, incapaz de soportar el juicio de su mirada—. No lo entiendes, tenía que hacerlo.

—¿Matarlos a todos? —inquirió dolida—. ¿Eso tenías que hacer?

Su voz se quebró, y sentí cómo una sombra negra me empezaba a engullir por los pies. De nuevo, esa sensación.

—Si no lo hacía, habrían venido a por ti —Alcé la voz—. ¿Es que no lo entiendes, Elena? —La tomé por los hombros—. En este mundo, las represalias son inevitables. Si hubiera dejado que vivieran, habrían buscado venganza. Quizá no mañana, ni el año que viene, pero sí algún día —continué—. Y no pienso arriesgarme a perderte.

El silencio que siguió fue como un golpe sordo en mis costillas. Elena apartó la vista, y pude ver como las lágrimas comenzaban a empapar su rostro, tiñéndolo de una tristeza que me heló el alma.

—Te estás convirtiendo en un monstruo, Nikolai —mustió, con la voz rota.

—No he dejado de serlo jamás, Elena —admití con un pesar que me sentó como un balde de agua fría.

Porque sí, nunca me había importado ser despiadado, acabar con aquellos que se interpusieran en mi camino o amenazaran la seguridad de mi familia. Pero desde la llegada de Elena, todo había cambiado. No deseaba que me viese de aquella forma, porque a pesar de todo y aunque no quisiera admitirlo en voz alta, se había colado en mi corazón para hacer estragos en él. Me acerqué a ella y, sin dudarlo un instante, se apartó, levantando una mano, como si quisiera mantenerme alejado.

—No me toques —dijo con firmeza, aunque pude percibir como todo su cuerpo temblaba.

—Elena, por favor…

—¿Qué queda de ti? —preguntó, y sus palabras fueron como dagas clavándose en mi pecho—. ¿Qué queda del Nikolai que prometió protegerme y del que por las noches viene a acunarme?

No supe responder, porque en el fondo, sabía que estaba en lo cierto. Había cruzado una línea en la que no había vuelta atrás. Una cosa era que Elena pudiese imaginar lo que estaba dispuesto a hacer con tal de protegerla, y otra, que me viese completamente ido, golpeando a un hombre hasta la muerte.

Me miró una última vez antes de girarse hacia la ventana, permitiendo que la tenue luz del amanecer delinease su figura. No solo había perdido un pedazo de mi coraza en ese camino repleto de sangre, sino que también la estaba perdiendo a ella por mi puta obsesión de mantenerla a salvo.

Cerré los ojos, me pasé una mano por el cabello y suspiré. Había hecho lo que creía necesario, pero ¿a qué coste?

—Lo siento —musité al final, aunque sabía que esas palabras no serían suficientes como para borrar lo que había visto.

Elena no respondió, y esta vez, el silencio fue la más dura de las sentencias.

35

Elena

Las noches en la mansión eran interminables. El silencio era abrumador, como un peso que caía sobre mi pecho y me impedía respirar. Cada rincón de la casa parecía murmurar su nombre como si de un secreto se tratara. Nikolai. Aunque no lo decía en voz alta, lo sentía en cada sombra, en cada crujido de la madera bajo mis pies descalzos. No importaba cuántas veces intentase cerrar los ojos y forzarme a dormir; la ausencia de su calor y su presencia me mantenían despierta.

Llevaba días sin hablarle, en los que apenas nos habíamos cruzado. Pero sabía que él seguía ahí, distante, refugiado tras las paredes de su oficina, encerrado en sus propios pensamientos. Cada vez que intentaba acercarme era como si levantara un muro invisible, uno hecho de culpa y un dolor que no lograba comprender del todo. Aun así, había algo que, de manera inevitable, me arrastraba hacia él, algo que no podía controlar.

Esa noche, mientras me giraba por enésima vez en la cama, no pude soportarlo más. La necesidad fehaciente de verle, de sentir su cuerpo contra el mío, se volvió tan insoportable, como un fuego ardiente bajo mi piel que amenazaba con consumirme. Me levanté de un salto, como si algo me empujase a ir en su encuentro, arrastrando la manta por mis hombros y pisando el suelo frío con tanta decisión que me sorprendió. La mansión entera dormía, pero yo no. No podía.

Salí de la habitación y me encontré con el largo pasillo en penumbra, apenas iluminado por la luz plateada de la luna que se colaba a través de los ventanales, creando largas formas en la madera. Caminé despacio, sintiendo cómo mi corazón retumbaba en

el pecho a cada paso que daba hacia su habitación. Sabía que no debía estar ahí, que lo más probable era que Nikolai me rechazara o se enfureciera conmigo por haberlo buscado. Pero no me importaba. Necesitaba verle y que me cobijara en sus brazos.

La puerta de su habitación estaba entornada, como si me estuviera esperando, o eso quise pensar yo. Me detuve por un segundo, tomando aire para reunir el valor necesario, y empujé con suavidad, lo justo como para entrar sin hacer ruido. Lo primero que vi fue su silueta recostada en la cama. Nikolai estaba dormido, o eso parecía. El tenue resplandor de la luna iluminaba parte de su rostro, marcando las líneas de su mandíbula y los surcos de su ceño, fruncido incluso en reposo. Su pecho subía y bajaba con lentitud, con una tranquilidad que me encogió el corazón.

Cerré la puerta con cuidado y permanecí estática, observándolo como una furtiva en la distancia. Era tan distinto verle así, vulnerable, sin esa máscara de frialdad y control que siempre llevaba puesta. Incluso dormido parecía cargar con el peso del mundo sobre sus hombros. Me acerqué despacio, como si temiera despertarlo, y me detuve al borde de la cama.

—¿Qué haces aquí? —murmuró de repente, con la voz grave y ronca por el sueño.

Ahogué un grito, sorprendida. Sus ojos grises se abrieron con tanta lentitud que se me antojó que aquel instante fuese infinito, y se fijaron en los míos. Había algo en ellos que me paralizó: agotamiento, culpa y algo más profundo que no era capaz de descifrar.

—No podía dormir —me excusé en un susurro, incapaz de apartar la vista de él.

Nikolai suspiró y se incorporó lo suficiente como para apoyarse en uno de sus codos, mientras me observaba en silencio. Por un momento temí que me echara de allí, hecho una furia, pero en lugar de eso, extendió la mano hacia mí, invitándome a acercarme.

—Ven aquí —me pidió, con un tono suave, pero al mismo tiempo autoritario.

No lo dudé. Solté la manta, permitiendo que se arremolinara en mis pies, y me deslicé bajo las sábanas, a su lado. Al principio me quedé quieta, sintiéndome torpe e incómoda, pero entonces, Nikolai me rodeó con uno de sus brazos, atrayéndome hacia su pecho. Mi corazón latía con fuerza mientras el calor de su cuerpo me envolvía, arrastrándome a un lugar donde el tiempo parecía detenerse.

—¿Por qué has venido, Elena? —preguntó en voz baja, con un tono ronco que me hizo estremecer.

—No lo sé —admití—. Solo… No quería estar sola.

Nikolai no dijo nada más. Me sostuvo entre sus brazos con un mimo que jamás creí que encontraría en ellos, mientras yo me perdía en el ritmo constante de su pecho subiendo y bajando de manera acompasada. Cerré los ojos, sintiéndome pequeña y protegida, como si nada pudiera alcanzarme en ese instante. No en ese lugar.

Pasaron minutos, tal vez horas. Todo lo que me importaba era el peso de su brazo alrededor de mí, su calor y el latido constante de su corazón bajo mi oído. No me dormí, al menos no todo el rato que debería ya que desperté en la madrugada, incapaz de descansar del todo. La habitación seguía en la penumbra, apenas iluminada por las brasas que aún ardían en la chimenea. Nikolai dormía profundamente a mi lado, aún envolviéndome por la cintura, como si temiera que pudiese escaparme.

Lo observé en silencio, observando cada línea de su rostro. No tendría más de treinta y seis años, aunque dormido parecía aún más joven, menos atormentado. Pero incluso en ese momento de calma, había algo en él que hablaba de las batallas libradas y cicatrices que jamás sanarían. Nikolai era un hombre roto. Lo supe en ese instante con una certeza que me encogió el alma.

Su fuerza, la ferocidad con la que protegía a su familia, la manera en la que gobernaba su mundo con puño de hierro… Todo eso no era más que una fachada, una coraza que había construido para sobrevivir. Porque debajo de eso, lo que quedaba era un hombre solo, consumido por el miedo y la culpa, uno que llevaba sobre los

hombros el peso de un imperio heredado y que, aun así, me había convertido a mí en el centro de su universo.

Me llevé una mano al pecho, deseando recorrer su rostro, pero solo intenté contener la oleada de emociones que me sacudía. Sentí rabia por lo que había hecho, por el hombre al que mató sin piedad, y por todo el caos que traía consigo. Pero sentí algo más, algo mucho más profundo que me asustaba admitir: compasión. Nikolai no era un monstruo, como me había esforzado en creer. Era un hombre dispuesto a sacrificarlo todo por aquellos a quienes amaba, incluso si eso significaba perderse a sí mismo en el proceso.

—¿Qué miras? —murmuró, sacándome de mis pensamientos.

Me sobresalté a escuchar su voz ronca y entrecortada, y cuando sus ojos se entreabrieron, pude ver cómo la confusión daba paso a algo más suave y cálido.

—Nada —respondí en un susurro, apartando la mirada, provocando que mis mofletes se enrojecieran.

Nikolai se movió, girándose lo suficiente como para quedar frente a mí. Su mano subió hasta mi rostro y, con el pulgar, acarició mi mejilla con una ternura que me hizo contener el aliento.

—Deberías estar durmiendo —dijo, aunque su voz no sonó a reproche, sino a preocupación.

—No puedo —confesé.

—¿Por qué? —insistió.

Lo miré, permitiéndome perderme en esos grises y tormentosos ojos que tantas veces me habían hecho temblar. Esta vez no había furia en ellos, ni rabia contenida, solo un cansancio que me atravesó el alma.

—Intento entenderte —musité, en un hilo de voz.

Este frunció el ceño, como si mis palabras lo confundieran. Pero en lugar de responder, se inclinó hacia mí y depositó un dulce beso en mi frente, uno que fue mucho más devastador que cualquier beso hambriento o lleno de deseo que me hubiese dado antes.

—No pierdas el tiempo intentando entenderme, Elena —murmuró —. No merezco que lo hagas.

—No puedes decidir en esto —repliqué con suavidad, incapaz de apartarme de él.

Nikolai no respondió. Se limitó a envolverme de nuevo entre sus brazos, pegándome a su pecho como si intentara protegerme de algo que ni él mismo podía controlar. Cerré los ojos y dejé que su calor me envolviera, consciente de que, en ese instante, en sus brazos, no existía el peligro ni la oscuridad. Solo nosotros.

El mundo fuera de aquella habitación seguía siendo cruel y despiadado. Pero dentro de esas cuatro paredes, en la quietud de la noche, Nikolai no era el líder de los Romanov, ni el monstruo que todos temían. Era solo un hombre roto intentando aferrarse a lo único que lo mantenía cuerdo: yo.

36

Elena

Las semanas que siguieron se deslizaron como un espejismo, una mezcla de rutina y emociones que me dejaban de manera constante al borde de lo desconocido. Nikolai y yo comenzamos a pasar más tiempo juntos, aunque no se podía decir que hubiésemos construido una relación como la que solía imaginar de niña, basada en cuentos de princesas y finales felices. No, lo nuestro era un reflejo distorsionado de lo que una unión podía significar. Pasábamos algunas tardes leyendo en silencio en la biblioteca, uno junto al otro, compartiendo un espacio que parecía estar al margen de todo el caos que lo rodeaba. Nikolai leía con una concentración feroz, como si las palabras fueran un refugio en el que podía esconderse de todo lo demás. Yo, por mi parte, me sumergía en las páginas para evitar pensar demasiado, aunque podía sentir su mirada sobre mí de forma constante, como si estudiara cada uno de mis movimientos. Lo peor de todo era que tenía la sensación de que estábamos sumidos en una calma tensa que me ponía los pelos de punta.

Las noches que dormíamos juntos eran más tranquilas, incluso agradables. Las únicas en las que podía descansar de manera plena y relajada. Aunque jamás dejaba de tener la sensación de que había algo en él que siempre se mantenía al acecho, alerta, esa parte en la que nunca me dejaría entrar.

Y entonces, sin que apenas pudiese darme cuenta, llegó el día de la boda.

Desperté esa mañana con un nudo en el estómago, como si algo pesado se hubiese instaurado en mi pecho mientras dormía. Tatiana

apareció temprano, acompañada por un equipo de estilistas y costureros que se aseguraron de que no tuviera demasiado tiempo para pensar. Apenas desayuné nada, tenía el estómago cerrado. Una pequeña lágrima recorrió mi rostro. Estaba llena de impotencia. Siempre soñé con casarme con el hombre del que me enamorase, vivir una vida plena y feliz; sin embargo, allí estaba, a punto de casarme con el alto mando del clan más influyente de todo el país. Hacía semanas que había aceptado mi sino, pero eso no significaba que estuviese de acuerdo con él.

Contuve un quejido cuando vi como uno de los ayudantes aparecía con una enorme funda beige. El vestido, diseñado a medida, impresionaba tanto como intimidaba. Tenía corte sirena en encaje blanco con delicados bordados que parecían filigranas hechas de oro y que se ajustaba a mi cuerpo como una segunda piel. Las joyas que había escogido Nikolai relucían sobre mi piel como si de estrellas se tratara, y aunque eran preciosas, no pude evitar que un escalofrío me recorriese al ver cómo todo estaba planeado al milímetro. Pero ¿qué podía esperar proviniendo de quien lo hacía?

Me miré al espejo, con el corazón encogido, mientras me ajustaban el velo, sintiéndome extraña en mi propia piel. No era la primera vez que llevaba un vestido elegante, de encaje, pero esto… Era diferente. No era un vestido que yo hubiese elegido, era una declaración, una armadura disfrazada de belleza.

—Estás hermosa, señorita Elena —aseguró Tatiana, con los ojos brillantes.

Asentí, agradecida por sus palabras, aunque no surtieron el efecto que deseaba. Mis manos temblaban mientras sujetaba el ramo, compuesto de rosas blancas y jazmines, un detalle que Nikolai había elegido por mi gusto por esta flor.

Aún observándome, intenté esbozar una mueca, algo similar a una sonrisa, pero mi semblante era tan triste que solo pude regodearme en mi propia miseria. Estaba condenada, y lo peor de todo era que no podía hacer nada por salir de allí sin morir en el intento.

Antes de salir de la mansión, Andrei apareció en la entrada, vestido con un dos piezas negro y una elegancia sobria que contrastaba con su habitual actitud despreocupada. En el bolsillo de su americana llevaba un pañuelo en tonos dorados, a conjunto con el bordado de mi vestido. Había peinado su cabello en forma de tupé, cuidadosamente ordenado. Al verme, me dedicó una media sonrisa, de esas que siempre parecía tener a mano, pero esta vez fue más seria, casi solemne.

—¿Lista? —preguntó, extendiendo un brazo hacia mí.

Negué con la cabeza, incapaz de mentirle. Mi corazón palpitaba con fuerza, no por emoción, sino por el incipiente ataque de pánico que empezaba a tomar el control. Nikolai no había aparecido en toda la mañana, y eso solo hacía que la ansiedad creciera en mi interior.

—Elena —dijo, inclinándose hacia mí para que solo yo pudiera escucharle—, no tienes nada de qué preocuparte.

—¿Y si…? —empecé a balbucear, percibiendo como las lágrimas ya comenzaban a agolparse en mis ojos.

—Con Nikolai no existen los «y si» —me interrumpió—. Mi hermano puede ser muchas cosas, pero jamás te dejaría sola en esto.

Había algo en su voz que me reconfortó, aunque no disipó por completo mis dudas. Cuando me ayudó a subir al coche que nos llevaría al lugar de la ceremonia, Andrei se inclinó hacia mí antes de cerrar la puerta y colocó algo en mis manos.

—¿Qué es esto? —inquirí, mirando el pequeño objeto dorado que relucía bajo la luz del sol.

—Un recordatorio de que siempre tendrás a alguien cuidando de ti —respondió para, segundos después, guiñarme un ojo.

Era un punzón de oro, delicado pero letal, con un diseño intrincado que combinaba la elegancia y el peligro a partes iguales.

—¿Por qué…?

La cabeza empezó a darme vueltas, ¿qué significaba aquello? ¿Es que acaso estaba en peligro y no lo sabía?

—Por si lo necesitas —respondió antes de que pudiera terminar la pregunta—. Llévalo contigo.

La ceremonia iba a ser una celebración ostentosa, como todo lo que hacía Nikolai. Había cerrado la hermosa catedral de Cristo Salvador, una obra monumental que se erguía como un testimonio del poder y la fe en el corazón de Rusia. Sus cúpulas doradas relucían bajo el sol de la mañana, reflejando una majestuosidad que no podía ser ignorada. El imponente edificio se alzaba frente a mí, visible desde la ventana del coche en el que me encontraba, y una oleada de admiración y nervios me sacudió. La fachada de la catedral parecía sacada de un sueño, con sus intrincados detalles y torres que parecían rasgar el cielo. Las altas escalinatas que conducían a las majestuosas puertas principales estaban adornadas con arreglos florales tan deslumbrantes que casi rivalizaban con la propia arquitectura.

A cada lado de las escaleras, guardias vestidos de negro permanecían inmóviles, con posturas rígidas y miradas fijas en el horizonte. El contraste entre el esplendor de las flores y la sobriedad de los hombres de Nikolai dejaba claro el mensaje: no solo era una boda, sino una declaración de poder.

Me removí en mi asiento en el momento en el que vi aparecer a Viktor en la parte superior de las escaleras, sintiendo como la ligereza del vestido de novia contradecía el enorme peso que sentía en el pecho. Cada respiración era un recordatorio de lo que me esperaba al final de esas escaleras.

Andrei me ofreció su brazo de nuevo mientras me ayudaba a bajar del coche. En el último momento, antes de caminar hacia la entrada, se inclinó hacia mí.

—Pase lo que pase, recuerda que siempre estaré aquí para ti —juró en un susurro.

37

Elena

El aire dentro de la catedral era denso, casi sofocante. La mezcla de incienso y flores embriagaba mis sentidos, mientras cada paso que daba resonaba en el silencio sepulcral que parecía haberse instaurado en el lugar. Las puertas se cerraron tras de mí, aislándonos del mundo exterior, impidiéndome huir de allí sin que nadie pudiese hacer nada por evitarlo. Ahora, solo existía ese momento, la escena que Nikolai había orquestado con una meticulosidad pasmosa.

El corazón me latía con tanta fuerza que creí que en cualquier momento me desmayaría, apenas podía escuchar la tenue música que había comenzado a sonar a medida que avanzaba hasta el altar. Una parte de mí quería echarse a llorar, volverse pequeñita hasta que desapareciese bajo el vestido, pero otra sentía una emoción contradictoria que me llenaba el pecho de luz.

Mi brazo descansaba sobre el de Andrei, quien caminaba a mi lado con una firmeza que envidié de manera profunda. Las piernas me cimbreaban, igual que lo hacía todo mi cuerpo, al contrario que el suyo. Podía sentir la tensión de sus músculos bajo mi tacto, aunque su expresión se mantenía neutra, casi solemne. Si estaba nervioso, no lo mostraba, y eso solo conseguía acentuar mi propio desasosiego.

La catedral de Cristo Salvador, imponente y majestuosa, parecía alzar su magnificencia como un testigo mudo de lo que estaba a punto de ocurrir. Las cúpulas doradas, los vitrales que derramaban luz en un caleidoscopio de colores, y los grabados dorados en cada rincón parecían demasiado grandiosos, incluso abrumadores. Como

todo lo que Nikolai tocaba, la ceremonia no era una simple boda, era un manifiesto de su poder.

Mi mirada se alzó hacia el final del pasillo, donde él aguardaba. Estaba de pie, con las manos cruzadas frente a él y una postura que emanaba autoridad, pero que también logró que mi sexo palpitara. Vestía un traje negro impecable, con detalles dorados que combinaban con mi vestido y una mirada que parecía atravesarme incluso desde la distancia. Era imposible ignorar la reacción visceral que provocaba en mí: deseo, perdición e incluso rabia, algo tan profundo que ni siquiera lograba comprender.

El repiquetear en el mi pecho era tan fuerte que por un instante me temí que todos los asistentes en la sala pudieran oírlo. Cada paso parecía alargarse en el tiempo, como si el corredor se estirara hasta el infinito. A cada lado del pasillo, los invitados observaban en silencio. Eran políticos, empresarios y líderes de clanes, todos vestidos con trajes y vestidos opulentos. Incluso llegué a ver un rostro que me resultó distinto, un grupo de hombres con facciones latinas que llamó mi atención. Pero sus miradas no eran las que me inquietaban, sino la forma en la que todos parecían rendirle pleitesía a Nikolai, inclinándose hacia él, incluso desde sus asientos.

Al llegar al altar, Andrei se detuvo y me soltó con un gesto firme, pero al mismo tiempo delicado, para segundos después inclinarse hacia mí por última vez.

—Elena —murmuró—. Eres más fuerte de lo que crees.

Sus palabras quedaron resonando en mi mente mientras Nikolai extendía su mano hacia mí. Deseé responderle, esbozar una dulce mueca, pero por un instante dudé de todo, incluso de si aceptar el gesto de Nikolai. No porque no supiera qué hacer, sino porque sentía que aquel simple gesto hacia mi futuro marido era una rendición, una aceptación de todo lo que él representaba.

Contuve el aliento, luchando contra mis propias lágrimas, y tomé su mano.

El contacto fue cálido, firme, pero al mismo tiempo inesperadamente protector. Al mirarlo a los ojos, me encontré con

una intensidad que no había encontrado antes en ellos. Había algo más allá de su habitual control férreo, algo que me hizo sentir que, por primera vez, no estaba sola en este torbellino de emociones que no dejaba de sacudirme.

—Estás hermosa —musitó para que solo yo pudiese escucharle.

Una lágrima recorrió mi mejilla, por lo que no dudó en recogerla. Lo hizo con un mimo apabullante, consiguiendo que se disipase todo el miedo. Estaba en el lado correcto, y aunque todo me aterrara, él siempre estaría ahí para cuidar de mí.

El oficiante, un hombre de mirada severa y voz profunda, comenzó a hablar. Las palabras llenaron la catedral, resonando en cada rincón como un eco solemne. No comprendía todo lo que estaba diciendo, ya que durante gran parte de mi vida había estado en el extranjero, pero no importaba. Cada frase era como un martilleo, recordándome que la cuenta atrás de mi reloj de arena empezaba a bajar.

Cuando el sacerdote dio la señal, Nikolai tomó mi mano con una firmeza que me ancló al momento. Sus ojos grises se fijaron en los míos con una intensidad que me hizo olvidar dónde estaba, quiénes nos rodeaban y qué significaba este día.

—Elena —comenzó, y su voz resonó en la catedral como un eco profundo—, desde el momento en el que entraste en mi vida lo cambiaste todo. No estaba preparado para ti, para lo que trajiste a este mundo que construí a base de sangre y lágrimas.

Mis labios se entreabrieron, sorprendida por la vulnerabilidad que asomó en su tono, pero no me dio tiempo a reaccionar.

—Mi vida ha sido un camino de oscuridad, lleno de decisiones que no dejan lugar para el arrepentimiento, ni espacio para la debilidad. Pero tú, Elena… —Hizo una pausa, apretando mi mano como si fuera lo único capaz de mantenerlo firme—. Me mostraste que incluso en la penumbra puede haber algo digno de proteger, algo más allá del poder.

Sentí como mi corazón dejaba de latir, sin apenas respirar, atrapada en el peso de cada una de sus palabras.

—Hoy no estoy aquí solo como Nikolai Romanov, estoy aquí como un hombre que promete ser tu roca, tu escudo y tu guardián. —Su voz se volvió más baja, más íntima, como si sus palabras solo estuvieran destinadas a mí—. Juro que no permitiré que nada ni nadie te dañe, porque sin ti, Elena, este mundo no significa nada.

Las lágrimas comenzaron a agolparse en mis ojos, pero no me atreví siquiera a parpadear por miedo a romper el momento. Porque sí, pude ver en él que cada una de sus palabras eran ciertas, que por primera vez se desnudaba ante mí, quitándose esa careta que tanto odiaba. Por fin el Nikolai que había observado dormir aparecía.

—Te prometo lealtad, no porque la exijas, sino porque ya la tienes. Te prometo respeto, no porque sea fácil, sino porque lo mereces. Y te prometo amor, Elena, aunque no sepa cómo ofrecerlo de la manera que tú necesitas. Aprenderé por ti.

El nudo en mi garganta se volvió insoportable, y mi mente no dejaba de luchar por procesar lo que estaba escuchando. Nikolai, ese hombre que siempre parecía de piedra y acero, se estaba abriendo ante mí de una manera que nunca imaginé.

—Hoy, frente a todos los que nos observan, declaro que eres mía, Elena Romanov. —Alzó la voz—. Mi esposa, mi igual y el centro de mi existencia. No importa quién se interponga, yo estaré contigo. Siempre.

Cuando terminó, la iglesia pareció respirar conmigo, como si todos los presentes se hubieran contenido igual que yo durante sus palabras.

38

Elena

El sonido del festejo llenaba el salón principal de uno de los clubes más exclusivos de todo Moscú. La opulencia del lugar rivalizaba con la majestuosidad de la catedral donde habíamos intercambiado los votos. Todo fue organizado de manera meticulosa para demostrar no solo nuestra unión, sino el poder indiscutible que tenían los Romanov.

Las paredes estaban revestidas de mármol negro, con detalles que relucían bajo la luz de las gigantescas lámparas de araña de cristal. Las mesas estaban dispuestas con una precisión impecable, cubiertas con manteles de lino bordado y adornadas con centros de mesas de rosas y jazmines, como guiño al precioso ramo que habían preparado para mí. Cada rincón destilaba riqueza, elegancia, pero al mismo tiempo control, una marca inconfundible de mi nueva familia.

Suspiré, perdiéndome en la multitud. Estaba rodeada de gente que no conocía, que me felicitaban una y otra vez por el compromiso con Nikolai, sin saber que todo lo que habían visto no había sido más que una obligación.

Nikolai

A mi alrededor, todos los invitados hablaban, reían y brindaban como si se tratara del evento del siglo. Y tal vez lo era. No todos los días un Romanov sellaba una unión de esa magnitud. Pero a pesar del lujo y la grandeza, mi atención estaba en ella. Elena. Mi esposa. Un cosquilleo me recorrió por dentro solo de pensarlo. Joder. Mía.

Desde el centro del salón, la vi sentada junto a Tatiana, con el cabello recogido en un moño bajo, delicado, y con el hermoso vestido que había mandado confeccionar, ajustándose a su figura como si hubiera sido diseñado para un ángel y no una mortal. Su sonrisa era leve, como si intentara mantener la compostura, pero sus ojos relevaban otra cosa. Había un torbellino en ellos que no podía ignorar, y por alguna razón, sabía que ese torbellino tenía mi nombre.

—¿Otra ronda, Nikolai? —preguntó Alexei, sosteniendo un vaso de vodka con una mueca de satisfacción.

—Más tarde —respondí, casi ignorándolo mientras me levantaba.

No podía seguir postergándolo. Necesitaba hablar con ella. Ahora.

Crucé el salón con pasos firmes, esquivando felicitaciones y sonrisas de cortesía. Mi única intención era llegar a Elena antes de que las formalidades volvieran a consumirnos. Antes de que el frío muro que nos separaba se irguiera para alejarnos de nuevo. La liberación que había sentido en la catedral lo había cambiado todo, por fin esa parte de mí que estaba prendado de ella había salido a relucir, provocando que mi obsesión se volviese incluso más fuerte. Pero poco me importó, lo único que necesitaba era protegerla y venerarla como merecía.

Al llegar a ella, extendí una mano en su dirección, inclinándome lo suficiente como para poder hablarle sin que el resto se enterase.

—¿Me concedes un momento, Elena?

Su mirada se alzó hacia mí, y por un instante, temí que se negara. ¿Qué demonios había hecho esta mujer conmigo? Por suerte, asintió con suavidad, dejando el vaso que sostenía sobe la mesa. Se levantó con una elegancia que hizo que mi pecho se llenara de orgullo y, por primera vez, no pude ocultar el seísmo de emociones que se arremolinaba en mi interior.

—Por supuesto, esposo.

Esposo. Esa simple palabra consiguió que mi miembro palpitase, porque a pesar de que al principio tan solo deseaba que

fuese una unión para que no pudiese huir de mí, a cada día que pasaba, me volvía más adicto a ella.

La guie fuera del salón, alejándonos del bullicio y de las miradas curiosas que se clavaban en nosotros como cuchillos. Nos detuvimos en un pasillo amplio, adornado con espejos dorados y lámparas de araña que proyectaban una luz cálida sobre su piel. Alcé una de mis manos, recorriendo su mejilla con delirio, lo que provocó que cerrase los ojos. Quise enterrar mis manos en su nuca, devorarla con ese ansia que me prendía en llamas, pero no era el momento adecuado.

—¿Estás bien? —pregunté, lleno de preocupación, aunque la respuesta era más que obvia.

Elena se apartó de mí, cruzando los brazos sobre su pecho. Fijó su vista de nuevo en la mía y lo que ví me desconcertó: dudas.

—Quiero saber algo —anunció con voz firme, aunque noté un temblor apenas perceptible en su tono—. Lo que dijiste durante la ceremonia… ¿lo sientes de verdad?

Sus palabras cayeron sobre mí como una losa, y por un instante, sentí el peso de su incredulidad.

—Sí —respondí tajante—. Cada una de las palabras.

Elena frunció el ceño, dando un paso hacia mí, con la mirada fija en la mía, como si intentara desentrañar cada rincón de mi alma.

—¿Entonces? —Quiso saber, llena de congoja—. Es que no te entiendo, Nikolai… ¿Por qué no me lo has demostrado antes?

Permanecí en silencio. No porque no tuviera una respuesta, sino porque temía que la verdad fuese insuficiente para ella. Me pasé una mano por el cabello, y dejé ir un profundo suspiro que me dejó vacío por dentro.

—Es complicado, Elena —musité.

—Joder, Nikolai… —comentó—. Me secuestraste, usaste e incluso me hiciste creer que entre nosotros podía haber algo, y a pesar de que era cierto, yo creí que solo me utilizabas.

Asentí. Comprendía lo que decía, pero a pesar de ello, había una parte de mí que luchaba por mantenerse al margen, esa que me

gritaba que involucrarse en algo así lo único que haría sería volverme débil.

—Eso no es así —aseguré—. No sabía cómo hacerlo —confesé—. Mi mundo no deja espacio para la vulnerabilidad, Elena. Nunca me enseñaron a amar, solo a poseer, a proteger. Y contigo… Siempre he tenido miedo a no ser suficiente.

Su mirada se suavizó por un momento, pero la dureza de su expresión no desapareció por completo.

—¿Y ahora? —inquirió—. ¿Qué ha cambiado, Nikolai?

—Tú lo has cambiado todo.

Mi respuesta la hizo callar. La tensión en su postura desapareció, pero sus ojos seguían buscando algo en mí, algo que no podía expresar con palabras. Antes de que pudiera añadir nada, dio un paso más hacia mí, tan cerca que pude sentir como su aliento cálido chocaba contra mi piel.

—Entonces demuéstramelo —susurró.

Y lo hice.

La tomé por la cintura con ambas manos, atrayéndola hacia mí con una fuerza que no dejaba espacio a dudas. Mis labios buscaron los suyos, al principio con suavidad, pero de pronto el beso se volvió más profundo y húmedo, una mezcla de desesperación y necesidad que llevaba semanas conteniéndose.

Elena respondió de inmediato, envolviendo mis hombros con sus brazos y entregándose por completo a mío. Sentí como sus labios se movían al ritmo de los míos, cómo su cuerpo se moldeaba de tal manera que parecía que ambos estábamos hechos para encajar. Nuestras respiraciones se volvieron agitadas, incluso erráticas. Mis manos volaron por su vestido, hasta llegar a su trasero. Quise alzarla, llevármela de allí y hacerla mía hasta borrar cada una de las dudas que hubiese podido sembrar en ella.

Al separarnos, apoyó su frente contra la mía, y por un instante, el mundo pareció dejar de moverse.

—Nunca volveré a dejar que dudes de mí, Elena —prometí mediante un susurro—. No importa lo que pase, serás mi prioridad,

mi centro, siempre.

Ella cerró los ojos, asintiendo con un gesto apenas perceptible.

—No me rompas, Nikolai —musitó suplicante—. No podría soportarlo.

Mi pecho se contraje ante sus palabras, y sin pensarlo, volví a atraerla más cerca de mí, envolviéndola entre mis brazos como si de esa manera pudiera protegerla de todo lo que nos rodeaba.

—Nunca lo haré —aseguré, sabiendo que era una promesa que no podía permitirme romper.

Nos quedamos allí, en el pasillo, ignorando el mundo exterior y el bullicio del festejo. Por primera vez, sentí que había algo que ansiaba, más grande que el poder, más fuerte que el control: ella. Elena Romanov, mi esposa. Y haría lo que fuera necesario para demostrarle que no estaba sola en esto.

39

Elena

Cuando Nikolai cerró la puerta detrás de nosotros, el sonido del festejo en el salón quedó reducido a un eco lejano. El aire en la habitación era distinta, cargada de una tensión que hacía que mis nervios estuvieran al borde del colapso. La luz cálida de las lámparas bañaba cada rincón de la *suite* con un resplandor dorado, haciendo que las sombras se alargaran como testigos silenciosos de lo que estaba por ocurrir.

Me quedé de pie, incapaz de moverme. El vestido de novia, aún impecable, se sentía como una armadura que no estaba segura de querer quitarme. Contuve el aliento, cuando le vi apoyarse contra la puerta, observándome con esos ojos grises que siempre parecían ver más de lo que yo estaba dispuesta a mostrar. Mi corazón latía con tanta fuerza que creí que en cualquier momento se me escaparía del pecho para acabar en sus manos.

No negaría que todo aquello me superaba, pero por alguna razón, una parte de mí brillaba con ilusión de pensar que entre Nikolai y yo pudiese haber algo más. Tal vez estuviese volviéndome loca, o sufriese el mayor síndrome de Estocolmo de la historia de la humanidad, pero lo cierto era que estaba enamorándome del hombre que tenía frente a mí.

—Ven aquí —dijo por fin, con la voz firme, pero con un tono aterciopelado que consiguió erizar cada vello de mi cuerpo.

Mis pies se movieron antes de que pudiera hacer nada por detenerlos, llevándome hacia él con pasos lentos y vacilantes. Cada centímetro era un paso más a la locura absoluta, a esa adicción que sentía al tenerle cerca. El aire se tiñó de electricidad, la misma que fluctuaba entre ambos cada vez que nos mirábamos. Cuando estuve

frente a él, dio un paso, provocando que el calor de su cuerpo rozase el mío. Alcé la vista y me encontré con la suya, que me observaba con delirio, tan penetrante como salvaje. Era imposible no perderse en esos ojos. Eran como una tormenta en la que no sabía si quería ahogarme, o de la que quería encontrar refugio.

Pero ahí estaba, frente a mí, el hombre más atractivo que hubiese podido ver jamás. Quise levantar una de mis manos para recorrer su hermoso rostro, igual que lo había hecho él. Delinear cada uno de sus tatuajes, contorneando su musculado cuerpo, permitiéndome el lujo de deleitarme con cada centímetro de su piel. Joder, estaba enamorada de él, y lo peor de todo era que no tenía forma de huir.

—¿Qué deseas, esposo? —musité, con la voz estrangulada, a pesar de que podía intuir su respuesta.

—A ti, esposa —respondió sin rodeos, siguiéndome el juego.

Su confesión me dejó sin aliento, porque en mi interior se desató la mayor tormenta que hubiese podido imaginar. Antes de que pudiese hacer nada, sus manos se posaron en ambos lados de mi rostro, sujetándome con una delicadeza que no esperé de él. Sentí el calor de sus dedos deslizarse hacia mi cuello, un roce que parecía encender cada nervio de mi ser y prender mi cuerpo. Sus labios se acercaron a mi piel, dejando un beso suave en mi hombro, y fue entonces cuando supe que estaba perdida.

—Eres mía, Elena Romanov —gruñó contra mi piel.

La fuerza de esas palabras me golpeó como un jodido tsunami, por lo que no pude evitar alzar la cabeza para mirarlo, buscando algo en su expresión que denotase que no estaba jugando conmigo. Pero no encontré más que sinceridad en sus ojos.

—Dilo otra vez —le ordené, incapaz de evitarlo.

—Eres mía, Elena Romanov —repitió, con una sonrisa ladina que provocó que mi sexo se humedeciera al instante—. Y lo mejor de todo es que yo soy absolutamente tuyo.

«Mío», repetí para mis adentros. Las rodillas me flaquearon ante la intensidad de sus palabras y la manera en la que me miraba. No

me moví, y él tampoco lo hizo. Sus manos descendieron hasta mi cintura, y con una lentitud exasperante, comenzó a desabrochar el vestido, el cual contaba con más de treinta pequeños botones. Cada uno de sus movimientos era deliberado, como si quisiera grabar a fuego aquel instante, atesorándolo en lo más profundo de su memoria.

La tela cayó, arremolinándose a mis pies, provocando que todo mi ser se revolucionase, sintiéndose expuesto y vulnerable. El aire se volvió denso, casi eléctrico. Nikolai dio un paso hacia atrás para observarme, y esa mirada suya estaba llena de una mezcla de adoración y deseo que hizo que mi piel se estremeciera.

—Eres una jodida obra de arte, Elena —musitó.

No respondí, no podía. Todo mi cuerpo estaba en llamas, y mi mente luchaba por mantenerse al margen de lo que sabía que estaba a punto de ocurrir. Pero cuando entrelazó sus dedos con los míos y estampó su boca contra la mía, supe que ya no había vuelta atrás.

Me dejé caer en la cama, consciente de cada movimiento y respiración. Nikolai se arrodilló frente a mí, permitiendo que sus manos recorriesen mis muslos con una lentitud que bordeaba la tortura, mientras sus labios no dejaban de besar con tranquilidad la parte interna de estos. Sentí cómo mis músculos se tensaban bajo su toque, una mezcla de nerviosismo y deseo tomó el control de mi pensamiento, sin apenas dejarme reaccionar. Estaba sintiendo algo que nunca antes había experimentado: el ansia.

—Quiero hacer esto bien —musitó, alzando la vista y fijándola en la mía.

Por un instante, mi corazón dejó de latir. Había algo en su voz, en la vulnerabilidad con la que lo había dicho, que me desarmó por completo.

—Entonces hazlo —respondí, y aunque intenté sonar segura, mi voz salió estrangulada por el maldito deseo que provocaba en mí.

Nikolai volvió a mí, cubriéndome con su cuerpo, colocando sus manos a ambos lados de mi rostro con cuidado, como si tuviera

miedo de romperme. Su mirada estaba teñida de algo oscuro y perverso, pero también de una devoción que consiguió romper cualquiera de mis dudas. Sentí cómo el frío de las sábanas contrastaba con el calor de sus manos, que exploraban mi piel con una delicadeza casi reverente. Cada beso, cada caricia, era lento y preciso, como si estuviera descubriendo algo sagrado.

Sus labios viajaron por mi cuello, bajando hasta mis clavículas. Cada toque era una promesa, cada susurro de mi nombre una declaración. Por un instante, cerré los ojos y me dejé llevar, permitiendo que me hiciera olvidar todo lo que fuimos hasta ese momento. No éramos prisionera y captor, ni marido y mujer por obligación. En ese instante, solo éramos Nikolai y Elena.

Ahogué un gemido cuando su boca se posó sobre mi pezón izquierdo, sorprendida del ligero mordisco que le propinó. Sus manos descendieron, de nuevo, por mi cintura, volviendo al lugar sagrado que con tanto mimo había estado rondando.

—Estás tan húmeda, Elena... —gruñó, apartándose de mi piel.

Pude percibir como su calor se alejaba, y quise reclamar lo que era mío: todo su maldito cuerpo. Contuve un sollozo cuando uno de sus dedos se coló en mi interior sin previo aviso mientras su pulgar jugueteaba con mi abultado clítoris.

Quise pedirle que me follase, que lo hiciese con ese delirio que solo él tenía, con su oscuridad y esa manera de amar que no había encontrado en otros brazos. Porque me pesase o no, desde el instante en el que me miró por primera vez, supe que había algo más en su interior. «Joder, ¿en qué momento me había prendado de él de esa manera?»

El reguero de sus besos me sacó de mis pensamientos en el instante en el que se detuvo en el borde del conjunto de encaje que me habían preparado.

—Sabía que te quedaría bien —musitó y, sin mediar palabra alguna, lo arrancó de un solo tirón, provocando que un grito se me escapara.

Apenas me dio tiempo a reaccionar, cuando su boca se coló en mi sexo, lamiéndolo como si fuese el mejor de los helados. Podía notar su barba rozándome, su lengua adentrándose en mi interior mientras sus dedos no dejaban de juguetear en mi interior. Un gemido salió de lo más profundo de mi interior, provocando que Nikolai gruñese. Enterré mis manos en su cabello, pidiéndole más, sintiendo como la oleada de placer estaba más cerca que nunca. Todo mi cuerpo comenzó a tensarse en el instante preciso. Mi marido alzó la vista, clavándola en la mía, y pude ver cómo una sonrisa ladina se dibujaba en sus labios. A sabiendas de lo que ocurría, continuó con su ataque, devorando cada resquicio de mi orgasmo, relamiéndose.

En vez de dejarme ir, Nikolai se alzó prodigioso, mostrándome su escultural cuerpo y una poderosa erección que clamaba unos requerimientos que eran suyos por derecho propio. Se hundió en mí sin decir nada, arrancándome decenas de quejidos, provocando que mi placer se multiplicase de manera exponencial de tal manera que todo mi cuerpo estaba receptivo a él.

Estampó sus labios contra los míos, engulléndolos con una fiereza que llegó a dolerme, pero poco me importó. Lo único que deseaba era perderme de nuevo entre sollozos de placer. Al principio, sus acometidas fueron suaves, tanto que llegaron a antojárseme delirantes. Podía sentir el placer en cada célula de mi cuerpo, cómo el vello se me erizaba con cada uno de sus gruñidos. Me miraba como si fuese a quemar el mundo entero con tal de mantenerme a su lado, y eso me prendió en llamas.

El segundo orgasmo llegó minutos después, perpetrado por el suyo propio. Pude sentir como llenaba cada resquicio de mi alma con su esencia, entre gruñidos, uniéndose a mí en esa vorágine de placer en la que estaba sumida.

Nada más terminar, se acercó al baño y trajo consigo una bandeja con toallas húmedas y algo de jabón. Agradecí el gesto, pero, a pesar de ello, negué con la cabeza, tomando su mano y llevándolo conmigo a la ducha. Me giré al escuchar cómo la puerta se cerraba a nuestra espalda, y fue entonces cuando me encontré

con esos acerinos ojos que me escrutaban sin miedo alguno. Mis mejillas se enrojecieron, sintiendo un pudor que nunca antes había vivido, y mucho menos con alguien con quien acababa de acostarme.

Nos enjabonamos en silencio, deleitándonos con nuestra presencia. Dejé que sus manos recorriesen todo mi cuerpo, limpiándome de todos los pecados que aún se arremolinaban en mi mente.

—¿Sabes qué? —preguntó de repente, rompiendo el silencio, permitiendo que el agua le cayese por el cabello.

—¿Qué? —musité, agotada, pero feliz.

—No pienso separarme de ti jamás —juró.

Le miré con los ojos repletos de lágrimas, porque hubo algo en su expresión, en la forma en la que me miraba, que me hizo ver que seguía siendo el Nikolai que hacía horas se casó conmigo, el mismo que estaba en mi habitación venerando cada centímetro de mi cuerpo. Y por primera vez, mientras sus manos yacían en mi cintura, elegí creerle.

40

Elena

El viaje de regreso a casa fue tranquilo e incluso silencioso. La opulencia del festejo de la noche anterior contrastaba con la frialdad del amanecer que se abría paso en el horizonte. El coche avanzaba con suavidad, pero cada kilómetro que nos acercaba a la mansión hacía que mi pecho se sintiera más apretado, y por un instante creí haber soñado los votos de Nikolai y nuestra noche de bodas.

Miré de reojo a mi nuevo marido, que estaba sentado junto a mí, con la mirada fija en el paisaje, como si no dejase de rondarle algo. Su perfil era una mezcla de dureza y serenidad, como si no le afectase la idea de volver a «la realidad» después de nuestra boda.

Mi mente no hacía más que volar una y otra vez a la noche anterior, a todo lo sucedido en un día que debía ser tan especial. Cada beso y caricia se había grabado en mi piel a fuego. Me había prometido que jamás se separaría de mí y, por un instante, me permití creerle. Sin embargo, esa certeza empezaba a resquebrajarse a medida que nos acercábamos al caserío, recordándome lo que significaba ser su esposa. No éramos una pareja convencional, no habría luna de miel y mucho menos días de ensueño. Estábamos en medio de una tormenta, y los Orlov acechaban como lobos hambrientos.

—¿En qué piensas? —preguntó de repente, como si me hubiese leído el pensamiento, posando una de sus grandes manos sobre mi muslo.

Cabeceé para mirarle, encontrándome con esos dos luceros grises que siempre parecían buscar más allá de lo que yo estaba dispuesta a confesar.

—En todo —musité, intentando sonar casual, aunque el peso de mi tono me delató.

—No hay nada de lo que debas preocuparte —aseguró Nikolai.

—Claro que sí —le contradije—. ¿Cómo se supone que debo afrontar todo esto?

Me sentía confusa por cómo habían sucedido los acontecimientos, ¿cómo iba a aceptar que estaba enamorada del hombre que me secuestró? Era algo incomprensible que se escapaba a cualquier entendimiento.

—No tienes que hacerlo, Elena —respondió—. Solo tienes que dejarte llevar.

Su mano se extendió hacia la mía, entrelazando nuestros dedos con un gesto que, aunque sencillo, logró calmar la tormenta que ya asolaba mi pecho. Era una contradicción constante. Podía sentirme más segura con él que con nadie más en el mundo, y al mismo tiempo, su presencia era una jaula de acero que me mantenía atrapada.

Al llegar a casa, uno de los guardias abrió la puerta del copiloto para que pudiese bajar. La mansión Romanov, con sus altos muros de piedra y su imponente fachada, parecía aún más intimidante bajo la luz del día. El guardia inclinó la cabeza ligeramente hacia Nikolai, con un gesto de respeto, y luego se volvió hacia mí.

—Bienvenida a casa de nuevo, señora Romanov —dijo con voz firme.

Permanecí inmóvil. Las palabras flotaron en el aire como un eco que no pude evitar. Señora Romanov. Las escuché como si fueran un ancla que me arrastraba hacia lo más profundo de un océano frío y oscuro. Mi mente se llenó de imágenes de la boda, de Nikolai desabrochando mi vestido, de sus manos acariciando mi piel, y de su ronca voz llamándome suya. Pero esas dos palabras, «señora Romanov», tenían un peso que iba más allá de lo físico. Era un título que ahora me definía. Me estremecí, pero no de miedo, sino que

algo en mí, una parte de mi mente, no quiso reconocer que lo que de verdad sentía era orgullo.

—Gracias —respondí al final, intentando parecer segura.

Entramos en la mansión, y el cambio fue inmediato. La calidez de la noche anterior parecía haber quedado atrás, como si jamás hubiese ocurrido. En la casa reinaba el silencio, pero el ambiente continuaba cargado de una tensión extraña. Podía percibirlo en los rostros de los guardias, en las miradas que se cruzaban, e incluso en los movimientos calculados de todos los que nos rodeaban. Había una alerta constante, una amenaza invisible que parecía envolverlo todo.

Nikolai caminaba a mi lado, con una de sus grandes manos apoyada en la parte baja de mi espalda, guiándome como si temiera que pudiera perderme en algún rincón. Ese era el mayor de mis problemas: estaba perdida. Perdida en él, en su vida, en los secretos y, ahora más que nunca, me daba cuenta de que ya no había salida.

Tras descansar un poco, decidí salir de la habitación. Nikolai tenía que atender unos asuntos importantes en su despacho, y aunque me pidió que me quedase allí, mi curiosidad fue más grande que la necesidad de descansar. Quería comprender el mundo del que ahora formaba parte, aunque eso significase perderme un poquito más a mí misma.

Los pasillos eran interminables, llenos de arte antiguo, muebles imponentes y lámparas de araña que proyectaban luces doradas en las paredes. Cada rincón parecía esconder una historia y yo no podía evitar sentirme como una intrusa explorando un reino que no era mío. Pero al mismo tiempo, algo en el lugar me atraía, esa necesidad por descubrir los secretos que los Romanov intentaban ocultar.

Pasé frente a una puerta entreabierta y escuché voces. Contuve el aliento, deteniéndome, intentando que no se percatasen de mi presencia. Reconocí la voz de Alexei, el mediano de los Romanov, quien hablaba en tono bajo pero firme.

—Los Orlov están movilizándose, Nikolai —aseguró—. Tenemos información de que han reforzado sus operaciones en el norte.

Sentí un escalofrío recorrerme. Orlov. Esa era la amenaza que pendía sobre nuestras cabezas, el motivo por el que toda la celebración había sido escasa, y por el que cada uno de nuestros movimientos estaba vigilado. Sabía que eran peligrosos, pero escuchar su nombre en un contexto tan directo me hacía comprender que estábamos en guerra.

—No podemos permitir que esto continúe —respondió Nikolai, con la voz tan firme que me hizo temblar—. Si quieren jugar, lo haremos, pero con nuestras propias reglas.

—Tenemos que encontrar la vinculación entre Elena y esa panda de cabrones —anunció Viktor, al mismo tiempo que uno de sus hermanos bufaba.

El vello de todo el cuerpo se me erizó. Olvidé ese pequeño detalle, la razón por la que Nikolai me arrancó de mi propia vida para traerme a la suya. ¿Qué demonios tendría que ver mi madre con Vasily? ¿Es que existió algo más entre ellos que desconocía? Entonces, caí en la cuenta de que existía un trastero al norte de Moscú donde mi madre guardó todas sus cosas cuando tuvo que mudarse a un piso más pequeño. Todos nuestros recuerdos estaban ahí dentro, sobre todo los pocos que quedaban de mi infancia en el país, ya que cuando no era más que una joven mi padre me envió a un internado a Inglaterra.

Apenas pude concentrarme en toda la tarde, necesitaba encontrar la forma de llegar hasta el trastero, descubrir qué nos unía al clan rival y de qué manera podía ayudar a que la maldita guerra en la que estábamos metidos se detuviese.

Al anochecer, Nikolai regresó a la que ya se había convertido en nuestra habitación. Estaba agotado, pero su presencia llenó el espacio de esa manera tan especial que solo él lo hacía, como siempre. Se sentó en el borde de la cama y me miró con una mezcla de cansancio y preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó, como si supiera que algo rondaba mi mente.

—Sí —respondí con la voz tenue, a sabiendas de que no era cierto.

Este asintió, pero no pareció convencido con mi respuesta, por lo que se inclinó hacia mí, tomando mi mano en la suya.

—Sé que esto no es lo que esperabas —musitó—. Aunque sabiendo nuestro inicio, tampoco creo que esperases un cuento de princesas —reflexionó en voz alta, añadiendo una ligera mueca a sus labios—. Sé que mi mundo no es fácil, pero prometo que haré todo lo que esté en mi poder para mantenerte a salvo.

Lo miré, buscando en sus ojos una verdad a la que pudiera aferrarme, y allí estaba. No había duda en su voz, ni mentiras, solo la dura realidad de lo que significaba ser parte de los Romanov.

—No quiero estar solo a salvo, Nikolai —aseguré—. Quiero comprenderlo, ser algo más que una prisionera en tu mundo, sobre todo después de haberlo sido tuya.

Me observó en silencio por un instante, como si por su mente cruzasen cientos de ideas, considerando lo que acababa de decir. Y al final, asintió.

—Entonces, entenderás —prometió—. Pero no será fácil, Elena, este mundo no perdona.

—Lo sé —respondí, apretando su mano con fuerza—. Pero estoy contigo, y no quiero ser como un mueble —añadí—, quiero ayudar.

Una sombra de sonrisa apareció en sus labios antes de inclinarse para besarme. En ese momento supe que no había marcha atrás. Había elegido estar a su lado de manera presente, a pesar de las consecuencias, y aunque el camino estaba lleno de sombras, no podía imaginar estar en ningún otro lugar.

41

Nikolai

El silencio de la casa al amanecer tenía un peso distinto al de la noche anterior. Era denso, cargado de secretos, de historias que habían quedado enterradas entre estas paredes mucho antes de que yo asumiera el mando de los Romanov. Mis pasos resonaban con suavidad mientras recorría los pasillos en dirección al despacho de Vasily, mi padre, el mayor líder de la bratva. Era un lugar que rara vez visitaba, no porque no me interesara su legado, sino porque cada rincón de esa habitación estaba impregnado de su esencia. Y aunque lo admiraba, también cargaba con el peso de las expectativas imposibles que siempre había depositado en mí.

Abrí la puerta con una llave que siempre llevaba conmigo, provocando que las bisagras rechinaran anunciando mi presencia, como si el despacho se resistiera a ser perturbado. La habitación estaba tal como la había dejado la última vez: estanterías llenas de libros encuadernados en cuero, un escritorio de madera oscura y el retrato de mi madre colgando sobre la chimenea. Cerré tras de mí, inhalando el familiar aroma a cuero y madera vieja que siempre llenaba el lugar.

Me acerqué al escritorio y pasé la mano por su superficie. Había algo casi ritual en ese gesto, como si al hacerlo me conectara con él, con su mente, con la sombra que había moldeado mi vida a base de reglas y golpes. Mis dedos se detuvieron en una pequeña hendidura de la madera, un detalle que nunca antes había notado. Me incliné, observándola más de cerca. Era una pequeña abertura, casi imperceptible, pero suficiente para despertar mi curiosidad.

Saqué mi navaja y la deslicé con cuidado por la ranura. La madera cedió con un leve clic, revelando un compartimento oculto.

Durante unos segundos, me mantuve quieto, con la vista fija en él, debatiéndome si de verdad debía acceder a un lugar tan privado como aquel. Pude percibir la mirada de mi padre fija en mi nuca, lo que provocó que girase sobre mis talones con rapidez, pero como era de esperar, allí no había nadie. Tras meditarlo, lo abrí. Me encontré con una caja de metal, pesada y fría al tacto, la cual saqué con cuidado, dejándola sobre el escritorio. Tenía grabadas las iniciales V.R en la tapa: Vasily Romanov.

La abrí con precaución, como si temiera que al hacerlo desatara algo que no pudiera controlar. Dentro había una colección de documentos, fotografías antiguas y un par de objetos personales que reconocí de inmediato. Pero lo que me llamó la atención fue un sobre amarillo, desgastado por el tiempo, con un nombre escrito a mano en ruso: Irina Kuznetsova.

Mi corazón se detuvo por completo. Irina Kuznetsova**.** El nombre resonó en mi mente como un eco, conectando piezas que apenas tenían sentido. Irina no era solo la madre de Elena, sino alguien que estuvo cerca de mi padre, alguien en quien él confiaba lo suficiente como para guardar su nombre en el lugar más privado de toda la casa.

Abrí el sobre con manos temblorosas, sacando el contenido. Había varias hojas escritas a máquina, una fotografía en blanco y negro de mi padre e Irina y, lo más desconcertante, un conjunto de códigos cifrados. Me recosté en el sillón de cuero detrás del escritorio, intentando procesar lo que tenía frente a mí.

Mi padre nunca habló demasiado de Irina, al menos no de manera directa. Pero había pequeñas pistas, fragmentos de conversaciones que ahora cobraban todo el sentido del mundo. En la fotografía aparecían los dos, relajados, casi felices. Era una expresión que rara vez había visto en su rostro, su mirada siempre parecía teñida de hielo, pero en esa ocasión pude descifrar un brillo en sus ojos que delataba confianza, quizá incluso algo más.

Volví mi atención a los documentos. Las primeras páginas eran un conjunto de instrucciones, detallando cómo sabotear a cada uno de

los bandos rivales, entre ellos, los Orlov. Había menciones a nombres en clave, ubicaciones de almacenes y estrategias que podrían haber sido devastadoras para ellos. Pero lo que de verdad me dejó sin aliento fue la última línea: «los códigos están en manos de Irina. Confío en ella como confiaría en mí mismo. Si alguna vez esta guerra revive, ella sabrá qué hacer».

Sentí un escalofrío recorrerme. Elena no solo era un peón en esta guerra por accidente. Su madre había sido una pieza central en el conflicto entre los Romanov y los Orlov durante toda su existencia, y ahora ella heredaba ese papel. No era algo que hubiera elegido, pero eso no importaba. Los Orlov la buscarían, no por lo que ella era, sino por lo que representaba. La llave para su destrucción.

Pero ¿y si Irina y mi padre habían sido algo más que socios? Me llevé la mano al cabello, tomando aire, intentando calmar los cientos de pensamientos que se cruzaban por mi mente como si de un torbellino se tratara. Mi madre siempre fue sagrada para Vasily, fue lo único que amó con todo su corazón, el mayor tesoro que hubiese tenido jamás, pero algunas de las imágenes de Irina con mi padre habían sido anteriores a su muerte. ¿Y si toda nuestra guerra había provocado que Elena se quedase sin madre? La congoja me asoló por primera vez en años, y es que pensar en lo que podría suponer la muerte de su madre para Elena me destrozaba el corazón.

Según tenía entendido, e incluso la misma Elena me confirmó, su madre había muerto cuando ella no tendría más de ocho años, por lo que significaba que muchas de las imágenes que tenía entre las manos eran posteriores a esa fecha. Irina había fingido su muerte para seguir viviendo en las sombras, junto a mi padre.

Mi mandíbula se tensó al instante, mientras cerraba los documentos y los devolvía a la caja. Esto lo cambiaba todo. No podía permitir que Elena supiera la verdad. Porque si lo hacía, era probable que quisiera huir de todo lo que habíamos empezado a construir, y eso era algo que no podía permitir.

Guardé la caja en el compartimento y cerré el escritorio con un movimiento firme. Sabía lo que tenía que hacer. La guerra con los

Orlov estaba entrando en una nueva etapa, y Elena era la clave para ganarla. Pero más allá de eso, ella siempre sería mía. Había jurado protegerla, y haría lo que fuese necesario para mantenerla a salvo, incluso si eso significaba mantenerla alejada de todos los secretos de nuestra familia.

Cuando regresé a nuestra habitación, la encontré sentada junto a la ventana, mirando hacia los jardines. La luz del sol se filtraba a través de las cortinas, iluminando su rostro con un resplandor que casi me hizo olvidar todo lo que había descubierto. Era un contraste cruel: su belleza e inocencia, frente al peso de los secretos que llevaba conmigo.

—¿Cómo estás? —pregunté, intentando que mi voz sonase natural.

Se giró para mirarme y, por un instante, su tenue sonrisa fue suficiente para hacerme creer que nada malo podría ocurrirnos.

—Estoy bien —aseguró, aunque pude notar en su tono como había algo que no me contaba.

Me acerqué a ella, tomando su rostro entre mis manos. Sus ojos buscaron los míos, y sentí una punzada de culpa al darme cuenta de que a partir de entonces no haría más que mentirle, aunque fuese para protegerla.

—No tienes nada de qué preocuparte —le prometí, inclinándome para besar su frente—. Estoy aquí, y no dejaré que nada te pase.

Sus labios se separaron, como si quisiera decir algo, pero decidió permanecer en silencio. Me odié un poco por lo que estaba haciendo, pero sabía que no tenía otra opción, contarle la verdad la destrozaría, y su seguridad estaba por encima de todo.

Mientras la abrazaba, sentí cómo el peso de la caja en el despacho seguía sobre mis hombros. La misma que contenía el pasado, el presente y el futuro de la guerra en la que estábamos metidos. Y ahora, también contenía mi promesa de que, sin importar lo que costara, protegería a Elena de todo… incluso de sí misma.

42

Elena

Una semana después de la boda.

Llevaba nerviosa toda la semana, no iba a negarlo. Tras los últimos acontecimientos, necesité evadirme de todo lo que me rodeaba, pero no solo eso, sentía una incipiente necesidad de no ser una jodida lacra que sentenciase a mi nueva familia

El jardín trasero de la mansión estaba vacío, salvo por nosotros. Andrei y yo. La brisa fresca dela mañana traía consigo el olor a tierra húmeda, mientras el sol apenas comenzaba a asomarse entre las ramas de los árboles. La hierba bajo mis pies crujía, húmeda y suave. Aún no comprendía cómo demonios había aceptado mi recién estrenado cuñado a una petición como aquella. Pero la determinación que sentía en mi pecho no podía ignorarla, necesitaba ser algo más que un simple peón a la espera de una nueva orden.

Andrei estaba frente a mí, con los brazos cruzados y una ceja alzada. En sus manos, el punzón que me regaló el día de la boda brillaba bajo la luz tenue del amanecer. Le había insistido en que me enseñara a defenderme durante al menos dos días, y aunque al principio pareció dudar, al final terminó accediendo, quizás más por curiosidad que por convicción.

—Esto no es un juego, Elena —me advirtió, con esa seriedad que siempre portaba, pero con un ápice de diversión—. Si decides usar esto, debes estar preparada para las consecuencias.

Asentí, tenía claro mi cometido, y no permitiría que nada me frenase.

—¿Crees que no lo sé? —respondí, apretando los puños—. No quiero ser una carga, Andrei —aseguré, colocándome frente a él, sin

dudar un solo instante—. Quiero poder defenderme si llega el momento.

Él me observó en silencio durante un instante antes de asentir. Sacó un cuchillo más grande de su cinturón y lo sostuvo frente a mí. Por un instante, pude sentir vértigo por todo lo que suponía aquel inicio, pero ya no había vuelta atrás. Nikolai me había arrastrado a su mundo, y estaba decidida a ser la reina que tanto merecía.

Andrei me observó en silencio. Su expresión fue dura, pero compasiva, porque, al igual que yo, él también tuvo que aprender a defenderse.

—Primero, aprende a sostenerlo de la forma correcta —comentó, al mismo tiempo que me lo tendía.

Tomé el punzón de su mano, sintiendo el peso metálico en mi palma, y cómo el frío lo teñía todo.

—Nunca lo sujetes de forma suave o débil, Elena —me ordenó—. Si vas a usarlo, tu agarre debe ser firme, esto no es un adorno, esto salva vidas.

Me mostró cómo colocar mis dedos, cerrándolos con fuerza suficiente alrededor del mango para que no se resbalara, pero sin apretarlo tanto que me dolieran las manos.

—Así —me corrigió—. Ahora, imagina que es una extensión de tu brazo, no algo que cargas, sino algo que forma parte de ti.

Asentí en silencio, intentando procesar cada una de sus explicaciones. Podía sentir la presión en mi cabeza, cómo todo comenzaba a teñirse de rojo, y es que a cada segundo que pasaba allí, estaba más cerca de la muerte.

—Muy bien —continuó—. Ahora, posición básica de ataque. —Colocó su pierna entre las mías—. Los pies separados a la altura de los hombros, siempre debes mantener el equilibrio.

Reajusté mi postura mientras él corregía la inclinación y la colocación de mis pies.

—Bien, Elena —mustió—. Ahora, el brazo que no sostiene el punzón debe protegerte —me instó—. Sube la mano derecha para cubrir tu cara o el costado de tu cuerpo. No dejes nada expuesto.

Levanté la mano izquierda, sintiéndome un poco ridícula al principio, pero su asentimiento aprobatorio me hizo continuar.

—Vamos con el primer movimiento: el golpe directo —me instó—. Este es para cuando tienes la oportunidad de atacar al frente, rápido y sin vacilaciones.

Demostró el movimiento con una rapidez que me dejó sin aliento, llevando el punzón hacia adelante en una línea recta que terminó justo frente a mi pecho. Lo hizo parecer fácil, más de lo que me hubiese imaginado, ya que cuando lo intenté, mi movimiento fue torpe, lento y poco efectivo.

—No es un arma grande, pero puede ser letal si lo usas bien —aseguró, intentando darme una tranquilidad que empezaba a perder —. No lo guíes con la muñeca; haz que todo tu brazo, desde el hombro hasta los dedos, participe en el movimiento.

Probé de nuevo, esta vez ejerciendo más fuerza. El punzón avanzó con mayor precisión, arrancándole una ligera sonrisa a Andrei que me sentó como un bálsamo para mis miedos.

—Eso es, otra vez.

Repetí el movimiento repetidas veces, probando a ser más rápida, hasta que comenzó a parecer natural y no robótico. Mi respiración se volvió más pesada, pero no me detuve.

—Ahora vamos con algo más complicado —anunció, levantando el cuchillo que llevaba en su cinturón—. Voy a atacarte lentamente —explicó con calma—. Quiero que intentes bloquear y contraatacar.

—¿Bloquear? ¿Con esto? —cuestioné incrédula, alzando el punzón.

—No lo subestimes, la posición lo es todo —aseguró—. Si alguien te ataca de frente, no intentes igualar la fuerza, usa tu velocidad y el ángulo.

Avanzó hacia mí con un movimiento deliberado, llevando el cuchillo hacia mi hombro izquierdo. De forma instintiva, y como impedida por un resorte, levanté el punzón para bloquearlo, desviando la hoja hacia un lado. Antes de que pudiera pensar, Andrei tomó mi muñeca, y la torció.

—Eso es lo que pasa cuando te enfocas solo en el ataque o la defensa —comentó, al mismo tiempo que me soltaba—. Si bloqueas, tienes que estar lista para moverte, usa tu cuerpo para desequilibrar al oponente.

Intenté imitarlo, ajustando mi postura y girando la muñeca para responder al movimiento. Esta vez, logré desviar el cuchillo sin perder mi equilibrio.

—Mejor. Ahora, el contraataque —me instó—. Tan pronto como bloquees, da un paso adelante y lanza un golpe. Rápido. No esperes.

Lo intenté, aunque el golpe fue lento y descoordinado. Andrei se apartó con facilidad, haciéndome sentir torpe e insegura.

—De nuevo, pero esta vez sin pensar demasiado, solo hazlo.

Respiré hondo y repetí el movimiento. Bloqueé el cuchillo, avancé un paso y lancé el golpe directo con el punzón, apuntando hacia su costado. Esta vez, mi ataque fue más certero, aunque él lo bloqueó sin dificultad.

—Ha estado mejor —musitó, con una leve sonrisa en los labios—. Ahora, lo repetiremos hasta que lo hagas sin pensarlo.

El sol estaba más alto cuando hicimos una pausa. Mi brazo estaba cansado y todo el cuerpo me dolía, pero algo dentro de mí había cambiado, y eso me hacía sentir reconfortada. Con cada movimiento y golpe, sentía que recuperaba un poco del control que había perdido desde que Nikolai entró en mi vida. No sería una prisionera más, ni una víctima.

Estábamos tan concentrados que no escuché los pasos firmes detrás de mí hasta que fue demasiado tarde. La voz de Nikolai retumbó como un trueno, deteniéndome en seco.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Me giré de manera abrupta, viendo cómo Nikolai se acercaba con una expresión que mezclaba furia y algo que no supe identificar. Sus ojos estaban fijos en el punzón de mi mano, y sus labios se apretaban en una línea tensa que me heló la sangre. Andrei dio un paso atrás, levantando las manos como si quisiera dejar claro que no tenía intención de hacerme daño.

—Estoy enseñándole a defenderse —dijo Andrei, con un tono tan calmado que se me antojó casi desafiante.

—¿A mi mujer? —gruñó Nikolai, haciendo hincapié en el «mi», mientras clavaba su mirada en él.

—Nikolai, basta —intervine, poniéndome frente a él—. Esto fue idea mía, no tiene nada que ver con él.

Nikolai desvió su atención hacia mí, y pude ver cómo brillaban, ardiendo con una intensidad que me hizo estremecer.

—¿Por qué? —cuestionó, en voz baja—. ¿Por qué crees que necesitas aprender a usar eso? —inquirió, apuntando con un movimiento el punzón.

Lo miré a los ojos, sintiendo como la rabia empezaba a burbujear en mi interior, contaminándolo todo. ¿Cómo demonios se le ocurría preguntarme algo así? Él me había convertido en la mujer de un mafioso, me había metido en el ojo del huracán, y pretendía que me quedase de brazos cruzados.

—Porque estoy harta de ser una prisionera en esta casa, Nikolai —solté con la voz estrangulada—. Harta de que decidas todo por mí, de que me mantengas encerrada como si no tuviera derecho a defenderme.

Su gesto cambió.

—Estoy aquí para protegerte —respondió, dando un paso hacia mí—. No necesitas nada más.

—¿Protegerme? —repliqué, avanzando hacia él hasta que estuve lo suficientemente cerca como para mirarle a la cara—. No puedes estar en todas partes, no puedes controlar todo. Y si no voy a poder defenderme sola, esto —nos señalé— se acaba.

El impacto de mis palabras pareció golpearlo más fuerte que cualquier impacto. Sus ojos se entrecerraron, pero no dijo nada, provocando que su silencio alimentase aún más mi frustración.

—¿Qué te pasa, esposo? —lo desafié—. ¿Crees que puedes jugar a las casitas conmigo mientras vivimos en un mundo lleno de muerte? —cuestioné con rabia, sibilina—. ¿Piensas que fingir que todo está bien hará que sea cierto?

Sentí cómo la rabia alcanzaba su punto de ebullición. Antes de darme cuenta, mi mano se levantó y lo golpeé en el pecho. No fue fuerte, pero lo suficiente como para hacerle retroceder. Me quedé ahí, temblando, con la respiración agitada, sin ser capaz de reaccionar a nada más.

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo? —inquirió por fin, tomándome de la muñeca y provocando que el punzón cayese al suelo—. Si estás libre es porque yo lo permito —siseó entre dientes —, porque como me toques los cojones te vuelvo a meter en el puto zulo al que llegaste.

Ahogué un quejido, eso sí que no me lo esperaba. Las lágrimas se agolparon en mis ojos y, por un instante, me quedé sin habla. Intenté tragarme el nudo que se había creado en mi garganta y que apenas me permitía respirar con normalidad. No quería volver a ese lugar, ni al momento en el que me tuvo como una rata, encerrada y sin poder ser yo misma.

—Estoy harta, Nikolai —musité al borde del llanto—. Harta de que me trates como si no tuviera derecho a decidir por mí misma.

43

Elena

Mi respiración era agitada en el momento en el que entré en la casa. A pesar del cansancio de mis brazos y piernas, mi mente era un torbellino de emociones que estaba segura de que arrasaría conmigo. Nikolai siempre conseguía lo mismo: frustrarme, enfurecerme y, al mismo tiempo, despertar en mí algo que no lograba entender del todo. Había cruzado límites, me había amenazado, pero en sus palabras siempre había un trasfondo que no podía ignorar. Miedo. Miedo a perderme.

Subí a nuestra habitación y cerré la puerta de un portazo. Cada paso hacia el armario me hizo sentir como si caminara sobre brasas. Comencé a sacar algunas de mis pocas cosas, doblándolas con movimientos bruscos y apilándolas en la cama. No sabía a dónde iría, ni cómo haría para salir de la casona, pero no podía seguir así. Necesitaba espacio, aire y, sobre todo, ser escuchada.

El sonido de la puerta abriéndose detrás de mí hizo que mi corazón se acelerase, pero al mismo tiempo me detuvo en seco. Giré con lentitud, encontrándome con Nikolai, quien me observaba con los ojos llenos de algo que no supe descifrar. Su figura llenaba el marco de la puerta, pero esta vez no era el hombre imponente y seguro de siempre. Había algo en su expresión que lo hacía parecer… vulnerable.

—¿Qué haces? —cuestionó, en voz baja pero tan tenso que pude percibir las chispas que brillaban en él.

—Me voy —sentencié, sin titubear.

Apretó la mandíbula con fuerza, pero en lugar de acercarse, permaneció quieto, como si estuviera midiendo cada una de sus palabras y posibilidades.

—No vas a ninguna parte, Elena.

Su tono se tornó suave, más de lo que esperaba, pero no por ello fue menos firme. Dejé caer la camisa que tenía en las manos y crucé los brazos sobre mi pecho. Enfrentándolo.

—¿Y qué vas a hacer? —voceé—. ¿Encerrarme otra vez? —le desafié, alzando una ceja.

El silencio que siguió fue insoportable. Nikolai me miraba como si intentase comprender algo que se le escapaba. Soltó su agarre y, sin dudarlo un instante, tiró de mi mano, pegándome a su pecho. Por un momento fue como si el mundo dejase de girar bajo nuestros pies.

—No puedo perderte, Elena —dijo mediante un susurro, cargado de un dolor que me dejó sin aliento—. No puedo. No importa lo que tenga que hacer.

Las lágrimas comenzaron a empapar mis mejillas, porque sabía que su enfado no era más que frustración acumulada, miedo a que algo malo me ocurriese.

—Entonces déjame ser fuerte —le pedí, con la voz estrangulada—. Déjame luchar a tu lado, no detrás de ti.

Suspiró con fuerza para, segundos después, asentir, aunque pude ver cómo en su anterior había una lucha en su interior, que a pesar de que su boca no quería exteriorizarla, sus ojos lo delataban.

—Está bien —accedió al final—. Pero esto lo hacemos a mi manera.

Me quedé quieta, asimilando sus palabras. No era una victoria completa, pero sí un comienzo, y por ahora, era suficiente.

Nikolai no esperó. Antes de que pudiera reaccionar, sus labios encontraron los míos, devorándome con una pasión que no dejó espacio para dudas. Mi mente intentó resistirse, aquello no era lo correcto, no después de una discusión, pero mi cuerpo ya hacía mucho que había cedido. Noté sus manos recorrerme, tirando de mí hasta que no quedó ni un milímetro entre ambos.

Sus dedos encontraron el dobladillo de mi camiseta y, con un movimiento decidido, la deslizó hacia arriba, sacándola por mi

cabeza. El aire frío de la habitación chocó contra mi piel, pero no me importó. Me aferré a sus hombros como si fuera lo único capaz de mantenerme en pie, mientras él me levantaba, colocándome sobre la mesa del escritorio. El frío de la madera me sacudió, contrastando con el calor de su cuerpo. Mi corazón se desbocó, latiendo con tanta fuerza que creí que en cualquier momento lo escucharía. Ahogué un gemido, cuando sus manos subieron por mi cintura hasta llegar a mis pechos. Se deshizo del sujetador con una rapidez pasmosa, permitiendo que estos quedasen al aire. Su boca se deslizó de mis labios hacia el cuello, creando un reguero que terminó por llegar a mi pezón derecho.

—Quiero que el mundo sepa que eres mía, Elena —gruñó.

Mi sexo palpitó al escucharle, porque eso era lo único que deseaba. Esa jodida toxicidad a la que me había vuelto adicta. Amaba la forma en la que sus ojos me reclamaban, en la que su boca me buscaba o en la que su cuerpo reaccionaba a mí.

—¿No te basta con habernos casado? —comenté divertida, perdiéndome en sus ojos.

Me miró como un lobo feroz, hambriento, repleto de una lujuria que yo misma sentía. Contuve un quejido de placer cuando mordisqueó mi pezón, tirando de él y provocando que una corriente eléctrica me recorriese por completo.

—Nada será suficiente —aseguró—. Quiero que seas mía en todos los sentidos —juró—. Mía —recalcó mediante un gruñido.

Cada palabra y caricia era un recordatorio de lo que significábamos el uno para el otro, de la línea delgada entre el amor y la obsesión que ambos transitábamos. Mi corazón latía con fuerza, tanta que sentí como el control que intentaba mantener se desmoronaba a cada segundo que sus manos pasaban sobre mi piel.

El calor de sus labios en mi clavícula me arrancó un gemido, y en ese movimiento desesperado, el collar que llevaba desde que era una niña cayó al suelo, resonando en la madera. Apenas le di importancia, ya que estaba perdida en el momento, mientras Nikolai seguía reclamando cada parte de mí.

—Dilo otra vez —le supliqué.

Nikolai me observó con una sonrisa ladina dibujada en sus labios, mientras sus manos descendían por mis muslos. Se deshizo de mis pantalones deportivos, lanzándolos bien lejos. Segundos después, mis piernas estaban completamente abiertas para él, y sin que pudiese hacer nada por evitarlo, se arrodilló frente a mí, para arrancarme de un mordisco el tanga que llevaba.

Pude percibir la humedad de mi sexo, cómo empezaba a descender, empapando la mesa, para el más absoluto deleite de mi esposo. Sin previo aviso, uno de sus dedos se coló en mi interior, mientras él no dejaba de lamer mi entrada, consiguiendo que cientos de descargas tomasen el control de mi ser. Arqueé la espalda, al mismo tiempo que enredaba mis dedos en su cabello, obligándole a permanecer en el lugar que tanto gozo me provocaba. Nikolai no dejaba de devorarme como si fuese el manjar más delicioso que hubiese probado. Verle de aquella manera me mataba, tan entregado, incluso obsesionado con darme lo que tanto ansiaba. Un segundo dedo se adentró en mí, mientras su lengua no dejaba de juguetear con mi abultado botón.

—Mía —gruñó contra mi monte de Venus, provocando que estallase de placer.

44

Nikolai

El sonido del reloj de la sala retumbaba con suavidad en el despacho, marcando un ritmo constante mientras el aroma a madera y cuero impregnaba el aire. Mis hermanos estaban sentados alrededor de la mesa de reuniones, cada uno con una expresión distinta. Viktor, con su mirada analítica y fría, observaba todo como si siempre estuviera dos pasos por delante de los demás. Alexei permanecía tranquilo, centrado en la documentación que le había entregado Andrei. Este estaba relajado, aunque sus ojos me confesaban su constante estado de alerta, mientras jugueteaba con la taza de café que tenía en la mano.

—¿Por qué nos llamaste tan temprano? —preguntó Andrei, con un deje de exasperación.

Ignoré su tono y me incliné sobre la mesa, dejando caer un paquete de documentos frente a ellos.

—Los Orlov han reforzado su presencia en el norte —les informé—. Necesitamos ajustar nuestras rutas para evitar enfrentamientos innecesarios. Al menos, por el momento.

—¿Evitar enfrentamientos? —cuestionó Viktor, con el tono más gélido que hubiese escuchado y arqueando una ceja—. ¿Desde cuándo los Romanov evitan a sus enemigos?

Tomé aire, intentando no darle demasiada importancia a la manera en la que me había hablado. Sabía que eran momentos difíciles, y por primera vez me vi identificado con él. Se expresaba igual que lo hacía yo al ver los movimientos que mi padre tomaba, y que, a pesar de no estar de acuerdo con ellos, tenía que terminar por realizar si quería mantener la armonía en la familia.

—Desde que tengo algo más importante que proteger —respondí, encontrándome con su mirada. No era necesario decirlo en voz alta; todos sabían que hablaba de Elena.

—Esa mujer lo único que nos va a traer son desgracias, hermano —habló Alexei con esa calma tan característica que tenía.

Dejé ir un profundo bufido y le di un largo sorbo a mi café, terminándomelo por completo.

—Ni se te ocurra negarlo, Nikolai —voceó Viktor—. ¡Te hace parecer débil!

No comprendía el porqué de tener que batallar cada vez que nos reuníamos, y es que Viktor siempre había sido la voz discordante desde que llegué al mandato, siempre tenía algo que objetar.

—Pues yo creo que no ha sido mala idea casarte con ella, después de todo —aseguró Andrei, como si todo lo anterior no hubiese acontecido—, además, está más involucrada de lo que esperábamos.

Mi mandíbula se tensó al recordar los eventos del día anterior. Había sido un error permitir que Andrei la entrenara sin mi conocimiento, pero parte de mí sabía que su intención era buena. Ella no quería ser una carga, ni una víctima, y aunque me costara admitirlo, su determinación me atraía tanto como me frustraba.

—No vamos a hablar de eso ahora —le corté, aunque mi tono no dejó lugar a dudas de que aún estaba molesto por su desacato.

Viktor hizo un gesto de impaciencia y miró hacia la mesa. Sus ojos se fijaron en algo que no había notado hasta ese momento: el collar de Elena, que descansaba junto a mi cuaderno de notas. Lo había recogido del suelo después de nuestra noche juntos, pensando devolvérselo más tarde, pero ahora que lo veía bajo la luz del despacho, algo en él llamó mi atención.

—¿Qué es eso? —preguntó Viktor, señalándolo con un movimiento de cabeza.

—Es el collar de Elena —respondí, tomando el objeto entre mis manos.

Era sencillo, una cadena de oro con un pequeño colgante que llevaba consigo desde que la conocí. Lo giré entre mis dedos, notando algo que nunca antes había percibido: unas marcas diminutas en la parte trasera. Mi ceño se frunció mientras los inspeccionaba más de cerca.

—Déjame ver eso —pidió Viktor, extendiendo la mano.

Se lo entregué con cierta reticencia, observando cómo sus ojos lo examinaban con sumo cuidado. Después de unos segundos, su expresión cambió, una chispa de interés iluminó cada uno de sus rasgos.

—Esto no es un simple collar —musitó.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó Andrei, dejando su taza sobre la mesa.

Viktor giró el colgante y señaló las marcas grabadas en él.

—Son números —nos informó—. Parecen coordenadas o códigos.

Sin dudarlo un instante, arrancó una hoja de su libreta, colocándola bajo el collar y, con un lápiz, fue marcando los números, puntos y líneas grabados en él. Nos enseñó el resultado, estaba claro que algo escondía.

Achiqué los ojos mientras tomaba el collar de vuelta. En efecto, las marcas formaban una secuencia que no tenía sentido a simple vista, pero había aprendido a reconocer los patrones de cifrado que mi padre usaba en sus documentos más importantes, y ese era uno de ellos. Esto no era casualidad.

—¿De dónde lo ha sacado? —inquirió Andrei, apoyándose en la mesa.

—Fue un reglo de su madre —respondí en voz baja, sintiendo como en mi cabeza se agolpaban cientos de preguntas sin respuesta.

El silencio que siguió fue pesado, cada uno de nosotros estaba procesando lo que aquello significaba. Si Irina, la madre de Elena, había entregado este collar a su hija, debía haberlo hecho con un propósito. Me negaba a pensar que siendo una infiltrada en la mafia, no tuviese un doble sentido. Y mucho menos, teniendo en

consideración su conexión con mi padre y los secretos que había descubierto en su despacho. Estaba claro que ese objeto era mucho más importante de lo que parecía.

—Tenemos que investigarlo —anunció Viktor, rompiendo el silencio.

Asentí un par de veces, aún sumido en mis propios pensamientos. ¿Y si había algo más detrás de ese collar? Un lugar en el que encontrar la clave para terminar con los malditos Orlov, algo que mi padre solo pudiera confiarle a alguien como Irina.

—Andrei, Viktor, encargaos de esto —ordené, lanzándoles el collar.

El segundo lo atrapó al vuelo y lo observó por un instante antes de guardarlo en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Y qué le diremos a Elena? —preguntó Alexei.

Permanecí en silencio, a sabiendas de que esa decisión caía únicamente sobre mis hombros. Si le decía la verdad, correría el riesgo de involucrarla aún más en una guerra que ya la había puesto en peligro. Pero si no lo hacía, ¿cuánto tiempo podría mantener ese asunto oculto?

—Nada, aún no —respondí con firmeza al final—. No hasta que sepamos qué demonios significan esos números.

Mis hermanos asintieron, aunque pude sentir cómo Viktor no dejaba de analizarme con la mirada. No me importó. Lo único que necesitaba era protegerla, incluso si eso significaba guardar secretos que podrían destrozarla.

Lo que fuera que significaran esos números sabía que cambiaría todo. Y haría lo que fuera necesario para que Elena jamás tuviera que cargar con ello.

45

Elena

El collar. Algo tan pequeño y aparentemente insignificante comenzaba a convertirse en una obsesión en mi mente. No lo había visto desde hacía dos días, y aunque sabía que debía de estar por alguna parte, no podía evitar la sensación de que me faltaba algo. Era uno de esos pocos recuerdos que tenía de mi madre, una conexión con un pasado que siempre había parecido fuera de mi alcance.

La mansión estaba tranquila esa mañana, pero la inquietud me seguía como una maldita sombra allá donde iba. Encontré a Nikolai en el despacho, inclinado sobre un mapa desplegado mientras sus dedos jugueteaban con un bolígrafo. No levantó la vista de inmediato al escucharme entrar, pero sí cuando la puerta se cerró a mi espalda.

—Nikolai —le llamé, intentando no sonar demasiado ansiosa—. ¿Has visto mi collar? No lo encuentro por ninguna parte.

Su mirada se endureció al instante, como si le hubiese pillado por sorpresa mi pregunta, pero fue tan breve que podría haberlo imaginado. Cuando habló, su tono fue tranquilo, incluso diría que casual.

—Sí, estaba roto —me informó al mismo tiempo que se ponía en pie para acercarse a mí. Me tomó por la cintura y pasó una de sus manos por mi cabello—. Lo he enviado a arreglar para que así no se te vuelva a caer.

Fruncí el ceño. No había notado que estuviese dañado, pero en cierto modo tenía razón, si se me había caído debía ser por algo, ¿no?

—Oh, vale —musité—, está bien —añadí, obligándome a esbozar una leve sonrisa.

Él asintió y volvió a su mapa, pero su gesto me dejó pensando. Nikolai rara vez dejaba pasar detalles, y la idea de que algo tan simple hubiese llamado su atención me pareció extraña. Sin embargo, no insistí. No tenía fuerzas para otra discusión, no después de lo ocurrido recientemente.

Mientras salía del despacho, mis pensamientos se desviaron a algo que siempre había estado enterrado en mi memoria. La llave. Era una pequeña pieza de metal oxidado que guardaba desde que era niña, un recuerdo de mi madre que no había vuelto a usar. La llave abría un trastero en el norte de la ciudad, un lugar donde ella había almacenado nuestras cosas antes de que nuestra vida cambiara para siempre.

Corrí a la habitación. Siempre llevaba esa pequeña llave en mi bolso, ya que por suerte o por desgracia, era una de las pocas pertenencias que tenía. Sostuve la llave en mi mano, notando como su metal frío se hundía en mi piel, una pequeña pieza de un rompecabezas mucho más grande que apenas empezaba a entender. Mi madre fue un misterio para mí, una mujer con secretos que parecían multiplicarse con cada nuevo descubrimiento sobre mi conexión con los Romanov, y eso que apenas sabía nada de la posible vinculación entre ambas familias. Sabía que Nikolai no estaría de acuerdo con lo que estaba a punto de pedirle, pero no iba a quedarme de brazos cruzados.

—¿Qué ocurre ahora? —inquirió, con un tono seco cuando volví a abrir la puerta.

Tragué saliva, apretando la llave en mi palma. No era fácil enfrentarlo, pero sabía que debía intentarlo.

—Necesito que me lleves a un lugar —respondí, sosteniendo la pieza en alto para que la viera.

Él frunció el ceño, intrigado, aunque su postura no cambió por completo. Se inclinó hacia atrás en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Dónde? —cuestionó, alzando una de sus cejas mientras se recostaba en el butacón.

—Es un trastero —respondí, con más nerviosismo del que me hubiese gustado—. Mi madre guardó algunas cosas allí cuando era niña. Siempre pensé que eran solo muebles y recuerdos, pero ahora… ahora creo que podría haber algo más allí.

Su mandíbula se tensó en ese gesto tan característico de él que podía predecir lo que tenía a continuación. Nikolai parecía tener un radar de amenazas, incluso en los lugares más mundanos. Esta no sería una excepción.

—¿Por qué crees que hay algo importante? —Quiso saber, pude intuir la curiosidad en sus palabras.

—No lo sé con certeza —admitió—. Pero considerando que mi madre no parecía ser la mujer que creía, y que de alguna forma estaba relacionada con tu mundo… Es posible que haya algo ahí que nos sirva de ayuda.

Su ceño se frunció aún más, y me di cuenta de que estaba evaluando cada palabra que había dicho, buscando alguna fisura en mi lógica. Al final, suspiró de manera profunda, levantándose de la silla y viniendo hacia donde me encontraba.

—¿Por qué no me hablaste de esto antes? —preguntó, esta vez de manera más suave.

—Porque no era relevante hasta ahora —musité, alzando la barbilla, encontrándome con su penetrante mirada—. No tenía razones para pensar que ese lugar pudiera guardar algo más que viejos recuerdos. No sé quién demonios era mi madre, pero pienso averiguarlo, vengas o no conmigo, Nikolai.

Hubo un momento de silencio entre ambos, una pausa tensa en la que pude vislumbrar la lucha interna que estaba teniendo. Al final, asintió, accediendo a mi petición, aunque su expresión fue seria.

—Te llevaré —accedió, pero alzó un dedo como advertencia—. Pero no saldrás de mi vista. Si algo parece fuera de lugar, te saco de allí cagando hostias, ¿entendido?

Asentí, y acto seguido me lancé a sus brazos, provocando que una dulce mueca se dibujase en sus labios.

—Gracias, gracias, gracias —murmuré contra su cuello.

El viaje hacia el trastero fue incómodo, en silencio. Nikolai conducía con el ceño fruncido, sus ojos estaban fijos de manera constante en la carretera, mientras el aire que nos rodeaba se hacía cada vez más pesado. No me atreví a hablar, y parecía que él tampoco estaba dispuesto a romper la calma tensa que se había instaurado entre ambos. Cuando al final llegamos, el lugar estaba tal y como lo recordaba: un edificio gris y desgastado, con largas filas de puertas metálicas que parecían estar a punto de derrumbarse.

Apagó el motor y se giró hacia mí.

—Voy contigo —anunció, abriendo la puerta del coche.

—No. —Mi voz sonó más firme de lo que esperaba—. Esto es algo personal. Dame un par de minutos a solas para poder digerirlo todo —le pedí—. Quiero buscar algo de mi madre que probablemente no tenga sentido para ti.

Su mirada se endureció al instante.

—No voy a dejarte sola aquí —replicó de manera tajante.

—Nikolai, por favor —insistí, apretando la llave en mi mano como si fuese un amuleto de la suerte—. No va a pasar nada, aquí no hay nadie —aseguré, mirando hacia la entrada —. Solo dame unos minutos.

Sus ojos grises se encontraron con los míos, buscando algo en mi expresión que pareció no encontrar. Tras lo que me pareció una eternidad, suspiró y asintió.

—Bien. Pero no cierres la puerta del trastero y no te demores —advirtió—. Tienes cinco minutos a solas para echar un vistazo antes de que vaya a por ti.

Asentí con rapidez, bajé del coche y caminé hacia el interior del edificio. El eco de mis pasos resonaba en el pasillo, mezclándose con el sonido distante de una televisión que alguien había dejado encendida en la oficina del vigilante. Caminé, repitiendo cada uno de los números que veía, sintiendo como a cada paso que daba, un enorme nudo se creaba en mi garganta, creciendo más y más.

Encontré la unidad que buscaba y deslicé la llave en la cerradura con las manos temblorosas. La puerta se abrió con un chirrido, revelando un espacio pequeño y abarrotado. Había cajas apiladas, muebles viejos y objetos que ni siquiera recordaba.

Encendí la lámpara que colgaba en el techo y comencé a buscar. Apenas podía pensar con claridad, tampoco sabía cuánto margen de tiempo me quedaba para que mi esposo viniese a por mí. Abrí varias cajas, una tras otra, sacando fotografías, cuadernos y juguetes olvidados que apenas identificaba. Dentro de una pequeña caja encontré una muñeca de trapo con el cabello desgastado por el tiempo. Mamá solía arreglarla cada vez que se soltaba un hilo. Por un momento, olvidé dónde estaba, perdiéndome en un recuerdo fugaz de su sonrisa mientras cosía junto a la ventana. Cada objeto parecía un portal a una vida que ya no existía, una que se había desmoronado mucho antes de que Nikolai entrara en mi mundo.

Varios minutos más tarde, un sonido detrás de mí me hizo detenerme. La sangre se me heló cuando me giré hacia la puerta abierta, encontrándome con una figura que apareció en el umbral. Era un hombre alto, con una sonrisa cruel y un tatuaje inconfundible asomando por el cuello de su camiseta. Era parte de los Orlov. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, necesitaba salir de allí de alguna manera. La mente me iba a mil por hora, intentando encontrar una manera con la que advertir a Nikolai.

—¿Qué quieres? —bisbiseé con rabia.

—A ti, señorita Romanov —respondió con una sonrisa que hizo que mi estómago se contrajera.

En un acto de valentía, golpeé al hombre que tenía frente a mí, recordando lo que me había explicado Andrei, cosa que aproveché para escabullirme del lugar. Corrí por el largo pasillo pero, antes de que pudiese llegar a la entrada, aparecieron dos hombres, obligándome a detenerme en seco. Uno de ellos llevaba un arma en la mano, mientras el otro sacaba una cuerda de su bolsillo.

—¡Nikolai! —grité con todas mis fuerzas, esperando que me escuchara.

Retrocedí todo lo que pude. Hasta que los hombres se abalanzaron sobre mí al mismo tiempo. Intenté resistirme, recordando las lecciones aprendidas, pero apenas surtían efecto, ya que eran demasiado grandes como para sentir cualquiera de mis golpes.

—¡Nikolai, por favor! —chillé desesperada.

Una mano callosa cubrió mi boca, mientras otra me sujetaba con fuerza por los brazos. Mis manos se vieron sujetadas por unas esposas de las que ni siquiera me había percatado antes. Me arrastraron por el pasillo hacia la puerta, provocando que el frío de la noche chocase contra mi cuerpo.

Cuando la puerta al exterior se abrió, escuché el sonido de disparos, seguido de un grito. Nikolai. Estaba luchando con uñas y dientes. Mi vista se fijó en él, en la manera magistral en la que se movía golpeando a unos y a otros, disparando a los hombres de los que intentaba zafarse, provocando que cientos de quejidos desesperados retumbasen por el lugar. Forcejeé con todas mis fuerzas, intentando deshacerme del hombre que me agarraba. Nikolai no podía salvarme. Como si fuese una muñeca de trapo, me arrastraron a una furgoneta negra que estaba estacionada en un callejón cercano.

—¡Nikolai! —bramé al borde del llanto.

Intenté patalear, gritar y cocearles, pero antes de que pudiese hacer nada, ya estaba atrapada dentro de la furgoneta. Lo último que vi antes de que todo se volviese oscuro fue la figura de mi hombre en la distancia, rodeado de enemigos.

46

Nikolai

Llegué a casa hecho una furia, dolorido y aún con la tensión en el cuerpo. Podía percibir como la sangre me hervía bajo la piel. Ni siquiera sabía cómo había logrado zafarme de esos hijos de puta. Bueno, sí, les había metido unas cuantas balas en la cabeza. A pesar de ello, había recibido una gran cantidad de golpes que aún me mantenían en estado de alerta.

Al entrar en la casona me encontré con todos mis hermanos aguardando en la entrada, con gestos serios e incluso teñidos de congoja. Porque a pesar de que Elena no era del gusto de todos, era nuestra chica y no permitiríamos que nadie le pusiese una mano encima.

Me encaminé hacia el gran salón, donde me serví un vaso de whiskey tras haber lanzado mi abrigo al butacón junto a la chimenea. Me lo bebí de un trago y tras este vino otro. Lo hice desesperado por borrar la voz de Elena gritando mi nombre, la cual no había dejado de retumbar en mi mente desde que había salido del polígono donde se encontraban los trasteros.

—¡Joder! —bramé, lanzando el vaso al fuego, provocando que estallase en mil pedazos que se vieron reducidos a la nada.

Las manos me temblaban de pura rabia mientras me apoyaba sobre el borde de la chimenea. Mis hermanos se sentaron alrededor de la mesa de té, dejándose caer en los sofás de piel. Me pasé una mano por el cabello, apartando los posibles mechones que estaban a punto de caer sobre mi frente. Viktor, con su habitual frialdad, desplegó un enorme mapa, colocándolo sobre la mesa, para observarlo con detenimiento. Alexei parecía estar perdido en sus

pensamientos, mientras Andrei jugueteaba con un dispositivo que no supe identificar.

—Esto es culpa de esos putos cabrones —gruñí, rompiendo el silencio—. Vadim nos tenía vigilados, y ha enviado a sus hombres a por Elena —continué—, ha cruzado la maldita línea, y pagarán por ello.

El nombre salió de mis labios como si de veneno se tratase. Vadim Orlov, el bastardo que llevaba liderando a los Orlov desde hacía años. Era tan despiadado como inteligente. Su habilidad para moverse en las sombras había frustrado nuestros intentos de erradicar su clan, pero esta vez había ido demasiado lejos, y de lo que parecía no haberse dado cuenta era de que yo era el mismísimo diablo, y lo que acababa de hacer era jugar con fuego.

—Nikolai, necesitas calmarte —comentó Alexei con un tono tranquilizador que solo logró enfurecerme aún más—. Si pierdes la cabeza ahora, no podremos actuar con claridad.

—¿Calmarme? —mascullé enrabietado—. Han secuestrado a mi mujer, Alexei —añadí—. ¡Mi puta mujer! —voceé, dando un fuerte golpe sobre la mesita—. ¿Cómo demonios se supone que debo calmarme?

—Pues si no lo hacer, terminarás cometiendo un error que podría costarnos mucho más —intervino Viktor, con ese tono cortante que tanto detestaba—. ¿O es que no recuerdas lo que le ocurrió a *atyets*[2]? —Se refería al momento en el que secuestraron a nuestra madre y, por lo cual, acabó naciendo Andrei, a quien miré de inmediato—. No podemos permitirnos un movimiento en falso.

Gruñí como un auténtico animal enfurecido. Mis hermanos me observaron en silencio, pero ninguno de ellos se atrevió a decir nada más.

—Escuchad bien —comencé a decir, tan seguro de lo que haríamos que no iba a aceptar ningún tipo de réplica—. Vamos a preparar a nuestros hombres para la guerra —anuncié—. No quiero excusas, ni dudas. Vamos a acabar con los Orlov —aseguré con

determinación—. Pienso arrancarle el corazón del pecho a Vadim por lo que ha hecho.

—Y te ayudaremos a ello —aseguró Viktor, quien ya jugaba con su navaja.

—Antes de que lo hagamos, deberíamos considerar nuestras opciones —dijo Andrei, dejando el dispositivo sobre la mesa—. Por suerte, Elena lleva uno de estos.

Mis ojos se fijaron en el pequeño artefacto, y después subieron hasta fulminar al recién llegado a la familia, quien se había autoproclamado escudero de mi mujer, como si necesitase algún tipo de protección que no fuese la mía.

—¿Qué cojones es eso? —cuestionó Viktor.

Alcé una mano, indicándole que se callase.

—Es un localizador que lleva oculto en la hebilla de su cinturón —nos explicó.

—¿Por qué demonios no me dijiste que le habías puesto un localizador? —le reproché, achicando los ojos.

—Porque sabía que no me lo habrías permitido —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero no me arrepiento. Gracias a esto tenemos una oportunidad de encontrarla antes de que sea demasiado tarde.

Tomé el localizador y lo examiné con cuidado. La idea de que Andrei hubiese actuado a mis espaldas me enfurecía, pero debía admitir que si tenía razón, ese dispositivo nos diría el paradero de Elena sin tener que buscarla a ciegas.

—¿Funciona? —pregunté, esta vez más apaciguado.

Andrei asintió y conectó el dispositivo a un pequeño ordenador portátil. Una luz parpadeante apareció en la pantalla, marcando una ubicación en los límites de la ciudad. Mi corazón se aceleró sobremanera cuando localicé el lugar en el que se encontraba.

—Está en un almacén cerca del puerto —dijo Viktor, inclinándose para observar la pantalla—. Es una de las zonas que Vadim le arrebató a Oleg Sorokin.

A ese pobre diablo le habían arrebatado todo cuanto tenía, incluso a su familia. Vadim consiguió eliminar a todos y cada uno de sus hombres y apoyos. Eliminándolo del mercado, cosa que, en cierto modo, también nos beneficiaba.

—Entonces, vamos ahora mismo —indiqué, al mismo tiempo que comenzaba a levantarme.

—Si nos lanzamos ahora, mejor llevarnos unos ataúdes de regalo, porque seguro que será una jodida trampa —añadió con sarcasmo —, y estoy seguro de que los Orlov estarían encantados de que les hiciésemos el trabajo completo. Muerte y entierro a domicilio.

—No me importa si es una maldita trampa —gruñí—. No pienso dejarla ahí ni un minuto más.

—Nikolai, escúchame —dijo Viktor, poniéndose de pie mientras me tomaba por los hombros, esta vez en modo pacificador—. Alexei tiene razón. Si caes en su juego, no solo perderás a Elena, sino que pondrás en peligro a toda la organización.

—Debemos ser cautos, necesitamos un plan —concluyó Andrei.

Sus palabras fueron como un cuchillo a mi orgullo, pero sabía que ambos estaban en lo cierto. No podía permitir que mi rabia me cegara, por lo que asentí con brusquedad y me volví hacia Alexei.

—Prepara a los hombres —ordené—. Quiero a todos listos para atacar esa zona en menos de una hora.

Alexei asintió y salió del despacho, dejando a los demás alrededor de la mesa. Tomé aire, intentando calmar la furia que hervía en mi interior. Mis pensamientos estaban consumidos por la imagen de Elena y su voz llamándome mientras era arrastrada a la furgoneta. La impotencia se arremolinaba en mi pecho, convirtiéndose en un torrente que amenazaba con desbordarme, pero lo que sentía ahora era más fuerte que el dolor: era una furia implacable.

—Esta guerra ha llegado a su puto fin —comenté, mirando a mis hermanos—. Ya no se trata de proteger nuestras rutas o nuestro territorio. Esto es personal. Vadim ha declarado la guerra y vamos a responder con la artillería pesada.

Viktor asintió con lentitud, con el gesto aún más serio de lo que era habitual.

—Entonces más vale que lo hagamos bien —sentenció Viktor, con la mirada fija en mí—, porque esta vez, vamos a quemar hasta los cimientos.

47

Nikolai

El rugido de los motores rompía el silencio de la noche mientras nuestros vehículos se acercaban al puerto. Cada kilómetro que nos acercaba al almacén era un recordatorio de lo que estaba en juego. Mis manos apretaban el volante con tanta fuerza que los nudillos se me habían puesto blancos. Nadie se atrevió a decir nada durante el trayecto, ni siquiera yo. Mis hermanos sabían que no había espacio para palabras cuando la furia consumía cada fibra de mi ser.

Vadim nos había declarado la guerra por todo lo alto, y a pesar de que me había mantenido al margen, ya no había más treguas que pudieran interponerse entre él y yo. Iba a acabar con su maldita vida y con la de todo aquel que se pusiera en mi camino.

Llegamos al lugar señalado por el localizador tras conducir alrededor de una hora. Todo estaba sumido en una calma que se sentía extraña, como si el aire mismo estuviera lleno de tensión. El almacén estaba oscuro, apenas iluminado por algunas farolas oxidadas de la calle y la luz tenue de la luna. Bajé del coche, pistola en mano, seguido de mis hermanos, que se desplegaron con rapidez, cubriendo las posibles salidas. A ellos los siguieron dos equipos de seis hombres más, quienes venían en dos furgones extra. Íbamos con todo.

—Esto no me gusta —gruñó Viktor, con la mirada fija en el edificio—. Es demasiado sencillo.

Asentí, aunque cada fibra de mi ser quería ignorar la advertencia de Viktor y correr hacia el interior. La posibilidad de que Elena estuviera allí dentro me carcomía el alma, pero algo en el aire, esa quietud malsana, me decía que no iba a ser tan fácil dar con ella.

Nos movimos en silencio hacia el almacén, seguidos de nuestras sombras, las cuales se alargaban bajo la débil luz de las farolas. Las puertas de metal chirriaron al abrirse, sonido que resonó en la vasta oscuridad del interior como un eco funesto. Mi pulso se aceleró mientras avanzábamos entre las estanterías oxidadas y los contenedores olvidados.

Todo estaba demasiado tranquilo, como si el lugar estuviese conteniendo la respiración, aguardando el siguiente golpe. Un sonido seco, como un golpe lejano, me hizo detenerme. Alcé la mano, ordenando a los demás que permanecieran quietos. Mis ojos recorrieron cada rincón de la estancia, encendiendo la linterna de mi arma, buscando cualquier indicio de movimiento.

—¿Has escuchado eso? —musitó Andrei a mi espalda, tan tenso como lo estaba yo.

—Cállate —gruñí, avanzando con cautela.

Algo no encajaba. El aire estaba cargado, como si el lugar escondiera un secreto que se negaba a revelarse. Pasé junto a un contenedor y noté una marca reciente en el polvo del suelo, como si algo hubiera sido arrastrado. Mi estómago dio un giro, provocando que unas incipientes ganas de vomitar subieran hasta mi garganta.

—Es una jodida emboscada —susurró Viktor, mientras analizaba la estancia con la mirada.

Entonces lo vi. Una pequeña mancha en el suelo, casi imperceptible, bajo la penumbra. Me agaché, rozando con los dedos el líquido oscuro y denso. Sangre. El peso en mi pecho se intensificó. Me levanté de golpe y señalé hacia el fondo del almacén. Había algo ahí, un ruido tenue, como un quejido apenas audible que hizo erizar mi piel.

—Mierda —mascullé.

—Esto no termina aquí —dijo Alexei, con la calma característica que tanto odiaba y respetaba al mismo tiempo—. Si Vadim quería atraparnos, lo más probable es que no tarde en aparecer.

Como si sus palabras hubieran sido una maldita invocación, una puerta al fondo del almacén se abrió de golpe. El sonido de unos

pasos firmes resonó en el lugar, seguido de un gruñido de dolor que reconocí al instante.

—Elena —susurré, sintiendo como mi corazón se detenía por un segundo.

Un hombre apareció arrastrándola por el pelo. Su figura tambaleante era un recordatorio cruel de lo que había sufrido durante las últimas horas. No quería ni imaginar lo que podrían haberle hecho. Su rostro estaba pálido, tenía los ojos vidriosos y una herida abierta en el pómulo derecho. Su ropa estaba desgarrada y cubierta de suciedad, pero, a pesar de ello, seguía siendo mi Elena, la mujer por la que estaba dispuesto a arrasar con el mundo entero con tal de salvarla.

—¡Basta! —rugí ido, dando un paso adelante.

La sangre me hervía bajo la piel, no solo por ver aquella estampa, sino por lo que imaginaba que le habían hecho. El hombre la tiró al suelo con una fuerza que hizo que mi furia alcanzara un nuevo nivel. Iba a matarle con mis propias manos. Ella gimió de dolor, intentando incorporarse, pero no tuvo tiempo. De las sombras emergió el cobarde de Vadim Orlov, tan imponente como lo era yo, mientras que en su rostro se mostraba una satisfacción que me hizo desear arrancársela de un disparo.

—Nikolai Romanov —dijo con una sonrisa burlona en los labios—, qué bonito espectáculo, ¿no crees? —añadió jocoso—. Tu reina, humillada, maltratada y arrodillada frente a su rey.

—Suéltala, Vadim —le exigí, apuntándole con mi arma.

—Oh, claro que lo haré… Si sobrevives lo suficiente.

Con un simple gesto, hizo llamar a decenas de hombres que salieron de las sombras, rodeándonos por completo. Estábamos en una maldita ratonera, una trampa de la que muy pocos lograríamos salir, y lo sabía. Eso era lo que más gusto le provocaba.

—Esto no termina aquí —aseguré, sin apartar la vista de él.

Vadim dejó ir una sonora carcajada que reverberó por todo el almacén como si de un eco siniestro se tratase. Mis hermanos se

movieron hacia mi espalda, ocupando su posición, mientras que el resto de hombres se deslizaban por el lugar.

—No, Nikolai —escupió con rabia—, esto sí que termina aquí y ahora.

Antes de que pudiera reaccionar, una explosión sacudió el lugar, seguida del estruendo de las puertas principales abriéndose. Los hombres que estaban en las pasarelas superiores salieron volando por los aires, como si no fuesen más que muñecos. A través de la densa humareda, apareció Irina Volkov, flanqueada por sus hombres armados hasta los dientes.

—Lamento la tardanza, había un poco de tráfico —dijo con su habitual sarcasmo, apuntando con una semiautomática a los hombres de Vadim—. ¿Estorbo?

El caos estalló en cuestión de segundos. El primer disparo fue como un trueno que rompió el aire en pedazos, seguido por una sinfonía de balas que cruzaban el almacén. Los gritos se mezclaron con el chasquido de las armas y el eco metálico de los proyectiles rebotando contra los contenedores.

No pensé, solo actué. Mi mirada estaba clavada en Elena, quien luchaba por mantenerse en pie mientras aquel cabrón tiraba de su cabello, como si no fuese más que una muñeca de trapo. La furia que hervía en mi pecho se transformó en un fuego abrasador, y fue entonces cuando supe que ya no había vuelta atrás. Tal vez aquello nos costase la vida, la integridad del clan, pero Vadim iba a pagar por todo lo que nos había hecho. Aprendería que nadie puede pisotear a un Romanov.

Disparé hacia el hombre más cercano, acertándole en el pecho. Su cuerpo cayó como un saco al suelo, y cuando pasé junto a él, lo rematé, apuntándole directamente a la cabeza. Cada paso hacia ella era una lucha, un laberinto de enemigos que intentaban bloquear mi camino para que no llegase a su lado.

Vadim estaba de pie al otro lado, observándolo todo con esa sonrisa burlona que me hacía desear atravesarlo con mi cuchillo. Y lo haría.

—Nikolai —gritó Elena, con la voz rota por el pánico.

—¡Estoy aquí! —voceé, disparando hacia dos hombres que se acercaban desde mi izquierda. Las balas volaron, derribándolos antes de que pudieran siquiera levantar sus armas.

Mi instinto tomó el control. Me tiré al suelo, rodando hacia un lado, esquivando un disparo que pasó a centímetros de mi hombro. Me alcé como impedido por un resorte, apuntando a un tercer hombre que intentaba lanzarse a por mí. Su cuerpo se desplomó, arrastrando consigo una pila de cajas que se desplomaron con estrépito.

El almacén era un infierno. Viktor y Alexei cubrían mis flancos, disparando con una precisión letal; mientras Andrei lideraba a un grupo de nuestros hombres en un ataque por retaguardia. Irina no dejaba de danzar de un lado a otro, degollando a todo aquel que se pusiera en su camino, salvaguardada por la jauría de hombres devotos que siempre la seguían. Pero yo solo tenía un objetivo.

Elena.

Esta cayó de rodillas cuando el hombre que la sujetaba le propinó un fuerte golpe en el costado. Un alarido de dolor atravesó el rugido de la batalla, clavándose como un puñal en mi alma.

—¡Déjala! —vociferé, completamente ido, mientras disparaba al hombre que la retenía. La bala lo alcanzó en el brazo, obligándola a soltarla.

Aproveché su confusión y corrí hacia ellos, con el corazón latiéndome en el pecho como si de un tambor de guerra se tratase, intenso, duro y rítmico. Elena intentó ponerse en pie, pero su cuerpo temblaba demasiado por el dolor. Disparé a otro de los hombres que intentaba acercárseme por la derecha, acertando de manera directa en su cabeza, provocando que cayese inerte a mi lado.

Al final, llegué a ella mientras veía como Vadim intentaba huir de la escena. Siempre había sido un cobarde y esta no iba a ser una ocasión especial. Me arrodillé junto a ella, rodeándola con un brazo mientras sostenía mi pistola con la mano. Disparé a quemarropa a

un hombre que corría hacia nosotros, dejando que su cuerpo cayese a pocos metros de nosotros.

—Estoy aquí, *malyshka* [3]—susurré, sintiendo cómo su cuerpo temblaba contra el mío.

—Nikolai... —musitó en apenas un susurro, con los ojos teñidos por el dolor y la confusión.

La levanté en mis brazos, sujetándola con fuerza mientras fulminaba de un balazo a un último hombre que bloqueaba nuestro camino. La adrenalina corría por mis venas como un torrente incontrolable, alimentando cada movimiento. La llevé al interior de uno de los contenedores, escabulléndonos de todo el bullicio.

—¿Eso es todo lo que tienes, Romanov? —se burló Vadim a mi espalda.

—¡Voy a matarte, cabrón! —grité.

Avancé hacia él con determinación, provocando que cada uno de mis pasos retumbase a pesar del fulgor de la batalla.

—Ahora solo somos tú y yo —dijo, dejando caer el arma y alzando los puños.

Sonreí ladino. No necesitaba más invitación que esa. Me lancé a por él con toda la rabia acumulada, golpeándolo con una fuerza que hizo que retrocediera. Cada puñetazo era un recordatorio de lo que le había hecho a Elena, de las veces que había desafiado a mi familia. Pero él no se quedó corto, ya que, en un acto sibilino, logró sacar una pequeña pistola con la que me disparó en el muslo derecho. Apreté la mandíbula, sintiendo como el dolor se extendía por todo mi ser. Lo que parecía no saber Vadim era que los Romanov estábamos hechos de otra pasta, y no nos detenía nada.

Me lancé a por él, derribándolo, propinándole un golpe tras otro, provocando que el líquido rojizo que empezó a teñir su rostro acabase salpicándome. Uno, dos, tres, cuatro… Podía notar mis nudillos abrirse, la manera en la que nuestras sangres se mezclaban. Pero nada me iba a frenar.

Mis manos se cerraron con fuerza en el cabello ensangrentado de Vadim, obligándolo a arrodillarse frente a Elena. Su respiración era

un jadeo áspero, mezclado con el sonido burbujeante de la sangre que brotaba de su boca. A pesar de estar derrotado, aún había algo en sus ojos que me irritaba: ese brillo desafiante, como si creyera que aún tenía alguna posibilidad de salir de esta.

—Nikolai —balbuceo, con la boca encharcada en sus propios flujos.

—Pienso acabar con toda tu estirpe, Vadim —siseé contra su oído, como si del mismísimo demonio se tratara.

—Jamás te librarás de los Orlov, siempre habrá alguien dispuesto a desafiarte.

El filo de mi cuchillo acarició la piel de su cuello, trazando una línea superficial que empezó a teñirse de carmesí. Podía sentir como su cuerpo temblaba, aunque su lengua seguía siendo la de un bastardo sin redención.

—¿Crees que me importa? —respondí con la voz tan baja que apenas fue un susurro—. Matarte solo es el comienzo, tu nombre no será más que un maldito recuerdo. Acabaré con todo aquel que ose rebatirme, Vadim.

Este dejó ir una risa débil, más un gemido que una burla, pero sus palabras fueron como gasolina al fuego.

—Tu padre pensó lo mismo, y míralo ahora.

La mención de Vasily fue como un disparo directo a mi alma. El agarre en su cabello se tensó tanto que un sonido ahogado salió de sus labios. Me dolían los nudillos por la presión, pero poco me importó.

—¿Así es como te gusta? —bisbiseé.

—Por favor…

—No hay clemencia para el traidor y mucho menos para quien agravia a mi familia —sentencié.

Apreté los dientes, sintiendo el palpitar en mis sienes. Necesitaba acabar con él, borrar su maldita existencia de la faz de la tierra. Sin embargo, algo en mi interior me retuvo.

Elena.

Alcé la vista hacia ella, buscando algún tipo de señal. Su rostro, a pesar de la palidez, estaba teñido de una furia que nunca había visto antes. Sus ojos brillaban con una mezcla de rabia y dolor, clavados en Vadim como si ella misma sujetase el cuchillo. Su cuerpo temblaba, ya fuese por el frío de la noche o por el horror que había vivido durante las últimas horas.

—Dime, *malyshka*, ¿qué quieres que haga con él? —le pregunté a sabiendas de cuál sería su respuesta.

No respondió de inmediato. Sus labios se movieron lo suficiente como para dejarlos entreabiertos, como si formase las palabras en su mente antes de decirlas. Vi las lágrimas acumuladas en sus ojos, pero no eran lágrimas de miedo. No. Eran de pura y absoluta furia.

Vadim intentó hablar, tal vez suplicar o lanzar otra de sus malditas provocaciones, pero no le di oportunidad. Solo me hizo falta un simple gesto de la hermosa cabeza de mi mujer para rebanarle el cuello frente a ella, mostrándole la devoción y lealtad que brillaban en mi pecho cada vez que mis ojos se posaban en los suyos.

—A los Romanov nadie nos pisa —sentenció mi esposa con rudeza, consiguiendo que mi pecho se llenase de orgullo.

Ella era lo único que importaba.

48

Nikolai

El aire del almacén estaba impregnado de un olor acre a pólvora, sangre y metal oxidado. Mi respiración era irregular, y el eco de los disparos aún resonaba en mi cabeza como un tambor de guerra. A pesar del caos que nos rodeaba, mi atención estaba fija en Elena. Estaba entre mis brazos, ligera como una pluma, y cada pequeño gemido de dolor que escapaba de sus labios era como un puñal clavándose cada vez más en mi pecho.

Su cuerpo temblaba contra el mío, y no sabía si era por el frío, el miedo o la mezcla de ambos. Su piel estaba helada, y el vestido que llevaba sucio y rasgado apenas le protegía del gélido aire de la noche. Sin pensarlo dos veces, me quité la chaqueta táctica y la envolví con cuidado, cubriendo sus hombros. El peso y el calor de la tela parecieron reconfortarla un poco; al menos dejó de temblar de manera tan brutal.

—Shh, *malyshka*. Estoy aquí —musité con la voz cargada de un dolor que apenas pude ocultar.

Con movimientos lentos y precisos, saqué un pañuelo limpio de uno de los bolsillos de mi chaleco. Lo humedecí con una pequeña botella de agua que uno de mis hombres me había pasado antes, y empecé a limpiar las heridas de su rostro. Sus mejillas estaban magulladas, manchadas de sangre seca y suciedad, pero lo que más me dolió fue la herida del lado derecho, donde un corte profundo continuaba goteando.

—Esto va a doler, ¿vale? —le advertí mientras pasaba el pañuelo con cuidado sobre la herida.

Ella no respondió, pero su leve gemido y el apretón débil de sus manos contra mi pecho me dijeron todo lo que necesitaba saber. No

le importaba el dolor; estaba exhausta, pero también estaba luchando. Mi mujer era fuerte, mucho más de lo que cualquiera, incluido yo, podría imaginar.

Terminé de limpiar su rostro y la acomodé con cuidado en la parte trasera del coche, asegurándome de que estuviera lo más protegida posible. No me importaba que el resto del mundo se desmoronase a mi alrededor; mi prioridad era ella.

—Nikolai… —murmuró apenas en un susurro, con los ojos entrecerrados.

—No hables, Elena —le pedí, al mismo tiempo que pasaba uno de mis dedos por su cabello—. Descansa, *malyshka*. Todo ha terminado —prometí, aunque sabía que nuestras luchas estaban lejos de terminar.

Cuando volví al almacén, la escena que me recibió fue un recordatorio brutal de lo que había ocurrido. Los hombres de Vadim que habían sobrevivido estaban de rodillas en el suelo, con las manos detrás dela cabeza. Mis hermanos los vigilaban con las armas listas, mientras varios de nuestros hombres remataban a los caídos. Había cuerpos esparcidos por todas partes, mezclados con el eco distante del caos que se desvanecía con lentitud.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Viktor sin un ápice de remordimiento.

Los observé, eran hombres derrotados. Algunos heridos; otros aterrorizados. Sabía que la mayoría de ellos no eran más que peones, hombres que habían seguido las órdenes de Vadim porque no tenían otra opción. Sin embargo, una parte de mí quería verlos muertos, que pagasen por todo lo que había sucedido esa noche.

Mi mirada se desvió hacia Elena, quien estaba ya sumida en una paz que me reconfortó. No podía permitir que presenciara más muerte, más sangre, ella no. Era el ser más puro que hubiese conocido jamás, y no dejaría que eso cambiase.

—Déjalos vivir —ordené con firmeza, provocando que Viktor alzara una ceja con incredulidad.

—¿Estás seguro? —preguntó sin creérselo.

—Sí —sentencié—. Que vivan para ver cómo hemos acabado con todo lo que Vadim representaba. Que vean que los Romanov somos justos, pero implacables —añadí con determinación—. Pero si alguno de ellos vuelve a levantar un arma contra nosotros… —Dejé que mi tono les advirtiese.

Viktor asintió, aunque su descontento era más que evidente.

—Como quieras, pero esto puede volverse en nuestra contra —murmuró antes de ordenar a los hombres que reunieran a los prisioneros.

Irina apareció entonces, caminando entre los cuerpos con la gracia y elegancia de una reina en un campo de batalla. Su cabello estaba recogido, y a pesar del caos que nos rodeaba, no había una sola gota de sangre en ella.

—Es vuestro día de suerte, chavales —comentó Irina con sarcasmo.

—Irina… —musitó Alexei.

—¿Qué? —inquirió—. La que se ha montado aquí es gorda, así que tienen suerte de que nuestro querido Nikolai haya sido benevolente con ellos, ¿no crees?

Andrei asintió quedo, igual que lo hizo Alexei finalmente.

Varios de los hombres que estaban de rodillas vinieron a mí, por lo que sin dudarlo, esta sacó su arma, apuntándolos. Ellos alzaron las manos para, segundos después, postrarse ante mí, clamando una redención.

—Yo, Yaroslav, te juro lealtad, Nikolai Romanov, y quedo a tu entera disposición —juró, tomando una de mis manos y besando el anillo con el emblema familiar que siempre portaba.

Tras este vinieron diez más, casi todos los hombres a los que acabábamos de liberar, por lo que no pude evitar desviar la mirada hacia Viktor, quien asintió con rotundidad. Acepté el juramento de todos y cada uno de los hombres, y ordené a los nuestros que se encargasen de hacer lo debido con ellos.

Una vez terminamos, me encaminé hacia el coche, seguida por Irina, quien se detuvo frente a la puerta, fijando sus ojos oscuros en

Elena con una mezcla de preocupación y dureza.

—Pobre niña —musitó mientras extendía una mano hacia mi mujer—. Ven aquí, preciosa.

Para mi sorpresa, Elena se incinó hacia ella, dejándose envolver por un abrazo protector y reconfortante. La mujer la sostuvo con cuidado, con la mirada repleta de una ternura que rara vez mostraba.

—Recuerdo haberte visto en la fiesta… —musitó Elena, con al voz débil.

—Lo sé, querida —aseguró—. Y ahora también estaré aquí para asegurarme de que nadie vuelva a tocarte —prometió, antes de alzar la vista hacia mí—. Deja que me encargue de esto. Tú cuida de ella.

—¿Esto? —pregunté.

—Toda esta basura —escupió con desdén—. Vadim puede que esté muerto, pero todavía quedan cabos sueltos que debemos atar —respondió con una sonrisa juguetona—. Te haré un favor esta vez, Nikolai. Considera esto un regalo de bodas tardío.

Asentí sin decir nada más. No me importaba lo que hiciera Irina con los cuerpos, con los hombres o con lo que quedaba de los Orlov. Mi única preocupación tenía nombre y lo que iba a hacer era llevarla a casa, cuidar de ella y asegurarme de que jamás tuviera que volver a pasar por algo como esto.

Porque ahora sabía algo con certeza: nadie volvería a tocarla. No mientras yo estuviera vivo.

49

Elena

Volver a la casona esta vez fue distinto, como si las mismas paredes se hubiesen impregnado de la preocupación por lo ocurrido. Lo que sí que sentí fue la reconfortante sensación de estar en casa. Me aferré al borde de la chaqueta que Nikolai había usado para cubrirme, el aroma de su perfume y el leve rastro de pólvora eran un recordatorio de lo cerca que había estado de perderlo… y de perderme a mí misma.

Me sentía entumecida, como si el mundo a mi alrededor hubiese perdido su color y sonido. Era como estar viviendo en un cuerpo que no me pertenecía. Cada paso por el pasillo era automático, mecánico, mientras mi mente revivía el eco de las balas, los gritos y esa última mirada de Vadim antes de que Nikolai terminase con todo.

—Elena… —musitó, con una dulzura inusual que me sacó de mi ensimismamiento—. El médico de la familia te está esperando en el salón para revisarte. No te preocupes por nada, ¿de acuerdo? —dijo mientras me sostenía con cuidado. Luego, miró hacia su teléfono y frunció el ceño—. Tengo que atender una llamada de Viktor, pero vuelvo enseguida.

—No tardes —le pedí, aunque se me antojó que sonó más a súplica que a cualquier otra cosa.

Este asintió sin muchas ganas y se adelantó, descolgando la llamada, hecho un manojo de nervios. Lo supe por la forma en la que me había mirado, sintiéndose tan culpable como irritado por aquella llamada.

En el salón me encontré un hombre de unos sesenta años, vestido con un traje plateado impoluto y cara de pocos amigos.

Apenas hablamos, y es que después de todo lo acontecido, lo único que deseaba era meterme en la cama, y que mi esposo me abrazase hasta que me quedase dormida. Anatoly Ivanovich, que así se llamaba el doctor, me limpió las heridas a conciencia, añadiendo un par de puntos en la del pómulo derecho, la cual aún sangraba. Según me informó, y por suerte, no tenía nada roto, o lo suficientemente preocupante como para requerir de una atención inmediata en un hospital, cosa que agradecí, ya que el más cercano se encontraba al menos a una hora de la casona. Me ofreció antiinflamatorios y algunas otras pastillas que no reconocí, para poder curar las heridas e instrucciones de cómo limpiarlas para evitar una infección.

Era obvio que Anatoly conocía los negocios de Nikolai, según había podido intuir, llevaban mucho tiempo trabajando juntos, incluso diría que este había servido a las órdenes del propio Vasily Romanov.

Tras despedirme del doctor, subí al dormitorio principal, intentando mantenerme firme, pero al pasar junto al despacho, me detuve en seco al escuchar la voz de Nikolai. Estaba hablando por teléfono, y aunque su tono era bajo, había una furia latente que lo hacía sonar como un volcán en erupción.

—¡Maldita sea, Viktor! —gruñó, golpeando algo que resonó por toda la habitación—. No tenías derecho. ¡Joder! —voceó—. Te dije que no te tomaras la justicia por tu mano. ¿Sabes lo que acabas de desatar?

Apoyé mi espalda contra la pared, sintiendo cómo mis piernas amenazaban con fallar. No quería escuchar, pero no podía evitarlo. Había algo en su tono, una mezcla de frustración y urgencia que me hizo percatarme de que era más serio de lo que parecía.

—Alina Orlov no es la solución. —La pausa que siguió estuvo cargada de tensión. Lo podía escuchar caminar por el despacho de un lado a otro—. ¡No me importa lo que creas! —rebatió casi ido—. ¡Esto no era lo que planeamos! —Nikolai dejó ir un gruñido letal—.

¿Sabes lo cerca que he estado de perderla esta noche? —inquirió dolido—. No pienso arriesgarla otra vez por tus putas venganzas.

El nombre de Alina resonó en mi mente, trayendo consigo una oleada de inquietud que consiguió erizar cada centímetro de mi piel. Vadim no la había nombrado en ningún momento, pero debido a lo que acababa de decir Nikolai, debía de ser su hija. El tono que había usado me decía que lo que había hecho Viktor no era un simple acto de justicia; era un movimiento que podría costarnos la vida.

—Soluciona esto ya —sentenció.

Cuando colgó, lo escuché maldecir entre dientes. Incluso pude escuchar como, lo que supuse que era el teléfono, acababa estallando contra la pared de mi espalda. Contuve el aliento, intentando recomponerme. Los pasos firmes de sus botas resonaron en dirección a la puerta, y antes de que pudiera apartarme, esta se abrió, revelando su imponente figura. Su mirada se suavizó al verme, pero no pudo ocultar el cansancio y la desesperación que lo consumían.

—¿Qué haces aquí, *malyshka*? —preguntó con cariño—. Deberías estar descansando.

—Te escuché gritar y… —mi voz sonó estrangulada. La garganta se me cerró y las lágrimas que había contenido comenzaron a desbordarse como una maldita cascada.

Nikolai dio un paso hacia mí, y antes de que pudiera reaccionar, me atrapó contra su pecho, haciendo que rompiese a llorar. Todo el miedo, la impotencia y el dolor de las últimas horas me golpearon como una ola, llevándome al borde del abismo.

—Lo siento tanto… —sollocé, percibiendo como todo mi cuerpo temblaba—. Lo siento, Nikolai, jamás he querido ser una carga.

—¿Carga? —repitió él, sorprendido. Sus manos me tomaron por los hombros, obligándome a mirarlo. Sus ojos grises estaban inundados de una emoción que no había visto antes, algo vulnerable y devastador—. Elena, no vuelvas a decir eso.

Mi cuerpo se vio sumido en el frío, deseando volver a estar pegado al suyo, a pesar de que aún llevase el chaleco antibalas.

Cogió con mimo mis manos, sujetándolas como si temiese que fuese a salir corriendo de allí.

—No puedo evitarlo —musité, rota—. Te vi allí, rodeado de peligro, y todo lo que pude hacer fue gritar tu nombre como una estúpida.

—No eres estúpida, Elena —me contradijo, mediante un susurro. Alzó una de sus manos y colocó varios de los mechones que caían por mi rostro tras mi oreja—. ¿Sabes lo que sentí cuando escuché tus gritos? —preguntó, esbozando una triste mueca en sus labios—. Creí que me moría, que todo mi mundo se desmoronaba contigo. Estaba aterrorizado. Pensé que no llegaría a tiempo, que te perdería. Y si eso hubiese pasado... No sé qué habría hecho.

Sus palabras me golpearon con más fuerza que cualquier bala. Nikolai Romanov, el más grande de los líderes de la bratva, quien se había enfrentado a traiciones y guerras sin siquiera parpadear, estaba de pie frente a mí, quebrado por el miedo a perderme.

—Yo también tenía miedo —admití—. Pero no por mí. Tenía miedo de que algo te pasara —musité, como si estuviese a punto de confesar el mayor de mis secretos—. No soportaría perderte, Nikolai.

Me envolvió en sus brazos, de nuevo, atrayéndome hacia su pecho. Su calidez y fuerza me rodearon, como un escudo que me protegía de cualquier dolor. Pero lo que más me conmovió fue el temblor de sus manos mientras acariciaba ni cabello, como si intentara asegurarse de que de verdad estaba allí, con él.

—No voy a dejar que eso pase —prometió, con una intensidad que me hizo creer en sus palabras—. Nunca más.

Nos quedamos así por lo que parecieron horas, hasta que me apartó lo suficiente como para mirarme a los ojos. Estaban llenos de promesas y de una seguridad que pocas veces había visto, como si hubiera tomado una decisión que lo cambiaría todo.

Sin que pudiese esperarlo, dio un paso atrás y se arrodilló.

—Cásate conmigo, Elena —me pidió, con la voz llena de emoción —. Pero esta vez, no como una obligación, no por estrategias o alianzas. —Hizo una breve pausa—. Cásate conmigo porque me

amas —añadió casi suplicante—. Porque necesito que seas mía, no por la fuerza, sino por elección.

Mi corazón dio un vuelvo al escuchar sus palabras. Había esperado muchas cosas de Nikolai, pero esto… Esto era algo que no podía haber anticipado de ninguna de las maneras. Las lágrimas comenzaron a emanar de mis ojos, bañando mis mejillas y muriendo en la firme madera bajo mis pies. A pesar de todo lo que habíamos pasado, del caos y la oscuridad que nos rodeaba, allí estaba él, ofreciéndome algo que nunca pensé que podría tener: su corazón, sin límites, sin reglas.

—Sí —respondí, en apenas un susurro, pero lo suficiente audible como para que sus ojos se iluminaran—. Sí, Nikolai. Quiero casarme contigo.

Una sonrisa, la primera genuina en mucho tiempo, apareció en sus labios. Me abrazó con fuerza, como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier momento. Mientras me sostenía, no pude evitar pensar en todo lo que habíamos enfrentado juntos esa noche. Vadim, la sangre, los gritos… Pero también la fuerza de Nikolai, su determinación y amor inquebrantable. Esa noche no solo había cambiado nuestra historia; me había cambiado a mí. Me había mostrado que, por oscuro que fuese el camino, siempre encontraríamos la manera de hacerlo juntos. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que el mundo, por caótico que fuera, podía esperar. Porque en ese momento, solo estábamos él y yo.

Nikolai se puso en pie, envolviéndome en sus brazos con una ternura que contrastaba con la fuerza bruta que siempre emanaba de cada poro de su piel. Su corazón latía contra mi mejilla, a un ritmo firme que parecía murmurarme que estaba en casa. Nikolai, el hombre que había atravesado el infierno para salvarme, me estaba dando algo que ni siquiera sabía que necesitaba: elección.

—No voy a fallarte, *malyshka*. Nunca más —susurró contra mi cabello, con las palabras cargadas de una promesa inquebrantable.

Alcé mi rostro hacia el suyo, me puse de puntillas y nos uní en un dulce beso que casi me hizo trastabillar, pero ahí estaba él para

sujetarme con fuerza. Mi respuesta llegó sin titubeos, sin dudas, porque en ese momento lo supe con cada fibra de mi ser.

—Entonces, no me falles, Nikolai —le pedí—. No solo quiero ser tu esposa; quiero ser tu igual, tu fuerza cuando flaquees, y tu refugio cuando lo necesites. Si aceptas todo lo que soy, incluso mis cicatrices… yo aceptaré todo lo que eres.

Una sombra de emoción cruzó su rostro, una que rara vez había logrado intuir. Asintió con lentitud, inclinando su frente hasta tocar la mía.

—No podría pedir nada más, Elena —musitó contra mi boca—. No te prometo un cuento de hadas, pero sí un amor que arderá como el fuego que llevamos dentro —añadió, acariciando mi rostro con mimo.

Nos miramos en silencio, no necesitaba más. Entonces, en un acto de puro instinto, Nikolai inclinó la cabeza y me besó, no con la pasión voraz de las noches anteriores, sino con una ternura que me juró amor eterno, desarmándome por completo. Era el beso de alguien que había encontrado lo que siempre había buscado.

Y por primera vez en lo que parecía una eternidad, no tuve miedo. Porque, aunque el camino fuera incierto, sabía que, mientras estuviera a su lado, podría enfrentarlo todo.

Epílogo

Viktor

Desperté con un dolor punzante que me atravesaba la cabeza, como si un mazo de hierro me hubiese golpeado sin piedad una y otra vez. Lo primero que percibí fue el sabor metálico de la sangre en mi lengua, seguido del frío acero de la silla en la que mis manos estaban atadas con bridas. El aire estaba cargado de humedad, óxido y un leve hedor a moho que me revolvió el estómago.

Abrí los ojos con pesadez, forzándolos a adaptarse a la penumbra. Una bombilla desnuda colgaba del techo, parpadeando con debilidad, iluminando un sótano mugriento con paredes desconchadas y llenas de algo que no supe descifrar. Miré a mi alrededor, estaba atado a una silla de metal, firme y que permanecía anclada en el suelo. No había salida fácil; lo supe al instante. Me removí, probando la firmeza de las ataduras. El gesto provocó que una punzada de dolor me atravesase el costado. Genial, probablemente tuviese una costilla rota.

Mi mente iba a mil por hora. Lo último que recordaba era estar con Alina. Sus ojos estaban llenos de odio, su lengua era tan afilada y viperina que jamás me lo imaginé. Y su rabia… Era demasiada como para contenerla toda en un cuerpo tan pequeño. Había tomado la decisión de jugármela a una carta, de manera calculada, pero algo había salido mal. Había subestimado las consecuencias de usarla como ficha en este maldito juego. Y ahora, no solo estaba pagando el precio, sino que también había puesto en peligro a toda mi familia.

Mis pensamientos se desviaron hacia Nikolai. Si algo sabía de mi hermano era que en este momento estaría moviendo cielo y tierra para entender lo ocurrido. Las imágenes de su mirada severa y la de

Alexei intentando calmarlo me atormentaron. Había salido al borde de todo por protegernos… por protegerlo. Y ahora, lo único que había conseguido era provocar otra maldita guerra.

El sonido de unos pasos lentos y deliberados interrumpió mis pensamientos, sacándome del ensimismamiento en el que estaba metido. Giré la cabeza hacia la puerta, ignorando el ardor en mi cuello. La puerta chirrió al abrirse y un hombre apareció bajo el umbral, vestido con un traje negro impoluto que destacaba con el sótano inmundo en el que me encontraba. Su porte me recordó al de mi hermano Nikolai, alto, fuerte y seguro de sí mismo; era el de alguien acostumbrado a mandar. Una mueca socarrona se dibujó en sus labios, pero no logró alcanzar su mirada.

—Viktor Romanov. —Alzó la voz, con un acento italiano que daba peso a cada una de las sílabas—. ¿Sabes lo que dicen en mi tierra? Que el enemigo de mi enemigo… puede ser mi juguete.

No respondí. Mantuve mis ojos fríos clavados en él, evaluando cada uno de sus gestos. Su postura era relajada, a pesar de que su mirada estaba teñida de una amenaza tan grande que no osé respirar. Entonces caí en la cuenta, no era un hombre cualquiera. Me sonaba de algo, pero no sabía de qué.

—Ah, veo que eres del tipo silencioso —continuó, dando un par de pasos hacia mí. Cada movimiento estaba calculado, como si quisiera que supiera que estaba en desventaja—. Me presentaré, por cortesía, claro. —Sacó un puro del bolsillo de su americana y se lo llevó a la boca—. Soy Luca Moretti, y tengo una oferta para ti.

Luca se encendió el puro con una calma casi irritante, exhalando el humo mientras su mirada recorría mi rostro.

—¿Sabes lo que me gusta de los Romanov? —preguntó, ladeando la cabeza—. Que siempre creen que están un paso por delante. Pero dime, Viktor… —Se inclinó hacia mí, dejando que el humo cálido flotara entre ambos—. ¿Cómo piensas jugar a este juego cuando ni siquiera sabes las reglas?

Le observé quedo. El apellido me resultó demasiado familiar. Los Moretti eran una de las familias más antiguas de la mafia italiana,

con raíces profundas en negocios que cruzaban fronteras y generaban guerras. Se caracterizaban por lo sanguinarios que eran, y es que muchos de los grandes nombres de la *bratva* habían contado con ellos como si de sicarios se trataran para acabar con ciertos asuntos. Si él estaba aquí, significaba que había algo más en juego, algo que aún no veía con claridad.

—¿Oferta? —murmuré, sintiendo como mi voz sonó grave y rasposa, por apenas haber podido hablar.

Luca sonrió con maldad, y se inclinó hacia mí.

—Oh, sí —aseguró—. Digamos que tengo ciertos intereses que coinciden con los tuyos… y con los de los Romanov. Pero primero, tendrás que demostrarme que eres digno de mi ayuda.

Mis ojos lo estudiaron con fijeza mientras las piezas del rompecabezas iban colocándose a medias en mi cabeza. Su postura, su tono, la ligera inclinación de su cabeza: todo en él gritaba que estaba jugando con ventaja. Pero lo que no sabía era que yo también lo estaba evaluando, buscando un punto débil que pudiese explotar.

La bombilla sobre mí parpadeó, lanzando destellos erráticos que apenas iluminaban la habitación. Fue en ese momento cuando una mueca divertida cruzó mis labios. Porque incluso en el peor de los escenarios, cuando todo parecía perdido, los Romanov nunca nos rendíamos.

—Demostrarlo no será un problema.

Sabía que estaba atrapado, pero también sabía algo más: las cosas siempre pueden girar a tu favor si tienes la suficiente paciencia como para esperar el momento adecuado.

Si has llegado hasta aquí, ya sabes que *esto no termina con Nikolai*. Porque donde termina una herida… empieza otra. Y lo que los Romanov empezaron, **aún está lejos de acabar.**

?? La segunda entrega de *El legado de los Romanov* ya está en marcha.

Y ahora es el turno de **Viktor**.

Más letal. Más silencioso. Más oscuro.

Y sí, ya puedes **reservar su historia**.

?? Si creías que Nikolai era peligroso… espera a conocer al hermano que nunca perdona.



Reserva ya tu ejemplar

Porque lo que viene… arde más.

Agradecimientos

A todas mis reinas de El Clan.

De manera super especial gracias a mis Elegidas, por ser las primeras en arrodillarse ante Nikolai y confiar ciegamente en él: Patri, Estefanía, Adriana, Alexia RB, Ariadna Contreras, Bruxampou, Eneka, Ercilia, Erica, Idoia, Juani, Marian, Dory, Eli, Maria Amparo, Mavi, Melany, Mynamy, Naiara, Nuri, Nuria, Pili, R@q Sykes, Sagrario, Vanesa, Ylenia, Yolanda, Camila, Cris Mena, Cristina, Karol, Kathe, Garbiñe, Mharyola… Que no dejan de apoyarme y volverse locas tanto como yo.

Y si aún no sabes lo que es El Clan, únete escaneando el código, sé parte de ***Las Reinas*** y lee ***Sombras de Sangre*** si aún no lo has hecho:

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45

46

47

48

49

---

[1] Pequeña en ruso, nombre cariñoso.
[2] Padre en ruso.
[3] Pequeña en ruso, nombre cariñoso.

[Ui1]quieres decir JODIDAS??
[RR2]yes
[RR3]SOCORRO este momento eh???
[RR4]UF aquí me encantaría añadir: —, es mi mujer. Pero no sé si quedaría bien con el resto, a ver cómo lo ves.
[Ui5]asentían?